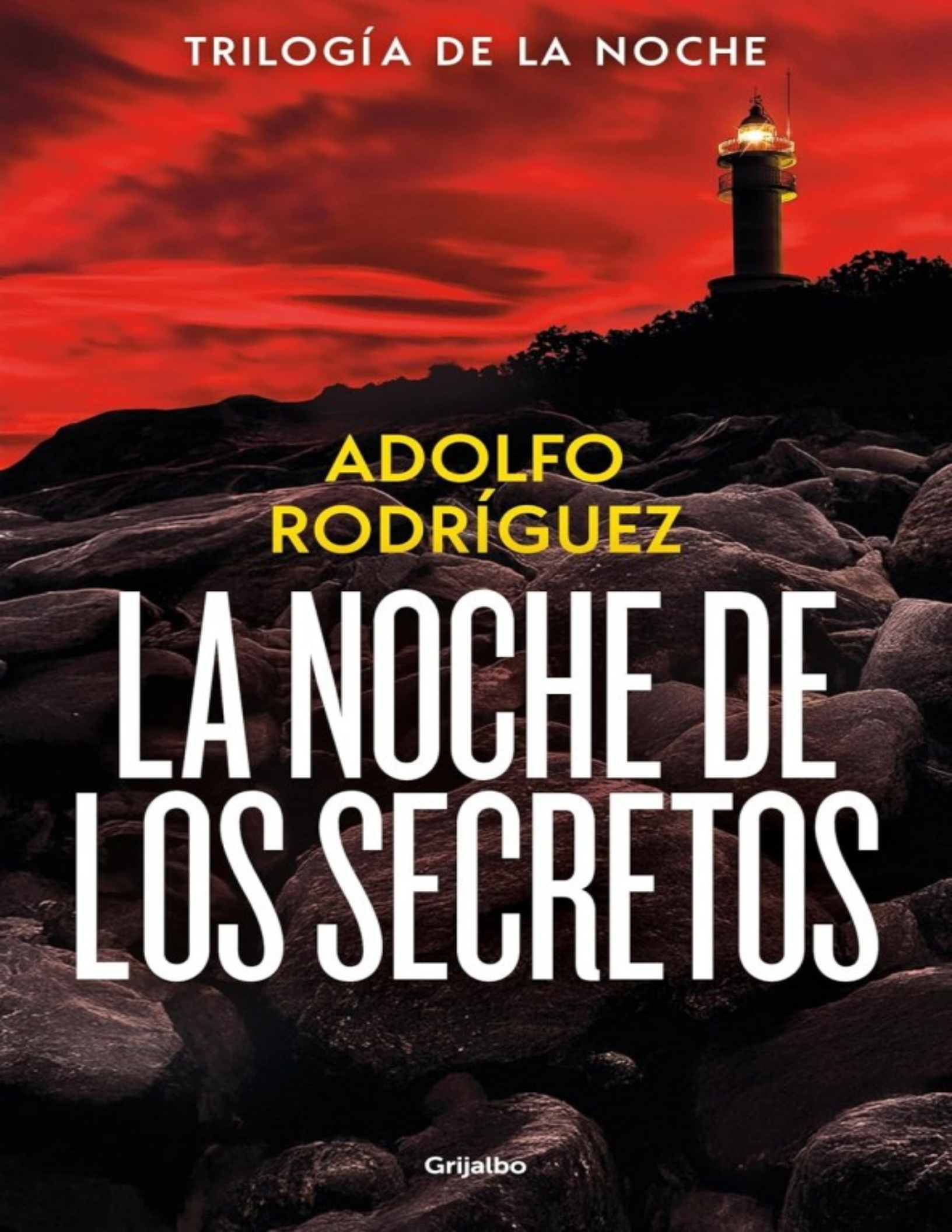
TRILOGÍA DE LA NOCHE



ADOLFO RODRÍGUEZ

LA NOCHE DE LOS SECRETOS

Grijalbo

ADOLFO RODRÍGUEZ

La noche de los secretos

Grijalbo

Para mis padres

Prólogo

Madrugada del 10 de noviembre de 2020. El silencio envuelve el Cabo de las Huertas y acentúa su atmósfera sombría. Las farolas titilan al compás de una brisa helada mientras los sonidos habituales de la noche —el ladrido ocasional de un perro, el rumor distante de un coche— parecen haber sido devorados por la penumbra.

Dentro de una de las elegantes residencias que se alinean a ambos lados de una empinada cuesta, Daniela remueve con desgana una taza de té ya frío. Sus pensamientos se aglomeran en un torbellino de inquietud. Emma no ha vuelto a casa. Es la primera vez que su hija, siempre puntual, incumple el acuerdo de avisar en caso de retraso. Hasta ahora, no había fallado. Por eso Daniela no puede evitar ponerse en lo peor.

Se levanta de la mesa y cruza el amplio salón. Las cortinas de lino, de tonos sutiles, se mecen suavemente ante la ventana que da al oscuro mar, movidas por un soplo de aire frío que se cuela por alguna grieta. Ha revisado el móvil al menos veinte veces en la última hora esperando ansiosamente un mensaje, una llamada perdida, cualquier señal que apacigüe el punzante dolor que le retuerce el estómago.

Un sonido apagado irrumpe en sus pensamientos. El timbre no ha sonado, pero algo o alguien se encuentra cerca; está segura de ello.

Se sobresalta y se aproxima a la puerta con cautela, procurando no hacer crujir el parquet. Con el ojo pegado a la mirilla, observa la oscuridad sin encontrar señal alguna. Al abrir, la brisa nocturna le eriza la piel. Por un instante, se había permitido la esperanza de encontrar ahí a su hija, aunque estuviera ebria; después de todo, es una adolescente. Pero eso no sucede: la puerta se abre a la nada.

Cuando está a punto de convencerse de que todo ha sido fruto de su imaginación y gira ya sobre sus talones para regresar al interior, algo en el suelo capta su atención. Parpadea varias veces hasta distinguirlo con claridad. Es un sobre blanco que aguarda inmóvil como si esperase ser descubierto.

Las manos le tiemblan al recogerlo. Cierra la puerta de un golpe, conteniendo su miedo, y se apoya en ella. El sobre, cerrado y de papel grueso, parece contener el peso de una amenaza. Con sumo cuidado, rompe el borde y extrae una hoja doblada. Al desplegarla, el mundo se detiene.

Las palabras que encuentra mecanografiadas en la nota acaban de poner su vida patas arriba:

> Tengo a Emma y a Álvaro. Si queréis volver a verlos con vida, tenéis que pagar un rescate. Doscientos cincuenta mil euros por familia.
>
> Pronto recibiréis instrucciones para realizar el pago.
>
> Si avisáis a la policía, lo sabré, y el trato se acabó.
>
> Un saludo,
>
> VUESTRO NUEVO AMIGO

El papel cae despacio al suelo mientras Daniela se tambalea y da pasos torpes hacia el sofá. Su respiración se vuelve errática y sus

pensamientos se sumergen en un caos que le impide asimilar lo que acaba de leer. Un golpe de adrenalina la sacude; sus mejillas se enrojecen, está paralizada y no tiene capacidad para reaccionar.

Toma aire y se agacha para recoger la hoja, la despliega y la relee con la esperanza de descubrir, en una segunda mirada, que se trata de un malentendido.

Pero no es así.

La amenaza es tan real como el escalofrío que le recorre la espalda. Las palabras permanecen inamovibles, impresas en esa nota que tiembla entre sus dedos. La noche, que hasta hace poco se mostraba silenciosa, se colma ahora de un zumbido insoportable.

Un abismo acaba de abrirse bajo sus pies.

PRIMERA PARTE

1

El inspector Gabriel Somoza sigue llevando una vida ermitaña en su casa de la Coveta Fumá, con el mar como único testigo de su rutina solitaria. Desde que resolvió la misteriosa desaparición de Rafael Sierra, su reputación en el vecindario no ha hecho más que crecer. Para muchos, es un héroe discreto. Alguien que, sin buscar la atención de nadie, despierta admiración y respeto. La gente lo observa con curiosidad. Sin embargo, aunque son muchos los que intentan acercarse a él, Gabriel evita las conversaciones largas y las relaciones profundas. A veces siente cierto remordimiento, pero no el suficiente para hacerle perder el sueño.

Durante los últimos meses ha trabajado en varios casos, todos menores en comparación con aquel que le devolvió el propósito que había perdido tras la muerte de su mujer y su hija. Tener la mente ocupada es lo que lo mantiene con vida. No rehúye la rutina; al contrario, la abraza con firmeza. Se despierta, va a trabajar, vuelve a casa con Azabache, su fiel gato negro, y sale a correr tres veces por semana.

La inspectora Patricia Siles, una de las pocas personas que Gabriel aún conserva en su vida —además de sus padres—, le insiste en que debería salir más a menudo. No se cansa de recordarle que encerrarse entre las paredes de su pequeño chalet no le hace ningún

bien. En opinión de Gabriel, ella no lo entiende. Hace unas semanas se presentó en su casa y, literalmente, lo arrastró para invitarlo a cenar con unos compañeros de la comisaría. Gabriel aceptó a regañadientes, más por complacerla que por genuino interés. La cena resultó un desastre: charlas repletas de anécdotas que le parecían ajenas e insípidas, y un ruido ensordecedor. Terminó excusándose temprano, dejando a Patricia con una mezcla de enfado y resignación.

Blanca, una mujer que conoció durante su anterior caso, ya no vive en la Coveta Fumá. Se mudó después de la muerte de María, la anciana a la que cuidaba. Sin embargo, ha intentado quedar con él en un par de ocasiones. Su carácter afable y cercano parece revelar un fuerte interés por conocerlo más allá de las interacciones casuales. Pero Gabriel es firme: no se siente preparado para abrirse a nadie todavía. No echa de menos la compañía femenina ni el calor de una relación. Tiene a Azabache y su trabajo, y eso le basta.

Por las noches se sienta delante de su escritorio para, bajo la tenue luz de una lámpara, revisar informes y documentos. El murmullo del mar se cuela por las ventanas abiertas, rompiendo el silencio que reina en su hogar. Gabriel halla en esa rutina una paz engañosa, consciente de que, en el fondo, lo que hace es huir: de los recuerdos, de las emociones que aún no puede enfrentar y de las personas que, sin saberlo, podrían devolverle aquello que ha decidido no recuperar. La esperanza.

La mañana del 10 de noviembre, sale de casa temprano, como de costumbre. El trayecto hasta la comisaría le lleva aproximadamente media hora, tiempo durante el cual el silencio lo reconforta. Antes de entrar, se detiene en la pequeña cafetería con la fachada de madera

donde siempre compra su café solo para llevar. El aroma de los granos recién molidos le resulta agradable, uno de esos pequeños placeres que sostienen su rutina diaria.

La camarera, que ya lo conoce, le entrega el vaso de cartón sin que tenga que pedirlo. Gabriel asiente con una leve inclinación de la cabeza en señal de agradecimiento y se encamina hacia la comisaría, aprovechando el calor del café para templarse las manos.

Al cruzar las puertas, percibe cierta agitación en el ambiente. Lucas, el agente encargado del control de accesos, lo informa sin rodeos de que una mujer lo espera. Sin hacer preguntas, Gabriel asiente y se dirige a su encuentro.

Antes de llegar a su despacho, distingue al fondo del vestíbulo a una mujer que se levanta de uno de los bancos. Su figura se recorta en la penumbra. Su rostro, marcado por la preocupación y las ojeras de quien ha pasado la noche en vela, le resulta completamente ajeno.

—Inspector Somoza —dice ella a la vez que se le acerca con pasos apresurados. Parece contener el llanto, y su voz temblorosa anuncia la urgencia de sus palabras.

Gabriel entrecierra los ojos para tratar de ubicarla en su memoria, pero ella no le concede el tiempo necesario.

—Soy Daniela. Daniela Vidal. Necesito hablar con usted. Cuanto antes.

Con un gesto, Gabriel asiente y la invita a seguirlo hasta su despacho. Cuando cierra la puerta, se crea un pequeño refugio de silencio en medio del bullicio de la comisaría. Se sienta frente a la mujer, cuyos gestos delatan inquietud. Daniela juguetea con un pañuelo arrugado; lo frota, lo estruja entre sus manos.

—Sé que no debería estar aquí —comienza. Mira al inspector con una mezcla de determinación y miedo mientras la voz le tiembla con el peso de la desesperación—. Pero no puedo quedarme callada. Mi marido… mi marido cree que debemos seguir las instrucciones. Pero yo no. No me quedaré sentada sin hacer nada.

Gabriel interviene en un tono tranquilo pero incisivo.

—¿Qué instrucciones? No sé de qué está hablando. ¿Nos conocemos?

Daniela inspira hondo, como si cada aliento le supusiera un esfuerzo por reunir el coraje para hablar.

—No, no nos conocemos. Bueno…, yo a usted sí. Vi su foto en el periódico hace unos meses, por el caso de aquel hombre desaparecido que usted resolvió.

Gabriel asiente levemente. Aunque detesta la atención mediática, aquella vez fue inevitable. Con un gesto discreto de la mano, le indica que continúe.

—Se trata de mi hija y su novio. Han desaparecido. Y esta madrugada hemos recibido una nota. Decía que no debíamos acudir a la policía, que si lo hacíamos… —La voz de Daniela se quiebra en medio de la frase, y Gabriel nota cómo los labios se le contraen en un intento de contener las lágrimas.

—Tranquila. Tómese su tiempo —le dice con voz serena, ofreciéndole la oportunidad de recomponerse.

Daniela cierra los ojos un instante antes de continuar.

—Cuando esté lista, necesito que me cuente qué ha sucedido para poder ayudarla —añade el inspector Somoza.

La mujer inspira de nuevo y se llena los pulmones de ese aire frío que parece fortalecer su determinación.

—Mi marido no quiere arriesgarse; cree que debemos hacer lo que nos han pedido. Pero yo no puedo quedarme esperando sin saber si están bien, si están… vivos. Tenía que venir. Tenía que contárselo. Necesito que me ayude. ¡Por favor!

Gabriel la observa con atención. Cada palabra resuena en el aparente sosiego de su mente. Una corriente de tensión le recorre el cuerpo y acelera sus pensamientos.

—Ha hecho bien en venir —responde con calma, si bien con un matiz de urgencia en la voz—. Es preciso que me explique todo lo que sabe, con detalle. No vamos a poner a su hija ni a nadie en peligro, se lo prometo. ¿Ha hablado con alguien más?

—No, solo con usted. Bueno…, hemos hablado con los padres de Álvaro, eso sí. Son nuestros vecinos. Pero nadie sabe que estoy aquí, ni siquiera mi marido. Él cree que he salido a tomar el aire. Ya tengo dos llamadas perdidas suyas; debe de estar preocupado.

—Dice que recibió una nota. ¿La ha traído?

Daniela asiente, ahora incapaz de contener las lágrimas. Se las limpia con el dorso de la mano y saca del bolso un sobre que entrega a Gabriel. Él no lo toca de inmediato. Abre un cajón de su escritorio y se pone unos guantes de látex antes de cogerlo.

Extrae del sobre una hoja mecanografiada y la lee en silencio.

Daniela no le quita los ojos de encima. Está rota, pero en su expresión se vislumbra un atisbo de alivio fugaz, apenas un segundo antes de que la realidad vuelva a golpearla con furia.

Gabriel levanta la vista al terminar de leer y fija la mirada en el rostro de Daniela. Necesita un momento para procesar la información y pensar.

Patricia Siles está sentada frente a su escritorio. La luz del monitor se refleja en sus ojos oscuros y acentúa la fatiga que le invade el rostro. Lleva horas inmersa en un caso sin resolver de hace varios años; aunque prometió trabajar en él para dar consuelo a una familia destrozada, se ha estancado y se encuentra en un callejón sin salida. A su derecha, el café matutino permanece a medio terminar, olvidado desde que revisó su correo sin hallar nada relevante.

La puerta se abre de golpe, interrumpiendo sus pensamientos y sacándola de su ensimismamiento. No necesita levantar la vista para saber quién es.

—Gabriel, lo de llamar antes de entrar es algo que debemos mejorar —dice con desgana.

Su compañero cierra la puerta y se sienta frente a ella sin esperar invitación. Su rostro, grave y sereno, refleja una preocupación que Patricia reconoce de inmediato. Es un hombre de pocas palabras, así que está segura de que lo que va a decirle es importante.

—Una mujer ha venido a verme. Me ha entregado esta nota —declara al tiempo que le tiende la bolsa de pruebas en la que ha guardado la carta.

Patricia la coge y lee el escrito a través del plástico transparente, absorbiendo cada palabra. Gabriel tiene ahora su atención; todo lo demás se desvanece ante la gravedad de la situación.

—Es de un secuestrador. Dos adolescentes no han vuelto a casa. La mujer dice que ha encontrado un sobre en el felpudo esta madrugada. En la nota se exige un rescate de doscientos cincuenta mil euros por familia y se advierte que no deben hablar con la policía.

Patricia parpadea con rapidez; la información le revuelve el estómago y la descoloca por completo. Nunca ha trabajado en un caso así. Hasta ahora, secuestros como ese le habían parecido exclusivos del cine. Lo primero que piensa es que se trata de una broma de mal gusto.

Sostiene la bolsa de pruebas con cuidado. No la abre; teme contaminar más de lo necesario. Descubre que Gabriel ha incluido el sobre en cuyo interior se hallaba la nota. Está cerrado con solapa autoadhesiva. Su mente, meticulosa, lamenta que no sea del tipo que se cierra con saliva, lo que habría facilitado obtener ADN. Sin embargo, persiste la duda sobre la veracidad del caso.

—¿Estás seguro de que no es una chiquillada? —pregunta con cautela. Su voz está impregnada de incredulidad y aprensión.

—Sé que parece un disparate, pero no podemos dejarlo de lado —responde Gabriel con convicción.

Patricia suspira y fija la vista en el techo blanco, donde aseguraría que cada sombra refleja la incertidumbre que la invade.

—Vale. Hablemos con Urriaga y vayamos para allá. ¿Dónde están las familias? —pregunta, y se dispone a levantarse de la silla.

Gabriel le indica con un dedo que espere.

—Están en el Cabo de las Huertas —explica. Ha apoyado las manos en el escritorio y agachado la cabeza para hablar a su compañera en tono confidencial—. Patricia, no podemos presentarnos allí sin más. La nota exige a esos padres que no hablen con la policía. Si acudimos con coches patrulla y equipos, podríamos estar cometiendo un grave error.

Patricia conoce lo suficiente a Gabriel para saber qué terreno está preparando con ese preludio tan meditado. Odia consentirle sus

excentricidades, pero no ignora que es extraordinario en su trabajo. Ni que tiene razón. Claro que la tiene.

Lo escucha con atención, tragando saliva con cada palabra a medida que las ideas de su compañero le parecen más retorcidas. En ese momento, detesta ser la jefa del Grupo de Homicidios, un cargo que ha roto su estabilidad familiar y emocional.

Cuando termina de hablar, Gabriel adopta esa expresión seria que suele aparecer en su rostro cuando está convencido de que tiene razón.

Ella lo mira. No quiere decidir.

—Vamos a ver a Urriaga. Si él te da permiso, adelante.

El comisario Urriaga está leyendo las noticias en su ordenador. Apenas le quedan unos meses para jubilarse y su mente ya está en otra parte: una casa de una sola planta en Altea, con vistas al Mediterráneo y espacio suficiente para disfrutar con su mujer, lejos del ruido de la ciudad. Todo está planeado. Nada debería alterar ese final que aguarda desde hace tanto tiempo.

Alguien llama a la puerta.

Patricia Siles entra con paso firme, seguida por Gabriel Somoza, ese hombre que siempre parece arrastrar problemas consigo. Urriaga reprime un suspiro. El día promete ser largo.

—Más vale que sea importante —gruñe, y se acomoda en su silla.

Patricia toma asiento frente a él, con Gabriel a su lado. El comisario se fija en el leve temblor de sus dedos y en cómo recorre con los ojos la habitación, como si buscara algo que no está allí.

—Han desaparecido unos adolescentes y una madre ha venido a denunciarlo —empieza Patricia en ese tono controlado que emplea cuando necesita que la escuchen.

Urriaga alza una ceja. Con un gesto, le indica que continúe.

Patricia le cuenta todo lo que saben hasta ahora, que no es mucho, y también el plan del inspector Somoza. En esa última parte no muestra el mismo convencimiento.

—Gabriel tiene una propuesta para abordar el caso —añade con un hilo de voz.

—¿Qué clase de propuesta? —pregunta Urriaga con más brusquedad de la necesaria.

Antes de que Patricia pueda responder, su compañero se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y contesta.

—Infiltrarme.

Urriaga lo mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Infiltrarte? ¿De qué demonios estás hablando, Somoza?

—Los dos adolescentes viven en la misma urbanización de chalets. Si aparecemos allí, vamos a ponerlos en peligro. Sugiero que permita que me infiltre como el nuevo conserje. Fingiremos que el actual está de baja. Puedo encargarme de todo eso, pero no tenemos tiempo que perder, comisario.

Urriaga abre la boca para protestar, pero Gabriel sigue hablando.

—Los equipos técnicos irán de incógnito, con una furgoneta de reformas o algo similar. Nadie sospechará. Desde dentro podré observar, moverme sin restricciones y recopilar información sin levantar sospechas. Quizá le parezca una chapuza, pero me veo capaz de resolverlo antes de que sea tarde.

Urriaga lo interrumpe golpeando la mesa con la palma de la mano.

—¡Es una locura! Esa no es nuestra manera de trabajar, Somoza.

—Lo que sí sería una locura es que el secuestrador cumpla su amenaza y los chicos aparezcan muertos —interviene Patricia en un tono más frío de lo habitual.

El comentario queda flotando en el aire, cargándolo de incertidumbre. Urriaga se cruza de brazos y estudia a ambos inspectores.

—Esto no es un juego —advierte.

—Lo sabemos —responde Gabriel, tajante—. Pero si no hacemos algo ya, no tendremos ni una oportunidad.

Urriaga respira hondo y se pasa una mano por el rostro. De repente, el calor del despacho le resulta sofocante. Su mente se debate entre la prudencia y el instinto. Una parte de él quiere rechazar el plan de inmediato, pero otra, más pequeña, sabe que no tienen muchas alternativas. No se ha enfrentado a nada parecido en todos sus años en activo.

Finalmente, se inclina hacia atrás en su silla y mira a Patricia.

—¿Crees que puede funcionar?

—Sí. Gabriel tiene razón. No debemos poner en peligro a esos chicos y podemos trabajar sin llamar la atención. Yo me encargaré de coordinar todo desde fuera.

El comisario tamborilea con los dedos sobre el escritorio en un gesto involuntario.

—Está bien —dice por fin con voz grave—. Convoca a todos los que necesites en la sala de reuniones y pon el operativo en marcha ya.

2

David Velasco camina de un lado a otro del amplio salón de su casa en el Cabo de las Huertas, la mansión por la que pagó casi tres millones de euros hace cinco años.

Las manos le tiemblan, aunque no sabe si es por la ira o por el miedo. No está acostumbrado a que nadie sino él tenga la sartén por el mango. El mármol del suelo refleja las luces del techo, pero también le devuelve su propia imagen: envejecida, descompuesta, incapaz de tomar el control de la situación.

El reloj de péndulo de la esquina parece haberse detenido desde que Sonia, su hija, se marchó ayer por la tarde. No ha llamado a la policía. No todavía. Sabe que debería hacerlo. Cualquier padre lo haría sin dudar si su hija desapareciese. Pero él no es cualquier padre, y el peso de ciertas verdades que arrastra lo mantiene paralizado. Debe esforzarse por mantener la calma. Son rabietas típicas de adolescente, o eso intenta creer. Lo normal sería que apareciese de un momento a otro.

En el otro extremo del salón, Irina, su joven esposa y madrastra de Sonia, está sentada en el borde del sofá blanco, con las piernas cruzadas y la mirada fija en él. Su melena rubia, recogida en un moño apretado, acentúa aún más sus rasgos perfectos, escultóricos,

el motivo por el que nunca pasa desapercibida. Es una de las pocas veces que no va vestida con elegancia.

—¿Vas a quedarte ahí de pie, David? —dice con ese acento apenas perceptible que delata sus raíces ucranianas.

David no responde. Se lleva la mano al pecho, donde una presión constante amenaza con desgarrarlo. Hace tiempo que la relación con su hija es tirante. Ha llegado a decirle que la odia, algo que un padre nunca debería decir. Pocas cosas pueden ser más dolorosas que eso. Pero no es del todo cierto. Al menos, no hasta el punto de alegrarse por su desaparición. Lo peor es que haya sucedido después del incidente que ocurrió entre ambos. Eso lo martiriza.

Irina se levanta con un movimiento fluido dejando al descubierto la silueta impecable que tanto fascinaba a David años atrás. Se acerca y le agarra de la camisa.

—¡Tienes que hacer algo! Es tu hija, por el amor de Dios.

—¿Y qué demonios quieres que haga? —responde él con una voz más tensa de lo que le gustaría—. ¡Ya sabes cómo es! Vendrá tarde o temprano y se encerrará en su cuarto, como siempre.

Irina lo mira de soslayo. Sus ojos enrojecidos delatan que ha pasado horas llorando.

—Todo esto es culpa tuya.

—¡Cállate! No sabes lo que dices —gruñe David, y se aparta de ella.

—Voy a llamar a la policía. Estamos perdiendo el tiempo —advierte Irina.

David no contesta. Se da la vuelta y, con pasos firmes, pasa al lado de su mujer como una exhalación. Agarra el teléfono de Irina,

que reposa sobre la mesa de centro, y lo estrella contra el suelo. La pantalla estalla en mil pedazos.

—No vas a llamar a nadie. Quédate quieta y deja que lo hagamos a mi manera.

Sube la escalera con un nudo en la garganta. No debería haber hecho eso. Ni lo que hizo ayer.

Daniela Vidal cierra la puerta y, en cuanto cruza el umbral, el miedo la invade. Ya no tiene el sobre con la nota del secuestro; lo ha entregado a la policía porque era lo correcto. Se alegra de haberlo hecho. Ahora no puede volver a mirarlo cada diez minutos aferrándose a la esperanza de que todo sea un error.

La madera del suelo cruje bajo sus pies mientras se adentra en el salón. Su mirada se detiene en la fotografía de Emma sobre la repisa: un verano en la playa, piel bronceada, ojos llenos de vida. Contemplarla acentúa su dolor, como si la propia imagen la acusara de lo sucedido.

En la cocina, su marido, Miguel Lago, remueve los utensilios con torpeza. Finge estar ocupado, pero Daniela sabe que la espera lo carcome tanto como a ella. Su mera presencia le resulta desagradable.

—¿Dónde has estado? —pregunta Miguel sin girarse, en un tono cargado de sospecha.

—Fui a dar una vuelta. Necesitaba despejarme —responde Daniela evitando su mirada. Sabe que él no la cree, pero no puede permitirse discutir. No ahora.

—¿A despejarte? —repite Miguel, y deja caer la cuchara de madera sobre la encimera con un golpe seco—. Dime que no has ido a la policía.

Daniela siente que un nudo se le forma en la garganta. Las palabras se le agolpan. Tiene que decirle la verdad. En un par de horas, Gabriel Somoza se plantará en su casa. Ya no hay vuelta atrás.

—Sí. He ido a comisaría —admite con voz entrecortada.

El silencio se adueña de la estancia. Le basta con echar un vistazo a la cara de su marido para saber que se avecina una discusión.

—Has cometido un grave error, Daniela. La nota decía claramente que no fuéramos a la policía. Si pasa algo, será culpa tuya.

Esa recriminación la atraviesa. Sabía que debía tomar una decisión, pero ahora la duda la asalta.

Miguel suelta una risa breve y amarga.

—No me puedo creer que hayas hecho eso sin mi consentimiento.

—¡Es mi hija! —grita Daniela dando un paso al frente con los ojos vidriosos clavados en su esposo.

—¡Y la mía, joder!

Daniela no contesta. Cuando toma una decisión, la mantiene hasta el final. Más aún en esta ocasión, en la que, por mucho que lo intenta, no encuentra un escenario en el que acudir a la policía no sea lo más sensato.

—Es posible que todo esto sea una broma de mal gusto —sugiere Miguel.

—¿Ves a tu hija por algún lado? —pregunta Daniela con ironía.

Espera una respuesta que no llega. Su marido baja la vista al suelo.

—No. No la ves. Dime una cosa, ¿has tenido problemas con alguien últimamente?

Miguel levanta la cabeza. Su expresión se tuerce en una mezcla de ira y tensión contenida.

—¿Cómo te atreves a insinuar que esto es culpa mía?

—Te he preguntado. No he insinuado nada —contesta Daniela con voz firme. La rabia asoma entre la desesperación—. Lo mejor será que prepares el dinero.

Miguel la mira con desaprobación. Para Daniela, es un gesto cargado de dramatismo por lo que acaba de decirle. Aunque hay algo más en esa expresión. Lo conoce desde hace muchos años y sabe cuándo algo no va bien. Permanece inmóvil observando cómo se marcha. No le ha contestado, pero ella no necesita una respuesta; su reacción ha sido suficiente. No se fía de él. Sospecha que su negativa a contactar con la policía no tiene nada que ver con proteger a su hija. Lo hace para protegerse a sí mismo.

3

El barrio del Cabo de las Huertas se despliega ante Gabriel Somoza como la imagen de una postal. Las casas, con sus fachadas impecables y sus jardines diseñados al milímetro, reflejan la opulencia de quienes las habitan. Ese rincón de Alicante siempre ha sido un símbolo de éxito, un oasis reservado para los más afortunados.

Recuerda haber ido allí en su infancia, cuando el acceso al mar parecía más sencillo entre las rocas de los acantilados. Su madre los llevaba a él y a su hermana, decía que eran playas más tranquilas donde apenas había bañistas. Era una pequeña escapada al paraíso que, sin embargo, no consigue despertar nostalgia en su interior ahora. Está centrado en el caso y sabe que el tiempo corre en su contra. No puede permitirse perder ni un solo segundo.

Camina disfrazado de conserje por los aledaños de la urbanización Jardines del Edén, un enclave con casas enormes y de precio prohibitivo, donde viven Emma y Álvaro, los dos adolescentes desaparecidos. Lleva puesta una chaqueta gris desgastada y una gorra que le cubre lo suficiente el rostro para pasar desapercibido.

Un agente de paisano se le ha adelantado para contactar con el verdadero conserje de la urbanización. Los encuentra a ambos en la conserjería: una construcción apartada de las viviendas donde,

además de herramientas de todo tipo, se alza un gran panel con las llaves de las zonas comunes y una pantalla que en esos momentos emite una imagen nítida de la puerta principal.

El hombre se levanta nada más verlo entrar. Se apresura a saludarlo, pero Gabriel se excusa con un gesto y se dirige a la ventana para bajar la persiana. Después se gira y, esta vez sí, le devuelve el saludo.

—Usted debe de ser Mateo. Un placer conocerlo y gracias por recibirnos.

El conserje asiente, con una expresión que mezcla desconcierto e inquietud.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí?

Gabriel señala la pantalla.

—¿Esa cámara graba o solo transmite la imagen?

—Graba, evidentemente. Los vecinos de esta urbanización pagan un pastizal por ello.

Somoza asiente y se lleva una mano a la barbilla.

—Mateo, vamos a llevar a cabo una operación encubierta. Necesitaremos que se tome unas vacaciones y que no comente con nadie lo que ha sucedido aquí.

—¿Cómo? ¿De qué está hablando?

Gabriel cruza una mirada con el agente de paisano antes de responder.

—Esta mañana a primera hora se ha denunciado la desaparición de Emma Lago y Álvaro Sempere después de que Daniela, la madre de Emma encontrase la nota de un secuestrador en la puerta de su casa. Es imprescindible que nadie sepa que la policía está investigando el caso. Por eso me haré pasar por su sustituto. Ahora

quiero que entienda que no tenemos tiempo que perder. Vamos a sentarnos frente a esa pantalla y va a enseñarme las grabaciones de esta madrugada. Además, necesito que conteste unas preguntas y que me haga una lista con las labores que debo llevar a cabo para que todo siga más o menos igual.

El hombre deja escapar un largo suspiro y se lleva una mano a la cabeza. Acaba de recibir toda la información de golpe y no termina de asimilarla.

Sin darle opción de réplica, el inspector Somoza ya ha tomado asiento frente a la pantalla mientras su compañero de paisano esboza una leve sonrisa.

La reunión termina con Gabriel tratando de organizar mentalmente cómo va a desarrollar la jornada. No le ha costado convencer al conserje para que aceptara unas vacaciones remuneradas. El hombre, un tipo corriente y sin demasiadas ataduras, ha aceptado sin titubear y ha prometido guardar el secreto. Gabriel ha aprovechado la conversación para hacerle preguntas sobre las familias de los desaparecidos, pero ha terminado irritado por la simpleza de sus respuestas. «Son gente normal. Ricos pero normales», ha dicho. Sin embargo, Gabriel no lo cree. Más bien sospecha que procura no meterse en problemas por miedo a perder el empleo.

Tampoco han sido de utilidad las grabaciones de la cámara de seguridad. No se ve a nadie entrar o salir a la hora a la que Daniela, supuestamente, encontró la nota. Es cierto que hay ángulos muertos, pero no ha conseguido nada útil.

Mientras avanza hacia la casa de Daniela Vidal y Miguel Lago, analiza cada detalle a su paso. Busca vehículos con capacidad para transportar a varias personas, examina las ventanas en busca de miradas furtivas y estudia con atención la expresión de quienes se cruzan en su camino. Es posible que los secuestradores no sean de la zona, pero también que sí lo sean, y no puede, ni debe, obviar esa posibilidad.

Una furgoneta blanca con el logo de una supuesta empresa de reformas está aparcada frente a una construcción moderna con grandes ventanales. Gabriel la observa de reojo y finge indiferencia. Fue él quien sugirió la idea, así que conoce bien el verdadero propósito de sus ocupantes. Cuatro agentes de policía disfrazados de operarios entran y salen de la vivienda transportando herramientas, cajas y bloques de baldosas. Dentro de las cajas de cartón está el equipo que instalarán en la casa de Daniela: un ordenador con acceso al software de la policía, cámaras de vigilancia, micrófonos…, todo lo que Gabriel necesita para operar desde allí.

Patricia coordina el trabajo desde fuera de manera sobresaliente, como de costumbre. Ya ha conseguido la orden para intervenir los teléfonos de las dos familias afectadas. Es crucial que, si los secuestradores contactan por teléfono, las conversaciones queden registradas.

En el domicilio de la familia Lago Vidal, dos de los agentes golpean ruidosamente una baldosa con un martillo para reforzar la tapadera. Los otros dos trabajan con precisión instalando el equipo.

Gabriel atraviesa el jardín, cruza el césped inmaculado y entra en la vivienda.

Daniela lo espera con las palmas de las manos juntas, como si estuviera rezando. A su lado, el hombre que debe de ser su marido lo observa con expresión tensa, claramente incómodo con su presencia.

—No tenemos tiempo que perder —dice Gabriel sin rodeos—. Llame a los padres de Álvaro e indíqueles que vengan por separado. Quiero interrogarlos a todos uno a uno.

Patricia Siles tiene los ojos hinchados por el cansancio acumulado. No duerme bien desde que asumió la jefatura del Grupo de Homicidios. Aún se pregunta por qué aceptó el cargo. No lo quiere, lo detesta. Pero, por algún motivo, siente que es lo que debe hacer. Quizá porque, en el fondo, teme que el trabajo se haya convertido en su único refugio.

Su situación familiar es un desastre. Su marido no pierde oportunidad para reprocharle su ausencia. «Nosotros también te necesitamos», le dijo hace unos días en medio de una de tantas discusiones que ya se han convertido en la tónica habitual. Patricia no supo qué responderle. Hay verdades que son incontestables.

Desde su despacho, observa parcialmente la sala de operaciones. Los monitores brillan con imágenes de cámaras de seguridad y mapas interactivos que señalan ubicaciones clave. Al otro lado del vidrio, los agentes trabajan en silencio, conscientes de la importancia del caso. Con los brazos cruzados, Patricia permanece inmóvil, pero su mente no descansa. En realidad, ha sido ella quien ha gestionado todo mientras Gabriel se infiltraba.

Lorenzo, un policía veterano apreciado y respetado por todos, se dirige hacia su despacho con un portafolios en la mano.

—¿Alguna novedad? —le pregunta Patricia antes de que cruce el umbral.

—Estamos procesando las grabaciones de las cámaras cercanas a la urbanización Jardines del Edén. Algunas tienen ángulos muertos. También estamos cotejando las matrículas de los vehículos que se ven en ellas durante las horas en las que podría haberse producido el secuestro. Hasta ahora, todas pertenecen a vecinos de la zona, pero aún es pronto.

Patricia asiente lentamente. Su mente ya visualiza los pasos siguientes. Analizará cada segundo de esas grabaciones si es necesario, aunque todo apunta a que el secuestro no se produjo allí. Ni Álvaro ni Emma se encontraban en ese lugar cuando desaparecieron. La urbanización Jardines del Edén, con su aspecto tranquilo y lujoso, se ha convertido en el epicentro de una investigación que podría destapar secretos incómodos.

—¿Habéis empezado a rastrear los móviles de los dos chicos? —pregunta.

Lorenzo asiente.

—Ya lo hemos solicitado, pero sabes que eso lleva tiempo.

—Lo quiero todo —contesta, y desvía la vista hacia la pantalla del ordenador—. Ubicaciones, mensajes, llamadas… No dejemos ningún cabo suelto.

Lorenzo toma nota con el portafolios apoyado en el escritorio de su jefa.

—¿Algo más?

Patricia le devuelve la mirada.

—Sí. Quiero que alguien revise los antecedentes de los familiares de Emma y Álvaro. Que busquen debajo de las piedras si hace falta.

Lorenzo asiente y abandona el despacho. Patricia cierra los ojos por un instante en un intento de controlar el agotamiento. Lleva un buen rato escudriñando las redes sociales de los desaparecidos en busca de cualquier pista: un comentario sugerente, una publicación compartida, amigos que llamen la atención…, cualquier detalle que arroje algo de luz. Pero no ha encontrado nada relevante.

Álvaro Sempere y Emma Lago, dos nombres que ahora se graban a fuego en su mente. En apariencia, dos adolescentes normales. Son novios desde hace más de un año. Él es extraordinariamente guapo: ojos azules, complexión atlética y unos rasgos dignos de Hollywood. Parece tener mucho cariño a un diente de marfil que lleva colgado al cuello en todas las fotos. Es mayor de edad; cumplió dieciocho años hace dos meses. Emma también es atractiva. Comparte en las redes libros que ha leído sin dejar de lado su cuota de protagonismo en cada publicación, donde se la ve en poses quizá demasiado estudiadas. Nada fuera de lo común en la adolescencia. Nada impropio para una chica de diecisiete años.

Patricia copia los enlaces de dos perfiles en un correo electrónico: los de Ismael Reyes y Camila Vega. Parecen ser los mejores amigos de Álvaro y Emma. Pulsa la tecla de enviar y, acto seguido, descuelga el teléfono.

Una voz de mujer responde al otro lado de la línea.

—Buenos días, Lucía. Acabo de mandarte un correo con dos perfiles de redes sociales. Necesito que los localices y me proporciones sus datos cuanto antes.

Lucía no tiene tiempo ni de contestar. Patricia ya ha colgado.

También ella quiere salir de su despacho y aportar algo a la investigación.

Álvaro Sempere despierta sobresaltado con un dolor punzante en la cabeza que lo obliga a llevarse una mano a la sien. Siente la textura pegajosa de algo seco y resquebrajado: sangre.

Parpadea varias veces tratando de ajustar la vista a la penumbra que lo envuelve. La cabaña en la que se encuentra está construida con madera tosca y desprende un aire de abandono que lo hace estremecer. Las ventanas están tapiadas. Una tenue luz se filtra a través de la rendija que hay en una de ellas y proyecta sombras alargadas sobre el suelo polvoriento. El hedor a humedad es sofocante.

Mientras recorre con la mirada el lugar, distingue una figura inmóvil en el suelo, a pocos metros. Es Sonia Velasco, la reconoce por su inconfundible melena rizada. Está de costado, con el cabello revuelto cubriéndole parte del rostro. No sabe si está consciente, dormida… o algo peor. Nota cómo el calor le sube a las mejillas. Un nudo le aprieta la garganta mientras intenta llamarla con la voz ronca.

—Sonia —susurra al principio, y luego con más fuerza—. ¡Sonia, despierta!

No hay respuesta.

A su derecha, un leve movimiento llama su atención. Emma, su novia, está sentada en el suelo con las piernas dobladas y los brazos alrededor de las rodillas. Su rostro, bañado en un halo de luz mortecina, revela heridas y un rastro de sangre reseca que le baja

desde la frente hasta la barbilla. Sus ojos, grandes y asustados, se pierden en la nada. El pánico parece haberse apoderado de ella. Tiembla ligeramente y su respiración es irregular.

—Emma… —susurra Álvaro, e intenta incorporarse; sin embargo, un mareo lo obliga a apoyarse en el suelo. La cabeza le palpita con fuerza, pero eso no le impide arrastrarse hacia su novia—. ¡Emma! ¿Estás bien?

Ella no contesta. Sigue en shock. Aun así, es evidente que no lo está. Ninguno de los tres lo está.

4

Miguel Lago permanece en la entrada del salón, apoyado en el marco de la puerta. Observa a Daniela mientras esta habla con el inspector Gabriel Somoza. La escucha describir a Emma, la hija de ambos. Le cuenta que es una chica increíble, que, si bien no destaca en el instituto, avanza de curso sin problemas; que quiere ser enfermera, aunque duda que le dé la nota para acceder y que, por eso, irá a una universidad privada; que con los años se ha vuelto cada vez más rebelde, que tiene un carácter fuerte y que chocan a menudo; que su padre no sabe manejarla y eso los distancia…

Cuando, hace un rato, su mujer le pidió que reuniera el dinero del rescate, Miguel sintió que el mundo se le venía encima. Hace años fue un empresario de éxito, dueño de una empresa de importación de productos asiáticos, pero el negocio se hundió y la pandemia ha terminado de rematar su agonía. Nadie lo sabe, salvo él. Su mujer y su hija piensan que su poder adquisitivo es el de siempre, y no ha sido capaz de pedirles que dejen de gastar. Debe mucho dinero en créditos y, aunque le duela reconocerlo, la única salida es vender la casa y empezar de nuevo.

El inspector escucha con atención a Daniela y toma notas en un cuaderno. Insiste en preguntarle quiénes son las amigas cercanas de Emma. La mujer no sabe qué contestar porque, aunque Emma las

ha tenido, desde que sale con el guaperas de Álvaro Sempere se ha aislado por completo. Lo idolatra de tal forma que a Miguel le preocupa esa obsesión. O quizá sean celos, no está seguro.

Mientras Gabriel y Daniela siguen hablando, él siente que se le acelera el pulso.

Por supuesto que está preocupado por Emma. Es su hija, su única hija. La idea de que esté en peligro lo consume por dentro y el miedo se apodera de él. Pero no es solo eso, y se odia a sí mismo porque Emma no sea su preocupación exclusiva en este momento. Un temor profundo y oscuro lo mantiene al borde del colapso.

El rescate. La cantidad de dinero exigida. Sabe que no podrá reunirla, no con la situación en la que se encuentra. Y si alguien empieza a indagar demasiado… Bueno, no quiere ni pensar en ello. Vivir en una casa como la suya y en un barrio como el Cabo de las Huertas conlleva una reputación que se niega a perder. Y luego está el otro asunto, claro. Ese que, en caso de salir a la luz, le acarrearía aún más problemas. La situación lo desborda.

Las preguntas del dichoso policía son cada vez más incisivas. Ahora quiere saber si algún miembro de la familia tiene enemigos, si han discutido con alguien recientemente o algo similar. Daniela lo niega todo, pero Miguel tiene presente que después será su turno. El inspector ha pedido hablar con ambos por separado y, aunque ha dado a entender que desea realizar los interrogatorios con algo de intimidad, Miguel no ha obedecido. Desde el salón se oye todo, y su mujer tiene un timbre de voz alto, lo que lo pone de los nervios continuamente.

Miguel no sabe qué contar y qué no cuando le llegue el momento. ¿Sería bueno decir toda la verdad? Se plantea bajar al sótano y

llamar a un abogado para que lo asesore. Tal vez él sepa qué hacer, porque Miguel no está centrado para tomar decisiones. Pero ¿qué impresión daría eso? Solo los que tienen algo que esconder recurren a abogados antes de un interrogatorio. Y en su caso es así, precisamente, pero de eso no tiene por qué enterarse nadie.

Cuando ya pensaba que las cosas no podían ir peor, distingue, a través de la ventana del salón, una silueta femenina acercándose a su casa. Es Marta, la madre de Álvaro.

Miguel corre hacia la puerta. Cuando la abre, descubre que la mujer tiene un aspecto deplorable, el de una madre a cuyo hijo acaban de secuestrar. Lo mira con los párpados hinchados y los ojos enrojecidos. Agacha la cabeza y se acurruca contra su pecho. Durante un instante, Miguel duda si apartarla o no, pero debe mostrar humanidad. La envuelve con el brazo y la invita a pasar.

Jorge Sempere, el marido de Marta, no tardará en llegar. El inspector Somoza pidió que, cuando contactaran con los padres de Álvaro, les dijeran que acudieran por separado. Miguel no sabe de cuánto tiempo dispone para hablar con Marta a solas. La acompaña hasta el salón y, de camino, cierra la puerta de la cocina, donde Daniela sigue respondiendo a las preguntas del inspector.

—¿Cómo estás? —susurra Miguel.

Marta no puede contestar. Lo intenta, pero las palabras no le salen. Niega con la cabeza y comienzan a brotar lágrimas de sus ojos.

Miguel no sabe qué decir. Él tampoco encuentra las palabras adecuadas. Duda que haya algo apropiado en esos casos.

Marta emite un sollozo.

—Esto no puede estar pasando —dice finalmente.

—Van a aparecer, encontraremos la solución.

Ella se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ha ocurrido algo extraño. Ha venido a casa esa mujer rubia que va siempre tan elegante, la que tiene un Mercedes descapotable. Dice que su hijastra no ha vuelto a casa desde ayer. Ha preguntado por Álvaro, por si él sabía algo, y se lo he tenido que contar. ¿Cómo se llama esa niña?

—Sonia, creo —contesta Miguel.

—Sí…, eso.

Miguel se lleva la mano a la barbilla y trata de procesar la información que Marta acaba de darle.

—Entonces ¿esa chica también ha desaparecido? —pregunta contrariado.

—Eso parece. Después de contarle lo sucedido, esa mujer ha venido con el marido y les he enseñado la nota. El padre está cabreadísimo. Dice que la habéis cagado al ir a hablar con la policía.

Miguel suspira. Piensa lo mismo. También está enfadado con su esposa, pero no puede culparla por algo así. Y no va a permitir que ese hombre, sea quien sea, le recrimine lo más mínimo a Daniela, porque es su mujer, a pesar de todo.

—Daniela ha hecho lo que tenía que hacer.

—¿De verdad lo crees? —pregunta Marta alzando la cabeza para encontrar su mirada.

Miguel asiente, poco convencido pero firme.

—Por favor…, que todo esto sea una chiquillada —murmura Marta.

—¿Crees que puede serlo? ¿Es algo que haría tu hijo?

A Marta se le tuerce el gesto.

—¿Mi hijo? Tiene que ser mi hijo, claro. No puede ser cosa de tu hija, ¿verdad?

Miguel levanta las manos pidiendo calma.

—No he querido decir eso, Marta. ¡Por Dios!

Ella se aleja de él, da un par de pasos y se sienta en el sofá del salón. Miguel se acomoda en el sillón. No quiere sentarse a su lado en ese momento.

—Están interrogando a Daniela. Van a interrogarnos a todos, uno a uno —anuncia.

Marta asiente con desgana.

—Tenemos que decidir qué contar.

Ella gira el rostro y lo fulmina con la mirada.

—Nada —sentencia—. Y tú vas a hacer lo mismo.

Cuando Gabriel termina de hablar con Daniela, le pide un momento a solas en la cocina. La mesa donde la familia Lago desayuna a diario se ha convertido en su centro de operaciones. Se imagina a Emma con cara de pocos amigos tomando algo antes de ir al instituto. O tal vez sonriente, aunque nadie sonríe a primera hora de la mañana.

Las dudas lo asaltan. Infiltrarse en la urbanización Jardines del Edén para investigar sin que nadie sospeche que las familias han acudido a la policía puede que sea una idea brillante, pero la impotencia de no poder ayudar a Patricia en comisaría lo irrita. Por otro lado, cabe la posibilidad de que sus esfuerzos por mantener en secreto la investigación sean en balde y los secuestradores lo

descubran igualmente. No tiene forma de saberlo ni intención de poner en peligro la vida de Álvaro y Emma.

Piensa que ha llegado el momento de llamar a su compañera y averiguar si ha descubierto algo.

—¿Cómo estás? ¿Has hecho avances? —dice Patricia al descolgar el teléfono.

—Iba a hacerte la misma pregunta. —Gabriel suspira—. Acabo de hablar con la madre de Emma, Daniela. Sigue muy nerviosa, lo cual es lógico, y me cuesta sacarle información. El padre parece más entero; ahora hablaré con él. He visto llegar a una mujer, debe de ser la madre de Álvaro. Será la siguiente. En cuanto termine, les pediré que me dejen echar un vistazo a las habitaciones de los chicos, a ver qué encuentro.

—Debería estar ahí contigo y ayudarte con los interrogatorios —comenta Patricia—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Y quién se encargaría de gestionar todo lo de fuera? ¿Se te ocurre alguien mejor?

Patricia no contesta. Se produce una pausa que se alarga unos segundos.

—¿Qué hay del conserje? ¿Te ha dicho algo relevante?

—No. Creo que le preocupaba decir algo indebido. Ya sabes cómo es la gente con dinero, un día se les cruza el cable y acabas despedido. Hemos revisado la cámara de seguridad de la entrada. No aporta nada. No se ve a nadie entrar ni salir a la hora a la que Daniela dice que encontró la nota. Aunque hay varios ángulos muertos.

—Entiendo —contesta Patricia—. O sea, que entraron de alguna manera que las cámaras no pudieron captar o alguien puso esa nota

desde dentro.

—Eso mismo he pensado yo. Averiguaré si hay algún otro acceso, por no dejar nada en el aire —añade Gabriel.

—Estupendo. Por otro lado, ninguno de los familiares tiene antecedentes. Solo multas de tráfico y cosas así, pero nada serio. Estoy investigando también al resto de los vecinos. Nunca se sabe. Y voy a interrogar a los amigos del instituto de los desaparecidos, puede que nos enteremos de algo. A ver cómo me las arreglo para no llamar mucho la atención.

—Genial, Patricia. Buen trabajo. Sigo por aquí. En un par de horas tendré que salir a limpiar las aceras y ese tipo de cosas para que nadie sospeche.

Gabriel oye que su compañera se ríe. Una mueca se dibuja en sus labios; no llega a ser una sonrisa, pero casi. Después de eso, se despiden.

Antes de continuar con los interrogatorios, realiza otra llamada. Esta vez a Roberto Valero, el padre de Carlos, un joven al que conoció en su anterior caso.

—Roberto, necesito pedirte un favor. Estaré unos días fuera. ¿Podrías ir a mi casa y poner comida y agua al gato? La ventana del jardín trasero sigue rota, accede por ahí.

Miguel Lago entra en la cocina tratando de aparentar tranquilidad. Quizá no sea lo más correcto; tal vez debería dejar salir sus emociones y permitir que el nudo de la garganta termine de romperse.

El policía lo observa y le hace un gesto con la mano para que se siente. Es serio, tanto que Miguel no puede evitar pensar que sospecha de él nada más verlo. Hay que ser muy mala persona para creer que un padre secuestraría a su hija y pediría un rescate. Tal vez haya descubierto que está en la ruina y por eso desconfía. O quizá solo esté haciendo su trabajo. Sea como sea, Miguel no tiene más remedio que sentarse y colaborar, aunque esa sea su cocina y un desconocido le haya indicado que tome asiento.

—Entiendo que es una situación difícil para usted y su mujer. Siento que tengan que pasar por esto, pero es importante que recabe toda la información posible para encontrar a su hija —dice el inspector Somoza rompiendo el silencio.

Miguel lo mira. Le duele la mandíbula de tanto apretarla por los nervios; la siente como una roca. Hace un esfuerzo por relajarse y se limita a asentir.

—¿Conoce bien a su hija, señor Lago?

Se encoge de hombros. No esperaba esa pregunta.

—Diría que sí. La conozco desde que nació.

No le ha hecho gracia su propio comentario. En realidad ha sido un error decir algo así en un momento como ese.

—¿Sabe si su hija ha hecho amigos nuevos últimamente? —pregunta Gabriel.

Miguel niega con la cabeza.

—Todo lo contrario, y ese es el problema. Emma está dejando de lado a sus amigos desde que empezó a salir con Álvaro. Se pasa todo el día con él.

—¿Por qué es un problema? ¿Hay algo en Álvaro que no le guste?

—Yo no he dicho eso… A ver, a ningún padre le gusta que su hija esté todo el día con un chico manoseándose y esas cosas. Pero no, no tengo ningún problema con él ni con su familia.

El policía anota algo en su libreta.

—¿Se lleva usted bien con Emma?

El sudor empieza a condensarse en la frente de Miguel. Ese poli ha ido directo al grano.

—Nos queremos mucho. Es verdad que discutimos a menudo, pero como todos los padres con sus hijos, ¿no?

Busca en los ojos del inspector una complicidad que no encuentra.

—Dígame una cosa: ¿en alguna de esas discusiones Emma ha amenazado con marcharse de casa o ha hecho comentarios similares?

«Mierda», piensa Miguel. Estaría encantado de mentirle y contestar que no, pero su mujer ha hablado antes con él, y ella no puede mantener la boca cerrada.

—A ver… Es que eso…

—Miguel, ¿sí o no? —lo interrumpe Gabriel antes de que divague más.

—Sí, pero…

—¿Cuándo fue eso? —insiste Gabriel.

Miguel frunce el ceño y da un leve golpe en la mesa, sin violencia, solo como muestra de descontento.

—Hace tiempo, no sé… ¿Un par de meses? Pero son cosas que uno dice cuando está cabreado.

—¿Emma se ha ido alguna vez, aunque sea solo una noche?

Miguel niega con vehemencia.

—No. En absoluto. Ella nunca haría algo así, se lo puedo asegurar.

El inspector parece escrutarlo. Se toma un momento para hacer más anotaciones en su libreta. Cuando termina, levanta la cabeza y fija de nuevo la mirada en Miguel.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

Miguel suspira. Con esa pregunta sí contaba.

—Cuando se marchó a clase de baile. Ayer, sobre las cinco y media. Los lunes, miércoles y viernes, Emma va a clases de baile moderno… o algo así lo llaman.

—¿Dónde son esas clases? —inquiere Gabriel.

A Miguel le sorprende que eso le interese.

—En el gimnasio Arena —contesta extrañado—. ¿No se lo ha dicho su madre?

—Sí. Pero ahora le estoy preguntando a usted —responde el inspector, tajante.

Miguel se queda mudo. Piensa que se trata de algún truco del policía para averiguar si le están mintiendo.

—Eso queda bastante lejos para ir a pie. ¿Cómo va Emma hasta allí?

—Normalmente la llevo yo, pero ese día cogió el autobús.

El policía vuelve a tomar notas en el cuaderno, y Miguel empieza a perder los nervios. El sudor de la frente ya le resulta molesto. Se pasa la mano para limpiárselo.

—¿Por qué no la llevó? —indaga Gabriel.

Miguel desvía la mirada y levanta una mano, como restándole importancia.

—Estaba ocupado con asuntos del trabajo —miente. Eso fue lo que dijo, pero en realidad no tenía ganas de coger el coche. Lo

cierto es que se encerró en su despacho para estar solo hasta que llegó el momento de irse.

Gabriel asiente. Luego alza el bolígrafo y lo agita.

—Solo una cosa más: ¿dónde estaba esta madrugada cuando su mujer encontró la nota?

—Yo… había salido —contesta Miguel. Le tiembla la voz.

—Vale. ¿Adónde?

—Fui a cenar con un posible inversor para mi negocio.

—¿Dónde cenaron? —pregunta el inspector Somoza con el bolígrafo preparado para apuntar la respuesta.

Miguel guarda silencio durante unos segundos. Ha metido la pata, debería haber sido más listo.

—Mire, la verdad es que mentí a mi mujer. No fui a cenar con un inversor. Necesitaba salir de casa para estar solo. Estuve dando vueltas con el coche, pensando. No estoy en un buen momento y, a veces, necesito salir para despejarme.

El inspector se incorpora, asiente y lo escruta durante unos segundos.

—¿Alguien puede corroborar su versión?

Miguel levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los de Gabriel.

—No.

5

Marta Ríos, la madre de Álvaro, se sienta frente a Gabriel Somoza con las piernas cruzadas y juguetea con los dedos sobre la rodilla, impaciente. Su rostro refleja angustia, pero su voz, firme y en ese tono altivo que la caracteriza, se mantiene inquebrantable. Su miedo, que hasta ahora la ha lastrado y ha expuesto su lado más vulnerable, empieza a convertirse en ira, como si necesitara encontrar un culpable por lo que le ha sucedido a su hijo.

No deja de repetir lo mismo: Álvaro es un chico maravilloso, guapo, educado, brillante, y todos le tienen envidia. Los labios se le curvan con orgullo cada vez que pronuncia su nombre, como si el mero hecho de que exista fuera una confirmación de su propio éxito.

—Es un niño que destaca —insiste, y se aparta un mechón de pelo tras la oreja en un gesto instintivo—. Siempre ha sido así. Desde pequeño, los demás lo miraban con recelo porque es apuesto, tiene carisma… Es natural que provoque celos. Hace algún tiempo, un hombre lo paró por la calle. Dijo que era fotógrafo y le pidió hacerle unas fotos. Casi aceptó, pero, cuando su padre se enteró, se negó rotundamente. Alegó que era raro. Y, la verdad, tenía razón.

El inspector Somoza la escucha en silencio. Su libreta sigue abierta sobre la mesa, sin una sola anotación. Mantiene la mirada, fría y expectante, en Marta; parece esperar a que diga algo realmente útil.

—¿Cree que podría haber algún problema del que usted y su esposo no estuvieran al tanto? —pregunta reconduciendo la conversación—. Algo que se les haya escapado. Peleas, amenazas… Ya sabe, ese tipo de cosas que son comunes en los adolescentes.

Marta suelta un bufido y alza el mentón con desdén.

—¿Amenazas? Por favor… No sé con qué clase de familias está acostumbrado a tratar, inspector, pero nosotros no somos así. Álvaro no es así. Los que no lo adoran es porque le tienen envidia. —Levanta las cejas y pone los ojos en blanco. Las palabras de Gabriel la indignan—. En lugar de perder el tiempo buscando razones absurdas, debería estar ahí fuera buscando a mi hijo. ¿Qué hace aquí? ¡Está perdiendo el tiempo!

Gabriel ni se inmuta.

—Cualquier detalle puede ser importante. Me queda claro que Álvaro es un chico extraordinario, pero, si hay algo más, debo saberlo.

—No hay nada turbio en la vida de mi hijo —insiste Marta. Sus ojos, ahora enrojecidos por la ira, lo desafían—. Si me pregunta, lo único que veo como un problema es Emma. Esa chica… siempre lo ha arrastrado hacia abajo. No lo merece. Mi Álvaro es demasiado para ella. Para cualquiera, en realidad.

El inspector Somoza alza una ceja.

—¿A qué se refiere?

—A que es un crío excepcional, de los que nacen para grandes cosas —responde Marta con cierto desprecio—. Emma no tiene ambiciones, no tiene clase, no está a su altura. No entiendo cómo Álvaro sigue con ella. Es guapa, sí. En eso estamos de acuerdo. Pero nada más, no tiene otras virtudes. Además… —Marta se inclina hacia

delante y baja la voz hasta convertirla en un susurro—. No me gusta su familia.

—¿Por qué? —inquiere Gabriel.

—No es nada personal. Son solo manías mías, no sé. Daniela no trabaja, y eso es algo que no puedo soportar. No me gusta que les inculquen eso a las niñas.

Gabriel la observa con atención, parece meditar su siguiente pregunta.

—¿A qué se dedica usted?

Marta se yergue con cierta soberbia.

—Colaboro con varias asociaciones benéficas, organizo galas y cosas así. Se me da bastante bien.

Espera encontrar aprobación en la mirada del inspector; en su lugar, obtiene indiferencia.

—Hablemos de la noche en la que recibieron la nota —dice Gabriel sin apartar la mirada—. ¿A qué hora la encontraron exactamente?

Marta se aclara la garganta.

—A primera hora, cuando mi marido salió a pasear al perro. La encontró ahí, en la puerta. Entonces fuimos a hablar con Miguel y nos contó que ellos también habían recibido una carta.

—¿No la vieron antes?

—No. Mi hijo suele llegar tarde y no lo esperamos despiertos —explica Marta, con un dejo de fastidio—. Confiamos mucho en Álvaro y no pensábamos que algo así pudiera pasar. No hemos sabido nada de él desde que ayer se marchó sobre las seis de la tarde. Es increíble, ¿no cree? Que alguien se acerque a la casa y nadie lo vea.

Gabriel se tensa de inmediato.

—¿Estuvieron en casa toda la noche? —pregunta cambiando el tono. Su expresión se endurece.

—Sí. Mi marido se metió en la cama temprano. Estaba muy cansado. Yo me quedé un rato viendo la tele en el sofá. Sigo sin entender a qué vienen estas preguntas. ¿Acaso cree que hemos tenido algo que ver?

—Solo intento recabar información, señora. Es parte de mi trabajo.

—Pues pierde el tiempo —le espeta Marta con frialdad.

—¿Tienen cámaras de seguridad? —pregunta Gabriel ignorando su actitud.

Marta chasquea la lengua.

—No. Antes sí, por eso verá que en nuestra casa hay cámaras colgadas, pero ya no funcionan. Hace años, la comunidad contrató a una empresa de seguridad que instaló cámaras en los accesos. Desde entonces tenemos un guardia por la noche, así que decidimos no arreglarlas.

Gabriel alza la vista como si calibrara la información. Marta intuye que acaba de decir algo que le resulta interesante. Siempre tiene que ser ella quien aporte los datos clave.

—¿La noche en que dejaron la carta había un guardia de seguridad trabajando? —pregunta el inspector Somoza con lentitud, midiendo cada palabra.

—«Trabajando» sería… pretencioso. Toda la vida tuvimos a Alfredo, él sí era de fiar, pero se jubiló antes del verano y contrataron a uno nuevo. Quizá lo conoce. Según tengo entendido, antes era policía.

Gabriel la observa con renovado interés.

—¿Cómo se llama? —inquiere con premura.

—Se llama Nico. Nico Ortiz, si no me equivoco —responde la mujer, aunque sabe perfectamente que no lo hace. El mismo día que empezó a trabajar en los Jardines del Edén, lo buscó en las redes sociales y, desde entonces, se ha entretenido observando sus fotos sin camiseta en la playa o en el gimnasio.

Gabriel parpadea. Tiene la mandíbula tensa.

Marta sonríe, satisfecha por haber captado su atención. Tal vez así espabile, empiece a tomarse en serio su trabajo y vaya a buscar a su hijo. Es lo único que le importa.

—Parece que sí lo conoce —añade.

Gabriel entrecierra los ojos. No necesita responder. Marta ya ha notado la sombra que ha aparecido en su expresión.

Gabriel vuelve a quedarse solo. Desde el salón llegan sollozos contenidos. Ahora hay más personas en la casa, y eso no le gusta.

Aprovecha el momento para marcar el número de Patricia.

Se oye ruido de fondo, así que debe de conducir con el manos libres.

—¿Dónde estás? —pregunta Gabriel sin preámbulos.

—De camino al instituto donde estudian los chicos, para hablar con sus amigos —responde ella con seriedad.

—¿Vas sola? ¿Cómo piensas sacarlos de clase sin que nadie sospeche?

—Sí. Voy sola; no necesito a nadie para esto. Tengo a todo el equipo trabajando —contesta Patricia, tajante—. No queda más opción que hablar con el director y contarle alguna patraña. No sufras, algo se me ocurrirá.

Gabriel guarda silencio. Busca alternativas y no encuentra ninguna. Patricia tiene razón. Cada minuto que pasa disminuye la probabilidad de encontrarlos con vida.

—Tenemos un problema —advierte al fin. No esperaba reencontrarse con Nico Ortiz, su antiguo compañero al que expulsaron del cuerpo de policía por corrupto. Su repentina reaparición empeora la situación.

—¿Qué clase de problema?

—¿A que no sabes quién es el guardia de seguridad de la urbanización?

Patricia no contesta de inmediato; parece pensar la respuesta.

—¡No me…! ¿Nico? ¿En serio?

—Así es. Acabo de enterarme.

—¿Has hablado con él? —pregunta Patricia. La ansiedad se hace notar en su voz.

—No. Regresa esta noche. Lo buscaré y tendremos una charla. Pero antes debo volver a interrogar a Daniela. Ella encontró la nota durante la madrugada. Es posible que viese a Nico o hablase con él.

—¿Crees que es buena idea?

—Creo que no tengo otra opción.

Patricia dice algo entre dientes, pero Gabriel no lo entiende.

—Lleva cuidado, por favor. Te llamo cuando haya hablado con los amigos de esos chicos. En la comisaría están todos trabajando sin parar. Han salido varias patrullas de incógnito para rastrear la zona. De momento no hay mucho. Intento reconstruir una línea temporal con sus últimas ubicaciones, pero me falta demasiada información. Envíame tus notas cuanto antes.

—Lo haré pronto —afirma Gabriel.

—Hay agentes preguntando puerta por puerta en la zona. Es posible que alguien viera algo, pero aún no tenemos nada. Quizá el registro de llamadas nos ayude.

—Me lo imaginaba. —Gabriel carraspea y baja el tono de voz—. Quiero pedirte un favor. Miguel, el padre de Emma, no tiene coartada para la noche del secuestro. ¿Puedes solicitar su registro de localización?

—¿El padre? Es muy retorcido. Es su propia hija.

—Se han visto cosas peores. Dice que salió a dar una vuelta con el coche y no volvió hasta tarde. Lo más extraño es que insiste en que iba solo, y nadie puede corroborarlo. A su mujer le mintió. Le contó que iba a una reunión de negocios.

Patricia suelta una leve exhalación.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Sí. No sé si será posible conseguir una orden para revisar los móviles de Marta Ríos y Jorge Sempere. Ella me ha dicho que estuvieron en casa toda la noche, pero tengo la sensación de que me oculta algo. Es un presentimiento.

—No sé si tu corazonada será suficiente, pero lo intentaré. Cuenta con ello. Me pongo manos a la obra —responde Patricia antes de colgar.

Irina no sabe dónde meterse. Su marido la está sacando de quicio y se comporta de forma agresiva. Intenta no llevarle la contraria, eso lo enfadaría aún más. Pero tampoco puede quedarse de brazos cruzados escuchando las barbaridades que salen de su boca.

Sube las escaleras para alejarse de David. Sin que le vea, descuelga el teléfono y llama a Daniela Vidal. Ella contesta casi al instante. Su voz suena al otro lado, apresurada, tal vez ansiosa por escuchar una buena noticia que no va a llegar.

—Diga

—Hola. Soy Irina.

Daniela mantiene el silencio cortado solo por el sonido de su respiración entrecortada.

—Estamos preocupados por Sonia. He hablado con los padres de Álvaro hace un rato y me han dicho que estáis en una situación similar —continúa Irina.

—¿Qué? ¿Sonia tampoco ha vuelto a casa?

—No —contesta Irina, sin poder contener una lágrima

—Esto es… ¡Ay, Dios mío! Debo decírselo al inspector… ¿Estáis en tu casa?

—¿Al inspector? No entiendo nada.

La conversación se corta.

Transcurren unos minutos de incertidumbre. Cuando vuelve a bajar al salón encuentra a su marido bebiendo un whisky, sentado en el sofá, con la ira marcando la expresión de su rostro. Le cuenta lo que acaba de hacer y le explica que, por lo que ha entendido, hay un inspector de policía investigando el caso.

Entonces estalla.

Comienza a gritar recriminando que hayan involucrado a la policía. Ella se tapa la cara, avergonzada de sus palabras y de la imagen que está ofreciendo. Desearía salir de allí de inmediato.

De repente, llaman a la puerta. Es ella quien abre tras secarse las lágrimas de la cara.

Encuentra a un hombre atractivo, vestido como si fuera el nuevo conserje de la urbanización, plantado frente a ella con expresión expectante. David lo observa desde atrás con desprecio, como si le hiciera un favor al tolerar su presencia, mientras un silencio incómodo se instala.

Él hace un gesto e Irina lo invita a pasar.

Una vez dentro, con la puerta cerrada, el hombre se presenta.

—Hola. Soy el inspector Gabriel Somoza. ¿Quiénes son ustedes? —pregunta al tiempo que alterna la mirada entre Irina y David.

—Yo soy David Velasco. Mi hija, Sonia, se fue de casa ayer y, mientras la buscábamos, los vecinos nos han dicho que a sus hijos los han secuestrado y que han recibido una nota de rescate. —Señala con el dedo en dirección a la casa de los Lago—. Así que haga el favor de explicarme qué está pasando aquí —exige.

El hombre parece sorprendido por la noticia. Es evidente que no sabía nada sobre la desaparición de Sonia. A Irina le sorprende que Marta Ríos, la madre de Álvaro, no le haya dicho nada. Daba por hecho que la policía estaba al tanto y que pronto les ofrecerían las novedades.

—¿Ustedes no han recibido una nota?

—No. Mi hija se fue de casa ayer y no la hemos vuelto a ver. Estábamos preocupados, por eso fuimos a preguntar a los vecinos. Entonces nos enteramos de lo que ha pasado y no entendemos nada —contesta Irina cruzándose de brazos.

—¿Sonia es amiga de Álvaro y Emma? ¿Hay alguna posibilidad de que estuvieran juntos ayer? —pregunta Gabriel.

Irina abre la boca para responder, pero se detiene. La duda se refleja en su rostro. El inspector Somoza percibe ese titubeo. Sus

ojos están fijos en ella, esperando.

—Conocerse se conocían, pero no eran amigos y sería bastante raro que estuvieran juntos. No es algo habitual —dice finalmente.

Gabriel clava en David una mirada tensa.

—Necesito que me den sus datos. Tengo que llamar a la comisaría.

Jorge Sempere, el padre de Álvaro, se acomoda en una de las sillas de la cocina. El inspector Gabriel Somoza ha pasado un rato a solas, hablando por teléfono con otros agentes de la comisaría. La investigación parece haber dado un giro: ahora hay una tercera persona desaparecida. Jorge ha oído que pedía rastrear también el teléfono móvil de Sonia y enviar una fotografía junto con su descripción a todos los agentes que participan en la búsqueda.

Aún no asimila que esto esté ocurriendo de verdad. Mantiene la esperanza de que todo sea una pesadilla, a pesar de que sabe que es real. Muy real.

Permanece con la espalda rígida. No le gusta la situación. Se odia a sí mismo por no haber estado más pendiente de Álvaro. Ahora su hijo no está, y él siente que no ha hecho absolutamente nada para protegerlo.

El inspector Somoza se apoya en la mesa con aire paciente, aunque sus ojos lo estudian con atención, como si intentara descifrar lo que esconde. Jorge no oculta nada, pero es posible que el policía tenga dudas al respecto. Esa parte la entiende.

Cree ser el único de los padres que mantiene la compostura y comprende que el inspector solo intenta ayudar. Cuando salió al

salón, dejó claro que se estaban llevando a cabo varias operaciones en paralelo: revisión de las cámaras de seguridad, rastreo de las ubicaciones de los móviles de Álvaro y Emma, indagaciones entre los vecinos… Quizá el nerviosismo de algunos se deba a eso, a que ciertos asuntos saldrán a la luz. Pero ese no es su problema. No debería serlo.

Lleva demasiado tiempo mintiéndose a sí mismo, fingiendo que todo está bien. En el fondo, no obstante, siempre ha sabido la verdad.

—Necesito que me hable de su hijo —dice el inspector—. ¿Ha notado algo extraño durante las últimas semanas? ¿Algún comportamiento fuera de lo normal?

Jorge resopla y cruza los brazos sobre la mesa. Tiene que ser sincero. Es lo mínimo que puede hacer.

—No estoy tanto en casa como me gustaría. Soy abogado y estos meses he tenido mucho trabajo. Bueno, más bien los últimos años. Me involucré demasiado en el despacho convencido de que era lo mejor para mi familia, pero está claro que no ha sido así. —Hace una pausa. Le cuesta hablar. Está conteniendo las lágrimas—. Mi mujer también está fuera a menudo, colabora con varias organizaciones benéficas… Supongo que ya se lo habrá dicho. Álvaro pasa mucho tiempo solo.

El inspector percibe su angustia y le concede un momento para recomponerse. El silencio pesa en la estancia, hasta que, inevitablemente, las lágrimas se escapan.

—Lo siento… Yo… —solloza Jorge.

—No se preocupe. Tómese el tiempo que necesite.

Jorge trata de recomponerse. Alza la cabeza sin intentar ocultar su vulnerabilidad. Nunca ha sido un hombre que disfrace sus emociones. Tampoco podría aunque quisiera.

—Tiene un hermano mayor, ¿verdad? —pregunta Gabriel.

—¿Álvaro? Sí. —Jorge saca un pañuelo del bolsillo de su americana y se seca las lágrimas—. Se llama Asier, pero no sabe nada de esto. Su madre y yo hemos decidido mantenerlo al margen. Está en Madrid, estudiando Derecho en ESADE. No queremos preocuparlo.

Gabriel asiente y deja que el silencio se instale antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Se llevan bien? Me refiero a Álvaro y Asier.

—Sí. Sí, por supuesto. Hablan a menudo. Siempre han tenido una gran relación.

—En ese caso, me gustaría pedirle que nos permitiera hablar con él. Es posible que nos ayude en la investigación —dice Gabriel con seriedad.

Jorge entreabre la boca, desconcertado. Preferiría que Asier no tuviera que verse involucrado, pero entiende la necesidad.

—De acuerdo. De todos modos, deje que hablemos con él primero, por favor.

—Por supuesto. —Gabriel anota algo en su cuaderno y después alza la vista—. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que vio a su hijo Álvaro?

Jorge levanta las cejas y se recuesta en la silla.

—Ayer mismo, por la mañana. Durante el desayuno. Es el único momento en que lo veo a lo largo del día, por lo general. A veces

coincidimos un rato por la noche, pero como él suele salir y llega tarde…

—¿Lo notó raro? ¿Diferente?

—Lo cierto es que no percibí nada extraño. Quizá no fui capaz de ver lo que tenía delante. No lo sé…

—No se culpe. Es posible que su hijo no supiera nada.

Jorge se pasa una mano por la cara y exhala un suspiro tembloroso.

—Todo esto es una locura…

—Usted encontró la nota, ¿verdad? —reconduce Gabriel.

—Sí. Esta mañana, cuando salí a pasear al perro. Al leerla, pensé que era una broma, lo admito. Pero cuando subí a la habitación de Álvaro y vi que no estaba… —A Jorge se le quiebra la voz—. Se me cayó el mundo encima. Desperté a mi mujer. Fue un caos.

—¿A qué hora la encontró? —pregunta Gabriel con la vista sobre su libreta.

—¿La nota? A las seis de la mañana. Madrugo mucho para ir a trabajar —responde Jorge con la voz entrecortada.

—Entonces usted encuentra la nota a las seis, después sube a comprobar que su hijo no está en casa y despierta a su mujer, ¿correcto?

—Así es.

—Y luego vienen aquí, a casa de los Lago. Sin embargo, Daniela la encontró alrededor de las tres de la madrugada. ¿Por qué cree que no lo avisaron antes, si en la nota constaba que se habían llevado a los dos, a Álvaro y a Emma?

Jorge parpadea, descolocado. No había pensado en eso. El inspector Somoza tiene razón, es extraño. Lo primero que hicieron él

y Marta al leer la nota fue ir directamente a casa de los Lago, con la esperanza de encontrar a los chicos allí y que todo fuera una broma pesada.

—No lo sé. Supongo que por miedo…

Gabriel lo observa en silencio, evaluándolo.

—¿Han hablado con alguien más sobre la desaparición de su hijo?

—No. Solo con usted y Daniela. Bueno, y con Carmela, nuestra asistenta. Ella estaba en casa esta mañana cuando apareció la nota. Puede parecer entrometida, pero confiamos en ella.

—De acuerdo —murmura Gabriel, y hace una anotación—. ¿Hay alguien que pudiera querer hacerles daño a usted o a su familia?

A Jorge se le hiela la sangre. Se pasa una mano por la nuca y evita la mirada del inspector. Se le había ocurrido esa idea, pero la desechó por absurda. Ahora, de repente, parece posible.

—Fue lo primero que pensé. Aunque… suena retorcido. No sabría decirle con seguridad, pero me he ocupado de casos complicados… —Su voz se vuelve más baja, casi un susurro—. Cosas feas. Asesinatos. Hay nombres que es mejor no pronunciar, pero la mafia de Torrevieja está detrás de algunos de esos crímenes. Yo solo hice mi trabajo. Si soy sincero, siempre temí que pudiera haber consecuencias.

Gabriel lo mira fijamente.

—Necesito saber los nombres. Por favor, sea más concreto.

Jorge suspira. Las lágrimas vuelven a asomar.

—Lo cierto es que ni siquiera estoy seguro de que tenga algo que ver. Puede que no signifique nada —se justifica con la voz entrecortada por el llanto.

—O podría ser algo. Tenemos que investigarlo.

Jorge se acaricia la coronilla, donde el pelo ya comienza a escasearle.

—Está bien —responde finalmente—. Hace dos meses me contrató una familia de Calpe. Un matrimonio mayor. Su hijo llevaba años metido en el mundo de la droga y no sabían nada de él, hasta que apareció muerto en las Salinas de Torrevieja. Le habían disparado en la cabeza. —Centra la mirada en el inspector Somoza—. Sé que lo que voy a decirle le resultará familiar. Yo lo conozco, sé quién es y estoy al tanto de los casos en los que ha trabajado. Lo admiro, de hecho. Y le digo esto porque a ese chico lo asesinó un sicario del clan de los Bobrov.

Gabriel arquea una ceja. Jorge ha tardado en admitirlo. Primero, porque no quiere poner a su familia en peligro, aunque ya lo está. Segundo, porque no le gusta la idea de parecer condescendiente. Durante semanas, en los juzgados no se habló de otra cosa cuando Gabriel Somoza resolvió el caso de la desaparición de Rafael Sierra.

—¿Ganó el juicio? —pregunta Gabriel.

—No. No pude demostrarlo, pero sé quién mató a aquel chico. Estoy convencido. Artem Novikov, un sicario que trabaja con los Bobrov. Suele venir a España solo para hacer encargos, utilizando identidades falsas. Mata y regresa a Rusia. El problema es que no tenía pruebas suficientes.

—Pero ¿se le llegó a acusar de algo?

—Sí. Hubo un juicio, pero lo perdí. Fui sincero con la familia. Con las pruebas que teníamos, les advertí que sería difícil ganar el caso. Aun así, insistieron en seguir adelante. No fue barato, precisamente.

Gabriel anota en su cuaderno.

—¿Ha recibido amenazas desde entonces?

—No directas. A veces son advertencias veladas: miradas durante el juicio, comentarios que oyes en el pasillo de un juzgado… Pero nunca pensé que podría llegar a suceder algo así.

Gabriel lo observa en silencio, calibra cada palabra. A Jorge le está costando mantener la compostura. Se siente observado por el inspector, como si intentara estudiar todas sus reacciones. Se pregunta cuántas veces habrá interrogado a alguien en esas circunstancias. Seguramente, demasiadas. Y eso, en cierto modo, lo tranquiliza. Sabe que Gabriel es el hombre indicado para encontrar a su hijo.

—Voy a necesitar más detalles sobre los casos en los que ha trabajado —dice Gabriel sin apartar la mirada de Jorge—. Todo lo que recuerde. Haré una llamada a comisaría y un agente se pondrá en contacto con usted para iniciar esa línea de investigación. Yo seguiré con los interrogatorios. ¿De acuerdo?

Jorge asiente con un leve cabeceo. Reza para que todo eso no tenga nada que ver con la desaparición de Álvaro. No se perdonaría que a su hijo le pasara algo por su culpa.

6

Patricia espera en un aula vacía del instituto Cabo de las Huertas. El edificio es antiguo, pero tiene cierto encanto con su fachada de ladrillo rojo y sus pasillos amplios. Hacía mucho tiempo que no pisaba un instituto; sus hijos aún son demasiado pequeños para eso. Estar allí le evoca recuerdos de lo que considera la mejor época de su vida: sin preocupaciones, sin más obligaciones que estudiar y hacer los deberes, rodeada de amigos con quienes compartir momentos, romances efímeros e intensos que en su día parecían definitivos.

Daría lo que fuera por volver a vivir esas experiencias, por redescubrir el mundo desde la ignorancia que la vida adulta le arrebató y que su cargo como jefa del Grupo de Homicidios terminó de extinguir.

Gabriel la ha llamado justo antes de que entrara en el instituto. El caso se ha complicado al sumarse una nueva desaparición, la de Sonia Velasco. Podría no estar relacionado, pero que haya desaparecido el mismo día es una coincidencia demasiado grande para ignorarla. Con poco tiempo para reaccionar, ha intentado investigar con las precarias herramientas a su alcance. Solo ha logrado acceder al perfil de redes sociales de Sonia. No es mucho, pero hasta que llegue a la comisaría tendrá que conformarse.

Sonia parece más introvertida que Emma y Álvaro. Es la más joven de los tres, tiene dieciséis años y cursa un grado por debajo de ellos. Apenas hay imágenes individuales de ella; la única excepción es la portada de su perfil, donde se la ve abrazando a su gato. No parece tener una relación cercana ni con Álvaro ni con Emma. Son amigos, al menos en redes, pero no hay fotos donde estén juntos, ni comentarios ni interacciones que sugieran cercanía. Sus rasgos son delicados, con unos ojos que resaltan en su, a simple vista, tímido rostro. Hay algo en su expresión que la muestra ajena al mundo que la rodea.

El director ha recibido a Patricia en su despacho. Antes ha hablado con el bedel, un hombre despistado que no parecía entender bien la situación. La inspectora ha tenido que sacar la placa, identificarse y explicarle los pasos a seguir como si le hablara a un niño de diez años.

Saluda con educación al director, un hombre que ronda la sesentena de cabello blanco, traje impecable y una intensa fragancia a loción para después del afeitado. Irradia clase y seguridad en sí mismo. Se muestra sorprendido al escuchar la mentira que le cuenta Patricia. Le dice que se ha denunciado la difusión de un vídeo íntimo de una menor y que ha de interrogar a algunos alumnos. Le ruega discreción, dada la naturaleza del caso, y él le garantiza su compromiso para luchar contra ese tipo de delitos. Su consternación parece genuina y le promete a Patricia toda la colaboración necesaria.

De esa manera la inspectora Siles ha llegado al aula en la que se encuentra ahora, un espacio pequeño destinado a clases de refuerzo para grupos reducidos. Es perfecta: sin ventanas, sin posibilidad de

albergar miradas curiosas desde el pasillo. Ha insistido en ese detalle; es crucial que nadie sepa qué ha ido a hacer. Se supone que la policía no está investigando la desaparición, pero es cuestión de tiempo que la verdad salga a la luz. Patricia se pregunta cuánto tardará en suceder.

El primero en llegar es Ismael Reyes, amigo de Álvaro Sempere. Es un chico más bien bajo, de pelo engominado y tez pálida. Está blanco como la nieve. Es obvio que está asustado. Lo han sacado de clase sin darle explicaciones y la incertidumbre parece consumirlo.

Patricia lo recibe con cordialidad y le señala la silla frente a ella.

Se toma su tiempo. Deja que el silencio desempeñe su papel, que la duda se instale en el joven Ismael. Odia hacerlo, pero necesita que el miedo se apodere de él. Será mucho más fácil conseguir información de esa manera.

«Si piensan que eres blanda, no te toman en serio», se dice cada vez que le toca hacer algo así.

—Hola, Ismael. Soy la inspectora Patricia Siles, de la Policía Nacional. Necesito hacerte unas preguntas sobre tu amigo Álvaro Sempere.

A Ismael le cambia la expresión. Patricia intenta descifrar si es por alivio o por temor.

—¿Le ha pasado algo? —pregunta con un hilo de voz.

Ella le sostiene la mirada mientras mide sus palabras.

—Estamos investigando un delito en el que podría estar involucrado —dice finalmente—. Y no solo él. También su novia, Emma Lago, y Sonia Velasco. Quiero que quede claro que todo lo que hablemos aquí es confidencial. No puedes comentarlo con nadie porque te meterás en un lío. Me encargaré personalmente de ello.

El chico asiente y desvía la vista hacia el suelo. En ese momento, suena el timbre que anuncia el cambio de clase. Desde el pasillo llega el murmullo de los alumnos que deambulan entre las aulas.

Patricia espera a que Ismael diga algo, pero el silencio se prolonga.

—¿Hace cuánto que conoces a Álvaro? —pregunta intentando romper el hielo.

—Desde hace años. Bueno…, desde que entramos en el instituto. Pero no nos hicimos amigos cercanos hasta este año. El curso pasado repetimos segundo de bachillerato los dos y, quizá por eso, nos unimos más.

—¿Te llevas bien con él?

Ismael asiente con vehemencia.

—Sí. Como todo el mundo. Es el chico más popular del instituto.

—¿No tiene enemigos?

Patricia finge anotar algo en su libreta. Sabe que la pregunta no es especialmente relevante, pero la acción surte efecto: Ismael se remueve en su silla.

—Bueno… Hay mucha gente que le tiene envidia. Es muy guapo y siempre conquista a las chicas. Entonces…, claro…, hay chicos que lo odian porque les levanta las novias y cosas así.

—Pero él sale con Emma, ¿verdad?

Ismael levanta las cejas. Patricia nota que quiere decir algo, pero no se atreve. Le desespera que tarde en responder.

—¿Verdad? —insiste.

—Sale con Emma, sí. Solo que… tiene sus líos con otras chicas —admite Ismael bajando la voz.

—¿Se ve con varias chicas?

—Pues sí. A ver…, él no cuenta nada, ¿vale? Es muy reservado con esos temas. Si le preguntas, se ríe y habla de cualquier otra cosa. Pero todo el mundo está enterado… o eso creo.

Ismael se inclina ligeramente hacia delante, como si lo que fuera a añadir pudiera comprometerlo.

—Los sábados solemos ir a las rocas a beber, la gente del instituto, ya sabe. Hace unas semanas, Álvaro se fue con Martina, una chica de primero, y se perdieron por ahí. Todos los vieron marcharse juntos.

Patricia apunta el nombre de Martina en su libreta. Esta vez, sí lo hace a sabiendas de que puede ser un dato trascendente.

—¿Y Emma? ¿Los vio?

—No, ella no estaba. Se encontraba mal y ese día no vino.

—Hay algo que no entiendo. —Patricia entrecierra los ojos—. Si tan mujeriego es y todo el mundo está al tanto, ¿cómo es posible que su novia no sospeche nada?

Ismael suspira y se encoge de hombros.

—Porque la gente lo respeta mucho —admite al fin—. Es muy carismático y, en cierto modo, se le tiene miedo. Nadie quiere llevarse mal con él. Por eso Emma no sabe nada, porque nadie se lo va a contar.

Patricia levanta las cejas y niega con la cabeza. Se esfuerza por entender la lógica de los adolescentes.

—¿Te ha contado Álvaro algo que te haga pensar que se ha metido en algún problema? ¿Ha mencionado nuevas amistades o algo parecido?

Ismael se muerde el labio y cambia de postura por enésima vez.

—Pues… no. No que yo recuerde. Aunque…, bueno… No sé.

—¿Qué? —La inspectora se inclina hacia Ismael—. Te repito que estamos investigando un delito. Tal vez no entiendas la gravedad del asunto. Si sabes algo, dímelo.

Ismael duda un instante antes de hablar.

—Quizá no sea nada. No sé… El caso es que el grupo de amigos solemos ir al gimnasio tres días a la semana. Pasamos la tarde allí los lunes, miércoles y viernes. Llegamos a las cinco y terminamos, entre unas cosas y otras, a las siete.

—Vale. ¿Y qué más?

—Pues que desde hace unas semanas, Álvaro llega a las cuatro. Hace todos los ejercicios rápido y, a las cinco menos cuarto, se va. O al menos eso dice, porque como nosotros llegamos más tarde, nadie lo ve. Luego, hasta la noche, no contesta mensajes ni da señales de vida.

Patricia anota la información sin levantar la vista.

—¿Puede que estuviera con Emma?

—No, imposible. Emma tiene clases de baile esos días. Nadie sabe dónde se mete él durante esas horas. La verdad, no sé si es importante.

Patricia deja el bolígrafo sobre la libreta y lo observa con atención.

—Sí. Ya lo creo que lo es.

David Velasco está sentado junto a Irina, su esposa, frente al inspector Gabriel Somoza. Le dedica la mirada que siempre ha considerado intimidante, esa que, a lo largo de la vida, le ha servido para imponer respeto. Sin embargo, el inspector no parece impresionado. Tal vez sea por su oficio, por los años que lleva

lidiando con criminales y testigos hostiles. O quizá, simplemente, es que no lo teme. Aun así, David no tiene dudas: lo respeta.

Se ha negado en redondo a ser interrogado por separado. Ha dejado claro al inspector, alzando la voz, que hablará con él junto a su esposa, que ya han perdido demasiado tiempo y que lo único que debería hacer es salir a la calle a buscar a su hija Sonia. Los otros dos chicos le dan igual. Según le ha contado Irina, se trata de una pareja de novios que resulta que viven en su misma urbanización. David no les ha prestado atención nunca y no tiene ni idea de quiénes son.

Quizá todo eso se deba a su potencial económico. David sabe que es el más pudiente de todos los que ahora se encuentran en esa vivienda y se enorgullece de ello. Si los secuestradores quieren dinero, es lógico pensar que se han fijado en su hija por ese motivo. Él no viviría en una casa tan descuidada como esa ni tendría una cocina repleta de electrodomésticos baratos como los que ve a su alrededor. No, de ningún modo. Tiene una reputación que ha construido durante décadas y no es el tipo de hombre que pase desapercibido.

—Acabemos con esto de una vez —apremia David en voz bien alta de nuevo; pretende asegurarse de que se lo oye más allá de esa estancia, quiere demostrar quién manda.

Gabriel lo observa con calma, apenas alza una ceja. No parece inmutarse.

—Como ya le he indicado, no soy el único que trabaja en este caso. Si le preocupa que estemos de brazos cruzados, ha de saber que no es así. Todo el cuerpo está volcado en encontrar a su hija.

David junta las manos y las apoya en la mesa.

—¿Qué necesita que le cuente? —pregunta con desgana.

—Para empezar, si han recibido alguna amenaza recientemente —contesta Gabriel.

David resopla con impaciencia.

—¿No cree que sería lo primero que habría explicado de ser así? ¿Hace cuánto tiempo que es inspector? —brama sin molestarse en disimular su desdén.

Irina se cubre la cara con las manos. Es posible que se sienta avergonzada, pero a David le da igual. Sonia no es hija de ella, así que su preocupación no puede compararse con la de él.

Gabriel no entra en su juego.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Sonia?

—Ayer por la tarde. Se marchó y no hemos vuelto a saber nada de ella.

—¿Es habitual que su hija salga a esas horas y llegue tarde?

David se encoge de hombros. No tiene idea de qué responder.

—No, no lo es —interviene Irina.

David le lanza una mirada furiosa. No quiere que se entrometa. Quiere ser él quien lleve la batuta.

—¿Les informó de adónde iba?

Gabriel entrelaza las manos y pone ahora toda su atención en Irina.

—No. Dijo que iba a dar una vuelta. Es cierto que no suele salir a esas horas, pero tampoco le dimos importancia —contesta Irina.

—¿A qué hora se fue?

—Serían las nueve, aproximadamente. No sé la hora exacta —se excusa la mujer.

—¿Recuerda qué ropa llevaba puesta o si salió con una mochila?

Irina aprieta los labios. Tiene la tez pálida y una expresión abatida. Asiente con la cabeza.

—Llevaba unas mallas negras y su abrigo rojo. No recuerdo que saliera con una mochila. No vi nada de eso.

El inspector Somoza termina de anotar en su cuaderno antes de volver a dirigirse a ella.

—Sonia no es su hija, ¿verdad?

David Velasco golpea la mesa con la palma de la mano. No es un golpe fuerte, pero es lo suficientemente contundente para que el inspector desvíe la mirada hacia él.

—No. La madre de Sonia murió hace diez años. Irina es mi segunda esposa —aclara David.

Gabriel vuelve a centrar su atención en Irina. David observa el gesto con recelo. Está convencido de que lo hace porque su mujer es atractiva, visto que prefiere hablar con ella antes que con él. Le ocurre con frecuencia. Lo detesta. Es inevitable, sí, pero lo odia.

—¿Se lleva bien con Sonia? —pregunta Gabriel manteniendo la vista fija en Irina.

—¡Ya basta! ¿Qué es todo esto? —estalla David—. ¡Claro que se lleva bien con Sonia! ¡Se adoran! ¿No estará insinuando que mi mujer tiene algo que ver?

—No insinúo nada, tan solo pregunto. De hecho, ahora iba a preguntarle a usted. ¿Cómo es su relación con su hija, señor Velasco?

David se apoya en el respaldo de la silla mostrando indignación. Su mirada es puro veneno.

—Buena. ¿Cómo va a ser? Claro que me llevo bien con ella —responde, esta vez en un tono más controlado.

—¿Es eso cierto, Irina?

Irina palidece aún más. Gesticula, pero no dice nada. Su rostro se crispa en una mueca tensa, y balbucea algo ininteligible, como si no hubiera comprendido la pregunta o no supiera qué responder.

David se incorpora levemente, a punto de intervenir, y alza un dedo en dirección a Gabriel, pero el sonido del timbre lo interrumpe.

El silencio se instala en la cocina.

Durante unos segundos de incertidumbre, nadie se mueve. Luego, David se levanta con la rapidez de un rayo. En su mente solo hay una posibilidad: su hija ha aparecido.

Gabriel se pone en pie al instante y lo sujeta del brazo con firmeza.

—No es su casa y se supone que no estamos aquí. Deje que Daniela abra la puerta —pide en voz baja pero firme.

David lo mira desde arriba, superándolo en estatura. Su expresión es de profundo desprecio. Con un gesto brusco, se zafa del agarre con un tirón del brazo y, tras unos segundos de tensión, esboza una media sonrisa arrogante y señala el camino hacia la puerta.

Gabriel lo ignora y sale al salón.

Los encuentra a todos expectantes, con el rostro tenso y la inquietud flotando en el aire. Marta, la madre de Álvaro, tiene las manos entrelazadas y mueve las rodillas, inquieta. Parece rezar en el sofá. Jorge, su marido, la rodea con un brazo mientras mantiene la mirada clavada en el suelo.

Daniela y Miguel, los padres de Emma, observan a Gabriel en busca de instrucciones.

—Vaya usted sola a ver quién es. El resto, escóndanse. Nadie debe saber que están aquí.

La mujer obedece con un leve asentimiento. Los demás se dispersan y buscan un rincón donde ocultarse.

Daniela avanza con pasos inseguros hasta la puerta y la abre.

Al otro lado, un repartidor sostiene una pequeña caja de cartón.

—Traigo un paquete para la familia Lago.

Daniela parpadea, aturdida. Se le entrecorta la respiración.

—No… No hemos pedido nada —balbucea.

7

Marta Ríos alza la vista. En el salón de la casa de la familia Lago hay seis personas, además de ella. Están tan juntos que apenas corre el aire. El espacio es demasiado pequeño para una casa que, desde fuera, parece lujosa. Esperaba algo diferente antes de descubrir cómo es por dentro.

Durante unos largos segundos, nadie se atreve a hablar. La tensión es asfixiante. Todos contienen la respiración, pendientes de la caja. Marta también lo hace. Sea lo que sea lo que hay dentro, no puede ser nada bueno.

Ojalá no tuviera que compartir ese momento con los demás. Especialmente con Irina. A fin de cuentas, Sonia no es su hija, así que… ¿Qué hace ahí? Marta no piensa prestarle atención ni concederle voz en lo que está por venir. Para ella, sobra. Además, la detesta y ni siquiera se esfuerza en disimularlo. Tal vez debería ser más cuidadosa con las miradas de desaprobación que le lanza constantemente o dejar de torcer el gesto cada vez que interviene en la conversación. Pero no es capaz. No cuando tiene que verla pasearse con ese cuerpo perfecto y esas facciones impecables. Quizá fue esa la razón por la que le pinchó las cuatro ruedas de su flamante Mercedes descapotable hace un par de meses. Aunque eso ha de seguir siendo un secreto.

«Yo también estaría así de delgada si no trabajara, viviera del cuento y tuviera tiempo para hacer ejercicio todos los días», piensa Marta con amargura.

Aprieta los párpados y respira hondo. Debe centrarse en lo importante y apartar de su mente pensamientos absurdos que solo aumentan su angustia.

En el salón, Gabriel Somoza ordena a Daniela que deje el paquete en la mesa y advierte a todos que no lo toquen. David Velasco resopla, aunque se contiene.

Acto seguido, el inspector realiza una llamada. Su voz resuena en el silencio absoluto. Habla con la patrulla que trabaja de incógnito fuera de la urbanización. Les ordena interceptar al repartidor que ha dejado el paquete y llevarlo a comisaría para obtener de él toda la información posible. Cuando cuelga, abre un bolsillo de su chaqueta y saca un par de guantes de látex que se coloca con calma.

Todos forman un círculo alrededor de la mesa, expectantes. Irina intenta asomarse, pero no le dejan ver. Encuentra un pequeño hueco, entre Miguel Lago y Jorge Sempere, y logra inclinarse lo suficiente para ver lo que ocurre.

Gabriel secciona con cuidado la cinta adhesiva que sella la caja y accede a su contenido.

Lo primero que extrae es una pulsera de cuero con el nudo cortado. La levanta para que todos la vean.

—¿Alguien reconoce esta pulsera?

Marta suelta un grito ahogado y se lleva las manos al rostro, incapaz de contener las lágrimas.

Jorge, su marido, se acerca y la rodea con un brazo.

—¿Estás segura de que es la de Álvaro? —susurra.

Marta asiente con firmeza y se tapa la cara otra vez.

Gabriel deja la pulsera dentro de la caja con el mismo cuidado con que la había sacado y continúa inspeccionando el contenido.

Marta consigue recomponerse lo suficiente para vencer su pánico y volver a mirar la escena. Repara en que Gabriel cierra los párpados y advierte que la expresión se le endurece. Algo le dice que lo que el inspector Somoza va a enseñarles ahora no será tan inofensivo como la pulsera.

Cuando lo muestra, Miguel Lago abre los ojos de manera desmesurada.

Son unas braguitas de encaje.

Daniela grita y Miguel corre a abrazarla. No hay dudas. Esa reacción delata que son de Emma, su hija.

Nadie dice nada. No hay preguntas. No en este momento. Solo sollozos y lamentos que llenan la habitación como un murmullo de desesperación.

Pero la caja contiene algo más. Marta se inclina ligeramente y lo ve: una nota mecanografiada.

Desvía la mirada hacia el inspector Somoza, que mantiene la calma y la compostura. Lo observa con atención, con una mezcla de admiración y curiosidad. Es atractivo; sin embargo, hay algo en él, en su expresión, en la manera en la que se mueve, que sugiere una carga pesada, algo que lo lastra. Le impresiona la forma en la que maneja el caos. Su temple.

Gabriel coge la nota y la lee para sí en primer lugar. Evalúa si es prudente compartir su contenido. Marta no es la única que se da cuenta. Jorge se inclina un poco sobre el hombro de su mujer para echar un vistazo.

David Velasco, en cambio, estalla.

—¡Es una nota! —grita—. ¿Qué pone? ¡Joder!

Sin inmutarse, Gabriel levanta la cabeza del papel y, con voz firme, anuncia:

—La leo en voz alta.

Estimadas familias Lago y Sempere:

Debéis comunicaros entre vosotros. No es posible enviar un paquete a cada familia.

Los chicos están bien.

El pago del rescate se efectuará este sábado por la noche. Hay una fiesta de disfraces en la discoteca Onyx. Uno de vosotros, solo uno, irá disfrazado de ladrón y llevará un saco con el dinero. A medianoche, deberá dirigirse a la barra. Una persona recogerá el saco.

Si seguís mis instrucciones al pie de la letra, vuestros hijos serán liberados de inmediato.

Si sospecho que habéis avisado a la policía o que habéis intentado cualquier tipo de trampa, la operación se cancelará.

Aprovecho la ocasión para enviaros un saludo cordial.

8

Ismael Reyes cierra los ojos y siente alivio cuando suena el timbre que anuncia el final de las clases. Está deseando salir de allí. Ha estado a punto de decirle al profesor que se encontraba mal y que se iba a casa, pero se ha contenido para evitar sospechas.

Ha obedecido las directrices de la inspectora Siles: nadie debe saber nada sobre el supuesto delito de Álvaro. No desvelará ese secreto. Aunque para él no es ningún secreto. Nunca lo fue, ni siquiera antes del interrogatorio.

Porque sabe perfectamente que lo que de verdad ha sucedido es que Álvaro ha desaparecido.

Mentir a la policía es más complicado de lo que parece. Está orgulloso de haber mantenido la compostura, de no haberse desmoronado ante la inspectora, que, por algún motivo, lo observaba como si sospechara de él. Y hace bien, no la culpa por ello.

Lo que de verdad lo enorgullece es el toque teatral que ha adoptado. Piensa que debería apuntarse a clases de interpretación cuando todo eso acabe. Ha jugado con los sentimientos y canalizado su verdadero temor hacia el lado que le interesaba: el de parecer un adolescente inofensivo, alguien que no sabe ni por dónde le da el aire. Pero él no es nada de eso.

Al igual que Álvaro, él también repitió curso y ya tiene dieciocho años. Por eso debe andarse con cuidado. Si la situación se complica, lo juzgarán como a un adulto. Y un adulto no se libra de la cárcel con una simple advertencia.

El plan era perfecto. Él no tenía que hacer nada, solo colaborar en un par de aspectos que, si todo salía como estaba previsto, serían minúsculos.

Pero todo comienza a torcerse.

Para empezar, la policía no debería haber aparecido. Fue ingenuo al pensar que esa parte del plan era segura. Cuando aquella mujer se identificó como agente, le temblaron las piernas. Por poco se le escapa una mueca de disgusto; aun así, logró controlarse.

Y luego está el asunto de Sonia. «¿Qué demonios pintaba Sonia en todo esto?», piensa. Ella no entraba en la ecuación. No era parte del plan. Y ahora también la están buscando. Eso no es bueno. Nada bueno.

Por un lado, se siente tentado de exigir un aumento en su retribución. Después de todo, se ha incluido a una tercera persona en el secuestro. Si iba a recibir cincuenta mil euros en efectivo, lo justo sería aumentar la cifra a setenta y cinco mil. Es consciente de que tiene cierto poder de negociación. Puede acudir a la policía en cualquier momento y contar lo que sabe. Y no es poco.

También cabe la posibilidad de que todo sea una extraña coincidencia. No conoce mucho a Sonia, nunca ha hablado con ella, pero le encanta escuchar conversaciones ajenas durante la hora del recreo y empaparse de información que podría resultarle útil en algún momento. Así se enteró de que Sonia no se lleva bien con su

padre. Oyó que se lo contaba a su amiga Ángela e incluso le mencionaba la posibilidad de irse de casa.

Ismael debe analizar cada detalle y elegir con cautela la mejor opción. Solo así podrá huir, por fin, de una casa en la que comparte techo con un padre maltratador y una madre alcohólica. No lo echarán de menos cuando desaparezca. Tal vez, su tío sí lo haga. Él es el único con el que puede contar si necesita ayuda.

Baja corriendo la escalera del instituto y se detiene en la salida fingiendo revisar el móvil. En realidad, espera a que Camila Vega y Ángela Herrera aparezcan. Si a él lo ha interrogado la policía, a ellas también. Son las mejores amigas de Emma y Sonia, respectivamente.

Camila aparece primero, como siempre, agarrada de la mano de su novio. Él es una mole de metro ochenta que siempre lleva puestas las gafas de sol y camina como si levitara por encima del resto. Camila sonríe y acepta las carantoñas de su chico con normalidad. Se diría que no le importa demasiado que su amiga haya desaparecido… O tal vez aún no lo sabe. Ismael no tiene forma de averiguarlo.

Unos minutos después aparece Ángela. Ella sí parece afectada. Su expresión desolada y los ojos hinchados delatan un llanto prolongado. Camina sola, como suele hacer. Ni ella ni Sonia destacan en el instituto. Al salir del recinto y tomar el camino a casa, un hombre que sujeta la correa de un pastor alemán le corta el paso. Ángela se aparta con torpeza y sigue adelante.

Ismael observa la escena con atención. No puede abordarla. Nunca ha hablado con ella y sería sospechoso hacerlo por primera vez justo hoy. Pero se muere por saber qué va a hacer.

Tal vez Sonia le contó algo anoche, antes de que todo se precipitase. Bastaría con que le hubiera enviado un simple mensaje.

Sea como sea, necesita averiguarlo.

Tendrá que seguirla.

Álvaro siente que las paredes de la cabaña lo aplastan. Lleva horas golpeando la madera con todas sus fuerzas para derribarla, pero es inútil. Es robusta y parece tener algún tipo de revestimiento que la hace aún más compacta.

Nadie puede oírlos; de lo contrario, ya habrían ido a rescatarlos. No ha parado de gritar durante todo ese tiempo, hasta quedarse sin voz.

A pesar de que tiene las manos repletas de cortes que sangran en abundancia y varias astillas incrustadas, no siente dolor.

Se acerca a una ventana tapiada, sellada a cal y canto. Desliza los dedos por los bordes de la madera en busca de una rendija, un punto débil. Nada. Prueba a accionar un pequeño interruptor en la pared adyacente, pero no se enciende ninguna luz.

Derrotado, se deja caer junto a Emma, que sigue inmóvil y sin emitir el más mínimo sonido. El silencio es sepulcral, solo interrumpido por el rugido de su estómago vacío. Hace demasiado tiempo que no ingiere nada.

En la mesa, alguien ha dejado una caja con comida. No hay gran cosa: patatas de bolsa, galletas, zumos y agua.

Rodea con un brazo a su novia por los hombros. Emma se sobresalta, como si no hubiese advertido su presencia hasta ese momento.

—Deberíamos comer algo —dice Álvaro con voz áspera, apenas un susurro después de tanto gritar.

Emma no responde. Levanta la mirada y sus ojos vuelven a posarse en el cadáver de Sonia.

Sigue ahí. Inerte.

A Emma se le encoge el estómago y, con un espasmo de angustia, aparta la vista de golpe. Un segundo después rompe a llorar.

Álvaro la atrae hacia sí con suavidad.

—No mires —murmura, pues sabe que no hay otro sitio donde poner el cuerpo de Sonia, salvo un pequeño aseo. Pero ni siquiera eso serviría.

La muerte es irreversible.

9

Patricia Siles cruza las puertas de la comisaría con un gesto de inquietud en el rostro. El interrogatorio a los amigos de los secuestrados ha sido, en el mejor de los casos, una pérdida de tiempo. Todos han repetido la misma historia: que no sospechaban nada raro, que no habían notado cambios en su comportamiento y que no creían que quisieran escaparse. Un cúmulo de negativas envueltas en miradas nerviosas y respuestas vagas que han terminado por desesperarla.

Avanza por el pasillo con paso ligero esquivando las miradas y los saludos de los agentes que la ven pasar. No tiene tiempo para desplegar su cortesía. Su oficina está en penumbra cuando entra, pero en cuanto pulsa el interruptor, la luz del fluorescente inunda el espacio con un resplandor frío y hostil. Sobre el escritorio, una carpeta con los informes que esperaba la aguarda. Eso le recuerda que no está sola, que puede contar con ayuda y que todos los agentes que forman parte del cuerpo de policía están volcados en el caso. Solo que, a veces, le cuesta trabajar en equipo.

Se sienta en la silla y abre el expediente. El informe del departamento de Pericias Informáticas aparece en primer lugar. Sus ojos recorren las líneas con rapidez hasta dar con lo relevante: los registros de los teléfonos móviles.

El de Álvaro Sempere dejó de emitir señal a las 16.17 horas en su casa. Justo antes había recibido un mensaje de su novia, Emma Lago:

Lo de esta noche sigue en pie?

La respuesta de Álvaro llegó segundos después:

Sí

Va seguido del emoticono de una cara con los ojos en forma de corazón.

Patricia aprieta los labios. Algo habían planeado Álvaro y Emma esa noche. La cuestión es si su desaparición formaba parte del plan o si alguien más decidió su destino.

Continúa leyendo. El teléfono de Emma Lago se apagó a las 22.16 horas en la playa de la Almadraba. Patricia cierra los ojos un instante dejando que la información se asiente.

¿Qué hacía allí a esa hora? ¿Por qué su teléfono se apagó justo en ese punto?

Conoce bien esa playa. Es pequeña, situada en la costa del Cabo de las Huertas, con un puerto para embarcaciones menores. Solitaria. Poco concurrida, sobre todo en esa época del año. Un lugar perfecto para una pareja de adolescentes que busca intimidad.

Suspira y se recuesta en la silla. Ha pasado todo el día interrogando a los amigos de los desaparecidos en busca de descubrir grietas en sus relatos, cualquier indicio que sugiera que ocultan algo. Pero si dicen la verdad —y eso es algo que la inspectora Siles nunca da por sentado—, el único rastro real que

tiene es ese: un encuentro planeado por los propios chicos en la playa de la Almadraba y la última señal registrada en el móvil de Emma. Desliza la mirada hacia la esquina inferior derecha de la pantalla del ordenador para fijarse en la hora. Es tarde. Ya debería estar en casa.

Desbloquea su móvil y encuentra un mensaje de su esposo:

> Salgo con los niños a cenar fuera, por si te interesa

Patricia cierra los ojos y deja caer la cabeza sobre el respaldo. Otra gota en el vaso rebosante de la paciencia de su marido.

Aún sostiene el teléfono cuando este le vibra entre los dedos. Duda un segundo antes de contestar.

—Dime, Pau —apremia Patricia al ver el nombre del agente Sabater en la pantalla.

—Jefa, he hecho lo que me pediste. Nada. Los perros no han detectado ningún rastro extraño frente a la puerta del instituto. Y ya sabes, Tango es el único perro en la policía de Alicante capaz de detectar gases. Si hubiera algo, lo habría encontrado, de eso estoy seguro.

Patricia se pasa la mano por la frente en un gesto automático. Al menos el perro no ha detectado indicios de muerte en esa zona. Lo conoce. Lo ha visto trabajar y es impresionante. Un ejemplar único, capaz de rastrear lo imposible. Su especialidad, y por eso en la comisaría lo llaman el Perro de la Muerte, es olfatear los gases que emiten los cuerpos en descomposición. No es la primera vez que los ayuda en un caso.

—Bien. ¿Y qué hay de los amigos de los desaparecidos? ¿Alguna novedad? —pregunta al agente Sabater.

—Sí…, algo raro. Por eso he tardado en llamarte. Los he estado observando, como me pediste. Ismael Reyes ha seguido a Ángela Herrera hasta su casa. Me llamó la atención que no fuera en dirección a su domicilio, así que lo seguí. Durante diez minutos, no hizo más que caminar tras ella. No sé si es importante, pero me pareció sospechoso. Me quedé por la zona para ver si hacían algo fuera de lo común.

Patricia se endereza. Su mente empieza a procesar la información con rapidez.

—¿Llegaron a hablar en algún momento?

—No, jefa. Cuando ella sacó las llaves para abrir la puerta de su urbanización, él se marchó.

—Interesante.

Patricia apunta el nombre de Ismael Reyes en su cuaderno y lo subraya dos veces. Más tarde decidirá si pide un permiso para rastrear sus llamadas, lo investiga más a fondo o lo deja estar. Sospecha que ese chico está muy asustado, pero no lo ve capaz de ocultar información. Seguramente siguió a Ángela porque está preocupado por su amigo y su mente adolescente pensó que era una buena idea. Esa fue la impresión que le dio cuando habló con él. No lo culpa. No tiene edad para gestionar ese tipo de situaciones. En realidad, eso tampoco depende de la edad. Sin embargo, ahora hay algo más importante que hacer.

Se produce un silencio mientras repasa mentalmente el caso. El registro del móvil de Sonia Velasco tardará en llegar; no se solicitó al mismo tiempo que el de Álvaro y Emma porque entonces no sabían

que también había desaparecido. Lo mismo ocurre con la geolocalización de Jorje Sempere y Marta Ríos, los padres de Álvaro, y de Miguel Lago, el padre de Sonia. Gabriel le pidió que solicitase la orden hace apenas unas horas. Así que tendrán que esperar.

—Has hecho bien en decírmelo, Pau —añade Patricia alzando el informe con los registros de los teléfonos mientras duda si llamar a su marido. Traga saliva. Ha tomado una decisión—. Quiero que lleves a Tango a la playa de la Almadraba. Estaré allí en media hora.

El ambiente en el salón de la familia Lago es sofocante. La caja sigue sobre la mesa, abierta, con la nota extendida al lado guardada en una bolsa transparente para pruebas. Parece anunciar que ninguno de los presentes controla la situación. Nadie se ha atrevido a mirarla desde que Gabriel la dejó ahí.

—Voy a pagar el rescate —repite David Velasco con la mandíbula tensa y los puños apretados a los costados—. No puedo confiar en que la policía haga su trabajo. Vosotros deberíais hacer lo mismo —dice, y alterna la mirada entre Jorge Sempere y Miguel Lago.

Daniela se cruza de brazos sintiendo cómo la rabia le recorre el cuerpo. Se sorprende al oírlo, pues en esa nueva nota no se menciona que su hija también esté incluida en el secuestro ni han enviado un objeto suyo que lo sugiera. Por algún motivo, ese pensamiento le hace dudar de David Velasco. Algo no cuadra.

No obstante, el semblante desesperado de David le recuerda su propio miedo, la impotencia que la consume desde que recibió la primera nota. Aún percibe la realidad con dolor, sin acabar de creerse que todo eso sea cierto.

Desde el salón, oye la voz de Gabriel Somoza procedente de la cocina. Lleva un rato hablando por teléfono con alguien de la comisaría.

Una maraña de sentimientos se agolpa en su mente. Su marido sigue en silencio, hundido en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la vista fija en la alfombra. No es la reacción de alguien que teme por su hija. Es la de alguien que mide cada palabra, que sopesa sus opciones antes de abrir la boca.

Lo observa sin disimulo e intenta descifrarlo. Siente que esconde algo. Lo percibe. Es ese instinto inexplicable que casi siempre da en el clavo.

Lo ha pillado varias veces lanzando miradas furtivas a Marta Ríos, la madre de Álvaro. Ella está sentada frente a ellos con las manos entrelazadas en el regazo y el rostro pálido. Parece a punto de vomitar, aunque tal vez solo sea su expresión permanentemente amarga.

Nadie responde a David Velasco, pero Daniela también cree que deberían pagar. Tal vez esa sea la solución.

Ojalá lo fuera.

—Esto no puede seguir así —dice al fin Daniela. Su voz es firme, pero la barbilla le tiembla ligeramente—. No podemos esperar a que la policía encuentre algo mientras nuestros hijos…

Se interrumpe, incapaz de terminar la frase.

Gabriel regresa de la cocina y barre el salón con la mirada antes de soltar un leve suspiro.

—Hacemos cuanto está en nuestras manos. En comisaría han interrogado al repartidor —informa con voz grave—. Dice que solo

llevó el paquete porque estaba en su ruta, que no conoce a quien lo envió.

—¿Y…? —David lo fulmina con la mirada—. ¿Han conseguido algo útil o vamos a perder más tiempo esperando?

Gabriel ignora su tono.

—El paquete se envió ayer por la tarde. Lo dejaron en un punto de recogida a las siete utilizando la identidad de un hombre de ochenta y tres años que vive en Santander. Estamos revisando las cámaras de seguridad para ver quién lo dejó allí.

Un silencio denso se instala en la habitación.

Daniela traga saliva.

«Ayer por la tarde…».

Todo sucede demasiado rápido.

¿Cuánto tiempo llevaban planeando el secuestro?

¿Y los objetos…? ¿Cómo los consiguieron? ¿Hicieron daño a los chicos?

No entiende nada.

—¿Ayer por la tarde? ¿A qué hora? —pregunta Jorge, el padre de Álvaro.

Gabriel se encoge de hombros.

—De momento, no hay manera de saberlo. Se trata de un buzón permanente donde se pueden entregar paquetes listos para su envío. La hora en la que se registra el código de barras incluido en la etiqueta de la caja es de esta madrugada. Pero quien llevase el paquete al buzón pudo haberlo hecho a cualquier hora de la tarde. Por eso estamos revisando las grabaciones —informa.

Daniela lo observa. La expresión del inspector Somoza es inescrutable, pero algo en su mirada la inquieta. Si bien parece tener

una idea de lo que ha pasado, no la comparte. Y Daniela no cree que vaya a hacerlo. Es tan hermético que la desespera.

Miguel se remueve en el asiento. No ha dicho una palabra en todo ese tiempo, pero tensa la mandíbula visiblemente. Daniela ve cómo presiona los dedos contra sus rodillas y sabe que está conteniéndose.

—Y mientras la policía inspecciona esas cámaras, nuestros hijos siguen ahí fuera. Sufriendo. —David escupe la última palabra como si le ardiera—. Estoy harto de esperas, de protocolos y de promesas vacías.

Niega con la cabeza y lanza una mirada desafiante a Gabriel.

—Voy a pagar el rescate. No me importa lo que digáis. Nadie puede impedírmelo —añade.

El silencio que sigue es todavía más tenso que el anterior.

Daniela siente que cada vez le cuesta más respirar.

No cree que sea la única.

Marta se niega a mirar a Gabriel. Miguel parece atrapado en sus propios pensamientos. Irina, de pie junto a la puerta, aprieta los labios haciendo que formen una fina línea.

Gabriel no se inmuta. Su expresión sigue siendo la misma, pero sus ojos, oscuros y fríos, revelan una intención oculta.

—¿Qué se sabe de ese hombre que envió el paquete? —inquiere Jorge.

La pregunta resulta interesante para todos los presentes.

—Lo investigan en este momento —responde Gabriel—. Aun así, sé que no vamos a encontrar nada buscando por ahí. Está claro que usaron una identidad falsa. Eligieron esa empresa porque garantiza

envíos de veinticuatro horas y porque se pueden dejar paquetes en puntos de recogida. Estoy convencido.

Y, por primera vez en toda la noche, Daniela siente que el miedo y la preocupación terminan por vencer a la esperanza.

10

Patricia Siles observa de pie el atardecer en la playa de la Almadraba. Conoce bien ese lugar. No es la mejor de Alicante, pero tiene su encanto. Es pequeña, de aguas poco profundas y tranquilas. Ideal para los críos. Recuerda que su madre la llevaba allí en verano, cuando era una niña, y pasaban la mañana hasta que su padre salía de trabajar. Fue en ese rincón donde hizo sus primeros amigos, donde se enamoró por primera vez de un niño francés que pasaba los veranos en la urbanización Bahía de los Pinos con sus tíos. Se llamaba Romeo.

Hoy todo es diferente. El motivo por el que está ahí no es para lanzar pelotas de goma en la orilla con los ojos enrojecidos por el salitre. No. Ahora lo único que le importa es encontrar vivos a los tres adolescentes desaparecidos. Cada vez que mira el reloj y descubre que el tiempo sigue avanzando, siente una punzada en el estómago. La presión la desgasta.

La última señal enviada por el teléfono de Emma no es del todo exacta. Ojalá lo fuera. Es bastante precisa, pero el área de localización abarca unos trescientos metros cuadrados.

Frente a ella se extiende el acceso a la playa: una calle angosta que desciende por una cuesta hasta encontrarse con la arena. La carretera termina justo en el área donde, según el registro, estuvo el

teléfono de Emma antes de apagarse. Patricia intenta imaginar la escena.

Era de noche. Apenas había luz. Si tres adolescentes hubiesen merodeado por allí, habrían pasado desapercibidos. El edificio más cercano está demasiado lejos para que alguien los viera u oyera. A menos que alguien gritase, claro. En ese caso, sí podrían haber llamado la atención. Patricia cree que deberían interrogar a los vecinos de ese edificio. Tal vez alguien percibió algo esa madrugada.

Saca el móvil y hace una llamada. Es tarde y sabe que no será recibida con entusiasmo, pero no le importa. Está al mando del Grupo de Homicidios y debe tomar este tipo de decisiones.

—Hola —contesta una voz masculina apagada.

—Hola, Ibáñez. ¿Cómo va todo? ¿Alguna novedad? —pregunta la inspectora Siles.

—Ninguna desde que te has ido. Pero, claro, te fuiste hace solo media hora.

—De acuerdo. Estoy en la playa de la Almadraba, en la última ubicación registrada por el móvil de Emma Lago. Quiero que vengáis a la urbanización que está justo al lado. Vestíos de paisano y preguntad puerta por puerta si alguien vio u oyó algo esa noche.

Se produce un silencio incómodo.

—De acuerdo, vamos para allá —contesta Ibáñez, a quien no parece quedarle más remedio que aceptar las órdenes de su superior.

—Te envío la ubicación —dice Patricia antes de colgar.

En ese momento ve aparecer a Pau con Tango, y se le escapa media sonrisa. Tango es muy querido en la comisaría. Ya es viejo para el servicio. Otros perros, con su edad, dejan de trabajar con la

policía, pero él es especial. El año pasado le hicieron un reportaje para la televisión. Tiene un olfato y un instinto que exceden lo cotidiano. Su ayuda ha sido inestimable en decenas de casos.

Patricia no deja de asombrarse al ver que Tango ya ha empezado a trabajar. Es como si supiera perfectamente por qué está allí. Sin que su guía le haya dado ninguna orden, se ha puesto a olfatear el suelo tratando de seguir un rastro. Ha pasado poco tiempo desde que Emma estuvo en ese lugar, pero si ella o cualquier otra persona murió allí, Patricia no tiene dudas de que Tango lo detectará.

Pau suelta la correa y el perro acelera la marcha de un lado a otro, con el hocico a escasos centímetros del suelo.

—Gracias por venir —dice Patricia.

Él hace un gesto con la mano como restándole importancia.

—No pinta bien, jefa.

Patricia se limita a encogerse de hombros. Prefiere no contestar.

—He enviado agentes a la urbanización más cercana. —La señala —. Quizá hubo un forcejeo. Si hicieron ruido, alguien tuvo que oírlos. Esta zona es tranquila. A esas horas de la noche, cualquier sonido extraño llamaría la atención.

Pau asiente sin perder de vista a Tango, que sigue olfateando.

—No quiero meterme donde no me llaman, jefa, pero tienes que darte un respiro. Te tomas cada caso como algo personal y vas a acabar como Somoza.

Patricia lo mira fijamente. No acepta intromisiones de ningún tipo, pero se contiene antes de contestarle. Se conocen desde hace muchos años, y él siempre la ha tratado bien. Puede consentirlo, por esta vez.

—Centrémonos en encontrar a los chicos, ¿vale? —sentencia.

Después de diez minutos, Tango se sienta y mira a su guía. Es su forma de indicar que allí no hay nada. Pau mira a Patricia y niega con la cabeza, después se acerca al perro para ponerle la correa.

Patricia no puede ocultar el alivio. Si Tango hubiese ladrado, significaría que alguien murió allí. Agradecida, se despide de ambos y se queda apoyada en el capó de su coche patrulla con la vista fija en el sol que empieza a esconderse. Intenta ordenar sus pensamientos cuando un destello entre unos matojos a un lado de la carretera le llama la atención.

Se acerca con paso firme y se agacha.

Es un colgante de oro con un corazón plateado. No tiene gran valor, pero tampoco es un objeto del que alguien se desprendería sin más.

En ese lugar sucedió algo. Y tiene que descubrir qué.

Gabriel Somoza ha salido a recoger la basura. Por suerte, no son muchas casas: doce en total. Debe ir puerta por puerta haciendo el trabajo del conserje. El resto de las tareas pueden esperar: limpiar los accesos, pintar la valla del final de la urbanización —desgastada por la cercanía del mar—, retirar las hojas que los árboles arrojan sobre el césped. Lo importante es evitar que alguien se queje porque la basura no se ha recogido y comience a hacer preguntas incómodas.

Lo hace rápido. Esa noche será larga y, seguramente, la de mañana también. Quiere terminar cuanto antes y continuar con los interrogatorios. Aún no ha acabado con eso. También debe revisar las habitaciones de los desaparecidos. Es demasiado trabajo para

una sola persona. Debería haber previsto esa parte, pero ahora es tarde para arrepentimientos.

La calle principal de la urbanización, una serpenteante travesía que conecta los chalets, está desierta. La oscuridad se ha apoderado de todo y el silencio es abrumador. Solo se oye el ruido de las ruedas del carro en el que transporta las bolsas de basura.

Cuando termina de recoger, se apresura al exterior en busca del contenedor.

Una figura se recorta en el interior de la caseta de seguridad, ubicada junto a la entrada de la urbanización. Está de espaldas, pero Gabriel sabe muy bien quién es.

Deja el carro a un lado y se aproxima con cautela. A través del cristal, distingue al guardia de seguridad hipnotizado por la pantalla de su móvil. Está viendo un partido de fútbol y no se ha percatado de su presencia.

Gabriel golpea el cristal con los nudillos.

Nico Ortiz se gira sobresaltado. Al descubrir quién tiene detrás, palidece.

Tarda en reaccionar cuando Gabriel le hace un gesto para que salga. Finalmente, se levanta dubitativo y da unos pasos, aunque mantiene las distancias.

—¿Te pagan por ver el fútbol mientras trabajas? —pregunta Gabriel con frialdad.

A Nico no le salen las palabras.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Estoy trabajando en un caso y, por extraño que parezca, necesito que me ayudes.

Nico arquea las cejas como si no entendiese nada. Agacha la vista y se rasca la coronilla.

—Oye, yo… Siento mucho…

—Olvida esa parte —lo interrumpe Gabriel—. No me interesa lo más mínimo. Han secuestrado a tres chicos de esta urbanización y han pedido un rescate. Quiero que me cuentes todo lo que sabes.

Nico parpadea, aturdido. Gabriel ha sido demasiado directo. Apenas le ha dado tiempo a procesarlo. Sabía que lo primero que haría Nico al verlo sería pedir disculpas por el pasado que los une, pero no quiere escuchar ni una palabra al respecto. Nada de lo que diga podrá cambiar lo ocurrido. Nada. Ahora, lo único que importa son los chicos.

—¿Me tomas el pelo? ¿A quién han secuestrado? —pregunta Nico con voz temblorosa.

—A Álvaro Sempere y Emma Lago.

Gabriel prefiere, por ahora, mantener el nombre de Sonia Velasco al margen.

—¿Es una broma?

—Creo que ya sabes que no soy precisamente un bromista.

Gabriel da un paso al frente. Nico lo observa con nerviosismo evidente.

—No quiero andarme con rodeos. No tengo tiempo ni ganas de hablar contigo. Ayer por la madrugada dejaron una nota en la entrada de la casa de la familia Lago y otra en la de los Sempere —dice Gabriel mientras se inclina levemente hacia él—. He estado preguntando y sé que Daniela Vidal salió a toda prisa y te preguntó si habías visto entrar a alguien. Le dijiste que no. Pero eso es

extremadamente raro si se tiene en consideración que no hay otro acceso.

—Lo recuerdo. Y es la verdad. No me dijo de qué se trataba, solo preguntó si había visto entrar a alguien. ¿Cómo iba a imaginarme algo así? —Nico suspira—. No vi a nadie entrar o salir a esa hora. De verdad.

Gabriel asiente con la mano en la barbilla.

—Entonces hay dos posibilidades: o la persona que dejó las notas vive en esta urbanización y por eso no viste a nadie entrar o salir, o me estás mintiendo.

El rostro de Nico cambia. Se alarga el silencio sin respuesta.

—Bueno, hay una tercera posibilidad —añade Nico con voz entrecortada.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —pregunta Gabriel levantando una ceja.

—Que alguien entrara, dejase las notas y saliera sin que yo lo viera.

—¿Y cómo es eso posible? ¿No deberías haber estado aquí, en la caseta?

Nico aparta la mirada. Se cruza de brazos y balbucea algo incomprensible antes de soltar otro suspiro.

—No quiero mentirte —admite al fin—. Ayer me ausenté unos treinta minutos.

Se frota la nuca, incómodo.

—Estoy saliendo con una chica que trabaja todo el día —continúa —. Como trabajo de noche, apenas nos vemos. Así que, de vez en cuando, viene en coche, aparca al final de la cuesta y…, bueno, pasamos un rato juntos dentro.

Gabriel aprieta los puños y se esfuerza por contener la rabia. Odia a Nico. Si por él fuera, lo agarraría del cuello allí mismo y saldarían cuentas, pero se contiene. De un modo u otro, siempre consigue hacerlo.

—Así que, mientras alguien vino a dejar unas notas de secuestro, el guardia de seguridad hacía manitas en el asiento de atrás de un coche. Extraordinario. Enhorabuena.

—Lo siento, cometí un error —balbucea Nico, aparentemente avergonzado.

—Voy a necesitar los datos de contacto de tu amiga. Suena un poco raro lo que dices teniendo en cuenta que era de madrugada. He de corroborar tu versión.

Nico asiente, saca el teléfono del bolsillo de su chaqueta, busca el contacto y muestra la pantalla a Gabriel.

—Estábamos enviándonos mensajes. Ella no podía dormir porque se había tomado varios cafés. La conversación se fue poniendo picante y… se plantó aquí.

Gabriel no contesta. En lugar de eso, hace una llamada a la comisaría y explica a un compañero la situación. Le pide que llame a la chica para comprobar su coartada. Tardará un rato en responder y saber si ella confirma la versión de Nico, así que decide continuar con la conversación. En cualquier otro escenario, actuaría de manera diferente. Tomaría nota del contacto y lo comprobaría después, pero con Nico es distinto. No se fía de él y no lo dejará solo ni un minuto hasta que compruebe su coartada.

—Cuéntame algo de los chicos. ¿Los conoces?

—No personalmente, aunque sé quiénes son porque esto es muy pequeño. Sé que el hijo de los Sempere y la hija de los Lago son

novios, ya que los he visto salir, a veces, cogidos de la mano. Pero también te puedo decir que ese chico juega a varias bandas, de eso estoy seguro. Creo que también tiene algo con la hija de David Velasco.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque lo he visto entrar en su casa en más de una ocasión, e incluso salir a medianoche y perderse en su jardín trasero. Tienen muchos árboles en esa parte. Si alguien quisiera esconderse allí, sería un buen sitio.

—¿Los has visto juntos alguna vez? Me refiero a Álvaro y a Sonia.

—Juntos como novios, no. Pero sí que buscan privacidad. Una vez bajaron a la playa ellos dos solos. Me hizo gracia porque primero fue Álvaro y, a los dos o tres minutos, Sonia. Era evidente que habían quedado allí. La chica regresó con una sonrisa de oreja a oreja. Créeme, sé que se encuentran a escondidas. Cuando subía, iba hablando por teléfono con una amiga suya, le contaba que habían estado en la playa y que él le había dicho que la quería.

Gabriel se toma un momento para asimilar la información y considerar sus próximos movimientos. No se fía de Nico ni lo más mínimo, pero no hay motivo para que le mienta sobre eso.

—¿Mantienes el contacto con los Bobrov? —pregunta directo.

—No. Eso terminó.

Gabriel esboza una mueca irónica. No acaba de creerlo, pero no dice nada.

—De todas maneras, esto no es típico de ellos. Son delincuentes, pero jamás los he visto secuestrar a alguien y pedir un rescate. Yo no iría por ahí —añade Nico.

Gabriel está a punto de contestarle que se ahorre sus sugerencias cuando recibe una llamada. Es de la comisaría. La novia de Nico ha verificado su historia: tanto la franja horaria como los hechos coinciden. Agradece a su compañero la información y cuelga.

—Debo tirar la basura. Quiero que estés atento al teléfono, es posible que necesite preguntarte algo más.

Nico parece aliviado. Ha oído toda la conversación, ya que Gabriel no se ha separado para hablar.

—De acuerdo. Por cierto, Gabriel. Sé que no soy quién para decirte esto, pero creo que es lo mínimo que puedo hacer. Los Bobrov no son el tipo de delincuentes que harían algo así, como te he dicho. Pero desde luego sí son vengativos, y tú estás en su punto de mira. Lleva cuidado, por favor.

Gabriel toma el carro y emprende de nuevo la marcha.

—Tienes razón. No eres quién para decirme eso.

11

Gabriel contempla los rostros de David e Irina mientras les muestra la foto del colgante que ha recibido de Patricia. Confirman que es de Sonia. Irina se lo regaló por su cumpleaños unos meses atrás. Observa sus reacciones en silencio e intenta descifrar si esconden algo. Es un hábito que ha perfeccionado con los años. Irina llora, incapaz de articular palabra, mientras que David no para de gritarle que no están haciendo su trabajo.

—Ya estoy cansado de tonterías —gruñe David cuando consigue controlar su ira—. Voy a salir a buscarla.

Se apresura a ponerse la chaqueta. Irina intenta apaciguarlo mientras se seca las lágrimas, pero es inútil. Es de esos hombres que no toleran que les den órdenes.

—No es buena idea —apunta Gabriel con voz calmada.

—¿Y qué idea es mejor? —David clava la mirada en el inspector—. ¿Quedarnos aquí toda la noche sin hacer nada?

Gabriel no responde. No puede impedirle que salga a buscar a su hija, aunque sabe que no la encontrará. Y si, por alguna casualidad del destino, lo hiciera, sería peligroso. Es una pérdida de tiempo; aun así, en parte lo entiende.

—Tiene razón —interviene Jorge, el padre de Álvaro—. Yo también voy a salir. No pongo en duda la profesionalidad de la policía, pero

simplemente no puedo quedarme aquí. Lo siento.

Marta, su esposa, sigue en estado de conmoción. Cuando ha visto la pulsera de su hijo dentro de la caja se ha terminado de romper. No reacciona ante las palabras de su marido.

Jorge y David intercambian algunas frases antes de partir, discutiendo cómo dividirse la búsqueda. En un momento dado, Jorge se gira abruptamente hacia Gabriel.

—¿Alguna sugerencia sobre por dónde deberíamos mirar, inspector?

Gabriel suelta un bufido antes de contestar.

—Ya hay agentes que peinan la zona, revisan las cámaras de seguridad, interrogan a vecinos y conocidos, rastrean con perros policía, supervisan llamadas… —Se detiene un instante al ver la expresión de Jorge y siente lástima por él—. En cualquier caso, si yo tuviera que buscar, iría a un sitio apartado. Es poco probable que tengan a los chicos en un lugar donde alguien pueda oírlos si gritan pidiendo ayuda. Sospecho, aunque no puedo confirmarlo, que los llevaron a los tres juntos. Si es así, habrán utilizado un vehículo grande, una furgoneta o algo similar. Sea donde sea que estén, no habrá ventanas, y, si las hay, estarán cerradas.

Jorge asiente. En esta ocasión, David guarda silencio. Miguel Lago, el padre de Emma, lanza una mirada a su esposa, como si esperara que le dijera algo, tal vez que debería unirse a la búsqueda, pero Daniela no dice nada.

Irina observa a Marta, que lleva un buen rato sin reaccionar. Le tiemblan las rodillas y tiene las manos entrelazadas, como si rezara; las sube y las baja con movimientos torpes.

—Daniela, ¿nosotras podemos quedarnos aquí? —pregunta Irina.

Daniela levanta la vista y asiente.

Gabriel se acerca a Jorge y a David, que ya están en la puerta, listos para salir.

—Por favor, si ven algo sospechoso, llámenme. Les enviaré una patrulla enseguida —susurra.

Los dos hombres abandonan la casa y un silencio abrumador se instala en el ambiente. Gabriel se excusa para ir al aseo, aunque no lo necesita. Una vez dentro, abre el grifo de la pila y hace una llamada. Al otro lado, una voz masculina contesta.

—Hola, Somoza.

—¿Estáis cerca? —pregunta Gabriel.

—Sí, cerca del faro. A un minuto en coche. Nada raro, de momento.

—Los padres de Sonia y Álvaro salen. Cada uno en su coche. David Velasco va en un BMW blanco grande; Jorge Sempere, en un Audi azul, también grande. Quiero que aviséis a otra patrulla de incógnito y los sigáis sin que os vean. ¿De acuerdo?

Jorge Sempere conduce en silencio. Su agarre al volante es inseguro; el coche se le ha calado varias veces, consecuencia del temblor en las piernas. Le gustaría poseer la determinación de David. Él se ha subido a su vehículo y ha salido derrapando, como si tuviera la certeza de encontrar a su hija. Jorge no es así. Nunca lo ha sido. La duda lo acecha en cada decisión, una sombra persistente que lo ha acompañado desde la juventud y que, a estas alturas, no desaparecerá.

David le ha dicho que se encargará de las zonas de la periferia. Ambos han coincidido en que las premisas del inspector Somoza tienen sentido. Es la primera vez que David y Gabriel están de acuerdo en algo.

Han dividido las áreas donde podrían hallar un lugar que coincida con la descripción del inspector. David cubrirá El Rebolledo y San Vicente; Jorge, la periferia de San Juan y Mutxamel, en busca de casas aisladas donde podrían retener a su hijo.

Está tan nervioso que ha tomado la salida equivocada varias veces y lleva un buen rato dando vueltas. No es propio de él. Siempre ha sido meticuloso, no suele cometer errores, pero su mente es un torbellino de pensamientos que lo desestabilizan.

Un cúmulo de ideas lo asalta sin tregua. Pero ahora no puede permitirse pensar en eso. No debe. Tiene que aislarse, centrarse y hacer lo que ha salido a hacer.

12

Patricia Siles no ha vuelto a casa. Permanece sola en su despacho con la mirada fija en la pared mientras el silencio se torna esclarecedor. En ese vacío, la verdad se impone con crudeza: su matrimonio ha llegado a su fin. Se siente culpable. ¿Cómo no hacerlo? Hasta que aceptó el cargo de jefa del Grupo de Homicidios nada iba mal. Nada. Su marido era —y sigue siendo— un hombre detallista, atento, siempre dispuesto a cuidarla cuando necesitaba ternura, a comprenderla y respetarla. Pero todo tiene un límite, y Patricia lo ha sobrepasado.

Se esfuerza por encontrar una razón que explique su pasividad mientras observaba cómo su matrimonio se desmoronaba, cómo permitió que todo se viniera abajo sin mover un dedo por evitarlo. Pero la respuesta es esquiva, enredada en matices que ni siquiera ella es capaz de desentrañar. Solo hay una certeza que se abre paso con claridad: prefiere estar ahí, sola en su despacho, antes que en casa, donde sentiría la soledad de otro modo.

Esa noche será otra más en vela. Sabe que no podrá dormir, así que aprovechará el tiempo y trabajará, como tantas otras veces.

El sonido del móvil irrumpe violentamente en el silencio. Es uno de los agentes que han estado recorriendo la zona de la playa de la

Almadraba, preguntando puerta por puerta si alguien vio u oyó algo la noche que secuestraron a Álvaro, Emma y Sonia.

—Dime que has encontrado algo —ruega Patricia con voz cansada.

—Sí. O al menos creo que sí. Estábamos a punto de tirar la toalla dando por hecho que nadie había visto nada esa noche. Pero hablamos con el vecino del ático del edificio que nos sugeriste y afirma que esa noche se acostó tarde. Por lo que cuenta, se asomó a la ventana porque no podía dormir y vio algo extraño. Será mejor que vengas.

—Estoy ahí en quince minutos —dice Patricia antes de colgar.

Gabriel sabe que no es la persona más indicada para lidiar con los lamentos que llenan el salón de la familia Lago. Solo puede aportar su profesionalidad y espera que eso sea suficiente.

Los silencios se prolongan acompañando una situación desagradable. Pensó que debía quedarse allí, junto a Marta, Irina, Daniela y Miguel, pero cada minuto que pasa le confirma que está perdiendo el tiempo. Esa sensación le irrita.

—Con su permiso, me gustaría subir a la habitación de Emma y echar un vistazo —anuncia de pronto.

Daniela no reacciona. Su marido, en cambio, se sobresalta, como si la voz de Gabriel hubiera rasgado su sosiego. Levanta la vista y asiente sin decir nada.

El inspector sube la escalera. La casa es amplia y está impecable. Mientras avanza se pregunta si todas las viviendas de la zona serán tan lujosas. La suya podría caber entera en la habitación de matrimonio de la familia Lago. No le cuesta encontrar el cuarto de

Emma. También es grande, con una ventana de buen tamaño en la pared y decorado con los clichés típicos de la adolescencia. Sobre el escritorio, un corcho rebosante de fotos. Gabriel se detiene a mirarlas. Todas son de Emma con Álvaro. Ni una sola con amigas, ni una instantánea casual con otros compañeros. Como si su vida girara exclusivamente en torno a su novio.

Detesta invadir la intimidad de otros, pero la situación es crítica y no tiene opción.

Abre los cajones del escritorio. El primero contiene un revoltijo de objetos: pilas, una caja de clips, otra de chinchetas, cargadores de móvil… Nada interesante.

En el segundo encuentra una caja de madera adornada con abalorios baratos. Lleva un candado minúsculo, pero la llave que debería colgar al lado no está. No le cuesta abrirlo con un clip. Dentro hay entradas de cine, tíquets de restaurantes, una flor marchita y una nota escrita a mano en la que se lee: «Gracias por una tarde maravillosa».

Un pequeño museo de su relación con Álvaro. Enternecedor pero inútil.

Revisa la cómoda con cuidado. Toneladas de ropa que intenta dejar lo más ordenada posible. Luego el armario. Está repleto de prendas. Le lleva un rato registrarlo a fondo. A medida que avanza, detecta un patrón. La mayoría de la ropa tiene un aire juvenil: sudaderas estampadas, ropa de deporte, colores vivos. Pero las prendas más recientes son distintas. Jerséis de punto, camisas, blusas. Muchas sin estrenar; hay más de una decena aún con la etiqueta. Gabriel se pregunta si realmente son de Emma o si son de su madre y esta las ha guardado ahí por falta de espacio.

Abre la caja de un cinturón y encuentra un paquete de preservativos. Faltan varios. No es asunto suyo y no se molestará en mencionarlo.

Ve el pijama de Emma sobre la cama deshecha. A simple vista, se nota que no está limpio. Justo lo que necesita. Se coloca unos guantes y lo introduce con cuidado en una bolsa de plástico. Tal vez sea útil más adelante.

Ha dejado el ordenador para el final. Suele ser donde se esconde la información más valiosa.

Cuando lo enciende, una sonrisa se dibuja fugazmente en su rostro. No tiene contraseña.

Se toma su tiempo para revisar el correo electrónico y las redes sociales. No encuentra nada relevante. Los últimos mensajes de Emma con alguien que no sea Álvaro son de hace meses. Entre ellos solo se intercambian frases propias de cualquier pareja de adolescentes, a veces en un tono más subido de lo que cabría esperar.

El historial de búsqueda es monótono: vestidos de corte elegante, páginas sobre belleza y moda, vídeos virales…

Nada más.

Tendrá que seguir buscando.

Frente a Patricia hay un hombre octogenario que, encorvado, le indica que pase al interior de su casa.

Vive en el último piso de un edificio emblemático de Alicante, el más alto de la zona, cuya fachada se asoma a la inmensidad del mar. Las vistas son espectaculares.

El apartamento es pequeño, de una sola habitación, y lo comparte con su esposa, una mujer adorable que, con esmero, prepara una bandeja con dulces para los agentes, pese a que la inspectora ha insistido en que no es necesario. Sí que acepta un café. Sabe que la noche será larga.

—Cuénteme qué vio esa noche, por favor —pide al hombre, que hasta ese momento ha divagado sobre su hogar y su pasado.

Él la observa con los ojos bien abiertos y cambia de expresión. Parece disfrutar de la visita, encantado de sentirse importante. Patricia lo entiende y lo respeta, pero no tiene tiempo que perder.

—Claro. —El octogenario apoya su taza de café en un pequeño plato de porcelana—. Mi mujer suele acostarse temprano, pero yo sufro de insomnio. Duermo poco, muy poco. Me pasa desde hace años. Cuando me canso de dar vueltas en la cama, me levanto y me asomo a la ventana. Me gusta respirar el aroma del mar en silencio.

—¿Me indica exactamente dónde estaba usted, por favor? —pregunta Patricia.

—Justo allí —dice el anciano señalando con el dedo la ventana al fondo del salón.

Patricia se levanta y se acerca al lugar indicado. Abre la ventana y una ráfaga de aire fresco le sacude el rostro. Mira hacia abajo. Más de veinte pisos de altura la separan del suelo y el vértigo la golpea al instante.

—Está muy alto —murmura.

—Al final te acostumbras. Mi mujer decía lo mismo cuando nos mudamos aquí hace treinta años, pero ahora le encanta asomarse, igual que a mí.

Patricia desvía la mirada hacia la anciana, que asiente con una sonrisa.

Vuelve a fijarse en la calle. Desde allí se distingue el punto donde el teléfono de Emma dejó de emitir señal, el mismo lugar en el que hallaron el collar que resultó ser de Sonia. Solo que, desde esa altura, todo parece lejano, distorsionado.

El hombre se ha puesto en pie y se ha acercado a Patricia. Abre de par en par la ventana y se asoma sacando medio cuerpo para señalar la zona. Patricia contiene el impulso de sujetarlo por la camisa y pedirle que no se incline tanto.

—Fue justo allí, ¿lo ve? En esa cuesta que baja hacia la playa. Era tarde y me extrañó ver gente por la zona durante esta época del año.

—¿Cuántas personas vio?

—Tres. Creo que dos chicas y un chico. Luego llegó la furgoneta y pasó algo raro.

—¿Qué pasó?

—Un hombre se bajó. Entonces los chicos se callaron. Estaban hablando de algo, pero no logré oír lo que decían. Aunque no gritaban, oí sus voces.

Hace una pausa, como si quisiera generar dramatismo.

—El individuo de la furgoneta era extraño. Iba como disfrazado, llevaba una capa o algo así, y una máscara, creo. Los chicos se asustaron. Fue entonces cuando oí a una de ellas chillar. Pero el hombre levantó la mano y, de pronto, sonó una explosión, una especie de chasquido. Los chicos se callaron y subieron a la furgoneta. Fue muy raro.

—¿De qué color era la furgoneta? —pregunta Patricia.

—Blanca. De eso estoy seguro.

—¿Hacia dónde se dirigió?

—Desde aquí solo alcanzo a ver hasta la avenida Costablanca. Subió en dirección a la Albufera, pero no sé adónde fue después.

Patricia guarda silencio. Sus pensamientos giran en espiral.

—No lleva usted gafas. ¿Las usa normalmente? —pregunta con cautela.

—Mi marido tiene vista de halcón. Siempre, desde que le conozco —interviene la mujer desde el sofá.

Patricia, que albergaba la esperanza de que todo eso fuera un malentendido o una broma de mal gusto, empieza a aceptar la realidad: el secuestro es exactamente eso, un secuestro. Y si alguien es capaz de llevarlo a cabo de una manera tan meticulosa, también puede cometer atrocidades que ella no desea descubrir.

13

A primera hora de la mañana del miércoles 11 de noviembre, Marta Ríos está de pie en su jardín. No entiende cómo han podido dejarla sola con Carmela, su asistenta, a la que ha mandado a casa con malas maneras y obligado a tomarse el día libre. Intenta apartar los pensamientos negativos, pero es imposible. Teme por la vida de su hijo y, en este momento, detesta a su marido, que no ha vuelto ni ha llamado desde que se marchó anoche a buscarlo. Han atravesado una mala racha. El confinamiento impuesto en los meses previos solo empeoró su relación, ya desgastada por la monotonía.

No ha pegado ojo. Los párpados hinchados, el nudo constante en la garganta y las náuseas —ha estado a punto de vomitar tres veces — son las consecuencias del estado en el que se encuentra. El insomnio y la ansiedad le han dejado la piel pálida y sudorosa. No quiere que nadie la vea así, por eso se oculta tras los setos que delimitan su propiedad. Al fin y al cabo, el secuestro de su hijo sigue siendo un secreto que, por ahora, todos prefieren mantener. O tal vez no. Ya no está segura de nada.

El inspector Gabriel Somoza tampoco ha dormido. Ha pasado la noche con las familias en casa de Daniela y Miguel Lago. No es un hombre hablador, pero hay algo en él, un aura que irradia fortaleza y robustez, que lo hace parecer inquebrantable. Su actitud transmite

profesionalidad y, aunque Marta descargue parte de su frustración contra él, en el fondo se siente aliviada de que esté allí. Otro agente, quizá, habría terminado su turno y se habría ido a dormir sin remordimientos, algo que ni ella ni los demás padres pueden hacer. Gabriel, sin embargo, empuña ahora mismo una escoba y limpia las aceras de la urbanización fingiendo ser el conserje sustituto. Su discreción y determinación dicen mucho de él.

Dentro de su casa hay otro agente disfrazado de fontanero. Ha llegado temprano, vestido con el mono de trabajo y cargado de herramientas para parecer auténtico. Pero en casa de los Sempere no hay ninguna avería, al menos ninguna que pueda arreglarse con llaves inglesas y alicates. Sin demora, ha subido a la habitación de Álvaro para revisar cada rincón con minuciosidad. Toma muestras, busca pistas. Cualquier cosa que los acerque al paradero de su hijo.

Marta no ha querido presenciarlo, por eso ha salido al jardín. No soportaría ver cómo un extraño hurga entre las pertenencias de Álvaro.

El ruido de un motor la sobresalta. Al alzar la vista, reconoce el coche de su marido. Apenas unos segundos después, aparece por la carretera principal de la urbanización. A Marta se le acelera el corazón.

Jorge frena de golpe y, cuando la ve allí, su expresión cambia. Ella nota la sorpresa en su rostro, el leve titubeo de su mirada. Se dicen todo con los ojos. Cuando él niega con la cabeza, un dolor punzante la atraviesa.

Irina no puede contener el llanto cuando su esposo cuelga el teléfono tras decirle que no ha encontrado nada. La desesperación la sacude y la impotencia la ahoga.

Disfrazado de entrenador personal, el agente que ha entrado de paisano para interceptar una posible llamada solicitando un rescate se percata de su angustia y decide apartarse para darle un mínimo de intimidad. Sin embargo, antes de eso, Irina ha notado la mirada del policía deslizándose por su cuerpo con descaro. No es nada nuevo. Ha lidiado con eso desde la adolescencia, desde que su belleza atraía todas las miradas y encendía la envidia de muchas mujeres que la veían como una amenaza. Tiene claro que ese es el motivo por el que alguien le pinchó las ruedas del coche unas semanas atrás.

Abandonó su país cuando apenas era un bebé. Se siente más española que ucraniana, aunque a veces se pregunta cómo habría sido su vida si se hubiera quedado allí. Más fría, eso seguro.

David, su marido y el hombre al que alguna vez quiso pese a la diferencia de edad, ha cambiado. Se ha vuelto controlador, vigilante. No le deja hacer nada por su cuenta, salvo ir a clases de spinning, claro. Eso sí lo permite, porque así se asegura de que conserva su figura perfecta.

Le habría encantado poder hablar a solas con el inspector Somoza. Decirle la verdad, esa que su esposo insiste en ocultar y que podría ser clave en la investigación. La noche antes de su desaparición, Sonia no salió a dar un simple paseo. Se fue llorando, llena de rabia e impotencia. Irina la siguió, intentó detenerla, le rogó que se quedara, pero Sonia ni siquiera le contestó. Tuvo que rendirse. Ninguna de las dos tiene la culpa de que David, a veces,

tenga la mano demasiado larga. El bofetón que puso fin a una de tantas discusiones aquel día fue la gota que colmó el vaso.

Irina reprime un escalofrío cada vez que lo recuerda. Fue innecesario, inmerecido. Ella también se habría marchado de recibir un tortazo así.

No ha dormido. ¿Quién podría dormir en una situación como esa? Le duele todo el cuerpo y sus ojos claros están teñidos de rojo. Tampoco ha comido. Cada vez que intenta llevarse algo a la boca, las náuseas la persuaden de no hacerlo. Un mareo repentino la desequilibra y tiene que apoyarse en una silla para no caer.

Oye unos pasos que se acercan.

—¿Necesita algo, señora? —pregunta el agente que se ha identificado como Fernando Quereda.

Irina odia que la llamen señora. Siempre lo ha detestado. Pero, dadas las circunstancias, obvia el comentario. Se fija en su vestimenta: pantalón de chándal, camiseta ceñida. No puede evitar preguntarse si esa es la mejor manera de llevar una investigación como esta.

—Estoy bien, gracias. ¿Puede abrir un poco la ventana de la cocina? Me he mareado.

Sin preguntar, el agente la abre de par en par. Desde allí, Irina ve al inspector Somoza barriendo las aceras. En cuanto percibe movimiento dentro de la casa, levanta la mirada.

—¿Un poco de agua? —ofrece el policía, que ya le sirve un vaso de la jarra que hay en la encimera.

Irina asiente, todavía tambaleándose.

—Sé que es difícil que me haga caso, pero debería intentar dormir un poco.

—No tengo sueño —responde ella con frialdad.

El agente se encoge de hombros, resignado.

—He estado revisando la habitación de Sonia. Me llevaré un par de prendas para la unidad canina. Su ordenador está bloqueado con contraseña. ¿Usted o su marido saben cuál es?

Irina niega con la cabeza lentamente.

—Bien. En ese caso, tendré que llevármelo también. ¿Sabe si Sonia guardaba sus cosas en otro sitio, además de en su habitación?

—La verdad es que Sonia es una chica estupenda —contesta Irina con la mirada perdida antes de beber un sorbo de agua—. Es transparente y no se mete en líos. Puede buscar donde quiera, pero no creo que vaya a encontrar nada.

El coche de su marido aparece por la carretera de la urbanización y se detiene bruscamente en el porche delantero del chalet. Gabriel Somoza alza la vista desde la acera, pero sigue con su tarea como si la llegada de David Velasco no tuviera el menor interés para él.

Irina se incorpora con cautela sujetándose a la mesa y se dirige hacia la puerta para recibir a su esposo.

David entra como una exhalación, con la rabia tensándole el rostro. Tiene la mandíbula apretada y los ojos le brillan con ira contenida. Irina lo abraza y apoya la cabeza en su pecho en busca de consuelo, pero él la aparta con brusquedad.

—¿Quién es este? —pregunta dirigiendo una mirada despectiva al agente de paisano.

—Me llamo Fernando Quereda —responde el policía, y le tiende la mano en un gesto de cortesía—. Soy agente de policía.

David le da un apretón breve y cargado de indiferencia.

—¿Por qué está aquí? ¿Ha habido alguna novedad? —Se gira hacia su mujer, de la que espera una explicación—. ¿Por qué no me has contado nada?

Irina niega con la cabeza y, con suavidad, le pone una mano en el hombro para calmarlo.

—No, me temo que, de momento, no hay ninguna novedad. He venido para registrar la habitación de su hija y tomar muestras —explica el agente en tono neutro.

David arquea las cejas y ladea la cabeza con escepticismo.

—¿Ah, sí? Así que ha entrado en mi casa sin mi consentimiento.

—El inspector Somoza habló con su mujer y ella nos dio permiso —responde Quereda sin inmutarse—. Siento que le haya molestado, pero yo solo hago mi trabajo.

David se aparta de golpe quitándose de encima la mano de Irina. Luego se cruza de brazos y asiente lentamente con un gesto hostil.

—¿Ha terminado? —inquiere con impaciencia.

—Sí.

—Entonces, largo de mi casa.

Irina cierra los ojos abochornada. Conoce a David, sabe que razonar con él en ese estado es imposible. Lo mejor es callar y esperar a que pase el vendaval, si es que eso sucede.

Gabriel Somoza habla por teléfono mientras sostiene la escoba frente al chalet de los Velasco. No es lo más profesional, pero en su nuevo trabajo como conserje tiene que tomarse ciertas licencias. Hay llamadas que no puede ignorar, y esta es una de ellas.

Escucha con atención el mensaje que le transmiten desde la comisaría y, de reojo, ve a su compañero Fernando salir de la casa con la cabeza gacha. No cruzan ni una mirada. Gabriel ha insistido en mantener su tapadera a toda costa. Más tarde hablará con él, pero primero debe atender asuntos más urgentes, quizá incluso trascendentales.

Cuelga el teléfono y se encamina hacia el chalet. Apenas ha dado unos pasos cuando un grito irrumpe en el aire.

Es David.

La ventana de la cocina está abierta, y desde allí Gabriel oye con claridad un objeto de cristal estrellarse contra la pared haciéndose añicos. Un segundo golpe lo sigue de inmediato. Es un sonido seco, inequívoco. No necesita verlo para saber que ha sido una bofetada. Bastante fuerte, a su juicio.

Acelera el paso. Cuando llega a la puerta, esta se abre de golpe. Irina aparece ante él con media cara enrojecida y bañada en lágrimas. Su expresión es una mezcla de dolor y vergüenza. Al verlo, se estremece y baja la cabeza.

Intenta apartarse, salir de allí cuanto antes, pero Gabriel la sujeta por el brazo. No con violencia, pero sí con firmeza.

—¿Quiere denunciar a su marido? La ayudaremos —le dice mirándola a los ojos.

Irina tiembla. Durante un segundo parece debatirse, pero al final niega con un gesto rápido. Le tiemblan los párpados y, por la dirección de su mirada, Gabriel sabe que David está justo detrás de él. No le importa. Aunque lo hubiera sabido antes, le habría dicho a Irina exactamente lo mismo.

—Solo quiero irme de aquí —solloza Irina, que agacha de nuevo la cabeza.

—Debería actuar de oficio, pero, dada la situación, respetaré su decisión y haré la vista gorda. Si cambia de idea, hágamelo saber. ¿Dónde va a estar? —pregunta Gabriel.

—Tengo una amiga que vive cerca, se llama Nuria. Estaré con ella. Si me necesita o hay alguna novedad llámeme, por favor.

Gabriel la suelta. Sin demora, Irina se dirige a su coche, sube y lo pone en marcha. En cuestión de segundos, el ruido del motor se aleja dejando tras de sí un silencio incómodo.

Gabriel se gira entonces y se encuentra con David Velasco, apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados. Su expresión es de soberbia.

—¿Encontró algo ayer, señor Velasco? —le pregunta con calma.

David niega con la cabeza. Su rostro delata el cansancio acumulado.

—No, por desgracia. ¿Y usted? ¿Qué ha estado haciendo?

Gabriel da un paso adelante. Entre ellos hay dos escalones de diferencia, lo que lo obliga a alzar la vista para mirar a David a los ojos.

—Mi trabajo. Eso es lo que he estado haciendo.

David deja escapar un resoplido irónico.

—¿Y tiene alguna novedad?

Gabriel asiente presionando los labios antes de responder. Acaban de comunicarle por teléfono algo que no le va a gustar nada a David.

—Sí. Necesito que acuda a comisaría. Le acompañaría yo mismo, pero al hacerlo desvelaría mi identidad, y aún es pronto. La

inspectora Siles le recibirá.

David descruza los brazos con brusquedad y baja los escalones hasta quedar a escasos centímetros de Gabriel.

—¿Es por lo que acaba de pasar con mi mujer? Ha dicho que no quiere denunciar. ¿No le ha quedado claro? —pregunta con voz cortante.

—Me temo que no tiene nada que ver con eso —responde Gabriel sin inmutarse—. Es sobre la desaparición de su hija.

14

A última hora de la mañana, Patricia Siles observa a través del cristal de su despacho cómo dos agentes escoltan a David Velasco. No viene solo. Camina junto a un hombre apuesto vestido con un traje gris marengo y un maletín negro en la mano. Mientras avanza se ajusta la corbata con un gesto mecánico. La inspectora no necesita más para deducir que se trata de su abogado.

No los pierde de vista hasta que atraviesan la puerta de la sala de interrogatorios, situada al final del pasillo. En cuanto los agentes regresan, los intercepta.

—¿Ha dicho algo? —pregunta sin rodeos.

—Nada —responde el más joven de los dos policías—. Se ha identificado y ha preguntado por ti. Parece cabreado, eso sí.

Patricia asiente en silencio y les hace un gesto con la barbilla para que sigan su camino. Está muy cansada. Ha pasado otra noche en vela y ya ni siquiera se molesta en revisar el teléfono en busca de los mensajes de su marido, llenos de reprimendas que prefiere ignorar.

De vuelta en su despacho, apura el último trago de su cuarto café de la mañana. Sabe que debería controlarse, que el insomnio y las taquicardias dejaron de ser un problema puntual para convertirse en una constante, pero es la única forma de mantenerse alerta.

En la sala contigua, dos agentes la esperan al otro lado del espejo bidireccional para asistirla en el interrogatorio. Uno de ellos alza una mano para llamar la atención de la inspectora.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta elevando la voz justo cuando ella se dispone a entrar.

Patricia se detiene en seco y cierra los ojos con fuerza. No lo necesita, pero sabe que es lo correcto. Asiente y espera a que el agente se sitúe a su lado antes de hablar.

—Martín —dice tomando aire—, no intervengas. Solo siéntate a mi lado y deja que me encargue de todo.

El agente pone cara de no estar convencido, pero no discute. Sabe que, le guste o no, debe acatar la orden.

Ambos entran en la sala. Frente a ellos, David Velasco y su abogado los esperan con impaciencia. En cuanto se sientan, Patricia toma la palabra.

—Buenos días. Soy la inspectora Siles y él es el agente Martín Muñoz. Gracias por venir. Debo informarles de que esta conversación será grabada. Su presencia aquí es completamente voluntaria y pueden marcharse cuando lo deseen. —Desvía la mirada hacia el abogado—. Me disponía también a recordarle, señor Velasco, que tiene derecho a estar acompañado por un abogado, pero veo que no será necesario.

El joven letrado esboza una media sonrisa y juguetea con el nudo de su corbata.

—No nos conocemos, inspectora. Soy Juan Hernández, abogado del señor Velasco. Mi cliente desea colaborar en la investigación; se trata de su propia hija, pero no entendemos el motivo por el que se le ha citado. Si pudiera aclararnos esa parte, se lo agradeceríamos.

—Estamos trabajando en varias líneas de investigación y necesito repasar algunos aspectos con su cliente. Así que procederé con una serie de preguntas, ¿de acuerdo?

David se inclina hacia delante, impaciente.

—Terminemos con esto. Estamos perdiendo el tiempo y mi hija sigue sin aparecer —gruñe rebosando chulería.

Patricia le sostiene la mirada. Detesta a los hombres como él, esos que creen tener el mundo a sus pies y tratan a los demás con arrogancia. Pero sabe manejarse con tipos así. No piensa dejarse intimidar. De hecho, va a hacerle sudar durante el interrogatorio.

David Velasco no piensa ser el primero en apartar la mirada. Si aquel policía ya le parecía un inepto, la inspectora Siles lo supera con creces en incompetencia. Le encantaría borrarle esa expresión de superioridad de un tortazo. Lo haría sin pensarlo, como hace apenas unas horas ha hecho con su mujer. Aunque, siendo sincero, Irina no se lo merecía. Calculó mal. Debería disculparse. Sin embargo, sabe que ella volverá. Siempre lo hace.

—¿A qué se dedica, señor Velasco? —pregunta la inspectora sin pestañear.

—No entiendo qué tiene eso que ver con mi hija.

David mira de reojo a su abogado y este le responde con un leve gesto de aprobación. La inspectora sigue impasible. David duda unos segundos. No es algo que pueda ocultar, pero abre una puerta que desearía mantener cerrada.

—Gestiono locales de ocio —responde finalmente.

Patricia echa un vistazo a las notas en su cuaderno.

—Tengo entendido que es el propietario del grupo Ítaca, que cuenta con más de treinta establecimientos en la provincia. ¿Es así?

—Si ya lo sabía, ¿por qué necesita preguntármelo? —replica David, crispado.

—Solo trato de verificar la información. Entonces ¿es correcto?

David levanta las cejas con forzada consternación antes de cruzarse de brazos.

—Sí, lo es.

—Bien. Uno de esos locales está en Orihuela. Se llama Díscolo, ¿correcto?

David asiente con rigidez. No le gusta por dónde va la conversación.

—Mi compañero, el inspector Somoza, asegura que usted abandonó la urbanización Jardines del Edén anoche, a las nueve y cuarenta minutos, después de decir que iba a buscar a su hija. ¿Es eso cierto?

Él asiente de nuevo sin descruzar los brazos. El borde del abismo se vislumbra más cerca con cada pregunta de la inspectora.

—¿Adónde fue? —inquiere Patricia ladeando la cabeza.

David mira a su abogado, que esta vez no hace ningún gesto. Se gira y clava la vista en el espejo de la pared. Su reflejo le devuelve la imagen de un hombre en tensión, con la mandíbula apretada.

—Como ya dije, fui a buscar a mi hija.

—¿Y por qué pensó que podría estar en Orihuela, en un local de su propiedad?

Las palabras de Patricia lo cortan como una cuchilla. Siente que un calor sofocante se extiende por su cuerpo y el sudor empieza a

perlarle la frente. Es tarde para fingir calma. La inspectora sigue con esa expresión imperturbable. Sabe que está contra las cuerdas.

El abogado se inclina hacia delante e interviene.

—Mi cliente ha decidido no responder más preguntas, inspectora.

—¿Ah, sí? No le he oído decir eso —replica Patricia, y vuelve el rostro hacia Martín Muñoz—. ¿Tú lo has escuchado?

El agente niega con la cabeza.

El letrado alza la mano en un intento inútil de apaciguar la tensión.

—Mi cliente está atravesando una situación complicada, de modo que, si le parece bien, preferiríamos dar por finalizada la conversación. El señor Velasco debería estar en casa con su familia.

Patricia se levanta antes de responder.

—No. Me temo que no —sentencia—. Verá, ayer una patrulla de incógnito siguió a su cliente cuando, según él, iba a buscar a su hija. Lo curioso es que no fue a buscarla. Se dirigió a Díscolo, su local nocturno en Orihuela, y pasó allí toda la noche. No regresó a su casa hasta esta mañana.

—No es motivo suficiente para formular una acusación —disiente el abogado.

—Eso no le corresponde a usted decidirlo, señor Hernández. Además, tras revisar sus propiedades, hemos descubierto que es dueño de varios vehículos. Entre ellos, hay una furgoneta blanca que nos ha llamado mucho la atención. También posee una cabaña en Busot que queremos inspeccionar. Hemos hablado con el juez y nos ha dado el visto bueno. Estas son las órdenes judiciales de registro, por si desea revisarlas —dice Patricia, y desliza los documentos sobre la mesa.

El abogado los observa con una expresión sombría, pero no los toca.

—Ha dicho que su comparecencia aquí era voluntaria —señala.

—Lo era. Pero ha dejado de serlo cuando se ha negado a aclarar por qué fue ayer al pub Díscolo.

Juan Hernández se muerde el labio y mira a su cliente. David no le devuelve la mirada.

—También necesitaré su teléfono móvil —añade Patricia.

Se coloca un guante de vinilo, saca una bolsa de pruebas y extiende la mano, esperando.

David siente un puñetazo en el estómago. Se retuerce en la silla. Ahora sí busca con desesperación la mirada de su abogado. Este asiente con resignación y se encoge de hombros.

Cuando David deposita su teléfono en la mano enguantada de la inspectora, comprende que está perdido.

Gabriel suda como si hubiera corrido una maratón. Se esfuerza por terminar las tareas de mantenimiento lo más rápido posible, pero dos vecinas, ajenas a la gravedad de la situación, han interrumpido su trabajo para preguntarle quién es y qué ha pasado con el conserje habitual. Hablan más de la cuenta, y Gabriel, un hombre de pocas palabras, no tiene el don de la labia para quitárselas de encima con elegancia. Debería mejorar en eso, aunque ahora mismo es lo último que le preocupa.

Cuando recibe la información de Patricia, se estremece. David ha llevado a cabo acciones que lo colocan en el punto de mira. Por si

fuera poco, acaba de descubrir que tiene una cabaña en Busot, un lugar aislado.

La tentación de subir a su coche y salir disparado hacia esa cabaña lo asalta. No puede evitar pensar que los chicos están allí. Quiere acabar con ese caso de una vez por todas. Es lo único que le importa.

Sin embargo, tiene que contenerse y mantener la compostura. Sabía que esto podía pasar cuando se ofreció para infiltrarse. Llegaría el momento en el que le gustaría adoptar otros roles, y no sería posible. El instinto no le ha fallado. Una vez más.

Se ocupa de demasiadas cosas al mismo tiempo y la presión lo abruma. Además, siente la necesidad de volver a la casa de los Lago para reunirse con las familias, que son quienes más lo necesitan. Un golpe de remordimiento le atraviesa el pecho.

Termina de repartir la correspondencia y se dispone a reunirse con Daniela y Miguel Lago cuando suena el teléfono.

Es Laura, la agente a la que encomendó localizar a Irina después de que esta abandonara la casa cuando su marido la agredió.

—Cuéntame. ¿Tienes algo?

—Nada. La esposa de David Velasco ha dicho la verdad. Estuvimos indagando y conseguimos averiguar la dirección de su amiga Nuria. Fuimos hacia allí y encontramos su coche aparcado cerca. De hecho, ambas estaban abajo, creo que Irina acababa de llegar cuando las vimos. Hemos sido rápidos, así que no tuvo tiempo de ir a otro sitio antes. Después, subieron al apartamento y, al cabo de una hora y media, bajaron con el perro de la tal Nuria a dar un paseo. Se sentaron un rato en un banco del parque cercano e Irina rompió a llorar. Su amiga intentó consolarla, pero se la veía destrozada.

—De acuerdo. Lo imaginaba; aun así, tenía que estar seguro. Gracias, Laura. Si hay alguna novedad, vuelve a llamarme.

Emma Lago lucha por controlar las ganas de abalanzarse sobre su novio y cerrarle la boca a golpes. No deja de repetirle que no permitirá que le pase nada, que la protegerá, como si tuviera la fuerza necesaria para tirar la puerta abajo y sacarlos de allí. Como si la voluntad fuera suficiente para romper la madera podrida de esa asquerosa cabaña.

—Álvaro, no hagas ninguna estupidez, por favor —ruega Emma.

—¿Y qué quieres que haga? ¡Mira a Sonia, joder! ¡Está muerta!

Las palabras de Álvaro la desgarran. Emma no puede alzar la vista por miedo a volver a ver el cuerpo de Sonia, inmóvil sobre el suelo, como una muñeca rota.

—Nos vas a poner en peligro.

—¡Solo es uno! Puedo con él —contesta Álvaro, y su confianza parece teñida de desesperación.

—Lleva un arma.

—Eso no es un arma. No podrá matarme con eso.

Emma suspira y niega con la cabeza. Le tiembla todo el cuerpo. Solo desea que se calle, que deje de hablar y que no empeore la situación.

—Nuestros padres tienen dinero. Pagarán lo que tengan que pagar y esto se solucionará, pero necesito confiar en ti. No me falles, por favor —implora Emma.

Álvaro se incorpora de golpe. El sonido de un motor acercándose quiebra el silencio. A Emma se le eriza la piel y un escalofrío gélido

la paraliza.

—¡Álvaro, siéntate! —exclama, pero él no le hace caso.

El tiempo se ralentiza. Se oyen pasos en el exterior. Un candado se abre con un chasquido seco. Después, la madera cruje.

El mismo hombre que los llevó allí aparece en la puerta. Lleva una máscara de payaso de ojos vacíos y sonrisa grotesca, la misma que llevaba puesta cuando los obligó a subir a la furgoneta. Una túnica negra lo cubre por completo y oculta todo lo que podría delatarlo. En su mano, el táser con el que los amenazó la noche del secuestro.

Se queda inmóvil observando el cadáver de Sonia.

—Ayúdame a sacarla —ordena a Álvaro. Su voz suena distorsionada, amplificada por algún tipo de dispositivo en el interior de la máscara que esconde su verdadero tono.

Álvaro no se mueve. Emma cierra los ojos. Sabe que su novio está midiendo sus posibilidades. Esa idea la aterra.

Un chasquido eléctrico inunda la cabaña. Emma ahoga un grito y se encoge contra la pared.

Abre los ojos y ve que Álvaro tiene a Sonia sujeta por los hombros. La cabeza de la chica cae hacia atrás cuando él la levanta, y queda a la vista su rostro pálido, inerte. Emma tiene que apartar la mirada de nuevo.

El hombre disfrazado de payaso sujeta a Sonia por los pies sin soltar el táser. Con torpeza, la sacan de la cabaña. Emma oye el ruido sordo del cuerpo al caer en la tierra. Un sonido seco que la atraviesa.

Luego, algo metálico golpea el suelo. Parecen unas llaves.

—Cierra el candado —ordena el secuestrador.

Emma oye un portazo y, acto seguido, el clic del candado resuena en el aire dejándole un eco punzante en el pecho.

Está sola. Otra vez.

Se abraza las rodillas con fuerza y las aprieta contra el pecho. Golpea el suelo con los talones mientras trata de controlar la sensación de ahogo que la asfixia. La cabaña le resulta cada vez más pequeña, como si las paredes se le vinieran encima, como si todo su peso se concentrara en su abdomen aplastándola.

El tiempo se diluye. No es capaz de aventurar cuánto transcurre desde que se han ido. Le parece una eternidad.

Otro chasquido. Otra vez el candado. Otra vez el crujir de la madera.

Álvaro entra primero, despacio. Detrás, la figura del payaso. Con un gesto, le indica que se aleje de la puerta.

El siguiente movimiento de Álvaro es rápido. Se gira bruscamente y se abalanza sobre el secuestrador. Ambos caen al suelo. El golpe sacude la cabaña entera.

El táser sigue en la mano del hombre. Lo acciona justo cuando Álvaro intenta golpearle. Un fogonazo azul ilumina la escena.

Los músculos de Álvaro se contraen en un espasmo violento. Su cuerpo se sacude antes de desplomarse contra la madera. Emma tiene los ojos cerrados. No quiere verlo, pero el sonido del impacto la estremece.

Jadea.

El payaso se recoloca la máscara. Se le había movido ligeramente, pero no lo suficiente para revelar su rostro.

Emma retrocede hasta el rincón más oscuro de la cabaña. Se encoge, temiendo ser la siguiente.

Pero no sucede.

El hombre se gira, sale apresurado, cierra el candado y el silencio se adueña de la cabaña.

15

A Álvaro le duele todo el cuerpo. Nunca había sentido un dolor así, tan profundo, tan atroz. Cada intento de moverse se traduce en mil agujas que se le clavan en la carne atravesándolo sin piedad. Incluso respirar es una tortura. El pecho se le hincha con dificultad, y el aire que entra le quema los pulmones. Ahora comprende que su novia tenía razón: arriesgarse a recibir una descarga con el táser no ha sido una buena idea. Lo ha aprendido por las malas.

Emma lo observa desde la puerta del aseo. Es la tercera vez que ha ido a vomitar en lo que va de día. Está pálida, las ojeras se le marcan como sombras violáceas bajo los ojos y su expresión destila resentimiento. No necesita un espejo para saber que él debe de estar igual o peor. De todos modos, en la cabaña no hay nada que refleje su aspecto, ni siquiera un simple cristal. Ni una pizca de esperanza tampoco.

Han dormido sobre un colchón en el suelo, si es que a eso se lo puede llamar dormir. Álvaro se ha despertado al menos veinte veces y Emma otras tantas. Cada crujido de la madera, cada destello que se filtraba por las rendijas de la cabaña los ha sacado repentinamente de su frágil letargo. Con la ayuda de Emma, Álvaro ha logrado levantarse para ir al baño, aunque el esfuerzo ha sido titánico. Al volver, en lugar de tratar de llegar al colchón, se ha

desplomado sobre la madera áspera. Ahí sigue, sin fuerzas para moverse, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Aún te duele? —pregunta Emma con seriedad.

Él asiente con un leve movimiento de la cabeza y cierra los ojos; el mareo le revuelve las entrañas.

—¿Tienes idea de qué hora puede ser? —pregunta Emma de nuevo.

Álvaro niega despacio.

—No. Diría que alrededor de las siete de la tarde, pero es solo una suposición. —Su voz es apenas un susurro, un hilo quebrado de palabras—. Creo que voy a intentar dormir un poco. ¿Puedes ayudarme a llegar al colchón?

Emma lo mira con la frente arrugada, la rabia brilla en sus ojos.

—Te dije que era mala idea, y aun así lo hiciste, Álvaro. Podría haberte matado. Te pusiste en peligro. ¡Y a mí también!

—¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme de brazos cruzados?

—Pues sí. Eso habría estado bien —le espeta Emma con la voz cargada de frustración—. Ahora tendría a alguien que podría ayudarme y no un despojo de hombre que se arrastra por el suelo.

Álvaro traga saliva y se obliga a no responder. La paciencia siempre ha sido su mejor cualidad. Entiende que Emma está al límite, que su mente busca una salida, cualquier cosa a la que aferrarse para no derrumbarse del todo. Pero él no tiene fuerzas para discutir. Solo la observa. No es más que una niña que acaba de descubrir que el mundo no es un lugar maravilloso repleto de arcoíris. No tiene recursos para enfrentarse a algo así. Tal vez nadie los tenga. Lo único que puede hacer es mantenerse sereno y ahorrar fuerzas.

Entonces un sonido rompe la frágil calma de la cabaña.

El rugido de un motor se aproxima por el bosque.

Emma ahoga un grito y se encoge instintivamente, acurrucándose junto a Álvaro. Su cuerpo tiembla contra el de él, pero Álvaro apenas reacciona. Cada roce es una descarga de dolor en su piel.

El miedo vuelve a apoderarse de los dos.

—No intentes nada, por favor —suplica Emma con voz trémula.

Álvaro no contesta. Ni aunque quisiera podría hacerlo. Ni aunque tuviera la intención de moverse lo lograría.

Los segundos se convierten en una tortura mientras el motor se apaga y el chirrido de una puerta al abrirse corta el silencio. Luego, pasos. Lentos. Medidos. Crujen sobre la grava húmeda.

El sonido metálico de un candado al ser manipulado.

Emma se aferra con más fuerza al brazo de su novio.

Álvaro tiene el aliento entrecortado.

La puerta está a punto de abrirse.

Martín Muñoz se ha ofrecido voluntario para inspeccionar la cabaña que pertenece a David Velasco. Necesita impresionar a la inspectora Siles. Más que eso: necesita que ella lo vea. Que lo tome en serio. Anhela formar parte del Grupo de Homicidios. Es lo que siempre ha querido y la razón por la que estudió Criminología en la universidad. Pero cada vez que Siles lo mira, siente que es completamente invisible. Como si no existiera.

Sus compañeros le han dicho que no se desespere, que la jefa es así con todo el mundo. Excepto con Gabriel Somoza. A él sí lo trata

de un modo diferente. Y Martín lo sabe. Lo ha visto con sus propios ojos.

Lo acompaña Beatriz Gambín, una agente novata que lleva menos de un año en el cuerpo. Delega cualquier decisión en él, y eso al ego de Martín le resulta agradable. Siempre ha pensado que tiene dotes de liderazgo.

La cabaña no está en el centro de Busot, un pueblo pequeño con calles serpenteantes y casas de piedra. Está apartada. Demasiado apartada. Para llegar hay que atravesar un camino de tierra angosto en cuyos márgenes crece la hierba y lo único que deja al descubierto son los surcos marcados por las ruedas de los vehículos. A medida que avanzan, el paisaje se vuelve más inhóspito. No hay casas cercanas ni señales de vida. Solo el viento agitando las copas de los árboles y el zumbido lejano de los insectos.

Una valla metálica rodea la propiedad, oxidada en algunas partes y con alambres retorcidos que sobresalen como garras.

—Quiero que estés alerta —dice Martín a su compañera en voz baja—. Fíjate. Estamos solos. Este es el lugar ideal para encerrar a alguien.

Beatriz asiente y aprieta los labios. Se mueve con rigidez, como si el aire espeso del bosque le pesara en los pulmones.

Martín saca las llaves que David Velasco ha entregado a regañadientes. La orden de registro no le dejó otra opción y, por suerte para los agentes, llevaba una copia en la guantera de su coche.

Prueba con tres llaves antes de encontrar la correcta. La verja cede con un chirrido largo.

Cruzan el jardín descuidado, donde la maleza crece sin control y el suelo está cubierto de hojas secas y pequeños insectos que huyen a cada paso de los agentes. El olor a humedad y a madera podrida impregna el aire.

Cuando llegan a la puerta de la cabaña, se encuentran con un candado grueso y viejo, pero firme. Martín lo manipula y esa vez acierta a la primera.

Empuja la puerta y el interior se revela en la penumbra.

Vacío.

El polvo flota en los haces de luz que se filtran desde el exterior por las grietas de la estructura. No hay muebles, como tampoco rastros de presencia humana reciente.

No hay nadie.

Y, por la capa de suciedad acumulada en el suelo, parece que no lo ha habido en mucho tiempo.

Martín se queda en el umbral con los brazos en jarras.

Está frustrado.

Cuando la puerta se abre, Emma siente que el pulso se le acelera.

¡Es él!

El hombre de la túnica negra y la máscara de payaso.

Se toma un tiempo para entrar, sin prisa, con la misma presencia imponente de siempre. En la mano derecha, enfundada en un guante negro, sostiene el táser; un recuerdo de lo que puede suceder. En la otra, una bolsa de plástico que deja caer al suelo con un golpe seco.

Emma distingue en su interior una botella de agua y una bolsa de aperitivos. También hay un periódico. El hombre mete la mano en la bolsa, lo extrae con parsimonia y avanza un par de pasos antes de lanzárselo.

El periódico golpea a Emma en las rodillas, cae al suelo y se desliza sobre la madera. No lo tocan. Ninguno de los dos se mueve.

El hombre de la máscara respira con pesadez.

—Coged el periódico y sujetadlo —ordena con la voz distorsionada por el modulador de la máscara.

Emma apoya la frente en el hombro de Álvaro, incapaz de levantar la mirada. Tiembla de forma violenta, incontrolable. Está helada. Siente la garganta cerrada, le cuesta respirar.

Álvaro es quien, con gran esfuerzo, logra incorporarse lo suficiente para coger el periódico. Cada movimiento le arranca un quejido ahogado. Emma sigue sin reaccionar, paralizada.

Él lo levanta y ella se gira apenas unos centímetros para ver la portada.

La fecha es de ese mismo día, o al menos eso cree. Ha perdido la noción del tiempo.

No hay ninguna noticia sobre su desaparición.

Su mente se aferra a esa idea con desesperación. Eso es bueno. Significa que la policía no sabe nada. Significa que sus padres pagarán el rescate y podrá volver a casa. Nunca más volverá a pisar esa cabaña. Nunca más.

Entonces, su mirada se desliza hacia la mano del hombre de la máscara.

Él hurga en el interior de su túnica y saca algo. Un objeto rectangular, oscuro, de bordes gruesos.

Emma lo reconoce al instante. Es una cámara instantánea, una Polaroid.

Su padre tenía una igual cuando era niña. Le encantaba hacerse fotos con ella, observar cómo la imagen emergía poco a poco en el papel, como por arte de magia.

Ahora la magia ha desaparecido. Ahora entiende lo que quiere el hombre de la máscara.

Quiere una foto de ellos con el periódico. Quiere una prueba de vida.

Su mente se desploma en un torbellino de miedo.

Porque Sonia no estará en esa foto.

El horror se apodera de ella.

16

Miguel Lago siente el corazón desbocado; le late con fuerza, como un martillo que impactara contra su pecho. Cada latido impulsa un torrente de sangre que le golpea las sienes, a punto de hacérselas estallar. El dolor de cabeza es punzante, una presión constante que no cede.

Ha anochecido y el inspector Somoza sigue en su casa. Miguel no sabe qué pensar. Quiere creer que el policía está ahí para ofrecerles su ayuda, pero una parte de él sospecha que lo está vigilando. Somoza le oculta algo. No le cuenta todo lo que sabe. Miguel intenta comprender su postura, ponerse en su lugar, pero es imposible.

Daniela, su mujer, ha tenido que tomarse tres pastillas para dormir. No podía más. El agotamiento la ha vencido tras tantas horas en vela. Subió al dormitorio hace rato. Marta y Jorge Sempere, los padres de Álvaro, también se han marchado. Quizá necesiten estar solos para procesar todo lo que está ocurriendo. Y no es poco.

No ha tenido noticias de Irina ni de David Velasco. Solo ha oído a su vecina cuchichear con otra mujer que sacaba al perro. Según parece, esta mañana ha habido una fuerte discusión en el hogar de los Velasco. Irina se ha subido al coche y se ha ido. No es la primera vez que Miguel oye rumores sobre ellos. Le cuesta entender que David se comporte así con una mujer como Irina. Es hermosa, sí,

pero más allá de eso, parece frágil, alguien que no merece que la traten de esa manera.

El inspector Somoza comenta que pronto se retirará a la portería. Dice que quiere estar cerca por si hay novedades. Miguel lo duda. Cree que lo está observando, a la espera de que cometa un error. Es solo cuestión de tiempo, si no lo ha hecho ya, que descubra su difícil situación económica. Y entonces ¿qué? Tiene un motivo para querer dinero. Eso es innegable.

Sentado en un rincón y con la expresión endurecida por la luz del móvil, Gabriel entrecierra los ojos mientras escribe y lee mensajes. Parece concentrado, pero Miguel siente su presencia como una sombra al acecho.

Espera que se marche de una vez y subir a su cuarto para meterse en la cama con su mujer. Tal vez logre dormir un par de horas. El cuerpo se lo pide, aunque la mente no le dará tregua.

Gabriel lucha contra el sueño, hundido en el sofá de la familia Lago con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos fijos en un punto indefinido del techo. Intenta mantenerse despierto hasta que Patricia termine de ponerlo al día con sus mensajes. Cuando lo haga, se irá de casa de los Lago. Necesita dormir un poco.

El zumbido de su móvil lo saca de su letargo. Lo extrae despacio del bolsillo, procurando no hacer ruido. No quiere despertar a Daniela, que intenta echar una cabezada. Una llamada a esas horas solo puede significar problemas. Se incorpora con cuidado, cruza el salón sin encender ninguna luz y desliza la puerta del jardín trasero lo justo para salir sin llamar la atención.

El aire de la noche lo despeja un poco. El jardín es amplio y está meticulosamente cuidado. Pequeños bonsáis de troncos retorcidos y ramitas pulcramente recortadas descansan sobre mesas bajas, cada uno con su maceta de cerámica esmaltada. A un lado, una mesa con herramientas para trabajarlos: tijeras de podar, alambres, un pulverizador con agua. Todo ordenado, sin una mota de tierra fuera de su sitio.

—Dime —responde en voz baja mientras observa los árboles en miniatura.

Quien responde es Antonio Sigüenza, uno de los dos agentes de policía que siguieron a Jorge Sempere la pasada noche.

—Inspector Somoza, soy Antonio, necesito hablar con usted.

La voz suena tensa, algo nerviosa.

A Gabriel no le gusta cómo empieza la conversación. No es habitual que un agente lo llame a esa hora.

—¿Qué pasa?

Silencio breve al otro lado de la línea.

—No le dijimos toda la verdad anoche.

Gabriel mantiene la calma, pero tensa la espalda.

—¿A qué te refieres?

—A Jorge Sempere. Lo seguimos, como ordenó, pero… hubo un momento en que lo perdimos de vista.

Gabriel trata de contener su enfado. Suelta aire despacio, reprimiendo el impulso de maldecir en voz alta.

—¿Cuándo?

—Cuando iba por las carreteras de Mutxamel, ya de madrugada. Eran caminos poco iluminados, no pasaba un alma, y… bueno,

simplemente desapareció de nuestra vista. Teníamos que mantener cierta distancia para no llamar su atención. Fue muy difícil.

Gabriel cierra los ojos un instante. Aprieta la mandíbula antes de responder.

—¿Por qué no informasteis de esto antes?

—Consideramos que no debíamos alarmar sin pruebas. Lo buscamos, inspector. Dimos varias vueltas, pero no había manera. Luego lo vimos aparecer otra vez y no quisimos complicar el informe. Llevo todo el día dándole vueltas, arrepentido. Lo siento de verdad.

—Así pues, Jorge Sempere tuvo tiempo para hacer lo que le diera la gana sin que nadie lo viera.

Antonio no contesta. El silencio lo dice todo.

—¿Cuánto tiempo lo perdisteis? —pregunta Gabriel.

—Alrededor de una hora.

—Bien. Ya hablaremos sobre esto.

—Inspector, por favor, no se lo cuente a Patricia Siles, se lo ruego. Fue un error, pero lo seguimos toda la noche. No tenemos pruebas de que hiciera nada extraño.

—Buenas noches, Antonio.

Gabriel cuelga y se queda un momento en el jardín con los ojos clavados en la mesa de herramientas. Alambres, tijeras, bridas… No falta de nada.

Patricia termina de poner al día a Gabriel mediante mensajes. Habría sido mucho más rápido llamarlo, pero él le ha pedido que no lo

hiciera para no despertar a Daniela, quien, al parecer, acaba de dormirse tras dos noches en vela.

Hoy también se ha hecho tarde. Ha sido un día largo, plagado de incertidumbres.

Varias parejas de agentes siguen con la búsqueda, ampliando poco a poco el radio de rastreo. Hasta ahora, salvo el testimonio del vecino que vio la furgoneta blanca el día del secuestro, nadie más ha aportado información útil. En cuanto tenga un momento, volverá a hablar con ese vecino y le mostrará fotos de la furgoneta incautada a David. Tal vez sirva de algo. Mientras tanto, ha ordenado a dos agentes que revisen las cámaras de seguridad de la zona por si captan ese vehículo el día de la desaparición de los tres chicos.

El registro del club nocturno de David Velasco ha resultado esclarecedor. En un almacén anexo, la policía se ha incautado de más de doscientos kilos de cocaína empaquetados en fardos. Patricia lo intuía desde el interrogatorio; la expresión de David había sido la de un hombre que esconde demasiado.

En el club Díscolo trabajaron ayer tres personas, dos camareras y el encargado. Los han interrogado, por supuesto. Pero, como era de esperar, nadie sabía nada de la droga, claro. Aunque sí reconocen que David Velasco estuvo allí. Según le han contado a Patricia, cuando apareció la droga en una primera inspección, el encargado se vino abajo y, de repente, se mostró más colaborador. Asegura que su jefe, el señor Velasco, tiene una aventura con Andrea, una de las camareras de ese club. Es habitual que, cuando ella está trabajando, David se presente allí y ambos pasen la noche en la trastienda. A todos les resulta incómodo, pero él es el jefe, así que poco pueden hacer.

Andrea, sin embargo, no reconoce la relación con David Velasco. Según cuenta, son amigos. Dice que él se siente cómodo hablando con ella y que algunas veces va a verla para hablarle de sus problemas. Para Patricia, suena más creíble la versión del encargado, aunque los escarceos de David le traen sin cuidado; lo que quiere es resolver el caso.

La furgoneta blanca ya está en las dependencias policiales. Los de la Unidad Científica le han prometido que a primera hora de la mañana empezarán a trabajar con ella. Ahora no le preocupa tanto el tiempo que pueden retener a David en comisaría: con esa cantidad de droga en una de sus propiedades, ya tienen motivos más que suficientes para mantenerlo detenido. Pero ese no es el objetivo. No. Se trata de localizar a los chicos con vida. Y para eso sí que hay prisa.

En la cabaña no han encontrado nada. Patricia ha visto las fotografías que tomó el agente Martín Muñoz y no parece que nadie haya estado por allí en una buena temporada. Habrá que seguir buscando.

Está a punto de quedarse dormida sobre su escritorio cuando, con esfuerzo, se obliga a incorporarse. Recoge sus cosas y decide irse a casa. Mañana será otro día. Al menos debería hablar con su marido. Se lo debe.

Se dispone a salir de su despacho cuando una agente rubia de unos treinta años aparece como un rayo y se aferra al marco de la puerta con ambas manos.

—Inspectora, ¿tiene un minuto?

Patricia la observa, luchando por mantener los párpados abiertos.

—Si puede esperar a mañana, te lo agradecería. Necesito dormir —balbucea.

—Yo… creo que no. Es importante. Han llamado de una planta de residuos. Han encontrado el cuerpo de una chica adolescente. Al volcar el contenedor, un operario la vio caer.

El sueño se esfuma de golpe. Un dolor punzante le atraviesa el estómago. Suelta el bolso y lo deja caer al suelo con rabia.

Esta noche tampoco irá a casa, pero eso no es lo que la enfurece. Es el fracaso.

17

Patricia va de inmediato a la planta de residuos, donde el revuelo por lo sucedido es evidente. Es la primera en llegar al lugar. Los equipos de la Unidad Científica no deberían tardar. El comisario Urriaga también está de camino, aunque Patricia no tiene intención de esperarlo. En cuanto consiga lo que busca, se marchará. No piensa perder ni un segundo más.

El olor es nauseabundo. Se le mete muy hondo, impregnándole la ropa y la piel. Le cuesta respirar.

Ha pedido hablar con Elías Moroño, el joven operario que vio el cuerpo caer desde el camión. Mientras lo espera en un rincón apartado de la escena lo observa acercarse acompañado del encargado de la planta. Es alto y muy delgado, camina cabizbajo, como si temiera la conversación que está por llegar. Se detiene a pocos metros de la inspectora Siles.

—Déjenos, por favor —pide Patricia al encargado, que obedece sin rechistar.

Se queda a solas con Elías. El muchacho no levanta la mirada. Está asustado. Es comprensible.

—Soy la inspectora Siles. Necesito que me diga exactamente qué vio.

Al operario le cuesta arrancar a hablar. Las palabras se resisten a salir de su boca.

—Estaba empezando mi turno. Trabajo en ese sector —dice señalando una zona llena de montones de bolsas de basura.

Patricia no rompe el silencio, aunque desea que el chico se apresure.

—Los primeros camiones empezaron a llegar. Dejan los residuos en el foso. Allí, varias máquinas los trituran para reducir espacio. Luego se incineran —continúa Elías.

—De acuerdo. ¿En qué momento viste el cuerpo de la chica? —pregunta Patricia.

—Pues lo vi de casualidad; no solemos fijarnos en lo que cae, damos por hecho que son residuos. Había bajado al foso porque se había atascado una trituradora y tenía que intentar arreglarla. Es una máquina que falla mucho últimamente. Entonces vino un camión y volcó el contenedor. La mayoría de las bolsas de basura son negras. Por eso me llamó la atención algo diferente. Al principio no lo procesé. Pensé que podría ser un maniquí o algo así, pero cuando el camión se fue, me acerqué y lo vi con claridad. Era una chica con un abrigo rojo.

—¿Cuántas personas trabajan en un mismo camión?

—Cuatro. Un conductor y tres auxiliares —contesta Elías.

—¿Los conoces a todos?

El chico guarda silencio unos segundos. La pregunta parece haberlo tomado por sorpresa.

—Sí. Claro.

—¿Has notado algo fuera de lo habitual? Me refiero a si han cumplido con el horario, si ha habido cambios de personal en los

camiones… Ese tipo de cosas.

—No. Lo único raro es que ha aparecido una chica muerta. Es posible que alguien arrojara el cuerpo a un contenedor y nadie se diera cuenta hasta que llegó aquí.

Patricia coloca los brazos en jarras, sostiene la mirada al operario y suelta un bufido.

—Bien. Gracias. Eso es todo por ahora.

Elías se aleja. Patricia se queda sola, con la mirada fija en la sábana blanca con la que alguien ha cubierto el cadáver, rodeado de toneladas de basura.

Las luces azules centelleantes anuncian la llegada de sus compañeros de la Unidad Científica.

Lo primero que harán será identificar el cadáver. Pero a Patricia no le hace falta: ya ha visto su rostro y el abrigo rojo que concuerda con la descripción que dio su madrastra.

No hay duda. Es Sonia Velasco.

Su parte es la más difícil: encontrar a quien la mató y descubrir por qué.

Lo primero será averiguar la ruta que siguió ese maldito camión. Y ponerse a trabajar.

Gabriel conduce en silencio, como siempre. Su único acompañante es la incesante voz de su conciencia repitiéndole las mismas preguntas sin respuesta.

Ya no es necesario fingir que es el conserje de la urbanización Jardines del Edén. Ese plan no ha funcionado.

Todavía no se ha confirmado mediante ADN que el cuerpo sea el de Sonia. Por eso, aún no han informado a su familia. Pero Patricia la ha visto y ha cotejado su rostro con un buen número de fotos. No tiene dudas. Es ella.

Si su padre, David Velasco, tuvo algo que ver en su muerte, es un misterio que aún debe esclarecerse. La situación no será sencilla. No lo dejarán en libertad; podría destruir pruebas o, peor aún, darse a la fuga.

La clave es la furgoneta, piensa Gabriel. Mientras Patricia se dirige a la casa del testigo que aseguró haber visto una el día del secuestro, con la intención de enseñarle unas fotos y confirmar si se trataba del mismo modelo, él se dirige a la planta de residuos donde han encontrado el cuerpo de Sonia. Se pregunta por qué solo ha aparecido ella y no los cuerpos de Álvaro y Emma. Se alegra por ello, pero la incertidumbre lo atormenta.

Desde el primer momento, sospechó que el culpable era alguien de la propia urbanización. Es lo más plausible teniendo en cuenta que la cámara no grabó a nadie entrar o salir del recinto a la hora en la que Daniela asegura haber recibido la nota. El día en que entregaron la nota de secuestro, Nico, el guardia de seguridad a quien Gabriel detesta por su pasado, no estaba presente para hacer su trabajo. Pero fue solo por un corto periodo, algo que los secuestradores no podían haber dado por sentado. A menos que el propio Nico estuviera involucrado. Aunque no lo cree capaz de algo tan elaborado, es una posibilidad que Gabriel prefiere no descartar. Además, los informes que han llegado sobre Nico casi lo eliminan como sospechoso. Varios agentes han seguido sus movimientos y no

ha hecho nada que lo delate. En cualquier caso, Gabriel sabe que tendrá que estar atento.

Si antes de aparecer el cuerpo de Sonia ya sospechaba que el secuestro lo habían ejecutado varias personas, ahora no tiene ninguna duda. Alguien tuvo que deshacerse del cadáver. Ha ordenado seguir a todos los familiares que han abandonado la urbanización por algún motivo. Si hubiera sido alguno de ellos, lo sabría.

David Velasco sigue en comisaría. Irina está en casa de su amiga Nuria, algo de lo que Gabriel se ha asegurado pidiendo a una agente que vigile todos sus movimientos. Es improbable que ellos lo hicieran. También lo es al respecto de la familia Lago y Marta Ríos, porque no han salido de la urbanización. No puede decir lo mismo de Jorge Sempere, al que también siguieron, si bien tuvo una oportunidad de hacer algo que no vieron cuando los agentes encargados de seguirlo le perdieron la pista.

El cómplice es alguien de fuera. Y podría ser cualquiera.

O tal vez Gabriel esté equivocado. Le resulta difícil decantarse.

Estaba convencido de que el secuestro tenía un móvil económico hasta que todo se torció y apareció el cadáver de Sonia Velasco. Ahora no descarta un ajuste de cuentas disfrazado con una nota de secuestro burda.

David, el padre de la chica, es un hombre con enemigos. Eso es seguro. Cualquiera que maneje esas cantidades de droga termina complicando su camino. Quizá alguien buscaba venganza.

Jorge Sempere es abogado, y eso también es un imán para las enemistades. Más aún si el clan de los Bobrov está involucrado. Sea como sea, quien organizó todo eso probablemente contó con ayuda

desde dentro de la urbanización. Patricia hizo bien en pedir que investigaran a todos los residentes, aunque hasta ahora ninguno ha levantado sospechas ni realizado movimientos extraños. Algo no cuadra. Y Gabriel debe averiguar qué es.

Miguel Lago actúa como si ocultase algo. No lo culpa por ello, ya que en una situación como la actual cualquier persona podría verse desbordada y comportarse de manera errática. Le cuesta pensar que alguien sea capaz de algo así y poner en riesgo a su propia hija. Es demencial. Pero Gabriel ha visto tantas barbaridades que, a estas alturas, pocas cosas le sorprenden.

Y luego está el hecho de que Álvaro, Emma y Sonia coincidieran a la misma hora y en el mismo lugar. Emma ni siquiera sabía que Álvaro y Sonia tenían algo. ¿Casualidad? Tal vez. Sin embargo, es demasiado llamativo.

Todas esas ideas colapsan la mente de Gabriel mientras se acerca a la planta de residuos. Y con ellas se aviva su tristeza. No ha sido capaz de salvar a Sonia.

—Mírela otra vez, por favor. Es importante que esté seguro —insiste Patricia Siles, que agita la fotografía del vehículo incautado a David Velasco.

—Le digo que estoy seguro —murmura el hombre. Es tarde y su esposa no se ha levantado de la cama.

—Pruebe con esta. —Patricia le muestra otra imagen—. Puede verla desde arriba, más o menos desde el ángulo en que la observó aquel día.

El hombre coge la fotografía con ambas manos y la levanta para examinarla como si fuera una radiografía vieja.

—Estoy seguro, señorita. Y créame, tengo una vista excelente. Era esa furgoneta o una idéntica.

Patricia se frota los ojos con el dorso de la mano. El agotamiento la consume. En dos horas, la Policía Científica comenzará a analizar la furgoneta de David Velasco. Si hay pruebas incriminatorias, estarán ahí.

El hombre lo nota. La observa con una mezcla de lástima y preocupación.

—Tiene mal aspecto, señorita. ¿Por qué no pasa y se tumba un rato en el sofá?

La inspectora alza la vista con esfuerzo, como si aquel gesto drenara sus últimas reservas de energía.

El hombre se aparta e insiste con amabilidad.

—Pase, por favor. No debería conducir así.

Patricia no responde. Solo cruza el umbral, da unos pasos hasta el sofá y se deja caer tras descalzarse las botas.

Dos horas serán suficientes.

18

Irina se ha despedido de su amiga Nuria con una sensación de inquietud. Algo no va bien. La voz del inspector Somoza al otro lado del teléfono, pidiéndole que se presente en la comisaría, le augura una mala noticia.

Si Sonia hubiese aparecido sana y salva, lo habría dicho sin rodeos. Pero no lo ha hecho. Y eso la preocupa.

La otra posibilidad es que hayan descubierto alguno de los trapos sucios de su marido. Eso no le afectaría tanto. De hecho, hasta se alegraría. No tiene nada que ver con sus negocios ni con sus asuntos turbios. No es la primera vez que David le pega, pero se ha jurado a sí misma —y a Nuria— que será la última. No se ha planteado abandonarlo en plena desaparición de su hija. Sería un golpe demasiado bajo, incluso para él. Puede esperar a que todo se solucione. Siempre y cuando David mantenga las manos quietas.

Intenta concentrarse en la carretera, alejar de su mente esos pensamientos. Ya afrontará lo que tenga que afrontar cuando sepa de qué se trata. Ha considerado llamar a Daniela Vidal para preguntarle si sabe algo, pero ha decidido no hacerlo. Se ha imaginado escenarios horribles de los que prefiere mantenerse alejada el mayor tiempo posible. Además, es probable que ya estén

al tanto de la agresión de David. No soportaría la vergüenza de hablar de eso con una mujer a la que apenas conoce.

Cuando por fin llega a la comisaría, se sorprende al ver un grupo de reporteros, cámaras y fotógrafos apostados en la entrada. Ha dejado su coche en un aparcamiento cercano y ha ido a pie.

Está a solo unos metros de la puerta cuando una mujer con una cámara colgada del cuello la señala con el dedo.

En cuestión de segundos, una nube de periodistas la rodea. Los flashes se disparan.

—Irina, ¿sabías en qué negocios estaba metido tu marido? —pregunta una reportera acercándole un micrófono a escasos centímetros del rostro—. ¿Crees que tuvo algo que ver en el secuestro de su hija?

«¿Cómo sabe mi nombre?», se pregunta Irina.

Se queda paralizada.

Antes de que pueda reaccionar, dos agentes irrumpen entre la multitud. Uno grita a los periodistas que se retiren mientras el otro la toma del brazo y la escolta hasta el interior de la comisaría.

El bullicio aún retumba en su cabeza cuando un policía se acerca y le indica que el inspector Somoza la está esperando.

No entiende nada.

Tiene miedo y se teme lo peor.

Gabriel Somoza no puede sentarse. Da vueltas por su despacho mordiéndose las uñas. Intenta elegir las palabras correctas, si es que existe alguna adecuada. Todo se ha desmoronado. La aparición del cuerpo de Sonia y la implicación de tantas personas en el caso ha

acabado de la peor manera posible. El secuestro se ha filtrado a la prensa y ahora Gabriel teme un desenlace desolador.

Ve llegar a Irina. Tiene el rostro desencajado. Sus ojos, abiertos de par en par, parecen presagiar la infausta noticia. Gabriel avanza hasta la puerta e indica al agente que la acompaña que se quede con ellos. Cuando todos están dentro, cierra la puerta con un chasquido seco.

—Hola, Irina. Gracias por venir. Siéntese, por favor.

La observa durante varios segundos. En sus pupilas encuentra a una mujer aterrorizada, suplicante, como si con solo mirarlo pudiera impedir que pronuncie las palabras que teme oír. Gabriel arrastra la silla y se sienta a su lado.

—Irina, ha sucedido algo que debe saber. Lamento que la prensa la haya abordado de esa manera en la puerta. No debería haber pasado.

Irina traga saliva, pero la voz se le quiebra igualmente.

—¿Qué está ocurriendo?

Gabriel respira hondo.

—Anoche recibimos una llamada de una planta de residuos. Encontraron el cadáver de una adolescente. Hemos hecho las comprobaciones de ADN pertinentes con las muestras tomadas en su casa y hemos confirmado que se trata de Sonia.

El semblante de Irina se descompone. El rostro se le inunda de lágrimas en cuestión de segundos, la piel se le enrojece y un sollozo desgarrador le sacude el pecho. Gira la vista hacia el otro agente, con la boca abierta, temblorosa. Restos de saliva salen despedidos por los fuertes espasmos de su llanto. Parece esperar que él desmienta lo que acaba de escuchar.

Gabriel duda. No sabe si debe decir algo más o si el silencio es la única respuesta posible. Desearía que Patricia se hubiera encargado de informar a Irina. Ella vuelve a mirarlo. Sus facciones crispadas, la vena de la sien palpitando con furia, la angustia desbordándose en su rostro.

—¡No, por favor! —grita desgarrada.

Gabriel no puede soportarlo más. Sus propios recuerdos lo invaden con fuerza. El dolor le atenaza el pecho, ese peso con el que ha aprendido a convivir pero que, en momentos como este, parece que nunca le abandonará.

Sin decir una palabra, indica con un gesto al agente Lloret que se quede con ella en el despacho. Lloret asiente con cara de circunstancias. Sin duda, él tampoco querría estar ahí.

Gabriel abandona la sala sintiendo que le falta el aire.

Necesita que le echen una mano.

Patricia Siles contempla a Irina, conmovida por el dolor que proyecta. Gabriel ha acudido a pedirle ayuda. Estaba ocupada agilizando trámites para avanzar en la investigación, pero entiende el sufrimiento de su compañero y no piensa dejarlo solo en esto. Es la única persona a la que no puede decirle que no, aunque admitirlo la haga sentirse débil, en cierto modo.

—Irina, comprendo su dolor y le garantizo que, si no fuera porque aún hay dos chicos desaparecidos, no la haría pasar por esto ahora. —La inspectora deja que el silencio apacigüe la tensión del despacho —. Voy a hacer todo lo posible por encontrarlos con vida y necesito su colaboración.

Irina la mira con los ojos enrojecidos; no queda rastro de la belleza que siempre tuvo.

—¿Su padre lo sabe? —pregunta recobrando la voz.

—Sí, se lo he comunicado en cuanto hemos confirmado su identidad —responde Patricia.

—¿Está aquí?

Patricia duda. Ignora si se refiere al cuerpo de Sonia o a David. No se imagina llevando a Irina a la morgue, así que decide dar por hecho que habla de su marido.

—Sí. Pero ese es otro asunto del que quería hablar con usted. David está retenido. Lo estamos investigando.

Después de pronunciar esas palabras, Patricia analiza con atención la reacción de Irina. Gabriel le ha contado lo que ocurrió ayer. Sabe que ese bofetón no fue el primero.

—Entiendo. ¿Desea hacerme preguntas sobre él? Adelante —contesta Irina con indiferencia.

—Sí, así es. Pero antes le pido que nos permita tomar una muestra de su ADN. Es parte del protocolo. Es preciso que aislemos los perfiles para la investigación.

—Vale.

Patricia abre el primer cajón del escritorio de Gabriel; sabe que él guarda kits ahí. Coge uno y se dispone a tomar la muestra. Se levanta, se acerca a Irina y, al introducirle el bastoncillo en la boca, una punzada de remordimiento la atraviesa. Le cuesta enfrentarse a ese rostro devastado por la tristeza. «Hay que tener estómago para este tipo de cosas», piensa.

—Hemos averiguado que David no salió a buscar a su hija cuando abandonó la casa de la familia Lago hace dos días. Esa noche fue

directo a un club del que es propietario en Orihuela. Díscolo, se llama. ¿Lo conoce, Irina? —le pregunta Patricia cuando termina de tomarle la muestra.

—Sé cuál es, pero nunca he ido. David nunca ha querido llevarme a esos sitios. Dice que tengo demasiada clase para lugares como ese. ¿Qué fue a hacer allí? ¿No buscó a su hija?

—Esperaba que usted me lo explicara. Él se ha negado a hacer declaraciones. Registramos el local y encontramos una gran cantidad de droga almacenada. ¿Sabía que su marido tiene ese tipo de negocios?

Irina asiente con la mirada perdida.

—No es algo de lo que hablemos abiertamente, pero, al fin y al cabo, compartíamos techo. Alguna vez he escuchado conversaciones y me lo imaginaba. No quise preguntar. Habría sido peor. Supongo que ya se habrá dado cuenta de que el carácter de David no es precisamente dócil.

—¿Cree que podría estar involucrado en el secuestro de Sonia?

Irina niega con la cabeza.

—Sinceramente, no lo creo. Lo que no tengo tan claro es que no esté relacionado con su negocio. Siempre se ha creído más listo de lo que realmente es. No duda en ganarse enemigos si lo considera necesario. He conocido a algunos de sus socios y no son gente de fiar. No descarto que se trate de un ajuste de cuentas o algo parecido.

—¿Recuerda el nombre de alguno? —pregunta Patricia con la libreta preparada para apuntar.

—Solo uno. El que peor impresión me causó. Era italiano. Enzo Morelli, si no me falla la memoria. Una vez fuimos a cenar con él y

su esposa, también italiana, pero no recuerdo su nombre. Enzo se pasó toda la noche intentando seducirme. Mi marido perdió los nervios y discutieron allí mismo. Aunque, según me echó en cara, todo había sido culpa mía.

Patricia lo anota. Tiene que contener el impulso de decirle a Irina que su marido la engaña con una camarera. Debe ser profesional y no entrar en ese juego.

Gabriel decide intervenir.

—Cuando hablamos por primera vez, le pregunté si su esposo se llevaba bien con su hija. Creo que no pudo contestar con sinceridad porque David estaba delante. ¿Es así?

Los ojos de Irina vuelven a llenarse de lágrimas.

—David es un hombre complicado. Siempre quiere mandar, no soporta que le digan lo que tiene que hacer. Por eso me callé. Antes de ir a verlo en la casa de la familia Lago, le recordé a mi marido que hace unas semanas me pincharon las cuatro ruedas del coche, por si podía estar relacionado. Me contestó que me callara y que no comentase nada de eso.

—¿Tiene idea de quién pudo ser? —inquiere Gabriel.

—Alguien de la urbanización, eso seguro. Pero no sabría decirle.

Patricia sigue tomando notas.

—Entonces ¿David y Sonia no se llevaban bien? —pregunta el inspector Somoza.

—No, no se llevaban bien. Chocaban mucho. El día que Sonia desapareció, habían discutido. Él le dio un bofetón. Últimamente estaba más irascible de lo habitual.

Patricia deja que Gabriel continúe llevando el interrogatorio.

—También hubo un momento, en casa de la familia Lago, en el que pregunté si Sonia, Álvaro y Emma se conocían. Creo que usted iba a decir algo y no se atrevió.

Irina asiente y se limpia las lágrimas con la manga de la blusa.

—Yo sí me llevaba bien con Sonia. La quería como si fuese mi propia hija… —Tiene que tomarse unos segundos para recomponerse, para que la voz no se le quiebre—. Estaba al corriente de que tenía una relación con Álvaro a escondidas. Ella me lo contó. No sé si es algo que ustedes ya saben, pero no me pareció oportuno comentarlo delante de sus familias en un momento tan tenso como ese. Lo siento.

Gabriel asiente, procesando la información.

—Irina, quiero volver a los Jardines del Edén. La investigación, como habrá podido comprobar en la puerta con toda esa prensa, ya no es ningún secreto. Y esta vez me propongo ser yo quien registre su casa. ¿Le parece bien?

Irina asiente. Lo último que desea ahora es quedarse sola.

19

Las dos horas que Patricia ha dormido en el sofá de la pareja octogenaria que vive en la playa de la Almadraba han sido suficientes para infundirle fuerzas. Ha tenido una mañana productiva en la que ha logrado agilizar varios puntos clave de la investigación.

Salvo por la breve interrupción de Gabriel para que la ayudase con el interrogatorio de Irina, ha aprovechado bien el tiempo.

El análisis del teléfono de Sonia confirma el testimonio de Irina. Tuvo una discusión con su padre y este le pegó. Lo comenta con su amiga Ángela en una serie de mensajes donde deja claro que se ha ido de casa y que no piensa volver. Patricia relee la transcripción de la conversación. No quiere que se le pase nada.

SONIA: No es la primera vez. Estoy harta.

ÁNGELA: ¿Y qué vas a hacer? Ven a mi casa y te quedas aquí.

SONIA: De momento, prefiero estar sola. Gracias. ¿Te puedes creer que cuando me he ido ni se ha molestado en decirme nada? Ha tenido que salir Irina a rogarme que me quedara y él se ha quedado en su despacho, como si no le importase.

ÁNGELA: Ven a casa, tía. Y me cuentas todo mejor.

SONIA: Voy a apagar el teléfono. Si me llama, que se encuentre con el buzón y se preocupe. Se lo merece.

Y eso hizo. Apagó el teléfono un minuto después de enviar ese último mensaje y no volvió a encenderlo.

El último punto en el que su móvil emitió señal fue en la avenida Costablanca, una larga travesía que conecta el Cabo de las Huertas con la playa de la Almadraba. No hay mensajes anteriores que sugieran que estuviera metida en un lío. De hecho, no hay registros recientes de conversaciones con Álvaro ni con su padre. Siempre se dirigía a Irina para comentarle sus planes o decirle si pensaba cenar en casa. La relación entre ambas era cercana, lo que hace que Patricia entienda aún más el dolor de Irina por su pérdida.

El último mensaje recibido de Álvaro data del mes de julio. Sonia lo saluda y él tarda en contestar. Álvaro le sugiere quedar en las rocas y ella acepta. Luego, un silencio que se prolonga hasta el presente.

Por otro lado, el comisario Urriaga está presionando a Patricia para que dé una rueda de prensa. Insiste en que, si no lo hacen pronto, los periodistas no les darán tregua. Pero Patricia se niega en redondo. No va a exponerse de ese modo, por mucho que su superior insista. Antes renunciaría a su puesto como jefa del Grupo de Homicidios.

Lo único que le importa es la investigación.

Ha podido saber que las cámaras de seguridad cercanas al lugar donde se entregó el paquete el día antes de llegar a la casa de la familia Lago no revelan nada de nada. Su ubicación es nefasta. Debido a la legislación vigente, ninguna cámara de un comercio particular puede apuntar a la calle, lo que complica la búsqueda de pistas. La cámara de la empresa de mensajería solo enfoca el interior del local y eso no le sirve, ya que quien dejó el paquete lo

depositó en un buzón exterior sin vigilancia. Las etiquetas estaban impresas y adheridas a él, y el coste del envío se abonó previamente mediante una cuenta falsa.

Los del departamento de Pericias Informáticas han rastreado la dirección IP desde la que se generaron e imprimieron esas etiquetas. El rastro los lleva a un locutorio de la playa de San Juan, uno de los pocos que aún mantienen su actividad ofreciendo ordenadores con conexión a internet e impresoras. El dato más relevante es que se imprimieron siete días antes de producirse el secuestro. Será la propia Patricia quien acuda a ese lugar en busca de respuestas. Lo tiene claro.

Una breve investigación concluye que el hombre que supuestamente envió el paquete lleva más de cinco años ingresado en un geriátrico. Su deteriorado estado mental lo descarta por completo como sospechoso. Además, vive en Santander, de modo que la posibilidad de su implicación es aún más remota.

El pago se realizó a través de una cuenta de PayPal, lo que dificulta el rastreo y convierte el caso en un callejón sin salida. Patricia ha solicitado la ayuda del departamento de Investigación Tecnológica, pero no tiene muchas esperanzas de obtener algo útil. Quien organizó esto sabía exactamente lo que hacía.

A pesar de todo, Patricia no piensa quedarse de brazos cruzados y trabaja en varias líneas de investigación. Ha pedido a un grupo de agentes que amplíen el radio de búsqueda con las cámaras de seguridad, aunque sin muchas expectativas. Mientras tanto, la Policía Científica analiza la furgoneta de David Velasco, y ella tiene pendiente hablar con Martina, la chica con la que, según Ismael

Reyes, Álvaro tuvo un encuentro una noche en las rocas del Cabo de las Huertas.

También ha recibido los informes solicitados sobre los familiares directos. Nada llamativo, salvo un hermano de David Velasco al que pusieron una orden de alejamiento por acoso hace diez años. Son tantos frentes que la inspectora Siles no tiene más remedio que delegar. Enviará a alguien a hablar con el hermano de David. Es meticulosa y no quiere que se le pase nada.

Sin embargo, hay algo más. Algo que no dejaría en manos de otra persona que no fuese Gabriel.

Ha recibido los informes con la geolocalización de los teléfonos de Jorge Sempere, Marta Ríos y Miguel Lago que Gabriel le pidió solicitar. Jorge y Marta, los padres de Álvaro, no mintieron. La noche del secuestro estuvieron en casa. Al menos sus teléfonos móviles muestran actividad en esa localización.

Sin embargo, el perfil de Miguel Lago, el padre de Emma, revela que su situación económica es alarmante. Un vistazo a las cifras hace que Patricia se lleve la mano a la boca. Su informe de localización muestra que la noche en la que su hija desapareció estuvo moviéndose a una velocidad que sugiere que viajaba en un vehículo. Se desplazó hasta el campo de golf de Bonalba y permaneció en un hotel de la zona durante horas. Es un área algo aislada repleta de chalets.

Su comportamiento es, cuando menos, sospechoso.

Necesitan hablar con él cuanto antes.

—Lamento mucho que tenga que pasar por esto de nuevo. El agente que realizó la anterior inspección se centró en conseguir muestras de ADN y prendas de ropa que pudiesen ayudar en el rastreo. Yo necesito dar un paso más y dar con alguna pista que me lleve a encontrar a los chicos —dice Gabriel a Irina al entrar en su opulenta casa.

Irina se ha sentado en el sofá con las manos entrelazadas en el regazo.

—Lo entiendo, pero ¿es necesario que vaya a la habitación de Sonia con usted? No estoy preparada para entrar ahí ahora.

—No, claro que no. Puede quedarse aquí con el agente Muñoz. No tardaré, se lo prometo.

Martín Muñoz se queda de pie detrás del sofá, donde no molestará a Irina.

Gabriel cruza de inmediato el amplio vestíbulo y sube la escalera de mármol con zancadas firmes. El tiempo apremia. Una agente de la Policía Científica lo acompaña en la inspección. Mientras ella se encarga de precintar los ordenadores de la familia Velasco y de buscar dispositivos susceptibles de ser analizados, él se centra en las pertenencias de Sonia. Tal vez encuentre un diario, una nota, algo que lo acerque al paradero de Álvaro y Emma. O tal vez no halle nada. Pero tiene que comprobarlo. Es parte de su trabajo.

El gato de Sonia aparece en el umbral de la puerta y se queda sentado observando fijamente al inspector como si lo vigilara. Gabriel desvía la mirada, y de repente se acuerda de que Azabache lleva días solo en casa.

Sobre el escritorio hay un libro con una marca de lectura a la mitad: *Entre líneas*, de Luis Santamaría. Revisa los cajones. Nada

interesante. Luego el armario. Encuentra menos ropa de la que esperaba. Son prendas sobrias. Sonia parece inclinarse por colores neutros y un estilo elegante.

Le llama la atención el inusual orden de la habitación. No sabe si es obra de la joven o de la asistente que se ocupa de la casa. Sobre una estantería anclada a la pared descansan varios juegos de mesa. Los abre uno a uno. Ninguna sorpresa. Hasta que se topa con uno que no contiene tablero, reglas ni fichas, sino las piezas de un puzle.

En una esquina, varias cajas de zapatos están perfectamente apiladas. Rebusca en ellas. Ve que en el interior de una no hay calzado, sino objetos de valor sentimental. Es el momento de cambiarse de guantes.

Con sumo cuidado, remueve los objetos: una pulsera de nacimiento con el nombre casi borrado por el paso del tiempo, unos pequeños pendientes de diamantes, una diadema de flores, una tarjeta de cumpleaños con un dibujo donde se lee «Mejores amigas» firmada por Ángela hace dos años, un llavero con una miniatura de la Torre Eiffel y un colgante que le llama la atención.

Frunce el ceño. Está seguro de haberlo visto antes. Cierra los ojos un instante y se concentra. Lo recuerda de pronto: es el collar de Álvaro. El diente de marfil es idéntico.

Pone la caja en la cama y, con una mano, accede a su teléfono móvil. Busca entre sus fotos. Álvaro lleva ese collar en más de una. Lo revisa varias veces. No hay duda. Es el mismo. Con la otra mano lo introduce en una bolsa de pruebas. Continúa su búsqueda durante media hora más, hasta que se da por vencido.

La agente de la Policía Científica ya se ha marchado. En la anterior inspección, otro agente se llevó el ordenador de Sonia para que se

analizara en la comisaría, con lo que se ha centrado en los portátiles de Irina y David Velasco. Espera que, después de no haber encontrado nada interesante en el ordenador de Sonia, sí puedan hallar alguna pista que los acerque a resolver el caso en el ordenador de David.

Se pregunta cómo deber de ir la espera entre Martín Muñoz e Irina. No ha oído ni una sola palabra desde que subió.

Cuando baja, la encuentra en la misma posición: sentada en el sofá con la mirada perdida en algún punto del vacío.

—He terminado. Gracias por la espera —anuncia Gabriel.

—¿Necesita algo más? —pregunta Irina con voz cansada.

—¿Sabe si Álvaro y Sonia se veían aquí? —indaga Gabriel.

Irina se encoge de hombros.

—Que yo sepa, no. Pero muchas veces no había nadie en casa. Si aprovecharon esos momentos, lo ignoro. Lo siento.

Gabriel asiente con un gesto de comprensión.

—¿Cree que Sonia estaba obsesionada con Álvaro?

Irina ladea la cabeza y lo mira con sorpresa.

—A Sonia le gustaba, claro. Es muy atractivo y siempre tiene a las chicas detrás. Puede que ella se sintiera especial y disfrutara de esa sensación. Pero sin duda era una atracción correspondida… O al menos eso creo. Sonia me contaba detalles y, por lo que sé, él la buscaba más a ella que al revés.

—Entiendo —contesta Gabriel.

Se toma un instante para considerar la respuesta de Irina, pero no insiste más.

—Bien, nos llevamos algunos objetos para analizarlos. En cuanto haya alguna novedad, la llamaré.

Da media vuelta, pero, antes de que pueda alejarse, Irina se incorpora de golpe.

—Inspector… —dice con la mirada clavada en él—. No quiero quedarme sola. Mi amiga Nuria se ha marchado unos días. ¿Cree que podría quedarme con Daniela y Miguel?

Hay algo en su tono, en su manera de sujetarse los brazos, que a Gabriel lo enternece.

Se siente identificado con su pérdida y le inspira compasión.

—No lo sé. No es mi casa —responde Gabriel—. Pero acompáñeme, hablaremos con ellos.

20

Miguel Lago vuelve a estar sentado frente a Gabriel Somoza en la cocina de su casa. Está aterrado y es incapaz de controlar los nervios. Sabe que eso solo empeora la situación, que está atrapado en un callejón sin salida, pero no puede evitarlo.

Le sudan las manos. Siempre le ocurre cuando se enfrenta a una situación estresante. Últimamente, le pasa demasiado a menudo. Un dolor sordo y persistente se le ha instalado en la mandíbula y empeora cada vez que abre la boca.

El inspector Somoza apareció hace un rato en su puerta con Irina. La pobre mujer estaba devastada. Miguel lo entendió en cuanto escuchó el motivo. Por suerte, Daniela, su esposa, estaba arriba durmiendo. Se pasa los días atiborrándose de somníferos encerrada en su habitación. Quizá sea la forma más inteligente de sobrellevar la angustia, de hacer que el tiempo pase más rápido hasta que todo esto termine. Si hubiera oído que han encontrado a Sonia Velasco muerta es muy posible que le hubiera dado un ataque de pánico.

Miguel intenta no pensar; es la única manera de no desmoronarse. Pero lo cierto es que no puede más. Necesita que ese dolor se acabe. No sabe hasta cuándo será capaz de soportarlo.

Irina se ha sentado en el sofá. El inspector le ha pedido a Miguel que le permita quedarse. Le ha explicado que su marido se

encuentra en la comisaría y que la mujer no desea estar sola. Él ha accedido. ¿Qué clase de insensible sería si no lo hiciera? Aunque, en el fondo, no quiere tenerla allí. De hecho, cuanto más lejos esté de la familia Velasco, mejor. Sin embargo, su problema más inmediato es que Gabriel Somoza se propone interrogarlo de nuevo. Esta vez, su semblante es aún más serio que la primera. Nada bueno puede salir de esa conversación.

—Hay varios puntos que me gustaría aclarar con usted —le anuncia Gabriel en tono firme.

Miguel se remueve en la silla. No encuentra una postura cómoda. Está dando una imagen nefasta. Si por alguna remota posibilidad ese policía no sospechaba de él, ahora esa posibilidad ha desaparecido. En este momento es la viva imagen del miedo.

—Claro. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

Gabriel lo observa con gesto inescrutable, apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante. Chasquea la lengua antes de hablar.

—Hemos investigado su situación financiera. Es preocupante, como supongo que ya sabe.

«Se acabó», piensa Miguel. Era cuestión de tiempo que alguien lo descubriera. Durante un breve instante, se siente aliviado. Tal vez así su esposa y su hija dejen de despilfarrar un dinero que no tienen. Pero la vergüenza lo golpea con fuerza. No ha sido capaz de mantener el nivel de vida al que acostumbró a su familia. Lo odiarán por ello. Está convencido.

—Sí, soy muy consciente de eso —responde con voz tensa.

—¿Su familia está al corriente de esta situación?

—No, no lo sabe nadie. No he tenido valor para explicarlo. Es humillante.

Gabriel le lanza una mirada inquisitiva. Desconfía de él. Miguel lo tiene claro.

—En estos momentos, adeuda una cantidad cercana al medio millón de euros. ¿Cómo piensa hacer frente a esos pagos? —pregunta el inspector Somoza.

—Aunque me duela, tendré que vender la casa.

—¿Está en venta? —inquiere Gabriel ladeando la cabeza.

Miguel niega.

—No, he estado demorándolo porque soy un cobarde y no sé cómo decírselo a mi mujer y a mi hija.

—Entiendo. Supongo que no se le escapa que es mucha casualidad que su hija y dos adolescentes más desapareciesen y los secuestradores solicitasen un rescate que usted no puede pagar. De hecho, es una cantidad importante que le ayudaría a cubrir sus deudas. Le daría la oportunidad de empezar de cero —comenta Gabriel.

—Si insinúa que yo he tenido algo que ver está muy equivocado.

Gabriel hace una mueca con los labios.

—Si no quiere que sospeche de usted, va a tener que explicarme qué hizo la noche que desapareció su hija, y le sugiero que esta vez no me mienta.

Se forma un silencio largo e incómodo.

Miguel no es capaz de mirar a Gabriel a los ojos. La casa, que hace poco se inundaba de gritos y llantos desesperados, ahora parece no emitir sonido alguno. A Miguel le tiemblan las manos. Está dubitativo, tiene que tomar una decisión sabiendo que no hay salida. Cualquier puerta que abra le traerá problemas.

—Tengo una aventura con Marta Ríos —confiesa—. La noche que desapareció Emma, había quedado con ella.

Gabriel le sostiene la mirada sin mostrar signos que delaten lo que piensa. Su semblante es neutro.

—¿Dónde estuvieron? —pregunta.

—No llegamos a vernos esa noche. Habíamos quedado donde siempre, en un hotel de Bonalba, pero Marta no apareció.

—¿Le contó por qué?

—No. Tenemos la norma de no llamarnos ni escribirnos nunca. Es algo que a ella le aterra. Me dijo que no debíamos dejar ninguna prueba —explica Miguel con la vista gacha—. Esa noche la esperé durante horas, pero no apareció. Terminé por aceptar que no iría y volví a casa. Fue entonces cuando me enteré de la nota y de todo este desastre.

Se produce una pausa en la que el inspector Somoza se centra en asimilar la información.

—¿Marta Ríos sabe que tiene dificultades económicas? —pregunta finalmente.

—No. Como ya le he dicho, no lo sabe nadie.

—Permítame un momento, tengo que hacer una llamada —se excusa Gabriel.

Se levanta y sale al jardín. Se aleja lo suficiente para que sea imposible que nadie en la casa alcance a oír la conversación. Miguel se queda solo en la cocina. Ahora la puerta está abierta y ve de soslayo a Irina, recostada en el sofá con la cabeza apoyada en una mano y las facciones desgastadas por el llanto. Reza para que no haya escuchado nada. Si a Irina le da por tener una conversación con Daniela y le cuenta que su marido la engaña, será devastador. Y

más en una situación como esa. Solo de pensarlo le entran escalofríos.

La espera se hace eterna. Gabriel Somoza vuelve al cabo de unos minutos interminables.

—De acuerdo. No podrá usar su coche por el momento, Miguel. Voy a llamar a la grúa para que lo lleven a comisaría. Necesito que lo inspeccionen.

Patricia acaba de hablar por teléfono con el comisario Urriaga. Está enfadado. Muy enfadado. Le ha reprochado que no lo esperara en la planta de residuos y que después lo haya evitado.

Sabe que tiene razón. Lo ha hecho a propósito porque suponía lo que Urriaga iba a decirle. Él no quiere mantener retenido a David Velasco si no hay motivos de peso para justificarlo. Su hija acaba de aparecer muerta y, en opinión del comisario, lo que tienen hasta ahora no es suficiente. Le ha advertido que más le vale que encuentren algo en la furgoneta que están terminando de analizar o va a tener que dar explicaciones.

Esa misma duda ha rondado la cabeza a Patricia. No es fácil lidiar con esa carga. Si David Velasco es inocente, haberlo retenido en el peor momento de su vida será imperdonable. Pero, si es culpable, todo cambia. Y su instinto le dice que lo es. Mintió cuando afirmó que había salido a buscar a su hija y no ha sabido explicar qué hacía en un local de Orihuela, donde además han encontrado un importante alijo de droga. Son decisiones difíciles, y el peso de cada una la desgasta haciéndola analizar demasiado las consecuencias.

Por eso ha evitado a Urriaga. No necesita que nadie le recuerde lo que está en juego.

Gracias a varios agentes que la mantienen al corriente de lo que ocurre en la comisaría, ha sabido que David Velasco reaccionó a la muerte de su hija con ira. No ha dejado de gritar ni de golpear las paredes de la celda en la que está retenido. Su abogado amenaza con denunciar a todo el cuerpo. Tampoco ha desperdiciado la oportunidad de mostrarse ante la prensa. Ha emitido un comunicado, lleno de rabia, donde se queja de que la policía no permite a su cliente estar con su familia. Ha omitido, por supuesto, que Velasco solía agredir a su esposa y a su hija. También ha evitado mencionar que está retenido, además, por un delito de tráfico de drogas. De momento. Pronto podrían sumarse otros cargos. Patricia desea que así sea.

En cualquier caso, si transcurren unas cuantas horas más y no son capaces de añadir nuevas pruebas, será decisión del juez que quede en libertad o se establezca prisión provisional.

Mientras todos esos pensamientos la invaden, espera en una cafetería solitaria de la playa de San Juan. Ha quedado allí con Martina Mendoza, la joven con la que, según Ismael Reyes, Álvaro tuvo un lío de una noche un sábado cualquiera en las rocas del Cabo de las Huertas.

La chica llega tarde, algo que irrita a Patricia. Aunque al menos ha tenido la decencia de avisar.

Apura la segunda taza de café cuando ve aparecer a una joven alta y delgada. Es mona, pero Patricia opina que Emma es más guapa. Viste con elegancia. Quizá demasiada para su edad. Tiene un estilo que no pasa desapercibido.

El lugar está prácticamente vacío, así que Martina reconoce de inmediato a la inspectora. Se acerca con una sonrisa tímida y se sienta frente a ella, expectante.

—Lamento el retraso —se excusa.

Patricia no contesta. No le gusta mentir, y decirle que no pasa nada sería falso. Lo cierto es que está molesta y siente que el tiempo se le agota.

—Gracias por venir, Martina. Necesito hacerte unas preguntas sobre Álvaro Sempere —anuncia cortante.

La chica suspira y se atusa el pelo.

—Todavía no me creo lo que está pasando. Quiero decir…, el otro día faltaron a clase, pero nadie imaginaba algo así. Nos hemos quedado en plan… —Hace una mueca, arquea las cejas y se encoge de hombros. Patricia detesta la jerga adolescente.

—¿Conocías bien a Álvaro? —pregunta sin rodeos.

Martina desvía la mirada hacia la barra de la cafetería.

—Supongo que si me ha llamado es porque sabe que nos liamos una vez.

—¿Fue solo una vez? —inquiere Patricia.

La joven aprieta los labios y asiente lentamente con una expresión entre la tristeza y la vergüenza.

—Sí. La verdad es que yo estaba… estoy colada por él. Es el chico más atractivo que he visto jamás y camina como si flotara. No sé cómo explicarlo.

—No es necesario —zanja Patricia—. Explícame de qué hablasteis ese día. ¿Te contó si tenía algún problema o si estaba metido en algún lío?

—No hablamos mucho. —Martina sonríe—. Fue un poco raro. Quiero decir…, él nunca se había fijado en mí, ¿vale? Él está en otra liga.

—¿Y qué pasó ese día? ¿Por qué crees que se fijó en ti?

—No lo sé. Normalmente visto ropa ancha, tipo chándal y cosas así. Pero ese día mi hermana mayor me dejó un vestido superelegante que se había comprado para una boda. Solo lo usó una vez porque luego engordó un poco y ya no le quedaba bien…

—Céntrate en Álvaro, por favor —la interrumpe Patricia.

Martina cambia el gesto. De repente, parece incómoda con la inspectora.

—Bueno, iba muy guapa. Nunca me había visto así, tan radiante. Todo el mundo me lo decía. Y parece que Álvaro también lo pensó, porque se acercó a mí. De repente me apartó y me pidió que lo acompañara a una zona donde no hubiera nadie.

Patricia levanta una mano.

—¿Te forzó en algún momento?

Martina arruga la frente, sorprendida.

—¿Álvaro? No. No, en absoluto. Yo estaba flipando. Me pilló por sorpresa y no me lo creía, pero no me obligó. Fui encantada, y lo volvería a hacer.

—¿Y qué pasó cuando os quedasteis solos? ¿De qué hablasteis?

Una sonrisa pícara asoma al rostro de Martina. Se ha sonrojado.

—Me besó. Yo le devolví el beso y fue… increíble, la verdad. Es cierto que trataba de meterme mano todo el rato y tuve que pararle. No porque no me apeteciera, que lo estaba deseando, pero no quería parecer fácil. Aunque no funcionó. —Vuelve a encogerse de hombros—. Hablamos poco, le repito. Me dijo que nunca se había

fijado en mí, pero que cuando me vio llegar con ese vestido… Le encantaba cómo me quedaba.

Hace una pausa antes de añadir, con un poso de frustración:

—Al cabo de un rato, cuando vio que no iba a dejarle ir más allá, perdió interés y dijo que se iba a casa. Desde entonces he intentado vestirme más elegante, pero no ha dado resultado.

Patricia levanta la mano y llama a la camarera para pedir la cuenta. Su irritación ha ido en aumento. Siente que hablar con Martina ha sido una completa pérdida de tiempo.

La joven parece decepcionada por la brevedad de la conversación. La inspectora Siles se dispone a despedirse después de pagar cuando su teléfono vibra sobre la mesa.

—Diga —responde de inmediato.

—Jefa, tenemos los resultados de la furgoneta de David Velasco. Es nuestro —anuncia una voz masculina al otro lado.

Patricia se tensa. Sujeta el móvil con más fuerza.

—Explícate —exige sintiendo que se le acelera el pulso.

—En la furgoneta había sangre de Sonia Velasco. Y hemos recuperado muestras de ADN de Álvaro y Emma.

21

Miguel Lago se ha quedado solo en la cocina cuando Gabriel ha dicho que tenía que volver a la comisaría y se ha ido. Su tono ha sonado como si hubiesen descubierto algo importante, pero no ha dado detalles. Miguel empieza a estar harto de su actitud mística, aunque también le preocupa que la investigación cada vez apunte más hacia él.

No sabe qué hacer con las manos, con el cuerpo, con la inquietud que se le ha instalado en el pecho. Su nerviosismo ha tomado el control. Se apoya en la encimera con la mirada perdida en los azulejos. Siente que las paredes de su propia casa lo aplastan. Un dolor opresivo en el esternón lo preocupa. «Podría ser un infarto», piensa. Tal vez así se solucionarían sus problemas. Ha tenido que confesar que se veía con Marta, y eso no es bueno, nada bueno. Cuando salga a la luz, y tiene claro que lo hará, tendrá que sufrir la vergüenza que él mismo se ha ganado actuando como un miserable.

Sabe que el inspector Somoza no es idiota. Es de todo menos eso. A esas alturas habrá empezado a atar cabos, a cuestionarse hasta qué punto su relación con la madre de Álvaro es relevante. Y si sigue indagando… Miguel se pasa la mano por el rostro, como si el gesto pudiera disipar la tensión de sus sienes. El cansancio es cada vez

más incapacitante. Ya no piensa con claridad, si acaso lo ha hecho en alguna ocasión. Necesita dormir, pero no puede.

Deja escapar un suspiro pesado antes de decidirse a salir al salón. Camina despacio, con pasos erráticos que rompen el sepulcral silencio de su hogar. Entonces la ve.

Irina.

Se había olvidado por completo de ella.

Está sentada en el sofá en una postura aparentemente relajada; sin embargo, algo en la forma en que mantiene la espalda recta, en la manera en que sus dedos juguetean con el borde de su blusa, le indica que no está tan tranquila como pretende. Cuando ella alza la vista y lo observa, algo en su expresión lo sobresalta. No sabría decir si es juicio o sospecha, pero ambas cosas lo incomodan.

—Hola, Irina. Había olvidado que estabas aquí —confiesa.

—Yo… No quiero molestar, la verdad es que…

—¿Has oído algo? —interrumpe Miguel cambiando el tono de voz.

El rostro de Irina es otro ahora, deja ver su miedo. No contesta, abre la boca sin que salgan las palabras.

—Que si has oído algo —insiste Miguel, más brusco aún.

Irina sigue sin contestar. Una leve desviación de los ojos es suficiente para que Miguel sienta que el mundo se detiene.

—¿Oír… qué exactamente? —La voz de Daniela rompe el aire a la espalda de Miguel.

Acaba de bajar la escalera. Él cierra los ojos, abatido. No sabe dónde meterse. Respira hondo, intenta recomponerse y se gira con lentitud.

—¡Cariño! —exclama—. ¿Cómo estás? No te he oído bajar.

Daniela lo fulmina con la mirada.

Irina se levanta de repente y se alisa la falda en un gesto automático.

—Tenéis que disculparme, prometí a mi amiga que pasearía a su perro mientras ella está fuera.

Ni Miguel ni su mujer se dignan prestarle atención. Irina se apresura a abandonar la casa mientras el matrimonio se sostiene la mirada.

—¿Ha habido alguna novedad mientras dormía? —pregunta Daniela arrastrando las palabras sin pestañear.

Miguel niega con la cabeza y se frota la coronilla. Tendrá que explicarle por qué se han llevado su coche. Tendrá que explicarle que el inspector Somoza ha estado preguntándole, de nuevo, por lo que hizo la noche que desaparecieron los chicos. Y tendrá que explicarle qué era lo que podría haber oído Irina. Solo que no tiene la más remota idea de cómo hacerlo.

—¿Desde cuándo te importa lo que Irina oiga? —pregunta Daniela con frialdad.

Miguel abre la boca, pero no encuentra la respuesta correcta. Y ese vacío es suficiente para que su mujer entienda que algo no encaja. Daniela entrecierra los ojos, su expresión cambia. No dice nada más, pero Miguel sabe que la conversación no ha terminado. Solo ha quedado en pausa.

Por ahora.

Gabriel Somoza cierra la puerta tras entrar en el despacho de Patricia, que lo esperaba desde hacía un rato. Ambos están demacrados. Sin decir nada, toma asiento y coge el informe de la

Unidad Científica que su compañera le había dejado preparado encima de su mesa. Gabriel empieza a leerlo mientras Patricia se cruza de brazos, inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Prométeme que esta noche dormirás —le pide Gabriel.

—Lo haré, si haces tú lo mismo —contesta Patricia sin moverse.

Gabriel piensa en preguntarle qué tal van las cosas por casa, pero decide no hacerlo. A la inspectora no le gusta que se metan en su vida privada. Además, es evidente que no van bien.

Se toma unos minutos para leer el informe.

—¿Qué opinas? —pregunta Gabriel.

Patricia se incorpora con movimientos torpes. Apoya los codos en la mesa y se sujeta la cabeza con una mano. Intenta mirarlo a los ojos, pero le cuesta levantar la vista.

—No lo sé. —Y niega con la cabeza—. Hay muchos agujeros.

—No podemos negar que la furgoneta pertenece a David Velasco y que se ha encontrado ADN de los tres chicos en su interior —comenta Gabriel.

—Sí, eso está claro, Gabi. Y que conste que desde el principio es mi principal sospechoso. Pero ¿por qué? ¿Por dinero? No me cuadra, la verdad, y sé que a ti tampoco. Es de las pocas cosas que no necesita David Velasco.

Gabriel lanza el informe sobre la mesa.

—¿Qué dice Urriaga? —pregunta.

Patricia sonríe con ironía.

—¿Urriaga? Pues está contento. ¿Cómo no iba a estarlo? Se ha quitado un marrón de encima muy grande. No creo que tarde en filtrarlo a la prensa.

Gabriel asiente. Odia el juego mediático y no quiere formar parte de él, por eso nunca aceptaría un puesto de gestión.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad cercanas a la ruta del camión de la basura? —pregunta.

—La ruta abarca muchos kilómetros y todos son rurales. Sube desde la zona de la periferia de Mutxamel hasta casi el final de El Campello. Zonas oscuras, sin cámaras y con cientos de parcelas. Hay varias patrullas dando vueltas por allí, pero aún no han hallado nada.

—Bueno, centrémonos en encontrar a los chicos —sugiere Gabriel —. La vista es en una hora. Sabemos que con lo que tenemos es suficiente para decretar prisión provisional para Velasco. Pienso que deberíamos intentar hablar con él otra vez.

—No va a servir de nada. Pero vale. ¿Qué te han dicho del coche de Miguel Lago?

Se dibuja un gesto torcido en los labios a Gabriel.

—Están algo cabreados. Dicen que tienen otros casos y que los estamos sobrecargando, pero lo tendrán mañana a más tardar.

Patricia se deja caer sobre la mesa, está abatida.

Gabriel se levanta y da unos pasos hasta el corcho donde ella cuelga sus notas sobre la investigación. Se queda de pie unos segundos para examinar su contenido en silencio.

—Nico Ortiz y los Bobrov. —Señala una foto de Nico clavada en el corcho—. Descartado. El registro de llamadas de Nico está limpio y su geolocalización también. Su coartada, en la que aseguraba estar con su novia dándose el lote en el coche, es cierta. Ella lo ha confirmado. Por otro lado, si los Bobrov estuvieran implicados, lo

más probable es que los chicos hubieran aparecido muertos en cuanto se supo que la policía trabaja en el caso.

Patricia emite un gemido de aprobación. Sigue apoyada en su escritorio.

Gabriel mueve el dedo hacia una foto de Miguel Lago.

—Miguel, sin embargo, mintió acerca de dónde estaba la noche que desapareció su hija. Mal comienzo. Veamos qué encontramos en su coche. Me llamó la atención que fuese el único padre que no salió a buscar a los chicos cuando David Velasco lo sugirió.

Patricia se incorpora finalmente y gira su silla hacia Gabriel.

—Es quien más motivos tiene. Está sin blanca —añade.

Gabriel se vuelve hacia ella. No le convence, y se lo transmite con la mirada.

—Ya, pero no ha tenido valor suficiente para admitir ante su familia que están en la ruina. ¿Lo tendría para secuestrar a su propia hija? —Se aclara la garganta—. Por otro lado, las notas del secuestro dejan claro que iban dirigidas a los Lago y a los Sempere, no a los Velasco. Sonia debió de ser un daño colateral. Creo que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y eso le costó la vida.

Patricia se levanta y señala la foto de David Velasco.

—No olvidemos que David y Sonia discutieron ese día. David es agresivo, pegaba a Sonia y a Irina. Tal vez se pasó de la raya. El cadáver de Sonia tenía un golpe en la cabeza y el cuello roto, seguramente por la caída —comenta Patricia.

—También lo he pensado. Cuadrar, cuadra. David la mata por accidente y finge un secuestro para salir indemne. Sin embargo, Sonia estuvo en la playa de la Almadraba, encontraste su collar. Aunque alguien pudo dejarlo allí a propósito —dice Gabriel.

—Sí, es verdad. No tendría mucho sentido. Además, el testigo que los vio subirse a la furgoneta, que ha identificado como la de David Velasco, por cierto, asegura que los tres estaban vivos cuando subieron —añade Patricia.

—David Velasco lo tiene todo en contra. Nos ha mentido, y eso le perjudica —concluye Gabriel.

—Quien lo haya hecho cuenta con ayuda, eso está claro. David es quien más recursos tiene. Tal vez quiso dar un escarmiento a su hija y todo se torció.

Gabriel sigue escrutando el corcho. En él, las fotos y las notas parecen mirarlo desafiantes.

—En cualquier caso, continuemos investigando a las personas que podrían tener asuntos pendientes con Jorge Sempere. Un abogado como él siempre tiene enemigos —sentencia—. Ahora vamos a hablar con David.

A David Velasco lo corroe la rabia. Ese sentimiento domina sus pensamientos y solo es capaz de planear venganza. Se jura a sí mismo que saldrá de allí y que se encargará personalmente de ajustar cuentas. Sobre todo con ese inspector de gestos apagados.

Pero no es idiota. Sabe que va a ir a la cárcel; nadie puede librarlo de eso. Lo que no sabe es el tiempo que pasará entre rejas.

Su abogado se lo ha dejado muy claro: las pruebas son contundentes, e insiste en que elaboren un plan de defensa. Se desespera cuando David se queda callado y no responde sus preguntas. Se ha tomado muy en serio lo de no decir nada.

En unos minutos, un juez le leerá los cargos a los que se enfrenta. No puede negar que la furgoneta es suya. Tampoco puede negar que la droga que encontraron en su discoteca le pertenece. Lo hará, por supuesto, pero no servirá de nada. Ha optado por dejar que el tiempo transcurra y que suceda lo que tenga que suceder.

El inspector Somoza se sienta, junto a la inspectora Siles, enfrente de David y su abogado.

—Señor Velasco, con las pruebas que hemos presentado a fiscalía, el juez va a decretar para usted prisión provisional —le anuncia Gabriel.

—Mi cliente acaba de perder a su única hija, inspector. No tiene sentido que pase por esto —dice su abogado.

Gabriel no contesta al letrado.

—¿Tiene idea de dónde pueden estar Álvaro y Emma? —pregunta mirando a David a los ojos.

Él le clava las pupilas, desafiante. Las palabras no calan en él. Se está conteniendo para no abalanzarse sobre el inspector y darle una paliza allí mismo. Al menos eso le haría sentir mejor.

—¿Dónde estuvo la noche que desaparecieron su hija, Álvaro y Emma? —insiste Gabriel.

Nada.

—¿Ha circulado con su furgoneta por la zona del Cabo de las Huertas recientemente?

Continúa el silencio.

—¿Quiere hacer alguna declaración, señor Velasco? —pregunta Patricia Siles.

David mantiene el mismo gesto, la misma soberbia, pero no suelta prenda.

Gabriel dirige una mirada a su compañera. Parecen comunicarse mediante telepatía. Ambos se levantan.

—Nos vemos en un rato —se despide el inspector, y sale con Patricia.

David se queda a solas con su abogado, que insiste en preparar respuestas ante las preguntas que el juez le formulará. Sin embargo, no hay nada que pueda hacer. Su destino está decidido, y ha tirado la toalla.

Al cabo de unos minutos, un par de policías irrumpen en la sala de interrogatorios. Es hora de ir a ver al juez.

David avanza por los pasillos de la comisaría con la cabeza bien alta, en cierto punto amenazante, y se siente poderoso al provocar que los agentes con los que se cruza aparten la vista. Lo interpreta como miedo, y eso le gusta.

La sala donde se decidirá su destino es pequeña y húmeda. Hay un hombre bien vestido a un lado, debe de ser el fiscal. No lo mira a la cara cuando entra, parece muy ocupado revisando la pila de papeles que tiene delante. Los inspectores Somoza y Siles también están; se han sentado a su derecha. David vuelve a desafiar con los ojos al inspector Somoza.

Una mujer menuda y entrada en años accede a la sala. Se ajusta las gafas antes de sentarse justo delante de David. No hay duda, es la jueza.

Lo primero que hace es leerle los cargos que el fiscal ha presentado. David no la mira, sigue pendiente del inspector Somoza.

—Míreme, señor Velasco —ordena la jueza.

David vuelve el rostro con lentitud.

—¿Tiene intención de colaborar y responder las preguntas que se le formulen? —pregunta la jueza.

Silencio.

—Con la venia, señoría —interviene el abogado—. Mi cliente acaba de sufrir una gran pérdida y no está en condiciones de afrontar este trámite. Solicito que se le permita reunirse con su familia en este momento de duelo. Aceptaría un arresto domiciliario, si su señoría lo considera oportuno.

Todos en la sala quedan pendientes de la respuesta de la jueza. Tarda unos segundos en llegar.

—Ante las pruebas presentadas por la fiscalía y la gravedad de los delitos de los que se acusa al señor David Velasco, decreto prisión provisional hasta que tenga lugar el juicio.

El sonido del mazo al golpear la madera sobresalta a todos los presentes, menos a él.

22

La detención de David Velasco no ha sido suficiente para Patricia y Gabriel. Ambos están muy cansados y llevan demasiadas horas sin dormir, pero no se detendrán hasta que encuentren a Álvaro y a Emma. Si destacan por encima del resto es por esa dedicación. La obsesión por resolver sus casos, por «atrapar al malo», como suele decir Gabriel.

La tarde del 13 de noviembre, han decidido que deben dividirse las tareas. Mientras Gabriel visitará a Samuel Velasco, el hermano de David, en busca de información que pueda servir para la investigación, ella acudirá al locutorio de la playa de San Juan desde el que se imprimieron las etiquetas del paquete que contenía la pulsera de Álvaro, la ropa interior de Emma y una nota con la información sobre cómo realizar el pago del rescate.

La brisa salina de la playa de San Juan apenas logra filtrarse en el interior del locutorio. El ambiente es denso, cargado con un olor rancio a fritanga y sudor viejo. Tres chavales con la capucha de la sudadera subida están absortos en la pantalla de un ordenador compartido y se ríen por lo bajo mientras golpean rítmicamente las teclas. Patricia los observa con cierto fastidio. No entiende a la juventud, como tampoco su necesidad de parapetarse tras capas de ropa ni la razón por la que desperdician el tiempo en un lugar como

ese cuando podrían estar en cualquier otra parte. «¿Por qué no están estudiando o haciendo algo productivo?», piensa.

El encargado del local apenas levanta la vista cuando ella se acerca al mostrador. Es un hombre de mediana edad con ojeras marcadas y una camiseta desgastada con restos de lo que parece ser salsa reseca. Se está rascando la barba de varios días con la desgana de quien lleva demasiadas horas sin hacer nada interesante.

—Buenas tardes —saluda Patricia en tono firme.

El hombre resopla y deja el móvil en el mostrador.

—¿Qué quiere?

—Soy la inspectora Siles —anuncia Patricia, y le enseña su placa —. Estoy investigando un caso. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre este local.

El tipo la observa de arriba abajo con un esbozo de impaciencia.

—¿Sobre este local? —repite sorprendido—. Aquí no pasa nada nunca. Apenas vienen cuatro gatos. ¿Qué quiere saber?

Patricia se guarda la placa sin retirarle la mirada.

—No viene mucha gente, ¿verdad? Este tipo de locales están bastante obsoletos.

—Los clientes son sobre todo adolescentes —responde el encargado, y se encoge de hombros—. A algunos no los dejan jugar en casa con el ordenador o los castigan sin móvil. Vienen aquí para conectarse sin que los controlen. También hay algún viejo que necesita imprimir algo y no tiene impresora. Y poco más.

Patricia asiente despacio mientras se fija en los detalles del locutorio. Un par de cubículos vacíos con ordenadores de pantalla gruesa, una impresora multifunción al fondo, una máquina de café

con una luz roja parpadeante y una pila de revistas de videojuegos sobre una mesa aislada en un rincón. El lugar tiene ese aire de decadencia de los sitios que alguna vez fueron necesarios y ahora apenas sobreviven.

—Entonces quizá pueda ayudarme. Hace poco se imprimieron aquí unas etiquetas para un paquete. Un envío anónimo. ¿Recuerda algo al respecto?

El encargado resopla, como si la pregunta le resultara una pérdida de tiempo.

—¿Fue por la tarde? Yo solo cubro el turno de la tarde —informa.

Patricia arquea las cejas y esboza una media sonrisa altiva.

—Pues sí. Concretamente a las diecinueve horas y tres minutos del pasado 3 de noviembre. ¿Estaba usted trabajando ese día?

El encargado se rasca la cabeza.

—Eso fue… —Desvía la mirada hacia el techo—. Fue hace dos martes. Sí, entonces sí que estaba yo. Pero no lo recuerdo, lo siento.

Patricia asiente levemente.

—Veo que no disponen de cámaras de seguridad.

—No. Aquí no hay nada de valor.

Los tres adolescentes que jugaban con el ordenador han dejado de hacerlo. Ahora están escuchando la conversación.

—¿Tienen datáfono? —pregunta Patricia.

—No. Solo aceptamos pagos en efectivo —dice el encargado, y señala un cartel cochambroso que lo indica con letra escrita a mano.

La inspectora Siles suspira, empieza a perder la paciencia. Su cansancio solo empeora la situación.

Se echa una mano al bolsillo y saca su móvil. Desliza el dedo por la pantalla hasta que llega a la carpeta con las fotos de las personas

que podrían estar involucradas en el secuestro. Le enseña al encargado la primera imagen; se trata de la de David Velasco.

—¿Le suena este hombre?

El tipo le echa un vistazo y niega con la cabeza.

La inspectora pasa a la siguiente: Miguel Lago. El hombre se queda mirando la foto unos segundos, después alza la vista.

—No, lo siento.

Patricia le muestra a continuación las fotografías de Marta Ríos y Jorge Sempere. Nada.

Lo mismo ocurre con la de Daniela. Cuando le enseña la de Irina, el hombre deja escapar una risa burlona.

—De esa sí que me acordaría si la hubiera visto. Está buenísima —dice esbozando una sonrisa maliciosa.

Patricia ignora el comentario y continúa con su tarea. Finalmente, pasa a las imágenes de los desaparecidos: Álvaro, Emma y Sonia. El encargado las observa con más atención. Su expresión cambia cuando ve la de Sonia.

—¿Y bien? —insiste Patricia.

—Esta chica me suena —responde—. No estoy seguro, pero creo que ha venido por aquí alguna vez.

—¿Con quién? ¿Recuerda si estaba acompañada?

El hombre se encoge de hombros.

—No sabría decirle. A veces vienen en grupo, a veces solos. Pero creo que sí, que la he visto por aquí. Espere. —Alza la vista hacia el ordenador donde se encuentran los tres adolescentes—. Fran, ven un momento.

Uno de los chicos se levanta con timidez y se acerca.

—¿A ti te suena esta chica? —pregunta el encargado, y señala la pantalla del teléfono de la inspectora Siles.

El joven mira la fotografía de Sonia.

—Sí. Estuvo aquí hace un par de semanas.

Patricia siente un cosquilleo en la nuca.

—¿Recuerdas si utilizó la impresora?

El chaval se retira la capucha con vergüenza, se encoge de hombros y niega con la cabeza.

La inspectora guarda su teléfono y se acaricia la frente.

—¿Estos ordenadores conservan el historial de búsqueda? —pregunta ahora al encargado.

—Sí, claro.

—Bien. En ese caso se acabó el juego. Que nadie toque nada. Voy a llamar a la comisaría para que vengan a inspeccionar los ordenadores.

Patricia no se inmuta ante las caras de desaprobación de los presentes. Se plantea qué llevaría a Sonia a acudir a un sitio como ese. Pronto lo sabrá.

Irina ha salido al jardín, espera despejarse con el aire frío. Ha conseguido dormir un par de horas. Cayó por puro agotamiento en el sofá. Se despertó sobresaltada, empapada en sudor y con la respiración acelerada. No consiguió volver a dormir.

No le gusta estar sola. El techo de su lujosa mansión se le cae encima. Hay demasiado espacio y siente el vacío que ha dejado Sonia en todas y cada una de las habitaciones.

Ayer tuvo que marcharse de casa de los Lago corriendo. No iba a quedarse allí a escuchar cómo discutían; no está para eso. Mintió cuando dijo que iba a pasear al perro de su amiga, que se lo había prometido. ¿Qué clase de amiga permitiría que pasease a su perro en la situación en la que se encuentra, con su hijastra muerta y su marido en la cárcel? Se siente ridícula por haber puesto esa excusa, fue lo primero que se le ocurrió.

Pensó en reunirse con la familia Sempere, pero sospecha que Marta la odia y, además, no debe olvidar que su propio marido, David, está en la cárcel mientras investigan si está implicado en el secuestro de Álvaro. No sería un encuentro agradable.

Cuando entró en su casa y vio la foto en la que abraza a Sonia por detrás y ambas sonríen, ajenas a las desgracias que les deparará el futuro, no lo resistió. Se subió a su coche, esquivó a la prensa, que no perdió la oportunidad de fotografiarla y gritarle preguntas, y regresó al parque donde había estado con su amiga Nuria y su perro unos días antes. Cuando el cadáver de Sonia aún no había aparecido y su marido era inocente.

Se sentó en el mismo banco, cerca de unos niños que jugaban con sus padres, e intentó evadirse. Al menos, allí no había nadie que la juzgara.

23

Gabriel Somoza está en Elche, donde vive Samuel Velasco, el hermano de David. Antes de desplazarse hasta allí, ha recibido los informes de laboratorio de las prendas de ropa de Álvaro, Emma y Sonia que enviaron a analizar. No han obtenido nada revelador: ninguna sustancia extraña, ninguna fibra fuera de lugar. Solo lo esperado.

En la ropa de Álvaro han encontrado pelo de gato. No es una pista sorprendente. Los Sempere no tienen mascota, pero Sonia Velasco sí, y se veían a escondidas. Las prendas de Álvaro están contaminadas con muchas trazas de ADN distinto, según han informado a Gabriel; es algo esperable en un chico que va al instituto e interactúa con un gran número de personas. Esa pista es un callejón sin salida. Por otro lado, han hallado ADN de Álvaro en la ropa de Emma y de Sonia. Nada inesperado: Emma era su novia y con Sonia tenía algo más que una amistad.

Ninguna pista parece esclarecer el camino, y la posibilidad de encontrar con vida a Álvaro y Emma se vuelve más remota a cada minuto que transcurre. Gabriel es consciente de ello y lo atormenta.

Cuando abandonó los Jardines del Edén, ordenó a una pareja de agentes que permaneciesen por los aledaños, sobre todo para controlar a la prensa, a la que han tenido que prohibir el acceso a la

urbanización. De camino a Elche, los ha llamado para preguntar si había alguna novedad y ha sabido que Irina ya no está en casa de la familia Lago. Los agentes le han explicado que salió con su coche y estuvo un par de horas fuera. Tal como les ordenó Gabriel, coordinaron un operativo para seguirla de incógnito. Por lo visto, estuvo sentada en un parque sin hacer nada todo ese rato. También le han dicho que oyeron a Miguel y Daniela gritarse e insultarse justo después de salir Irina. Estuvieron a punto de intervenir para calmar los ánimos. Después de eso, Miguel fue a dar un paseo por la playa él solo.

El inspector Somoza se pasa la mano por la cara tratando de despejarse. Ha tomado demasiado café y tiene el estómago revuelto. Hoy es viernes. Mañana tendrá lugar la fiesta de disfraces en la que los secuestradores esperan conseguir el dinero. Solo que, ahora, con la noticia de la desaparición en todas las portadas, eso no va a suceder. Se les acaba el tiempo.

Samuel Velasco vive en un barrio de las afueras, en un viejo edificio que nada tiene que ver con la mansión donde reside David. Gabriel se ha presentado allí sin avisar y está a punto de marcharse después de llamar varias veces al timbre sin obtener respuesta. Por fin, una voz ronca contesta y el inspector se identifica. Tras una larga pausa, Samuel lo invita a subir.

La escalera huele a humedad y a desinfectante barato. Samuel es un hombre de unos cincuenta años con una complexión similar a la de su hermano, aunque más desmejorado, con el cabello ralo y la piel cetrina. Lo observa con desconfianza desde el umbral.

—Si viene por mi hermano, no tengo nada que decir, inspector —le espeta cruzándose de brazos.

—En cualquier caso, me gustaría hacerle algunas preguntas, señor Velasco —responde Gabriel con calma.

Samuel suelta una risa seca y se adentra en su hogar. Con un gesto indica a Gabriel que pase. La casa está muy desordenada y sucia. Hay restos de comida sobre la mesa de centro y desperdicios por el suelo. Samuel se deja caer en una silla e invita a Gabriel a hacer lo mismo. El apartamento es un reflejo de su dueño. Descuidado, con ceniceros llenos y platos sin lavar en la encimera.

—No sé nada de David desde hace años. Ni de su familia. No me extrañaría que estuviera detrás de todo. Siempre ha sido bueno en aparentar lo que no es.

Gabriel se limita a escuchar sin más.

—¿Sabe cómo me enteré de que mi sobrina estaba muerta? Por la prensa. Ni una llamada, nada. Me enteré como cualquier imbécil. Y luego resulta que la habían secuestrado… —dice Samuel; su voz ha perdido dureza. Se lleva la mano a la boca, como si le costara articular lo siguiente. Luego sacude la cabeza—. No la veía desde que tenía seis años. Casi no sé nada de ella.

—¿Por qué se distanció de su hermano? —pregunta Gabriel.

—Tuve un problema con una chica. Pensé que había algo entre nosotros, pero calculé mal. Quizá me excedí un poco y ella me denunció —confiesa Samuel.

—¿Fue esa la razón?

Samuel asiente.

—Sí. Mi hermano me dijo que no le convenía tener a personas como yo cerca, que lo dejaba en mal lugar, que yo era un imán para los problemas. De hecho, a su mujer, la chica ucraniana esa con la

que está, solo la he visto una vez. —Deja escapar un bufido—. David se avergonzaba de mí.

—¿No ha tenido contacto con él desde entonces? —indaga Gabriel.

—No. Nada. Ni un mensaje.

—¿Y con su sobrina?

—Ojalá, pero no. Por desgracia, apenas la conocí.

Gabriel lo observa en silencio. Samuel se remueve inquieto en la silla y, de repente, como si algo le hiciera gracia, suelta una carcajada breve.

—La última vez que vi a Sonia, se escondió. Durante horas. Nos tuvo a todos buscándola como locos. Pensé que le había pasado algo… Y luego la encontramos acurrucada en un rincón del jardín, detrás de unos setos. Se había ocultado allí y, por cómo sonreía, parecía que lo estuviera disfrutando. —Samuel hace una mueca con los labios—. Le gustaban esas cosas. Desaparecer. Hacerse la misteriosa. Un poco raro para una niña tan pequeña.

Se encoge de hombros y se pasa una mano por la cara.

—Pero ¿qué voy a saber yo? Ni siquiera la vi crecer —añade.

Gabriel lo observa un segundo más. Luego se levanta.

—Gracias por su tiempo.

Samuel no responde. Solo lo sigue con la mirada hasta la puerta. Cuando Gabriel la cierra a su espalda siente que ha dejado atrás algo más que un apartamento claustrofóbico.

Lo que ha escuchado no es más que una anécdota, dadas las circunstancias. Sin embargo, tiene una sensación extraña. Como si una pieza del puzle se hubiera movido, aunque ignora dónde encajarla.

Carmela se hunde un poco más en el sofá con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula apretada. El televisor ilumina el salón con destellos intermitentes, pero apenas le presta atención. Otro día libre. Otro día sin cobrar.

Después de tantos años al servicio de los Sempere, cuidando de Álvaro como si fuera su propio hijo, la tratan como si fuera prescindible. Como si su tiempo no valiera nada. Le han dicho que vuelva en unos días, que ahora no la necesitan, pero ella sabe lo que eso significa: menos horas, menos dinero, más incertidumbre. Y todo porque la señora está demasiado nerviosa para tenerla rondando por la casa. La entiende, por supuesto; aun así, está muy enfadada. Se siente excluida.

Se ha tenido que enterar por la prensa de lo sucedido. Ni Jorge ni Marta han tenido la decencia de comunicárselo personalmente. Los odia por ello. Ha cuidado de ese renacuajo desde que tenía diez años. Aunque no es el chico más adorable del mundo, le tiene cariño y ha estado rezando por él.

Frunce los labios y cambia de canal sin mirar. La imagen se distorsiona por un segundo antes de que la pantalla muestre otro programa insulso. Ni siquiera recuerda la última vez que se permitió un respiro, un verdadero descanso, pero estar en casa sin hacer nada no es descanso. Es un castigo disfrazado de cortesía.

Entonces oye un ruido.

Hay alguien en su rellano. Tres toques con los nudillos hacen resonar la madera de la puerta.

Carmela se endereza, el corazón le da un vuelco. No espera a nadie. No suele tener visitas. Se queda inmóvil unos segundos. El

sonido no se repite. Apaga el televisor y el silencio se instala en el salón. No le gusta. No le gusta nada.

Se levanta despacio y cruza la pequeña estancia hasta la puerta. La mirilla no muestra a nadie al otro lado. Se le contrae el estómago. Su barrio es tranquilo, pero ha oído historias de gente que llama a las puertas para ver si hay alguien dentro antes de forzar una cerradura. Sujeta el pomo con más fuerza de la necesaria y abre de golpe.

Nada.

Solo el pasillo desierto y la luz mortecina de la escalera parpadeando. Por un instante, cree que lo ha imaginado. Pero entonces lo ve.

Un sobre en el suelo, justo encima de su felpudo.

Blanco, sin remitente.

El pulso se le acelera.

24

De pie y con los brazos cruzados, Patricia Siles observa el reflejo azulado de las pantallas iluminar los rostros concentrados de los agentes de Pericias Informáticas. La luz parpadeante y el sonido constante de las teclas llenan la pequeña habitación del locutorio con un aire de desesperación. Fuera, la tarde empieza a caer y da paso a la noche, que se presenta como una mancha oscura en los cristales. El murmullo lejano del tráfico le recuerda que, mientras ellos buscan respuestas, el mundo sigue girando como si nada.

Sin embargo, no puede ignorarlo. La angustia le araña la garganta como una garra invisible. Lo ha pensado una y otra vez, y ha evitado decirlo en voz alta; no quiere admitirlo siquiera ante sí misma. Pero la verdad se cuela en cada grieta de su pensamiento: si David Velasco tiene algo que ver, solo hay una razón para que no haya confesado, y es que Emma y Álvaro ya están muertos.

Cada vez que suena su teléfono, cierra los ojos; parece suplicar que la voz al otro lado no le diga lo que no está preparada para oír.

La idea le provoca vértigo. Le pesan los párpados y, por un instante, se permite cerrarlos. Aprovecha para intentar controlar sus pensamientos y obligar a su mente a no precipitarse al peor escenario posible, a no imaginar los cuerpos de los dos chicos

abandonados en algún rincón olvidado consumiéndose en la indiferencia de la muerte.

—Inspectora…

La voz de uno de los agentes la ha sacado de golpe de su ensimismamiento. Abre los ojos y lo ve inclinarse con el ceño fruncido sobre una de las pantallas donde el cursor parpadea sobre una línea de código.

—Creo que tengo algo —añade el agente.

Patricia cruza la estancia en dos zancadas y se sienta a su lado. Nota la tensión en su propia mandíbula cuando apoya los codos en la mesa. El agente teclea un par de veces más y en la pantalla aparece el historial de búsqueda.

—Desde este ordenador se crearon las etiquetas de envío. Además, puedo confirmar que fue el que usó Sonia —explica mientras señala una línea de registros.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Espera a ver esto —dice el agente, y abre una ventana distinta del navegador—. Pude restaurar los datos eliminados. La chica creó un perfil nuevo de Instagram.

La pantalla se llena de actividad: accesos a redes sociales, búsquedas, una lista de amigos agregados. Patricia ladea la cabeza cuando lee un nombre que se repite varias veces: GossipGirl04.

—¿Quién es? —pregunta, aunque su intuición ya le da una pista inquietante.

—Corresponde al perfil falso que Sonia creó ese día —contesta el agente.

Acto seguido, hace clic y le muestra la lista de contactos agregados en cuestión de minutos. Más de ciento cincuenta. Entre

ellos, Álvaro y Emma.

Patricia siente un nudo en el estómago.

—¿Publicó algo? —inquiere, si bien la respuesta está a punto de revelarse ante sus ojos.

—No exactamente, pero casi. Mira.

El agente gira el monitor para que Patricia tenga un primer plano de la pantalla. Abre una carpeta recuperada. Aparece una publicación archivada, una imagen de Sonia y Álvaro besándose en las rocas de la playa. Bajo la foto, un mensaje escrito en un tono retador: «¿Queréis saber el primer secreto? Aquí lo tenéis».

—Pero nunca llegó a publicarlo —continúa el agente de Pericias Informáticas—. Solo lo archivó. Después generó las etiquetas y las imprimió. Esa es la última actividad registrada por este ordenador ese día en concreto.

Patricia se reclina en la silla e intenta encajar lo que acaba de descubrir. Ignora qué significa, pero sí sabe algo con certeza: Sonia Velasco tenía la intención de dar a conocer su relación con Álvaro.

Y ahora, quizá, está muerta por ello.

Marta Ríos se sienta en el borde del sofá con las manos sobre las rodillas. El aire de la casa se le hace pesado, como si cada bocanada se quedara atrapada en su pecho en lugar de aliviarla. Su respiración es errática y el corazón le late descontrolado.

—Marta, ¿quieres que te lleve al hospital? —pregunta Jorge, que se inclina hacia su esposa con preocupación en el rostro.

Ella niega con la cabeza, pero su expresión no es convincente. Se lleva una mano al pecho y presiona con los dedos en un intento de

contener el dolor que la atraviesa.

—Me duele mucho… —Su voz suena entrecortada—. Como si tuviera un peso enorme apretándome aquí.

Su hijo Asier observa la escena desde la otra punta del salón con preocupación. Ha llegado hace apenas un par de horas desde Madrid. Marta quería mantenerlo al margen de todo esto, pero ese policía estúpido insistió en hablar con él para averiguar si sabía algo. Al menos lo han dejado tranquilo después de interrogarlo. No había ninguna razón para involucrarlo en ese desastre. Ahora está allí, sumando su desolación a la de sus padres.

—Venga, te ayudaré a levantarte —dice Jorge, y extiende las manos.

Marta se zafa de ellas con una mueca de desprecio.

—No quiero ir a ningún lado. Álvaro volverá de un momento a otro.

Jorge se endereza de inmediato.

—Está bien. Voy a buscar al doctor Méndez —dice girándose hacia la puerta.

El doctor Méndez es su vecino y un prestigioso cardiólogo ya jubilado que siempre se ha portado bien con ellos. Pero Marta tampoco quiere verlo. No quiere ver a nadie.

Cuando Jorge se dispone a abandonar la casa, alguien llama a la puerta con los nudillos. Ambos cruzan una mirada durante un segundo en el que se transmiten la incertidumbre. Mientras Marta se queda paralizada, Jorge se recompone y abre la puerta.

Es Carmela, su asistenta, con los ojos vidriosos y una expresión de sincera preocupación.

Jorge deja caer los hombros, decepcionado, mientras la invita a entrar. Igual que su mujer, él esperaba a otra persona.

—Hola. He venido para preguntar si hay algo en lo que pueda ayudarles; sé que están pasando por una situación difícil, y yo…

Pero Marta no le permite terminar. Se tensa de inmediato, y en sus pupilas se enciende una furia repentina e irracional.

—¿Tú qué haces aquí? —escupe con una agresividad que hace que Carmela dé un paso atrás—. ¿Quién te ha llamado? ¡No te necesito! ¡No ahora!

Carmela parpadea, visiblemente dolida. Aun así, no retrocede del todo.

—Solo quería ayudar, señora… No hace falta que me pague ni nada. De verdad, solo…

—¡Estás despedida! —grita Marta con los ojos llenos de rabia—. ¡Fuera de mi casa!

Jorge levanta las manos en un intento de calmar la situación.

—Marta, por favor… —balbucea.

—¡Que se vaya! —grita ella con la respiración entrecortada. Sus facciones están tensas y su mirada sigue rebosante de ira.

Carmela traga saliva y asiente lentamente. El rostro se le endurece, pero no dice nada más. Las lágrimas empiezan resbalarle por las mejillas.

Jorge suspira y se agacha frente a su esposa.

—Marta, necesitas calmarte. Esto no te ayuda.

Ella lo mira con el rostro desencajado; el pecho le sube y le baja en un ritmo desbocado.

—Llévala a su casa —ordena Marta—. Quiero estar sola.

Jorge duda, pero al final asiente. Antes de que puedan moverse, un golpe en la puerta los hace girarse.

—¿Todo bien aquí?

La voz firme de uno de los agentes de paisano que vigilan la urbanización los ha interrumpido. Debe de haberse acercado alertado por los gritos y los observa con una mirada inquisidora. Jorge se apresura a responder.

—Sí, sí… Lo que pasa es que estamos muy nerviosos. Ha sido un malentendido.

El agente los escudriña durante unos segundos, como si dudara.

—Si necesitan algo, estoy aquí —dice al cabo.

Jorge le agradece sus palabras con un gesto, pero Marta ya no escucha. Con la mirada clavada en el rostro de su avergonzado marido, señala la puerta con la mano.

25

Gabriel Somoza atraviesa los pasillos de la comisaría con paso firme ignorando el murmullo de conversaciones y el repiqueteo incesante de los teclados. Ha recibido una llamada del laboratorio, parece que han encontrado algo en el cuerpo de Sonia que pasó desapercibido en una primera inspección.

Cuando entra en el laboratorio forense, el técnico que ha contactado con él lo espera junto a una mesa de metal. Sobre ella, una bolsa de pruebas. Dentro, un pequeño rastro de un material oscuro y terroso.

—¿Qué es eso? —pregunta Gabriel sin rodeos.

El técnico se ajusta los guantes de látex y señala la muestra con la barbilla.

—Humus de lombriz —responde—. Es un fertilizante orgánico. Se usa en jardinería para enriquecer el suelo. Podría no ser nada, teniendo en cuenta que el cuerpo de la chica estaba rodeado de basura. No obstante, resulta extraño.

Gabriel frunce el ceño. No es una pista contundente, pero sí un detalle que no encaja. Y en ese caso, cada detalle importa.

—¿Por qué? —inquiere.

—Porque es un producto que se mezcla con la tierra. Lo lógico, si alguien se hubiese deshecho de una maceta, por ejemplo, es que

hubiésemos encontrado las dos cosas, el humus y la tierra. Pero no ha sido así.

Gabriel se lleva la mano a la barbilla.

—Entonces ¿sugieres que el cuerpo de Sonia Velasco estuvo en contacto con el humus antes de que la arrojasen al camión de la basura?

El técnico asiente.

—Sí. Es lo más probable. Aunque no puedo confirmarlo.

—¿Dónde estaba exactamente?

—Adherido a las costuras de los pantalones de Sonia. Pasó desapercibido en la primera inspección porque su ropa estaba llena de otros residuos del vertedero. Pero esto es distinto. Es procesado, tratado… Y el nivel de deshidratación…

—Explícate.

—Pues que por lo general el humus se deshidrata con el tiempo. Si fuera un residuo del vertedero estaría seco y descompuesto, y no es el caso. Está fresco. Como si lo acabaran de comprar —comenta el técnico, convencido.

Gabriel asiente lentamente. Su mente ya trabaja a toda velocidad conectando puntos, descartando coincidencias. Se endereza. Se despide y, sin perder tiempo, se dirige a la sala donde un grupo de agentes rastrea en varias pantallas la ruta del camión de la basura en el que estaba el cuerpo de Sonia.

Las imágenes por satélite parpadean en la penumbra de la sala reflejando un mapa de la ciudad salpicado de líneas rojas y puntos de referencia. Un par de agentes teclean sin descanso; cruzan datos, analizan registros. Gabriel irrumpe sin preámbulos.

—Escuchadme un momento —dice con voz firme. Los agentes levantan la cabeza de inmediato—. Necesito que os encarguéis de otra cosa. Quiero un registro de todos los viveros y las tiendas de jardinería de la zona. Buscad ventas de humus de lombriz en los últimos días.

Los agentes intercambian miradas, sorprendidos, pero no cuestionan la orden.

—¿A nombre de alguien en particular? —plantea uno de ellos.

—Por ahora, cualquiera que haya hecho compras recientes —contesta Gabriel—. Si alguien ha usado ese fertilizante en la ciudad, quiero saber quién es. Y lo quiero cuanto antes.

El grupo asiente y se pone en marcha sin más preguntas. Gabriel se queda un instante en la sala observando la actividad a su alrededor. Algo le indica que esa pista es importante, que está más cerca de algo grande.

Solo espera que no sea demasiado tarde.

Patricia Siles ha vuelto a quedarse hasta tarde en comisaría. Esa noche debe dormir algo, aunque sea poco; de lo contrario, no será capaz de mantenerse en pie. La oficina está en silencio. Hace un rato que dejó el móvil sobre la mesa, pero la conversación con su marido aún resuena en su cabeza.

«No aguanto más, Patricia. Me voy con los niños a casa de mi madre. Hablaremos cuando todo esto termine», le ha dicho él antes de colgar.

Su voz no ha sonado furiosa. Tampoco fría. Solo cansada. Y eso es peor. Patricia sabe que su matrimonio pendía de un hilo, pero

escuchar cómo se rompe es distinto. No tiene fuerzas para pensar en eso ahora, no cuando ese caso se le escapa entre los dedos. Suspira, se endereza en la silla y sale del despacho con un solo propósito: no pensar.

Las luces del pasillo titilan débilmente cuando se acerca al despacho de Gabriel Somoza. La puerta está entreabierta y desde dentro se filtra la luz azulada de una pantalla. Patricia accede sin anunciarse.

—¿Sigues aquí? —pregunta, aunque la respuesta es evidente.

Gabriel levanta la vista un instante, apenas un gesto de reconocimiento, y vuelve la atención al monitor. Tiene tensos los músculos de la mandíbula.

—Estoy revisando las cámaras de tráfico del día que dejaron el paquete con la pulsera de Álvaro y la ropa interior de Emma —explica moviendo el ratón sobre la pantalla—. Hay un par de rutas posibles que pudieron seguir para entregarlo, lugares donde es fácil aparcar e ir andando hasta el buzón.

Patricia se acerca y observa las imágenes. Tomas granuladas, cortes abruptos, tráfico que fluye en distintas direcciones. Nada salta a la vista, pero Gabriel parece concentrado en un punto específico.

—¿Has encontrado algo?

—Quizá… —murmura él, y amplía la imagen de un vehículo en movimiento—. Es una furgoneta. Mismo modelo y color que la de David Velasco.

Patricia entrecierra los ojos. La imagen es borrosa, deformada por el ángulo y la compresión de la grabación.

—Las llantas son distintas —señala.

Gabriel asiente.

—Ya me he fijado. Pero el resto coincide. No se ve quién la conduce. Por la silueta, parece que solo hay una persona dentro.

Patricia se cruza de brazos. Es un indicio, aunque no una prueba concluyente. Claro que, si consiguen la matrícula…

—¿Ves la matrícula? —pregunta.

—Eso intento —dice Gabriel con la atención centrada en la pantalla—, pero las imágenes no son muy buenas. Mira esta toma.

La amplía con un clic. Los números son ilegibles, tal vez un ocho o un cero sería el primer dígito, el resto es imposible saberlo.

Patricia le da una palmada en el hombro en señal de felicitación.

—Voy a avisar a los técnicos. Pueden mejorar la imagen y extraer el número completo de esa placa, o gran parte de él, al menos.

Gabriel asiente sin despegar los ojos de la pantalla. Patricia se gira para salir, pero, antes de cruzar la puerta, echa un último vistazo a su compañero. Siempre con sus cinco sentidos en el caso; siempre con la mente en el siguiente paso. Es un profesional ejemplar. El mejor que ha conocido.

Se pregunta si ella será capaz de hacer lo mismo que él y seguir adelante cuando todo lo demás a su alrededor se derrumbe definitivamente.

26

Jorge Sempere entra en su casa en completo silencio y cierra la puerta con cuidado, como si eso pudiera mitigar la tormenta que le espera dentro. Su reloj marca las diez y veinte. Demasiado tarde. Demasiado tiempo fuera. Lo sabe incluso antes de oír los pasos firmes de Marta acercándose por el pasillo.

—¿Dónde demonios estabas? —pregunta ella cruzándose de brazos. Su voz es áspera, sin rastro de la mujer que una vez fue. Desde la desaparición de Álvaro, Marta es otra. Impaciente, irritable, siempre al borde del colapso. Aunque es comprensible, en cualquier caso.

Jorge no contesta. Durante horas ha pensado qué contarle a su esposa y qué partes guardarse para sí. No quiere hacerle daño. No quiere despertar sus esperanzas hasta que sea el momento oportuno. Si algo sale mal, no se lo perdonaría.

Exhala despacio, buscando en su interior una paciencia que se le agota cada día. Debería haber ideado una excusa antes de volver, pero no se le ocurrió nada plausible y ahora su cabeza solo gira en torno a la bolsa que ha dejado atrás, al dinero enterrado bajo las ramas en las lagunas de Rabasa. A la esperanza de que todo esto termine de una vez.

—Necesito que confíes en mí —dice intentando serenar su voz entrecortada.

Marta lo observa con dureza; escudriña cada línea de su rostro, cada mínima señal que lo delate.

—¿Que confíe en ti? Te he llamado varias veces. ¿Dónde estabas? —insiste con una risa breve e irónica, sin alegría.

Él cierra los ojos un instante. Un sentimiento de culpabilidad lo inunda, pero también una necesidad. Desesperación. Y ahora no puede flaquear.

—He hecho lo que tenía que hacer para poner fin a todo esto, y ahora solo te estoy pidiendo que confíes en mí. Me lo debes —contesta con un nudo en la garganta. Casi no se cree que haya sido capaz de decir esas palabras. Porque sabe muy bien la pregunta que vendrá a continuación.

Marta se cruza de brazos de nuevo. Le sostiene la mirada y ladea la cabeza con un gesto de indignación.

—¿Y por qué te lo debo, exactamente?

Jorge traga saliva y desvía la vista; no resiste el escrutinio de sus ojos.

—Porque me has engañado. Sé que tienes una aventura con Miguel Lago. Lo sé desde hace tiempo. Me has fallado y has fallado a tus hijos. Por eso me lo debes —dice mirando al suelo.

Cuando termina la frase, se forma un silencio sepulcral. Marta no contesta y Jorge se da media vuelta y sube la escalera hacia su dormitorio.

Horas antes, sentado al volante de su coche, Carmela lo había abordado con los ojos llorosos y fijos en el parabrisas.

—Señor Jorge, necesitaba verle a usted. Ese es el motivo por el que he ido a su casa. Recibí esta carta, con la foto de Álvaro y su novia, y… una nota. Dice claramente que debía dársela a usted sin que nadie más lo supiera. No sé si he hecho bien. Estoy muy nerviosa.

Jorge detuvo el coche a un lado de la carretera y tomó la nota sin poder controlar el temblor de las manos. Mientras la leía se le cortó la respiración y comenzó a sudar. El intercambio en la fiesta de disfraces estaba cancelado. Sabían que habían avisado a la policía, y ahora la única manera de recuperar a su hijo con vida era dejar el dinero en un lugar apartado, en un punto específico de las lagunas de Rabasa. Doscientos cincuenta mil euros. Esa misma noche. Nadie debía saberlo; en caso contrario, habría consecuencias.

Pensó en Sonia. Si ella estaba muerta, su hijo podría correr la misma suerte si no obedecía las directrices de esa nota. La fotografía de Álvaro y Emma sosteniendo un periódico reciente suponía una prueba de vida que le alivió durante unos minutos y provocó que le asomasen algunas lágrimas. No tenía más remedio que actuar, y debía hacerlo rápido.

Pidió a Carmela que se desplazase en autobús hasta su casa mientras él se apresuraba a conseguir el dinero. No fue fácil. Ningún banco le daría esa cantidad en tan poco tiempo y, además, habría levantado sospechas.

Aparcó el coche en un lugar solitario del campo de golf cercano a la playa de San Juan. Sabía que la policía lo había seguido la noche que salió a buscar a Álvaro, al igual que hicieron con David Velasco. Los agentes no fueron muy discretos, aunque no le dio importancia. Él no tenía nada que esconder. Sin embargo, en ese momento era

diferente, debía actuar clandestinamente por la seguridad de su hijo. Apagó el teléfono y se dirigió a pie a una parada de taxis que había en las proximidades. Se subió a uno y pidió al taxista que lo llevase al Pla del Bon Repós, un barrio de Alicante donde fue a encontrarse con un conocido usurero al que había defendido en un juicio años atrás. No quería recurrir a él, pero no tenía más remedio. Era la única persona capaz de darle el dinero en efectivo con tan poca antelación. Le saldría caro, por supuesto, pero no le importó lo más mínimo. Habría dado todo su patrimonio en caso de ser necesario.

Después de conseguir el dinero y comprometerse a devolver trescientos mil euros en una semana, se subió a otro taxi que lo llevó a las lagunas de Rabasa. El sol ya había empezado a caer cuando se encontró caminando a solas por un sendero sucio, rodeado de matojos, con el miedo calándole hasta los huesos bajo la tenue luz de la luna.

Cuando llegó al punto indicado en la nota con la bolsa negra llena de los billetes del usurero, le sudaban las palmas y tenía la respiración entrecortada. El hoyo ya estaba allí, como prometía la nota, señalando el punto con un burdo mapa dibujado a mano. Un rectángulo excavado en la tierra. Al lado, ramas cuidadosamente dispuestas. Un escondite improvisado esperando a ser sellado.

Jorge dejó la bolsa dentro. Su mente gritaba que aquello era una locura, que podía ser una estafa, que estaba dejando su destino en manos de desconocidos. Pero no tenía alternativa. Se agachó, tomó las ramas, cubrió la fosa con ellas y se aseguró de que todo pareciera intacto. Luego, sin mirar atrás, se alejó siguiendo las indicaciones recibidas.

Ahora, en su casa, tras la discusión con su mujer, siente el peso de cada uno de esos billetes machacando su conciencia.

Emma apenas nota las piernas. Han pasado tantas horas desde que la encerraron en esa cabaña que su cuerpo ya no responde como debería. Le duelen los ojos de tanto llorar y la garganta se le ha secado a tal punto que cada palabra le raspa como si estuviera hecha de vidrio. Álvaro, a su lado, parece estar algo mejor. Ya no tiembla como antes y, aunque sigue encogido por el efecto del táser, ha conseguido moverse sin que el dolor lo derrumbe. Pero su aspecto es terrible. Su piel, normalmente dorada por el sol, está pálida y manchada de suciedad. Tiene los labios agrietados, y sus ojos, hundidos y rodeados de sombras violáceas, reflejan la misma incertidumbre que atormenta a su novia.

Emma se desliza hasta él y apoya la cabeza en su pecho. Necesita sentir su calor, convencerse de que siguen ahí, de que aún hay un atisbo de esperanza en ese infierno.

—Voy a intentar dormir un poco —susurra con la voz débil.

Álvaro la envuelve con el brazo y asiente sin decir nada. Su respiración es irregular.

Emma cierra los ojos. Solo quiere desconectarse de esa realidad unos minutos, pero el rugido de un motor la sobresalta.

El miedo la golpea de inmediato. Se aferra a la camiseta de Álvaro con el pulso desbocado una vez más. Sabe lo que significa. El hombre con la túnica negra y la máscara de payaso vuelve. Si fuese la policía, se oirían sirenas, o tal vez no…, no lo tiene claro. Lo que es innegable es que está aterrada.

«¿Ha venido a acabar con nosotros?», piensa despavorida.

Los segundos que transcurren mientras quien esté al otro lado manipula el candado se convierten en una eternidad. La puerta se abre de golpe y entra el hombre disfrazado.

Alza la mano y les muestra el táser. Y eso basta para que a Álvaro se le disipen las ganas de enfrentarse a él de nuevo. Mucho menos en su estado actual.

—Dejaré la puerta abierta —anuncia con la voz distorsionada a través de la máscara—. Quiero que contéis hasta mil. Después, podéis marcharos.

Emma asiente. Por un instante, parece incluso agradecida por lo que acaba de oír. Álvaro no se inmuta, tal vez él no lo crea. La expresión de su rostro muestra duda, pero Emma ha empezado a contar en voz alta.

Está deseando terminar y huir.

27

Gabriel apenas levanta la vista cuando Patricia entra en la sala. Está de pie frente al mural de pruebas, con las manos apoyadas en la mesa, repasando una vez más la secuencia de los hechos. Pósits con fechas y nombres, fotografías de los adolescentes desaparecidos, capturas de cámaras de seguridad y anotaciones a mano cubren la pared como un mapa de conexiones aún por descifrar. La voz de Patricia rompe su concentración.

—Hemos recibido una llamada de la policía municipal de Agost —anuncia sin preámbulos. Su tono transmite ansiedad—. Un agente ha encontrado a dos adolescentes en una gasolinera. Dicen que han estado secuestrados varios días y que lograron escapar. Se identificaron como Emma Lago y Álvaro Sempere.

Gabriel parpadea asimilando la información. No reacciona de inmediato. El golpe de adrenalina que debería haber sentido en un caso como ese no llega. En su lugar, una sensación de certeza se desliza por su mente, como si acabara de encajar la última pieza de un rompecabezas que llevaba días armando.

—¿Están heridos? —pregunta a la vez que se gira para mirar a Patricia.

—No han entrado en detalles. Parecen demacrados, agotados…, pero vivos.

Vivos. Eso debería bastar. Y, sin embargo, no es suficiente.

Gabriel desliza la mirada hacia el mural. Todo está ahí. Las pistas que han encontrado, los cabos sueltos que parecían no llevar a ninguna parte. Ahora, con esa nueva información, el cuadro empieza a tomar forma para él.

—Avisa a ese agente de que vamos para allá —dice Gabriel, y se dirige al perchero tras la puerta para coger su abrigo.

—No es necesario. Vienen de camino —advierte Patricia.

Gabriel se detiene un instante.

—Bien. Quédate aquí mientras voy a Agost. Envíame la dirección y habla con ese agente. Necesito que nos ayuden a localizar el lugar donde los dos chicos estaban retenidos.

Patricia asiente y Gabriel desaparece con paso firme. Tiene la certeza de no equivocarse. Todo encaja. Solo necesita poder demostrarlo.

Álvaro se estremece bajo la manta térmica. El calor no lo alcanza. Tiene frío en los huesos, un frío que no se disipa a pesar de encontrarse a salvo. En la puerta de la comisaría ha visto cómo unos agentes intentaban controlar a una horda de periodistas apostados en la entrada. Los flashes de las cámaras aún destellan en su cabeza. Parpadea y sigue viéndolos, como si la oscuridad de la cabaña lo hubiese vuelto intolerante a la luz.

Lo han separado de Emma. Se la han llevado a otra sala, lejos de él. Ahora está solo, sentado en una silla metálica con los puños apretados en el regazo. Sabe lo que tiene que decir. Lo que le ha prometido a Emma que va a decir. Llevan días hablando sobre ello

en la cabaña y, aunque no estaba muy convencido al principio, ha visto el arrepentimiento en los ojos de su novia y no será él quien la arroje al abismo.

La puerta se abre con un chasquido seco. Una mujer entra acompañada de un agente más joven.

—Soy la inspectora Patricia Siles —se presenta con voz firme, si bien sin dureza—. Él es el agente Navarro. Queremos hablar contigo, Álvaro. Sabemos que esto es difícil y que necesitas recuperarte, pero ya estás a salvo. Necesitamos que nos cuentes lo que pasó.

El chico asiente. Se esfuerza por no temblar.

—Lo primero de todo es comunicarte que vamos a grabar la conversación —aclara Patricia—. ¿Estás de acuerdo?

Álvaro asiente de nuevo.

—Dilo en voz alta para que conste, por favor —solicita Patricia.

—Sí, estoy de acuerdo —contesta Álvaro. Le tiembla la voz—. ¿Puedo hablar con mis padres?

Patricia Siles aprieta los labios.

—Tus padres están de camino. Ya los hemos avisado.

—¿Están bien?

—Lo estarán cuando te vean —responde Patricia mientras prepara un bloc de notas—. Dime, ¿qué recuerdas de la noche del secuestro?

Álvaro traga saliva. Se aferra a su versión.

—Estábamos en la playa de la Almadraba. Emma y yo. A solas.

La inspectora mantiene la mirada en él.

—¿A qué hora? —inquiere.

—No lo sé… —Álvaro duda—. Tarde. Cerca de la medianoche.

—¿Y entonces?

—Apareció Sonia —dice Álvaro, y el estómago se le revuelve.

Patricia se inclina levemente.

—¿Sonia Velasco? ¿Sabes por qué estaba allí?

—No… Supongo que iba a dar un paseo o algo así.

—¿Hablasteis con ella?

—Un poco. Apenas nada.

—¿Y luego? —continúa Patricia.

—Luego llegó él. —Las manos de Álvaro se crispan sobre la manta. La voz se le quiebra un instante—. Llegó una furgoneta. Se detuvo justo al lado.

Patricia le deja espacio, percibe cierto cambio en su mirada.

—¿Qué color tenía la furgoneta?

—Era blanca, creo. La verdad es que todo sucedió muy deprisa.

—¿Recuerdas la matrícula?

—No. Qué va. —Álvaro siente un nudo en la garganta—. El hombre salió rápido. Llevaba un disfraz de payaso. Y un modulador de voz. Nos cogió desprevenidos. Ninguno supimos reaccionar.

—¿Un modulador de voz? —pregunta Patricia intentando aclararlo.

—Sí. Sonaba distorsionada… Rara. Como si llevase una especie de micrófono dentro de la máscara que le cambiase la voz. Parecía la de un robot o algo así.

Patricia y Navarro intercambian una mirada fugaz.

—¿Estaba armado?

—Llevaba un táser. Nos amenazó con eso. Cuando lo activó… Tengo metido ese sonido en la cabeza, como una explosión. Después nos obligó a subir a la furgoneta.

—¿A los tres?

Asiente. Se le forma un nudo en la garganta.

—Nos llevó a la cabaña y nos hizo entrar.

—¿Qué pasó dentro, Álvaro?

Clava las uñas en la manta. Quiere saltarse esa parte. Quiere mentir. Pero Patricia no aparta la vista de él.

—Sonia intentó quitarle el táser —susurra.

Un breve silencio.

—¿Y entonces?

—Él la golpeó. Fuerte. Muy fuerte. —El chico se humedece los labios. No quiere seguir. No quiere recordar la imagen de Sonia desplomándose en el suelo—. No se movió más.

Patricia baja la voz.

—¿La mató?

La pregunta queda suspendida en el aire mientras Álvaro aparta la mirada.

—No se movía… No respiraba… —La voz vuelve a quebrársele—. Creo que sí estaba muerta, pero se la llevó… No sé.

No puede contener las lágrimas y rompe a llorar.

Patricia asiente con lentitud. Decide darle un tiempo para que se recupere.

—¿Intentaste ayudarla, Álvaro? —pregunta al cabo de unos segundos.

—Sí. —Los labios le tiemblan—. Pero él me descargó el táser.

La inspectora toma nota en su cuaderno.

—¿Fue así como te hiciste la herida de la ceja? —indaga, y le señala la frente.

Álvaro se lleva una mano a la cabeza. La había olvidado. Piensa durante unos segundos.

—Sí. No lo recuerdo muy bien. Creo que me la hice al caer.

Patricia le sostiene la mirada, sospecha que el chico parece evaluar sus respuestas. Álvaro no entiende por qué tiene que pasar por eso. Ha sido a él a quien han secuestrado.

—Dices que el hombre que iba vestido de payaso se llevó a Sonia después de golpearla. ¿Regresó luego?

Álvaro asiente.

—Entró con un periódico. Nos hizo una foto con él a Emma y a mí. Como prueba, supongo.

—¿Cómo conseguisteis salir de la cabaña?

—Volvió una vez más. No sabría decirle cuánto tiempo tardó. Allí dentro era difícil saberlo. Abrió la puerta y nos pidió que contásemos hasta mil, que después de eso podíamos irnos.

Patricia lo observa como si buscara una fisura en su historia. Mantiene la mirada en él. Tras unos segundos, cierra la libreta y se inclina levemente.

—Gracias, Álvaro. Eso es todo por ahora.

Se pone en pie y el agente Navarro la sigue. Álvaro, sentado, abraza la manta con más fuerza.

Sigue teniendo frío.

28

El coche avanza con dificultad por el camino de tierra levantando una nube de polvo a su paso. A través del parabrisas, Gabriel Somoza observa la silueta de la cabaña, que emerge entre la maleza. Es un lugar olvidado, aislado del mundo. Apenas visible desde la carretera más cercana, oculta entre los árboles como si su existencia fuera un secreto que alguien hubiese querido enterrar. La policía local de Agost llegó hasta ahí gracias a las instrucciones de Álvaro Sempere, y ahora Gabriel está a punto de cruzar la puerta que los mantuvo encerrados.

Detiene el coche a unos metros de la entrada y baja, sintiendo el crujido de la grava bajo las botas. El olor es particular, cargado de humedad y de algún tipo de producto químico que no es capaz de identificar. Con una linterna en la mano, se acerca a la estructura. La cabaña está en mal estado, con tablones clavados a la fuerza en las ventanas, como si alguien hubiera querido sellarla. La puerta está entreabierta y un grueso candado cuelga en su parte exterior. Los goznes oxidados gimen cuando Gabriel la empuja con el dorso de la mano.

No ha acudido solo. Un equipo de la Policía Científica lo acompaña. Los agentes esperan a que dé el visto bueno para ponerse a trabajar. Dentro, la penumbra lo envuelve. Un hedor

rancio flota en el aire, una mezcla de moho, madera podrida y algo más reciente: restos de comida descomponiéndose en un rincón. La luz de la linterna se desliza sobre un colchón tirado en el suelo cubierto con una manta delgada y sucia. Una botella de agua a medio consumir se vislumbra a un lado, junto a varios envoltorios de barritas energéticas. Se coloca unos guantes, se agacha y pasa los dedos por el suelo, observa el polvo adherirse al vinilo.

Se endereza y sigue explorando. Su mirada afilada busca algo que confirme lo que ya intuye. Algo que aún no ha dicho en voz alta, pero que dirá en cuanto pueda demostrarlo.

En la pared opuesta, junto a una de las ventanas tapiadas, algo llama su atención. Se acerca y descubre que es un interruptor oculto tras el saliente del marco de la ventana.

Lo pulsa. Nada.

O eso cree hasta que uno de los agentes que lo acompaña habla desde la puerta.

—Inspector, aquí fuera se ha encendido una bombilla.

Gabriel se da la vuelta y sale. Sobre la puerta, casi oculta entre las láminas de madera, una bombilla parpadea débilmente. Es un detalle nimio pero suficiente. Se le tensa la mandíbula. Eso encaja. No puede demostrarlo. No todavía. Con todo, le sirve para afianzar aún más sus sospechas.

No hay luces en el interior de la cabaña. No hay ninguna bombilla dentro. Sin embargo, sí hay una fuera.

Mira a los agentes que esperan instrucciones y exhala despacio al tiempo que prepara su siguiente movimiento.

Está cerca. Lo sabe.

Emma Lago está sentada en la fría sala de la comisaría sintiendo el roce constante de los brazos de su madre. Daniela la envuelve como si temiera que fuera a desaparecer de nuevo. No deja de besarle la mejilla, de murmurarle palabras de alivio y cariño que Emma no termina de procesar. No consigue reaccionar. Su cuerpo está ahí, en ese lugar asfixiante, pero su mente sigue atrapada en otro sitio. En la cabaña. En la oscuridad. En los segundos eternos en los que creyó que no saldría con vida o que de hacerlo tendría que lidiar con la culpa. El remordimiento no sería suficiente para justificar lo que hizo.

La inspectora Siles la ha interrogado hace unos minutos y, desde que salió de la sala, Emma repasa sin cesar sus respuestas. Ha dicho lo que acordó con Álvaro. Todo encaja, en teoría. Pero ¿y si los nervios la han traicionado? ¿Y si ha dejado escapar algo sin darse cuenta? Una mirada, un titubeo, una pausa demasiado larga. Se muerde el labio y baja la vista hacia las manos entrelazadas.

Su padre, Miguel, está sentado frente a ella. Inmóvil. Callado. Su expresión es difícil de leer; aun así, hay algo en sus pupilas que la inquieta. Quiere creer que está contento de verla, que siente alivio. Pero no es solo eso. Hay una sombra en sus ojos, una preocupación que va más allá de su secuestro.

Sus padres no se miran. La tensión entre ellos es más que evidente. No es la misma de siempre, la que ella ya ha normalizado desde hace años. Es diferente. Más densa, más oscura. Algo ha pasado mientras ella no estaba. Algo que ninguno de los dos menciona.

El silencio se vuelve insoportable. Emma levanta la vista y mira a su padre directamente.

—¿Cómo pagaste el rescate? —pregunta cuando esa idea le viene a la cabeza.

No hay respuesta. Daniela deja de acariciarle la cabeza. Miguel tarda en reaccionar, pero el modo en que aprieta la mandíbula le dice a Emma lo que quiere saber aunque él calle.

Su padre no pagó el rescate.

La invade el odio. No puede creer que su propio padre le haya fallado.

El autobús en el que viaja Ismael Reyes avanza por la carretera oscura. El ruido del motor suena amortiguado por el murmullo de los pasajeros y el golpeteo rítmico de la lluvia contra las ventanillas. Ismael mantiene la cabeza oculta bajo la capucha de la sudadera, hundido en su asiento junto a la ventanilla mientras observa las luces dispersas de los pueblos que quedan atrás. Sus manos descansan sobre la mochila que sostiene en el regazo. Dentro, el dinero que ha obtenido del rescate. Su salvoconducto. Su única garantía de supervivencia ahora que su vida anterior ha finalizado.

No siente culpa. Ni siquiera un atisbo de remordimiento cuando recuerda la expresión desesperada de Jorge Sempere en las lagunas de Rabasa. Lo observó en la distancia escondido tras los matorrales. Vio cómo introducía la bolsa con el dinero en el lugar que él había dispuesto para tal fin. Pobre idiota. Ismael esperó a que se marchase antes de recogerla y revisar su contenido. Luego, como si nada, volvió a la cabaña y liberó a Álvaro y a Emma.

Ahora, sentado en un autobús con destino a Sevilla, repasa mentalmente cada detalle. Dejó la furgoneta de su tío cerca del

puerto de Alicante, en una calle donde pasaría desapercibida al menos unas horas más. Caminó hasta la estación, pagó el billete en efectivo y no levantó sospechas. Nadie lo ha seguido. Nadie lo ha detenido. Aún.

Mira el reloj. Todavía quedan horas de viaje. Si todo sale bien, por la mañana cruzará la frontera a Portugal. Allí podrá desaparecer, encontrar una forma de salir de Europa si es necesario. No tiene intención de volver en un futuro. No hay nada en España que lo retenga. Su casa, sus padres… Jamás debió confiar en que las cosas mejorarían. Nunca lo hicieron. Nunca lo harán.

Pero él no es como los demás. Él es más listo. Por eso, cuando leyó aquel artículo sobre el inspector Gabriel Somoza, supo que debía largarse antes de que fuera demasiado tarde. Un hombre así no deja cabos sueltos. Lo dedujo por la forma en que lo describían en la prensa: metódico, implacable, el tipo de policía que desentraña la verdad sin importar lo bien que esta se haya escondido. Ismael no esperará a comprobarlo. Tampoco se siente culpable por no haber cumplido su parte del trato al no repartir el dinero. Sabe que intentarán culparlo por la muerte de Sonia y no está dispuesto a pasar por eso.

Aprieta la correa de la mochila con más fuerza y respira hondo. Ya no hay vuelta atrás. La carretera se extiende ante él como una herida oscura en la noche y, al final, la libertad. O, al menos, eso es lo que se repite a sí mismo.

Porque si algo ha aprendido es que no se puede confiar en nadie. Tampoco en su propia suerte.

29

Las manecillas del reloj marcan las dos y veinte de la madrugada. Gabriel observa cómo Patricia se frota los ojos y estira el cuello tratando de aliviar la tensión acumulada. La cabaña donde han estado retenidos Álvaro y Emma es propiedad de una entidad bancaria desde hace seis años, cuando se la embargaron a Bernardo Cortés, un hombre que falleció a comienzos de año.

Gabriel se ha reunido con Patricia en el despacho de ella. Acaban de interrogar a Jorge Sempere, que les ha contado cómo Carmela, su asistenta, le dio la nota con las nuevas instrucciones para pagar el rescate.

—¿Lo crees? —pregunta Patricia.

Gabriel tiene el puño apretado apoyado sobre los labios.

—No se puede negar que, de ser verdad, el hombre ha actuado con determinación —dice, y mueve la silla para sentarse frente a Patricia—. No solo consiguió el dinero, que no ha debido de ser fácil, sino que, además, lo entregó sin que nos diéramos cuenta.

Hace una pausa y se inclina ligeramente sobre el escritorio.

—Sospechaba que algo así iba a suceder —continúa—. Y quizá sea la pieza que me falta.

Patricia ladea la cabeza analizándolo.

—¿Sigues pensando que…?

—Sí —la interrumpe Gabriel—. Totalmente. Y lo voy a demostrar.

Un golpe en la puerta corta la conversación. Un agente del departamento de Pericias Informáticas asoma la cabeza, el rostro iluminado por la luz azulada de una tablet.

—Hemos conseguido mejorar la imagen de la furgoneta —anuncia sin rodeos—. Ya tenemos el número de la matrícula.

El aire en el despacho se vuelve más denso. Patricia toma la tablet y Gabriel se inclina para mirar la imagen. La placa es clara. Nítida.

—Pertenece a Iván Reyes —añade el agente.

Un silencio gélido se instala en la habitación. Patricia frunce el ceño y baja la vista hasta los papeles desperdigados sobre su escritorio. Su respiración se vuelve más rápida mientras busca algo, revolviendo hojas con inquietud. Se detiene cuando encuentra lo que quería. Con un dedo lo señala para que Gabriel lo mire. Es un nombre escrito a mano. El de Ismael Reyes.

—Compruébalo —sugiere Gabriel, y con un gesto de la cabeza señala el ordenador.

Patricia se recoloca en su asiento y comienza a teclear. Unos segundos después, levanta la vista hacia Gabriel.

—Es su tío. Lo tenemos.

Gabriel no pierde el tiempo. Se endereza y recupera su chaqueta del respaldo de la silla. Ya está en la puerta antes de que Patricia pueda reaccionar.

—Voy a buscar a Iván Reyes ahora mismo. Envía un par de agentes a casa de Ismael. Si no lo encuentran, diles que me llamen inmediatamente —pide Gabriel.

Patricia asiente, aunque su atención ya se ha desviado a otra tarea.

—Yo me quedaré aquí. Conseguiré las muestras de ADN de los padres de Álvaro y de Emma.

Gabriel no dice nada más. Solo asiente antes de salir. Sus pasos resuenan en el pasillo vacío. Es tarde, está agotado, pero la adrenalina en la sangre lo mantiene alerta.

El tiempo corre en su contra.

Miguel Lago cruza los brazos sobre el pecho y se recuesta en la silla visiblemente irritado. La pequeña sala de interrogatorios iluminada por una luz blanca y fría le da la sensación de estar en una pecera. No puede creer que, después de todo lo que ha pasado, después del infierno de las últimas horas, ahora tenga que lidiar con esto.

—¿Mi ADN? —repite con un dejo de incredulidad en la voz—. ¿De verdad cree que yo…?

Patricia Siles, impasible, le sostiene la mirada desde el otro lado de la mesa.

—Es un procedimiento habitual —dice con calma—. Todos los familiares cercanos de los secuestrados deben aportar una muestra. Espero que lo entienda.

Miguel se pasa una mano por el rostro, exhala con frustración y murmura algo que parece ofender a la inspectora.

—Se trata de la investigación del secuestro de su propia hija. ¿No quiere colaborar? —añade Patricia elevando el tono.

El hombre cierra los ojos un instante. No tiene opción. No le hace falta tomarse un tiempo para evaluar su respuesta. Solo puede recular.

—Está bien —masculla al fin—. Hágalo.

Patricia no reacciona ni con un ápice de satisfacción. Simplemente asiente, toma el bastoncillo y lo introduce en la boca de Miguel. Él desliza los dedos sobre la mesa, ansioso por terminar de una vez.

La inspectora guarda el bastón en su correspondiente bolsa transparente.

—¿Cuándo podré recuperar mi coche? —pregunta Miguel en el tono de quien ya sabe la respuesta pero necesita oírla de todas formas—. Quiero irme a casa con mi familia y descansar. No podemos más.

Patricia hojea unas páginas en su carpeta antes de contestar.

—Mañana por la mañana habremos terminado de inspeccionar su vehículo —dice—. Para entonces tendremos los resultados.

No añade nada. No le ofrece consuelo ni falsas esperanzas. Solo datos fríos, respuestas concisas. Miguel siente la carga de su propio agotamiento aplastándole los hombros. Se pasa la lengua por los labios resecos y asiente con un gesto tenso.

—¿Podemos, al menos, coger un taxi y esperar en casa?

Patricia chasquea la lengua.

—Lo siento, pero tengo que pedirles que se queden un rato más. Es importante de cara a la investigación. Terminaremos pronto, se lo prometo.

30

Gabriel Somoza aparca en una calle angosta del complejo Vistahermosa y observa la casa de Iván Reyes. Una planta baja con la fachada desconchada y una persiana a medio bajar que deja entrever una ventana cubierta de polvo. El jardín delantero es lo único que parece estar cuidado de todo el entorno. El señor Reyes dispone de un pequeño huerto. A Gabriel lo invade el olor a tierra húmeda.

Camina hasta la entrada y presiona el timbre. Un sonido estridente resuena en el interior. Iván Reyes tarda en abrir. Gabriel oye arrastrar algo pesado antes de que la puerta ceda unos centímetros. Un hombre delgado de pelo grisáceo y barba descuidada asoma la cabeza. Según los registros, apenas tiene cuarenta años, pero su aspecto lo hace parecer mayor. Se apoya en unas muletas, y cuando abre un poco más, Gabriel se fija en que tiene amputada la pierna derecha.

—Es muy tarde —se queja Iván—. ¿Quién es usted?

—Soy el inspector Gabriel Somoza de la Policía Nacional. —Gabriel le muestra su placa—. Necesito hablar con usted.

El hombre lo observa con cautela antes de hacerse a un lado. Gabriel entra. La casa es pequeña y de techo bajo, con una luz tenue que apenas ilumina los muebles viejos y las paredes con

pintura desgastada. El aire está cargado de olor a tabaco rancio y algo más…, un rastro agrio, quizá restos de alcohol seco sobre la mesa de centro. Iván se desplaza con torpeza hasta una butaca con el asiento hundido.

—¿Qué quiere?

—Según nos consta, es el dueño de esta furgoneta —dice Gabriel, y le enseña una fotografía donde se ve la matrícula.

El hombre la mira un instante y después asiente.

—Ha aparecido en unas grabaciones. Concretamente en las inmediaciones de un lugar desde el que se envió un paquete hace unos días.

Iván resopla y se señala el muslo derecho.

—¿Y cree que fui yo? Hace tiempo que no la cojo.

—¿Quién la usa entonces?

—Mi sobrino, Ismael. Se sacó el carnet hace poco. Se la presto cuando le hace falta. Sus padres no lo tratan muy bien y lo ayudo en lo que puedo, que no es mucho.

—¿Sabe dónde está Ismael? —inquiere Gabriel.

—Pues en su casa, supongo.

—¿Y la furgoneta? ¿Está aquí?

Iván se encoge de hombros.

—Hace días que no la veo. Como la deja aparcada en la calle, a veces desaparece un tiempo y no me doy cuenta. Hace unos días la cogió porque le pedí que fuera a comprar un fertilizante que necesitaba para el huerto. Pero casi nunca me avisa cuando se la lleva; tampoco es que yo la necesite. La conservé después de perder la pierna, para poder ir al médico cuando me toca revisión y cargar la silla de ruedas. Mi sobrino suele llevarme.

Gabriel analiza sus gestos.

—Creemos que Ismael ha estado acudiendo recientemente a una cabaña de madera ubicada en Agost. ¿Le dice algo ese lugar?

Iván se yergue. Se muestra sorprendido por la información recibida.

—Creo que sé qué cabaña es. Un amigo mío vivía allí hace años. Bernardo, que en paz descanse. Pero está abandonada desde hace mucho tiempo. El año pasado llevé a mi sobrino allí para que me echase una mano. A veces busco chatarra para sacar algo de dinero, y recordaba que en el terreno de esa cabaña había unas tuberías de cobre apiladas que me podían servir. Cuando llegué ya no estaban. Lo que no entiendo es qué ha ido a hacer mi sobrino a ese lugar.

Gabriel se toma unos segundos para procesar la información.

—¿No ha hablado con él últimamente?

—Pues la verdad es que no. Creí que estaba por ahí, con alguna chica. No es la primera vez que se lleva la furgoneta unos días.

Gabriel mantiene la mirada fija en él. No parpadea. De repente, se levanta.

—Gracias, Iván. No le molesto más.

Ni siquiera espera a que el hombre lo acompañe hasta la puerta.

Abandona la casa sin perder ni un segundo y se sube a su coche, desde donde se propone realizar una llamada a comisaría.

Según le han informado antes de visitar a Iván Reyes, Ismael tampoco estaba en su casa. Va a pedir que revisen todas las cámaras de tráfico y que encuentren la furgoneta, que envíen la foto de Ismael a la Guardia Civil que controla las fronteras y que se emita una orden de detención.

Dará con él. Está seguro.

A la mañana siguiente, Irina se despierta sintiendo la pesadez de una noche de sueño irregular. No ha dormido bien, pero al menos ha descansado algo. Aun así, la sensación de vacío sigue ahí, como una sombra adherida a su piel.

Se sienta en el borde de la cama y se frota la cara con las manos. La casa se le antoja demasiado grande para ella sola. Daría lo que fuera para que todo volviera a ser como antes.

Con un suspiro, se pone en pie, toma el mando a distancia y enciende el televisor. La pantalla parpadea un instante antes de llenarse con la imagen de un reportero de pie frente a la comisaría. En la parte inferior, las letras rojas resaltan sobre el fondo blanco: «Los jóvenes desaparecidos, hallados con vida».

Irina entrecierra los ojos, aturdida. La cámara cambia a una grabación de hace apenas unas horas: dos figuras envueltas en mantas térmicas bajan de una furgoneta de la policía. Avanzan con pasos inseguros, los rostros pálidos, marcados por el miedo y el agotamiento. Son Álvaro y Emma.

Un nudo le sube por la garganta.

Han sobrevivido. Los han encontrado. Se alegra y se estremece al ver las imágenes, pero no puede olvidar lo sucedido.

Sonia no está con ellos. Nunca volverá a estarlo.

31

Gabriel se despereza en su silla y parpadea un par de veces para despejarse. Han sido horas intensas, pero al menos ha podido dormir un poco. Se ha turnado con Patricia para descansar algunas horas. Ambos lo necesitaban.

Tras tomar las muestras de ADN y debido a la presión del comisario Urriaga, se ha permitido a Álvaro y a Emma volver a casa con sus respectivos padres. Les han pedido que no hablen con la prensa, aunque será difícil. David Velasco continúa siendo el sospechoso principal al haber hallado ADN de los tres adolescentes, además de restos de sangre de Sonia, en una furgoneta de su propiedad. Sin embargo, Gabriel sigue convencido de que esa no es la respuesta para ese caso.

El comisario Urriaga le ha llamado personalmente para pedirle que baje el ritmo y que espere al juicio de David, pero eso no va a suceder. De ninguna manera. Solo lo hará cuando esté seguro de haber hallado la verdad.

Patricia entra en su despacho con los ojos entornados, el pelo enredado y el gesto de quien acaba de despertarse en una silla incómoda.

—¿Alguna novedad? —murmura a modo de saludo.

Deja dos cafés en la mesa del despacho de Gabriel y le desliza uno. Él se lo agradece con un gesto y, a su vez, le tiende una carpeta con el sello de la Unidad Científica. Se toma unos segundos para medir sus palabras antes de hablar.

—Ya tenemos los resultados del coche de Miguel Lago. Han encontrado ADN de Marta Ríos en el interior. Eso confirma que, al menos, estuvieron juntos en algún momento dentro del vehículo. Así pues, parece que sí se veían a escondidas.

Patricia se frota los ojos y coge el informe.

—¿Y en el maletero?

—Restos de tierra y hojas de ficus. Pero nada de humus de lombriz.

Patricia chasquea la lengua y cierra la carpeta con fastidio. Sabe lo que eso significa.

—Curioso, ¿no crees?

Gabriel junta las manos y niega con la cabeza.

—Una coincidencia, sin más. Sería imposible que Miguel limpiase el maletero y no dejase restos de humus pero sí de tierra y hojas. Por no hablar del ADN de Sonia o restos de sangre. No, Miguel no es nuestro hombre. Y si lo es, no usó ese coche para transportar el cuerpo. Lo que ya sabíamos, porque el vehículo no salió de la urbanización desde que desaparecieron los chicos. Solo cuando nosotros nos lo llevamos.

Se toma un segundo y da un sorbo al café.

—La única posibilidad de que Sonia hubiese estado en ese coche es que lo hubiera hecho antes de que Daniela viniera a la comisaría y denunciara la desaparición. Hubo un momento, esa misma noche, en el que Miguel tuvo ocasión de hacerlo, cuando aseguró que había

salido a dar una vuelta con el coche y pretendía encontrarse con Marta en un hotel de Bonalba.

—Pero no habría tenido tiempo de limpiar el maletero —añade Patricia.

—¿Posible? Tal vez, pero muy poco probable. Por eso creo que se trata de una coincidencia. Me fijé en su jardín cuando estuve en su casa. Tenía un montón de bonsáis muy bien cuidados, y no me consta que tengan jardinero. Seguramente a Miguel le entretenga la jardinería y por eso han aparecido tierra y hojas en su maletero.

—Debo confesar que su situación económica me hace sospechar. Puede que, de algún modo, esté implicado en todo esto. Es quien más razones tiene. No deberíamos descartarlo tan a la ligera —sugiere Patricia.

—Sabes que nunca descarto a nadie —apunta Gabriel.

La inspectora lo observa con los ojos enrojecidos y la cara hinchada mientras se frota las sienes como si tratara de ahuyentar el cansancio.

—¿Qué tienes en mente? —pregunta.

—Hablar con Álvaro y Emma. Personalmente. Ahora que están a salvo, quiero oír su versión de lo que pasó allí.

Patricia deja escapar un suspiro.

—No les va a sentar nada bien.

—No les haré venir a comisaría. Iré yo al Cabo de las Huertas. ¿Me acompañas?

Patricia esboza una sonrisa que a Gabriel le sirve como respuesta. Después le cuenta lo que tiene pensado hacer para demostrar su teoría mientras ella lo escucha con atención.

Están a punto de levantarse cuando el teléfono de Gabriel vibra sobre su escritorio con insistencia. Ambos intercambian una mirada antes de que él conteste.

—Diga.

La voz al otro lado es directa, tensa.

—Inspector, hemos encontrado la furgoneta de Iván Reyes.

Gabriel aprieta los labios.

—¿Dónde?

—Aparcada cerca del puerto de Alicante.

Silencio. Patricia se endereza en su asiento. Gabriel cierra la carpeta con calma, pero su mente ya va unos pasos por delante.

—No la toquéis. Os envío una grúa ya mismo para que la remolque hasta aquí —dice, y cuelga sin esperar respuesta.

Patricia se pone en pie, agotada pero alerta. Ha escuchado la conversación.

—Esto no cambia nada. Vamos a esperar a que hagan una primera inspección. Les indicaremos lo que tienen que buscar y será más rápido. También voy a pedir que comprueben lo que te he dicho y después iremos a la urbanización —sentencia Gabriel.

Ismael avanza por el estrecho pasillo del autobús con el corazón golpeándole el pecho. Hace horas que intenta calmarse, se dice que todo está en su cabeza, pero cada vez que el vehículo se detiene y alguien sube, un nuevo escalofrío le recorre la espalda. No ha sido capaz de quitarse de la cabeza al hombre del asiento de atrás. Lo ha sorprendido mirándolo tres veces. O quizá cuatro. Su mirada no era casual. No era una de esas que se cruzan sin querer en un viaje

largo. Era algo más. Una inspección cuidadosa. Primero a él. Luego a la mochila que tiene en el regazo.

Por eso ha decidido bajarse antes. En Córdoba. Lo ha hecho de forma impulsiva, casi sin pensarlo, antes de que el miedo lo paralizara. Pero en cuanto pone un pie en la estación y nota el aire frío de la madrugada pegándose a su piel, entiende que ha cometido un error. Hace días robó el DNI a un compañero del instituto durante la clase de educación física. Entró en el vestuario con la excusa de ir al aseo y se lo cogió. Eligió a ese chico porque guarda cierto parecido con él y también porque consideró que no se daría cuenta.

Si todo va bien, le servirá para cruzar la frontera de Portugal. Nadie comprobará que ese documento no es suyo, o eso cree. Pero antes debe llegar a la frontera, y ahora tiene un problema.

Dos policías municipales están de pie junto a la entrada de la estación. Aunque no hablan, uno de ellos lo está observando. Ismael siente un zumbido en los oídos. ¿Lo han descubierto? ¿Tan pronto? Sabía que la policía iría detrás de él, pero pensaba que tendría al menos un día o dos de ventaja.

Baja la cabeza y se pone de nuevo la capucha de la sudadera. Le tiemblan las manos. Sujeta la mochila con fuerza, como si alguien fuera a arrebatársela en cualquier momento. No puede quedarse ahí.

Mira a su alrededor en busca de una salida rápida. La estación está poco iluminada y casi vacía a esas horas. Solo un par de viajeros dispersos y el viejo guardia de seguridad apoyado contra la pared con la mirada fija en su móvil. Nadie parece prestarle atención. Excepto los agentes.

Un paso. Luego otro. Intenta caminar con calma, pero respira de manera irregular y la nuca le arde como si un foco invisible lo estuviera apuntando.

El miedo lo sacude de golpe cuando uno de los policías se mueve. No va hacia él, pero eso no importa. La adrenalina le dice que es cuestión de tiempo. Si se queda ahí un minuto más, si lo miran otra vez, si deciden acercarse…

Echa a correr.

32

Álvaro siente el pulso en las sienes, un latido irregular que amenaza con delatarlo. Le duele mucho la cabeza, tanto que le cuesta pensar con claridad.

Desde que su madre subió a su habitación y le dijo que el inspector Somoza y la inspectora Siles lo esperaban abajo, no tiene otra cosa en mente. La actitud de su madre, despreciando constantemente a los agentes, no lo ayuda en absoluto. Desearía que se callara y se fuese. No la quiere cerca; en realidad, no la soporta desde hace tiempo. Desde que lo trata como si fuera su juguete y lo avergüenza cada vez que la oye hablar sobre él.

Sabía que eso ocurriría tarde o temprano. Esa sensación lo ha perseguido como una sombra. No ha dormido. No ha comido. Tan solo ha permanecido en su cuarto tumbado en la cama mirando al techo y escuchando su propia respiración agitada. Incluso le pidió a su hermano que lo dejase solo cuando insistió en dormir en su habitación como cuando eran pequeños.

Confesar. Esa es la única salida. Lo tiene claro. No hay escapatoria esta vez. Pero si lo hace…, si dice todo lo que sabe, supondría empujar a Emma al abismo. Y no quiere. No después de lo que han pasado. No después de lo mal que se ha portado con ella y de ver sus lágrimas durante días en la cabaña.

Cierra los ojos y se esfuerza por contener el pánico que le entumece el pecho. No puede venirse abajo ahora. Si pierde el control, si deja que su nerviosismo lo domine, lo aplastarán como una hoja seca bajo un zapato. Ese inspector parece implacable. No ha hablado aún con él, pero lo ha visto varias veces en la comisaría y eso le basta para saber qué tipo de persona es: de las que no se detienen ante nada ni ante nadie. Lo teme y cree que no puede hacer nada para evitar lo que va a suceder.

Se levanta de la cama y, con un suspiro, se pasa una mano por el pelo. No puede seguir postergándolo. Es ahora o nunca.

Cuando baja la escalera, el sonido de sus propios pasos le parece demasiado fuerte, como si, con cada peldaño que pisa, el suelo gritara su culpa. Desde el pasillo, ve a su padre en el salón, de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados. Junto a él, dos figuras esperan en silencio. El inspector Somoza y la inspectora Siles. Ambos giran la cabeza para observarlo en cuanto accede a la estancia.

Intenta sonreír. Intenta parecer tranquilo.

Pero es difícil.

Gabriel y Patricia se acercan a la verdad.

Con una breve inspección del maletero, la Policía Científica ha determinado que en la furgoneta de Iván Reyes había humus de lombriz. También restos de sangre de Sonia Velasco. Eso, sumado a que en la ropa que Álvaro y Emma llevaban puesta cuando regresaron del secuestro también había restos de humus, confirma que los tres estuvieron en esa furgoneta en algún momento, ya fuera juntos, ya por separado.

Pero Gabriel tiene algo más. Una prueba crucial. Una que ha obtenido porque sabía exactamente dónde buscar. Nadie había sopesado esa posibilidad, salvo él. Cuando se lo contó a Patricia, ella puso los ojos como platos. De repente, las piezas parecían encajar.

Ahora, ambos se encuentran en la casa de los Sempere. La tensión es palpable en el aire, aunque traten de ocultarla tras un velo de formalidad. Álvaro está sentado en el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula tensa. No mira a Gabriel, sino a Patricia, como si esperara que ella lo protegiera de lo que viene.

—¿Qué tal estás, Álvaro? ¿Has podido descansar? —pregunta Gabriel en un tono amable.

—Sí. Me hacía falta, la verdad.

Gabriel asiente y se palmea las rodillas.

—Me gustaría repasar contigo el caso. Hay algunas preguntas que quiero hacerte.

—De acuerdo.

Marta, la madre de Álvaro, interrumpe la conversación.

—¿No le da vergüenza molestar a mi hijo después de todo lo que ha pasado?

Jorge se acerca a ella y la agarra por los hombros. Gabriel no contesta. Espera que su marido la calme y se la lleve de allí. Los dos desaparecen al cerrarse la puerta de la cocina, donde ya esperaba Asier, el hermano de Álvaro.

—Seré breve, lo prometo —anuncia Gabriel cuando los tres se han quedado solos en el salón—. ¿Tenías una relación con Sonia Velasco? —pregunta a bocajarro.

Álvaro medita su respuesta.

—No exactamente. Yo le gustaba, pero tengo novia.

—Ya. Lo que pasa es que no te creo, Álvaro. Y detesto que me mientan.

Se produce una pausa. Álvaro reflexiona de nuevo antes de contestar.

—Mire… Es complicado. Sí. Nos veíamos de vez en cuando, pero no quiero que Emma se entere. No después de todo lo que hemos sufrido. Y Sonia está muerta, no va a cambiar nada.

Ahora es Gabriel quien necesita una pausa para contenerse. Tiene que respirar hondo para no agarrarlo por el cuello. Patricia se da cuenta e interviene.

—No nos hagas perder el tiempo —dice—. Limítate a contestar lo que te preguntemos. ¿De acuerdo?

Álvaro aprieta los labios. Alterna la mirada entre Patricia y Gabriel como si no supiese por dónde va a recibir el golpe.

—Vale —murmura al final—. Salíamos. Pero no era nada serio. Solo… —Hace un gesto vago con las manos—. Nos gustábamos, supongo.

Gabriel asiente, como si esperara esa respuesta.

—¿Alguna vez estuviste con Sonia en su casa? A escondidas.

El cambio es inmediato. Álvaro se endereza, la incomodidad se retrata en cada músculo de su cuerpo.

—No. Nunca.

La negación ha sido demasiado rápida. Demasiado firme. Gabriel saca una bolsa de pruebas del bolsillo y la deja en la mesa. Un collar con un diente de marfil.

—Lo encontré en la habitación de Sonia —revela arqueando las cejas.

Álvaro se queda inmóvil. Clava los ojos en el collar como si acabaran de desenmascararlo. Se pasa la lengua por los labios resecos. Traga saliva. Al final, deja escapar un suspiro resignado.

—No —balbucea—. Como le digo, nunca estuve en su casa. No me atrevía. Su padre es… Creo que lo conocen… Me habría matado de haberse enterado. Siempre nos veíamos fuera, en la playa o en la… ¡Yo qué sé!, en cualquier sitio menos allí.

—Entonces ¿cómo explicas que Sonia tuviera tu collar? —pregunta Gabriel.

—Debió de caérseme alguna de las veces que nos vimos. Solíamos hacerlo con prisa porque nos escondíamos todo el rato. Supongo que Sonia lo vio, lo cogió y no me dijo nada.

Gabriel le sostiene la mirada por un largo segundo. Solo hay un motivo por el que Álvaro le mentiría sobre el collar y sobre su presencia en casa de Sonia: que esté encubriendo la verdad.

Luego, sin decir una palabra, gira la cabeza hacia Patricia.

Él sabe cuál es esa verdad.

Han resuelto el caso.

SEGUNDA PARTE

33

Sonia Velasco está atrapada.

El confinamiento es una tortura que se extiende día tras día, sofocante y monótona. Se ha acostumbrado al silencio eterno de su habitación, al sonido incesante del televisor en el salón y a la sensación de ahogo que le produce la casa. Su padre no deja de darle órdenes absurdas y de discutir con ella por cualquier tontería. Al menos se entretiene viendo películas y series con su madrastra, aunque los gustos de Irina, romances mediocres y dramas interminables, son muy distintos de los suyos. Pero es eso o encerrarse en su cuarto y contar los minutos hasta la cena. Hasta que llega el siguiente día, igual de interminable que el anterior.

Se tumba en la cama y deja caer la cabeza hacia el borde, con el pelo desparramado hacia el suelo. En la mesilla, su móvil vibra con notificaciones que ya ni se molesta en revisar. Nadie tiene nada interesante que decir. Nadie hace absolutamente nada a lo que merezca la pena prestarle atención. Todos enclaustrados en sus casas colgando retos absurdos en las redes sociales, igual de aburridos que ella.

Con un suspiro, se levanta y se acerca a la ventana. Es su única vía de escape, su única distracción real. Desde allí, puede ver la casa de los Sempere. La suya es más grande, más bonita, más perfecta,

pero en ella no vive Álvaro. Por eso se pasa horas embobada pegada al cristal esperando verlo, aunque sea un momento efímero. Se fija en su jardín, donde las flores están intactas y el césped perfectamente recortado. Y entonces lo ve.

Álvaro Sempere sale al jardín sin camiseta, con el pelo alborotado y unas gafas de sol que le dan un aire despreocupado. Se estira, ladea el cuello y levanta los brazos, como si su mayor problema fuera decidir cuánto tiempo pasará al sol. Sonia siente un nudo en el estómago. Ha oído a demasiadas chicas hablar de él en el instituto, de su sonrisa, de sus clavículas marcadas, de la forma en la que siempre parece saber qué decir. Es el chico más atractivo del instituto, bueno…, del universo, y ahora mismo está ahí, a unos metros de ella, completamente ajeno a su mirada furtiva.

Pero entonces, como si la presintiera, Álvaro se gira y la ve.

Sonia se congela. La mente se le queda en blanco cuando él alza una mano y la saluda con una sonrisa, como si fuera lo más natural del mundo. Como si la conociera. Como si estuvieran en el instituto y ella no fuera la chica que pasa desapercibida por los pasillos.

Su reacción es inmediata y estúpida: corre la cortina de un tirón y se aparta de la ventana con el corazón desbocado. Se lleva las manos a la cara y suelta una risa nerviosa.

Acaba de hacer el ridículo.

Y peor aún: Álvaro Sempere lo ha visto.

Emma Lago nunca había sido una persona nostálgica; no tenía tiempo para eso. Su vida se componía de planes bien trazados, una rutina cuidadosamente equilibrada entre clases de baile, instituto y

tardes con Álvaro. Todo eso se ha desmoronado con la llegada del virus. Ahora, atrapada entre las cuatro paredes de su cuarto, siente que se ha desdibujado, como si una parte de ella se hubiese quedado suspendida en un limbo del que no sabe cómo salir.

Maldice el momento en que todo eso comenzó. En el maldito instante en el que su vida perfecta se convirtió en una sucesión de días idénticos sin más emoción que las notificaciones en su móvil y las videollamadas con Álvaro, donde se esfuerza por sonreír para que no la note tan miserable. Pero no es lo mismo. No es suficiente.

Apoya la cabeza en la pared y se reclina con el teléfono sobre el pecho. Sus ojos recorren la habitación sin ver realmente nada hasta que se detienen en una caja de madera oculta entre los libros de la estantería. Su caja de recuerdos. Se levanta y la toma entre las manos con la misma reverencia con la que se acaricia una herida que aún escuece.

Dentro, entre entradas de cine, tíquets de restaurantes y una flor marchita, encuentra la nota. Una hoja doblada con los bordes algo gastados, donde Álvaro escribió con su caligrafía inclinada: «Gracias por una tarde maravillosa».

Emma desliza los dedos sobre la tinta. Cierra los ojos y trata de evocarlo: el sonido de su risa, el calor de su piel contra la suya, el roce de sus labios en la curva de su cuello.

Cuando todo eso termine, le preparará una sorpresa. Algo grande. Algo que les haga recuperar cuanto han perdido. Pero, por ahora, solo puede aferrarse a esa nota y al recuerdo de lo que fueron.

34

El aire es fresco, salobre. Después de tantas semanas encerrada, Sonia siente que volver a caminar por las calles del Cabo de las Huertas es como un renacimiento. El sol de la tarde cae sobre las fachadas de las casas y las tiñe de un tono anaranjado.

Avanza sola, como siempre, con las manos en los bolsillos y los auriculares colgando del cuello. La música ya no suena, pero tampoco le importa. El simple hecho de estar fuera de casa es suficiente.

Mientras camina ve a su vecino Álvaro pasar en bicicleta, pedaleando con esa aura de majestuosidad que lo acompaña. Su pelo oscuro se agita con el viento, y la camiseta blanca que lleva puesta se le pega levemente a la espalda por el calor. La rebasa sin mirarla o, al menos, eso cree Sonia. Pero unos metros más adelante se detiene en seco. El chirrido de los frenos le provoca una pequeña palpitación en el pecho. Antes de que pueda reaccionar, él se gira y pedalea de vuelta hacia ella.

—Eh —la saluda con naturalidad con una ligera sonrisa de medio lado—. Eres Sonia, ¿no?

Ella asiente, se le sonrojan las mejillas.

—Vivimos en la misma urbanización —continúa él; ha apoyado un pie en el suelo y sujetado el manillar con una mano—. Pero apenas

hemos hablado.

Sonia se encoge de hombros, nerviosa. Su presencia la intimida, no está acostumbrada a tratar con chicos populares.

—¿Te importa si te acompaño un rato? —pregunta Álvaro en un tono que parece despreocupado.

—No… No sé. Quiero decir… —Sonia no está segura de qué responder.

Él no espera a que termine. Se baja de la bicicleta y la empuja a su lado mientras camina con una seguridad que la desconcierta. Su cercanía la pone tensa, pero no es exactamente desagradable.

—Por cierto —dice Álvaro de repente ladeando la cabeza con una expresión divertida—, sé que me mirabas.

A Sonia se le detiene el corazón un segundo.

—¿Qué?

—Por la ventana —explica Álvaro, y agranda la sonrisa—. Creías que no me daba cuenta, ¿verdad?

Sonia siente que la sangre le sube de golpe a la cara. Podría morir ahora mismo. Literalmente.

—Yo…, yo no…

—Tranquila, no me molesta. —Álvaro se detiene y abre su mochila. Saca una libreta, arranca un pequeño trozo de papel y escribe algo con rapidez—. Si quieres conocerme de verdad, solo tienes que decirlo.

Le tiende el papel sin prisa. Sonia lo toma intentando controlar el temblor de los dedos. Antes de que pueda procesar nada más, Álvaro le guiña un ojo, sube de nuevo a la bicicleta y se aleja como si nada.

Sonia mira la nota.

Es su número de teléfono.

Álvaro se sienta en el borde de la cama con el móvil en las manos. La pantalla le ilumina el rostro en la penumbra de su habitación. Un mensaje. Finalmente.

Sonia ha tardado tres días en escribirle. Tres días enteros. Demasiado tiempo. Un récord, en realidad. Casi todas escriben en cuestión de minutos. Si no, al cabo de pocas horas. Nunca tres días. Nunca lo ignoran.

Pero ahí está. El mensaje parpadea en la pantalla como una victoria anticipada:

Hola. Soy Sonia

Tímido. Escueto. Un preludio de lo que puede ser un reto digno de su esfuerzo.

Álvaro sonríe, pero no responde de inmediato. La deja esperando. Que aprenda. No va a demostrar que ha estado pendiente, aunque lo cierto es que la curiosidad le carcomía la paciencia. ¿Por qué habrá tardado tanto? ¿A qué ha estado jugando? Porque eso es un juego. Siempre lo es. Un tira y afloja donde él impone las reglas, donde él decide cuándo y cómo. Sonia se ha hecho de rogar, pero al final ha cedido. Como todas. Y él, como siempre, ha ganado.

Desliza el dedo por la pantalla para releer las últimas conversaciones con Emma. Mensajes de una obsesión que empieza a ser un poco… ¿incómoda? No sabe. No quiere pensar en eso. Emma es su apuesta infalible, su red de seguridad. Lo adora, lo

necesita. Se le nota. A veces incluso le resulta un poco patética. Pero es útil. Y siempre está ahí para él.

Lo de Sonia será otra cosa. Un secreto. Una vía de escape para divertirse un poco más. Algo diferente.

Suelta el móvil, en la cama y se recuesta con las manos detrás de la cabeza, con la vista clavada en el techo y una sonrisa satisfecha.

Mañana será interesante.

35

Sonia tiene un problema. Un problema enorme que le provoca una punzada en el estómago, de esos que la obligan a apretar los labios para que nadie note que algo le pasa.

Por un lado, está feliz. No, más que feliz. Se ha visto con Álvaro en secreto durante varias semanas, robando momentos a la rutina mientras se escondían en rincones oscuros donde solo existen ellos dos. Su olor, su tacto, su voz…, todo en él es perfecto. Le hace sentir algo que no puede explicar, algo que le recorre la piel como una descarga eléctrica y le calienta el pecho como una hoguera en mitad del invierno. ¿Eso es el amor? Porque, si no lo es, Sonia no sabe qué otra cosa podría ser.

Pero entonces está el otro lado. La parte que le retuerce el estómago. Emma.

Emma, que es su novia, al fin y al cabo. Emma, a quien Álvaro besa en los pasillos del instituto entre clase y clase, sin importarle si alguien observa. A quien Álvaro abraza sin miedo a lo que digan. Y ella no es Emma, es Sonia. La otra.

Hoy han bajado a las rocas, como tantas otras veces. Por separado, por supuesto. Álvaro fue claro desde el principio: nadie puede verlos juntos. Además, nada de mensajes, ni llamadas ni miradas… En definitiva, como si no se conocieran. Álvaro borró de

inmediato la única conversación que han mantenido por mensaje, esa que Sonia guarda como un tesoro.

—No es el momento —le dijo una vez con su voz tranquila, como si estuviera decidiendo qué pedir en una cafetería y no ocultando una traición.

Se han reunido en su escondite, la pequeña cueva desde la cual pueden ver el planeo de las gaviotas sobre el mar en busca de peces. Es su sitio. Ahí el mundo se reduce a ellos dos. Ahí Sonia puede fingir que no hay secretos, que no hay nadie más.

Pero hoy no puede callarse.

—No me gusta esto —suelta con la mirada fija en las rocas—. Detesto ser… esto.

No desea ser el segundo plato de nadie. No desea vivir a medias.

Entonces Álvaro ha hablado. Y todo ha cambiado.

—Te quiero —dice él con esa voz sinfónica que ella adora.

El mundo se detiene.

Sonia parpadea al sentir que la realidad se pliega a su alrededor. ¿Ha oído bien? ¿De verdad el chico más popular del instituto, el que parece sacado de una serie con actores que solo existen en Hollywood, acaba de confesar que la quiere?

Lo mira esperando que se ría, que reconozca que es broma, que pretendía decir otra cosa. Pero no. Sus ojos azules la observan con una seriedad que le eriza la piel.

—Solo necesito tiempo —continúa él—. No puedo dejar a Emma así, de la noche a la mañana.

Tiempo. Paciencia. Palabras que Sonia odia. Pero las traga, porque la alternativa es perderlo.

—Te esperaré —susurra, aunque la idea la revuelve por dentro.

Cuando regresa a casa, su mente sigue en la cueva, con la sal pegada a la piel y la voz de Álvaro repitiéndose en bucle. Llama a su amiga Ángela para contárselo. Ella es la única que sabe el secreto. Tal vez se lo cuente a Irina, pero más adelante. No repara en el nuevo guardia de seguridad hasta que está a punto de entrar en el portal.

El hombre la observa. Su expresión es neutra, pero hay algo en su mirada que la incomoda. Como si la analizara, como si supiera demasiado. ¿Se habrá dado cuenta? ¿Sabe que ha ido a la playa a verse con Álvaro?

A Sonia le da igual. Tal vez no sea tan malo que se descubra todo.

Álvaro ajusta el peso en la máquina y empuja con calma, fingiendo que no le divierte la admiración de Ismael. Su nuevo amigo es su sombra allá donde va. Cuando acabe el verano y vuelvan al instituto, serán los únicos repetidores. La mayoría de sus amigos empezarán la universidad. De una forma u otra, parecen destinados a llevarse bien.

—Tío, de verdad, ¿cómo lo haces? —Ismael lo mira desde el banco de al lado—. No es normal, las tías te persiguen.

Álvaro resopla y niega con la cabeza.

—Da igual lo que pase con las chicas. Te recuerdo que tengo novia.

No es del todo mentira, pero tampoco toda la verdad. Sabe que la clave está en parecer fiel. Hablar demasiado sería un error. Por eso nunca lo hace. Es más divertido así. Y más seguro.

Ismael chasquea la lengua, decepcionado.

—Vaya, qué desperdicio.

Álvaro sonríe, pero cambia de tema sin esfuerzo.

—Siempre hablamos de mí. Cuéntame algo sobre ti. Por lo que has comentado otros días, tienes una situación complicada en casa. ¿Te puedo ayudar de alguna manera?

Ismael baja la mirada y aprieta las manos. Y, por primera vez, parece quedarse sin palabras.

36

El sol de la tarde cae sobre la piscina comunitaria y se refleja en el agua con destellos dorados. Irina se recuesta en la tumbona con un libro en las manos, gozando de la calidez en su piel, del murmullo del agua y del sonido lejano de unas risas infantiles. A su lado, Sonia desliza el dedo por la pantalla del móvil, absorta en sus vídeos, con una expresión relajada que rara vez muestra en casa.

Ambas disfrutan del fin del confinamiento. Después de tanto tiempo sin salir, les resulta muy agradable compartir esos momentos. Se palpa la alegría en el ambiente, como si la humanidad hubiese ganado una batalla crucial.

—No aguanto al doctor Méndez —dice Sonia de repente sin despegar los ojos del móvil—. Siempre me observa embobado como si esperara que lo saludara. Da grima.

Irina sonríe y le lanza una mirada cómplice por encima del libro.

—Es un jubilado aburrido. No tiene otra cosa que hacer.

—Pues que se busque un perro o algo —murmura Sonia arrugando la nariz.

Irina suelta una risa contenida y sacude la cabeza.

—Sonia, por favor…

Mantienen una conversación en la que se suceden continuamente esos gestos. Están contentas.

Pero la calma se quiebra con la llegada de Álvaro y Emma.

Él entra en la zona de la piscina con la despreocupación que solo tienen los adolescentes, con el pelo revuelto y una sonrisa confiada. Emma camina a su lado, los dedos de ambos entrelazados, con un bañador rojo que se ajusta a la perfección a su figura. Se susurran cosas, se miran, como si fueran los únicos en el mundo. Irina se percata de que Sonia se tensa.

—Dios…, qué empalagosos. —La chica hace una mueca de asco cuando Emma se ríe exageradamente por algo que Álvaro ha dicho.

Él se quita la camiseta y el tiempo parece ralentizarse por un segundo. Irina parpadea, siente cómo se le eriza el vello. El cuerpo del chico es una mezcla perfecta de juventud y masculinidad: los músculos definidos, la piel tersa e impoluta, la seguridad en la manera en que se mueve. Sabe que no debería mirarlo, que no debería notar lo bien que le sienta ese maldito bañador negro, pero es inevitable. Es como ver un cuadro perfectamente compuesto: cada detalle en su lugar, cada sombra realzando lo que debe realzar.

«¿De dónde ha salido este jovenzuelo? ¿Y cómo es que no me había fijado antes?».

No. No puede pensar así. Es un niño. Es un crío.

Pero entonces él la mira.

No es una mirada casual, no es una simple distracción. Es un gesto calculado, un roce visual que dura apenas un instante, pero que lo dice todo. Está abrazado a Emma, sus brazos le rodean la cintura, pero sus ojos están fijos en ella. Irina contiene la respiración, siente el pulso acelerarse. No hay nada inocente en esa mirada. Es un juego, y ella lo sabe. Y lo peor es que, en ese juego, Irina siempre gana si se lo propone.

Se humedece los labios y aparta la vista con lentitud, obligándose a volver a su libro. Pero sus dedos han perdido la fuerza para pasar la página, y aunque no quiera admitirlo, la piel le arde aún donde la mirada de Álvaro la tocó.

Sonia se hunde más en la tumbona y clava las uñas en el cojín para no hacer algo estúpido. El sol le quema la piel, pero nada en comparación con el fuego que le devora el pecho. Observa a Álvaro y a Emma, en el borde de la piscina. La mano de él resbala por la cintura de su novia con demasiada facilidad.

Está enamorada de él, no puede negarlo, aunque ahora también lo odia.

¿Cómo pudo decirle que la quería? Su voz sonaba sincera en la cueva de las rocas, pero ahora besa a Emma como si fuera lo único que le importa en el mundo. Cuando la abrazó y, por un instante, posó los ojos en Sonia, a ella se le revolvieron las tripas.

No puede más.

—Estoy cansada —dice en voz baja girándose hacia Irina—. Me voy a casa.

Su madrastra, con las piernas cruzadas y las gafas de sol equilibradas en la punta de la nariz, ni siquiera se molesta en mirarla. Se limita a esbozar una media sonrisa.

—Yo me quedo un rato más —contesta con indiferencia.

Sonia se pone en pie de un salto y se cuelga la bolsa al hombro. Apenas puede oír el sonido del agua salpicando por encima del ruido ensordecedor de su propia rabia. La ira le sube por la garganta, es

un nudo caliente y pegajoso. No puede quedarse ni un segundo más allí sin montar una escena.

Tumbado en su cama con las manos detrás de la cabeza, Álvaro mira el techo. Casi no parpadea. Su mente ha quedado atrapada en un bucle del que no quiere salir.

Ha visto a la mujer más hermosa del mundo.

¿Cómo es posible que no se haya fijado antes? Es absurdo, lo sabe. No tiene ningún sentido.

Ahora solo puede revivir la escena en su cabeza: esa mujer rubia se levantó de la tumbona con la elegancia de quien sabe que la observan. Caminó con paso firme y calculado hasta la ducha, sin prisas, como si cada movimiento fuera parte de una coreografía silenciosa. Y cuando alzó los brazos para recogerse el cabello, con las gotas de agua brillando en su piel, a Álvaro se le secó la garganta.

No fue solo la imagen perfecta de su silueta contra la luz de la tarde; fue la forma en la que sus ojos buscaron los de él.

Un segundo. Dos. Suficiente para que lo entienda todo.

El instituto, Sonia, Emma, cualquiera de las decenas de chicas que le escriben por redes sociales… Ahora todo le parece ruido de fondo. Porque lo único que importa es lo que vio en esa mirada. Una invitación velada. Un desafío.

Y, sea lo que sea, lo va a descubrir.

37

Sonia se sienta en el borde del muro que da al campo de fútbol, apartada del bullicio del patio. No le importa que el cemento esté frío bajo sus muslos ni que el viento agite su rizada melena castaña. Prefiere el aire fresco al ruido de las conversaciones entrecortadas y las risas estridentes que flotan en el ambiente.

Mastica despacio su bocadillo, sin hambre. Desde que empezaron las clases, nada ha cambiado. Sigue siendo invisible para casi todos, excepto cuando necesitan copiarle los deberes. Sigue sin encajar en ningún grupo. Sigue viéndose obligada a mirar a otro lado cada vez que Álvaro y Emma desaparecen juntos.

Aprieta la mandíbula y traga con dificultad. Se prometió que en esa ocasión sería diferente. Que diría a Álvaro, en uno de sus encuentros a escondidas, que no quiere continuar con ese juego, que está harta de esperarlo en la sombra mientras él se divierte con otra. Pero cada vez que intenta hacerlo, la voz se le quiebra antes de pronunciar las palabras. Y él, con esa sonrisa despreocupada, le dice que no es lo que parece. Que ella es distinta. Especial.

Sonia se odia a sí misma por creerlo.

Suspira, arruga el envoltorio de su almuerzo y se levanta. Se cruza de brazos mientras camina hacia los aseos, el único lugar donde

puede encerrarse unos minutos y aislarse de ese mundo que no considera su lugar.

Cuando entra, el sonido de las tuberías viejas resuena en el silencio. Abre el grifo y se lava las manos con agua fría. Se mira en el espejo: su expresión es tensa. Ella no era así antes.

La puerta de los aseos se abre de golpe y el sonido de unos pasos la obliga a girarse.

Emma.

Sonia baja la mirada y da un paso hacia la salida, pero Emma se interpone en su camino.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha perdido algo? —La voz de Emma es afilada, teñida de burla.

—¿Qué? —murmura Sonia intentando pasar por su lado.

Emma la detiene con un empujón seco. No lo suficientemente fuerte para tirarla, pero sí para hacerle perder el equilibrio.

—No te hagas la tonta. Deja de mirar a mi novio.

Sonia siente que la sangre le hierve bajo la piel. Su primer instinto es decirle la verdad. Decirle que Álvaro no es tan leal como ella cree, pero no tiene el valor necesario.

Sonia respira hondo, se obliga a mantener la calma.

—No lo miro —susurra.

Emma sonríe con desprecio.

—Más te vale —le espeta, y se inclina sobre Sonia—. Porque esta es la única advertencia que vas a recibir.

Sonia se queda inmóvil hasta que Emma se marcha con la misma arrogancia con la que entró. Su reflejo en el espejo la observa con el ceño fruncido y los puños apretados.

Sale de los aseos con un nudo en el estómago. No es miedo lo que siente.

Es rabia.

La música retumba en la sala, un ritmo latino que a Álvaro no le interesa lo más mínimo. No ha ido por la música ni por el ejercicio. Su mirada se desliza entre las mujeres que se mueven con entusiasmo, todas al menos una década mayores que él. Juega con esa ventaja. Sonríe y encaja en el ambiente con una naturalidad estudiada, como si realmente le importase lo que sucede, el revuelo que está causando.

Pero su atención está en una sola persona. Esa mujer rubia. Ahora sabe que se llama Irina.

Han sido dos semanas de trabajo meticuloso. Sonia no hablaba de su madrastra durante sus encuentros clandestinos, pero él ha obtenido esa información formulando preguntas sutiles disfrazadas de inocencia. Tiene claro cuándo presionar y cuándo retroceder. Es increíblemente bueno manipulando a las personas, y lo sabe. Y, ahora, también sabe más de Irina de lo que ella imagina. Conoce su rutina, los días y horarios en los que asiste al gimnasio, las clases que prefiere. Y ha llegado el momento de forzar un encuentro.

Cuando camina por la sala, su camiseta ajustada hace exactamente el trabajo que esperaba. Captura miradas, provoca sonrisas curiosas, algún que otro comentario susurrado. No necesita oírlos para saber lo que dicen. Le divierte. Siempre es así.

Entonces ve la reacción de Irina. Apenas un parpadeo de sorpresa antes de recomponerse, de volver a esa expresión fría, impasible.

Pero es demasiado tarde. Ha descubierto la chispa de desconcierto en sus ojos.

Se coloca a su lado sin disimulo, moviéndose con la música, como si la aproximación fuera totalmente casual. En cuanto tiene oportunidad, le dice en voz baja, con esa sonrisa suya que siempre funciona:

—Hola, vecina.

Irina levanta las cejas, pero no responde. Su mirada es evaluadora, casi como si intentara descifrar qué hace él ahí. Álvaro no se inmuta. Se mueve al ritmo de la música y sigue la clase sin esfuerzo mientras disfruta del juego.

Cuando termina la sesión, Irina no se marcha de inmediato. Se acerca a recoger su botella de agua y, sin mirarlo directamente, su cuerpo emite una invitación que Álvaro capta.

La sigue sin dudar.

Salen de la sala y atraviesan el pasillo, alejándose del bullicio de la clase. Irina se detiene en un rincón donde nadie los ve. Se gira hacia él con los brazos cruzados y una media sonrisa en los labios que no se corresponde con su mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Álvaro inclina la cabeza con fingida inocencia.

—Hago ejercicio —responde, y deja que su sonrisa se ensanche lo justo—. Igual que tú.

Irina suelta un leve resoplido, como si le divirtiera la respuesta pero no quisiera demostrarlo.

Durante unos segundos, el mundo se detiene y ambos se dicen todo con la mirada.

Irina se dice a sí misma que es la última vez. Lo ha repetido en tantas ocasiones que la frase ha perdido significado. Pero esta vez será cierto. Tiene que serlo.

El corazón le late en la garganta mientras desliza la puerta del jardín trasero con suavidad. Lleva puesta una bata que le cubre la lencería de encaje.

Álvaro está allí, oculto en la penumbra, como las dos veces anteriores que se ha quedado sola en casa. La observa con esa sonrisa de medio lado que la desarma, la misma que le hace olvidar que tiene un marido al que debería ser fiel. Que tiene una hijastra que, de saber la verdad, quedaría destrozada. Que él es solo un crío.

Pero en cuanto Álvaro entra en la casa, todas esas preocupaciones se desvanecen. Cierra la puerta tras él y se adentran en la oscuridad de la cocina, apenas iluminados por la luz de la calle que se filtra a través de los estores. Él la toma por la cintura, la empuja contra la encimera con una seguridad impropia de sus dieciocho años.

Irina exhala un suspiro entrecortado. Ya no piensa. No puede. Solo siente.

Las reglas siguen siendo las mismas. No mensajes. No llamadas. No testigos. Como si no se conocieran fuera de esas cuatro paredes. Pero lo cierto es que, en momentos como ese, Álvaro es la única persona en el mundo que parece verla de verdad.

Y eso es lo más peligroso de todo.

38

La cantina del instituto huele a comida recalentada y café aguado. A esa hora está casi vacía. Solo quedan un par de alumnos sentados junto a la máquina de refrescos y, al fondo, Álvaro e Ismael, que ocupan una mesa apartada con las bandejas delante, sin haberlas tocado apenas.

—No aguanto más —murmura Ismael removiendo el zumo—. En cuanto pueda, me largo de aquí.

Desde hace un buen rato repite lo mismo, despotrica sobre su vida, sobre su familia, sobre el asco que le da ese instituto y cuanto lo rodea. Pero Álvaro apenas lo escucha. Su mente está en otra parte. En ella.

Irina.

La imagen de su piel desnuda le quema la memoria como una marca al rojo vivo. Nunca había sentido algo semejante. Nunca una mujer lo había tocado como lo hace ella ni lo había hecho temblar con solo una mirada. Es la primera vez que se siente así, completamente rendido, consumido por algo que no puede controlar. La quiere. La quiere con una intensidad que lo asusta. Quiere estar con ella sin tener que esconderse.

Que sea suya. Solo suya y de nadie más.

Pero no puede.

Así que sigue desempeñando su papel. Sigue con Emma, viéndose con Sonia, simulando que su vida es normal. Pero no lo es. No lo ha sido desde el momento en que tocó a Irina por primera vez.

—Al menos tú puedes hacer lo que te dé la gana —dice Ismael con amargura—. Mi vida es una cárcel. Pero, claro, tú no lo entiendes. Tu familia tiene dinero. No es lo mismo.

La frase se queda suspendida en el aire, flota entre ellos. Algo hace clic en la cabeza de Álvaro. Lo ve con claridad, como si el mundo entero se detuviera por un segundo y todo adquiriese sentido.

Dinero. Eso es lo que necesita para huir con Irina y empezar una nueva vida con ella.

Y se le acaba de ocurrir cómo conseguirlo.

De repente, mira a Ismael con una intensidad que lo hace estremecer.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer para huir de aquí? —pregunta en voz baja.

Ismael apoya las manos en la mesa. Sus ojos se encuentran, y algo oscuro se enciende en la mirada de Álvaro.

Irina está sentada en su coche con las manos aferradas al volante, como si así pudiera anclarse a la realidad. No debería estar ahí. No debería haber escuchado a Álvaro. Y, sin embargo, ahí está, en un descampado junto al faro, envuelta en la oscuridad y enredada en pensamientos peligrosos.

La brisa marina acaricia la carrocería y lame las lunas del vehículo. Fuera, la luz de otro coche se mueve lentamente e ilumina el paisaje

con destellos. Un reflejo en el retrovisor le devuelve su propia mirada: ojos claros, labios tensos, el rostro de alguien que ya no se reconoce del todo.

Es una locura. Todo eso es una maldita locura.

Apoya la cabeza en el respaldo y aprieta los párpados, pero las palabras de Álvaro siguen allí, resuenan en su mente como una melodía imposible de acallar. «Nadie hará preguntas. Allí podremos empezar de nuevo. Juntos».

Se niega a admitir que la idea le gusta. Que ha pensado en ello con anterioridad, incluso antes de que Álvaro lo sugiriera. Irse, desaparecer, empezar de cero. Pero siempre le ha parecido un sueño lejano, una fantasía para las noches de insomnio.

Porque ¿qué haría ella sola? ¿Adónde iría? ¿Cómo sobreviviría sin David, sin su dinero, sin el lujo y la seguridad de su mansión?

Pero Álvaro tiene un plan. Panamá. Un lugar donde nadie los buscará. Un lugar donde nadie los juzgará. Un lugar donde todo lo que ha sido, todo lo que ha hecho, quedará enterrado.

Se humedece los labios y abre los ojos. Se mira de nuevo en el espejo retrovisor, que le devuelve una expresión que no le gusta. Porque no es miedo lo que ve. No es rechazo.

Es deseo.

Y ese pensamiento la aterra.

Ismael lo ha planeado todo. Cada detalle, cada variable, cada posible contratiempo. Lo ha diseñado con precisión quirúrgica porque es el más listo de los tres. No hay duda de eso.

El plan tiene que ser perfecto. No pueden cometer errores.

Ha pasado semanas documentándose, sin hacer otra cosa: ha analizado casos, ha entendido los puntos débiles del sistema. Descubrió que la clave no está en la ejecución, sino en la preparación. La mayoría cae por una torpeza mínima, como un descuido con la tecnología, un mensaje inoportuno, una búsqueda mal eliminada. Ellos no cometerán esos errores.

La máscara, la túnica y el modulador de voz ya están en su poder. Nada comprado por internet. Sería estúpido. Los encontró en una tienda de segunda mano, un lugar anodino donde nadie hace preguntas. No hay registros, no hay cámaras. Solo un billete arrugado entregado a un dependiente indiferente.

La furgoneta de su tío es perfecta, al igual que esa vieja cabaña abandonada donde un día lo acompañó. Nadie sospechará. Y con la ayuda de Álvaro, todo será más fácil.

Él no pondrá resistencia. Ambos saben lo que tienen que hacer.

Ha estado visitando la cabaña abandonada para prepararla. En una tarde dejó todas las ventanas tapiadas y se le ocurrió enroscar una bombilla nueva en el casquillo del exterior que se acciona desde dentro. Se sorprendió al descubrir que aún llegaba la luz. Es una buena herramienta para comunicarse con Álvaro en secreto, por si algo se tuerce dentro. La luz lo avisará y tomará medidas.

Pero la parte crucial es borrar cualquier rastro. No puede haber nada que los conecte. Ni búsquedas en su ordenador ni mensajes en los teléfonos. Nada. Por eso se encargará de las gestiones desde un locutorio en la playa de San Juan. Lo visitó hace unos días y comprobó que es perfecto: un antro descuidado, sin cámaras de seguridad, sin controles. Solo ruido de teclados viejos y un

dependiente más interesado en su móvil que en controlar quién entra y quién sale.

Obtiene el resto de la información desde la biblioteca municipal. Un lugar olvidado, con ordenadores antiguos que nadie usa. Se conecta, busca lo que necesita y se marcha. Sin dejar huella.

En cualquier caso, si las familias alertan a la policía, cosa poco probable —han sido cuidadosos con la cantidad del rescate, lo suficiente para que la paguen acorde con su nivel socioeconómico—, la vía de escape ya está definida. Se aborta el plan. Liberan a Álvaro y a Emma, y él dirá lo que han ensayado: que todo ha sido una broma. Que se les fue de las manos. Era una condición indispensable para que Irina aceptara.

Así de simple. Así de perfecto.

39

Álvaro se ajusta la capucha de la sudadera y observa la urbanización desde la distancia. La lluvia oscurece las farolas y crea charcos en el asfalto, pero nada de eso le importa. Su mente está en otra parte. En Irina. En su plan. En todo lo que tiene que hacer esa noche para asegurarse de que, si algo sale mal, haya alguien a quien culpar.

Ha hablado con Sonia esa mañana. Ha sido una conversación fugaz. Desapercibida para todos menos para ellos dos, que saben a qué aseos ir durante el cambio de clases.

—Está diluviando. Esta noche no podremos vernos en las rocas —le ha dicho Sonia.

Álvaro ha fingido crispación durante unos instantes y después ha abierto la boca, como si se le acabase de ocurrir la idea.

—Me comentaste que estos días tu padre regresa del trabajo con la furgoneta, ¿verdad?

Sonia ha asentido arqueando las cejas, como si le pareciese una buena idea.

—¿Crees que podrás conseguir las llaves? —le ha preguntado Álvaro.

—Sí. Siempre las deja en la entrada. Será fácil.

Todo había sido idea de Irina. A Álvaro le encanta que participe activamente. Eso significa que está convencida. Sus dudas lo

preocupaban al principio.

Irina sabía que Sonia y él se veían. Por eso Álvaro le dijo que tenía pensado dejarla, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo, porque si, por un casual, a Sonia le diera por contarle a Emma que tenían una aventura, eso quizá pondría en peligro su plan.

Irina le dijo que no la dejara, que siguiera quedando con Sonia como si nada, que podía serles de utilidad. No niega que le resulta algo incómodo, ya que está enamorado de Irina, pero hará lo que sea necesario para estar con ella.

La oportunidad que esperaban ha llegado hoy.

La furgoneta de David Velasco es del mismo modelo y color que la del tío de Ismael Reyes. Es una casualidad demasiado apetecible para dejarla pasar. Irina le sugirió a Álvaro que obtuviera ADN de Emma, los cabellos serían lo más fácil de conseguir, y que se las arreglara para quedar con Sonia en la furgoneta de David Velasco. La lluvia ha provisto esa opción. Dejar cabellos suyos y de Emma en esa furgoneta es un seguro de vida, un punto a su favor por si algo se tuerce. Aunque es solo por si acaso, no deberían tener que llegar a ese extremo.

Ahora camina con las manos en los bolsillos notando la horquilla con los cabellos de Emma. Los ha robado de su cuarto de baño esa misma tarde con la excusa de utilizar el aseo mientras veían una película en su habitación. Son su salvaguarda, un as bajo la manga. Le gusta que Irina piense en cada detalle, en cómo asegurar que, si las cosas se tuercen, David Velasco tenga que cargar con toda la culpa. Él nunca ha sido un padre atento. Si hay pruebas en su contra, la policía lo buscará a él primero. Lo interrogarán. Le

preguntarán por qué hay ADN de una de las chicas desaparecidas en su furgoneta. Es una jugada maestra.

Irina podría dejar a David en cualquier momento. Álvaro sabe que lo haría sin pestañear para estar con él. Pero entonces se quedarían sin dinero porque David y ella están casados en régimen de separación de bienes. Y necesitan dinero para huir a algún lugar donde nadie los juzgue por su diferencia de edad.

Sonia lo espera con las llaves en la mano. Está empapada, los rizos pegados al rostro y las mejillas enrojecidas por el frío. Le sonríe con ternura y Álvaro le devuelve la sonrisa por inercia. Lo único que le importa es lo que tiene que hacer dentro de esa furgoneta.

Por suerte, David aparca la furgoneta fuera de la urbanización. Por su altura, no la puede aparcar en su casa, las vigas del porche lo impiden, y los vecinos ya se han quejado varias veces de que se estacionen vehículos en la carretera comunitaria. Eso le viene de perlas, porque el lugar para aparcar más cercano está lo suficientemente lejos para que el guardia de seguridad no pueda verlos.

Suben, y Sonia se sacude la humedad de la chaqueta antes de sentarse en el suelo de la zona de carga de la furgoneta. Huele a cuero viejo y gasolina. Fuera, la lluvia golpea el techo metálico con un ritmo monótono.

—No te noto bien —susurra a Álvaro.

Se acerca a él y apoya la cabeza en su hombro. Él la envuelve con el brazo al tiempo que, con cuidado, desliza los dedos de la otra mano y deja caer varios cabellos. Todo tiene que parecer casual. Imperceptible.

Sonia levanta la mirada y lo observa fijamente.

—Álvaro…

Él se tensa. No le gusta el tono en el que ha pronunciado su nombre, como si estuviera a punto de hacerle una pregunta incómoda. Pero lo que dice después lo deja en blanco.

—Quiero que hagamos el amor.

El aire en la furgoneta se espesa. Sonia se muerde el labio, ansiosa, y él siente un nudo en el estómago. No se esperaba eso. No ahora. No ahí. Quiere decirle que no, que no es el momento. Pero Sonia lo besa con pasión antes de que él ponga excusas.

Aunque al principio duda, Álvaro se deja llevar al final. No puede arriesgarse a que sospeche. Su cuerpo responde con la misma precisión con la que ha ido ejecutando su plan.

Se quitan la ropa con torpeza. Sonia se coloca a horcajadas sobre él. Álvaro tiene experiencia, pero ella no. Es su primera vez. Y se nota.

La ayuda poniendo atención en los detalles. No desea que sea algo desagradable para ella. La trata con mimo y la guía cuidadosamente. Pero no es suficiente.

Sonia gime de dolor y se estremece sobre él. Cuando la sangre mancha el suelo de la furgoneta, algo dentro de Álvaro se remueve. Se queda quieto un momento con la mirada fija en la mancha oscura sobre el tapizado. La lluvia sigue golpeando el metal sobre sus cabezas.

Será solo una anécdota. Todo sigue según lo planeado.

Todo está bajo control.

O, al menos, eso quiere creer.

Sonia no se esperaba que doliera tanto. Había oído a otras chicas hablar de eso con indiferencia, como si no tuviera importancia, como si fuera algo que simplemente se hacía y ya. Pero para Sonia no ha sido así. No ha sido bonito ni especial. Ni siquiera placentero. Solo incómodo. Frío.

Se remueve en la cama; hasta el roce de las sábanas le molesta en la piel. Se ha dado una ducha en cuanto ha llegado a casa, pero aún se siente sucia. Todavía le arde por dentro, como un roce continuo que no desaparece.

Mira el techo sin pestañear. No ha sido como lo imaginaba.

En su cabeza, la primera vez iba a ser diferente. No esperaba una escena de película, ni velas ni palabras bonitas, pero tampoco eso. No esperaba el dolor, la incomodidad, el vacío que la invadió apenas Álvaro se subió los pantalones y le soltó que tenía que irse. Ni siquiera la miró cuando lo dijo.

Sin embargo, no se arrepiente. Desde hace días, lo nota distante, diferente. Ella no le da lo mismo que Emma, y no podía permitirse perderlo.

Así que lo ha hecho.

«Mejorará con el tiempo», se dice a sí misma.

Cierra los ojos e intenta convencerse de que ha valido la pena, de que mañana Álvaro estará igual de agradable y simpático que siempre.

Tarde o temprano, estarán juntos.

40

El viento sopla con fuerza entre las rocas del Cabo de las Huertas y arrastra consigo el olor del mar. El cielo está encapotado y el oleaje revienta contra la costa con una cadencia irregular, rompiendo el silencio con estallidos de espuma. Han pasado varios días desde que Álvaro y Sonia se vieron en la furgoneta. Desde entonces, la evita y mantiene la esperanza de que no le haya contado a Irina lo que pasó.

Álvaro tiene a su lado a Ismael, con los brazos cruzados y cara de impaciencia.

—¿Qué has traído? —pregunta Ismael.

Álvaro se saca del bolsillo unas braguitas de encaje. Ismael pone cara de circunstancia.

—¿No había algo más discreto? —inquiere arrugando la frente.

Álvaro se encoge de hombros.

—Tío, he tenido, literalmente, un minuto para buscar.

—Bueno, tendrá que servir. —Ismael coge las braguitas con la mano enguantada y las introduce en una bolsa de plástico—. De acuerdo. Ahora dame algo tuyo.

Por instinto, se toca el cuello en busca del collar con el diente de marfil que lleva desde que tiene memoria. El corazón le da un vuelco cuando no lo encuentra. El collar no está. Su mente retrocede,

repasa los últimos momentos en los que recuerda haberlo notado sobre la piel, pero Ismael le mete prisa.

—Da igual. Dame cualquier cosa. Algo que sepan que es tuyo.

Álvaro fuerza una respiración lenta y, a tirones, trata de quitarse de la muñeca la pulsera de cuero.

—Esto —dice con la mandíbula tensa—. Me la regaló mi madre. Ella la reconocerá.

El nudo está apretado y no consigue aflojarlo. Ismael, impaciente, saca una navaja del bolsillo y, sin esperar permiso, lo corta con un movimiento preciso. Luego la mete en la bolsa de plástico, con las braguitas de encaje de Emma, y guarda todo en su mochila.

—Bien. Ahora podemos seguir con el plan.

Álvaro asiente sin decir nada. Le tiemblan las piernas, pero no es por el frío.

Ismael Reyes se detiene en seco con la mano a escasos centímetros de la puerta del locutorio. Su corazón también se para. Sonia sale justo en ese momento, ajena a su presencia, con la mirada clavada en la pantalla del móvil. Apenas tarda unos segundos en desaparecer tras la esquina, pero a Ismael se le hacen eternos.

No lo ha visto. Pero ha faltado muy poco.

Respira hondo y echa un vistazo a su alrededor antes de entrar.

Aunque Sonia y él no son amigos, ella lo conoce del instituto y sabe que es amigo de Álvaro. Y si hubiera llegado a verlo allí, habría sido un gran contratiempo. Aprieta los dientes y sacude la cabeza. No lo ha visto. Eso es lo único que importa.

Se acerca al mostrador y pide un ordenador. El dependiente ni lo mira a la cara. Eso es bueno. Con todo, como no es tonto, ha tomado las medidas oportunas para que su aspecto sea diferente al habitual. Hoy no se ha peinado como siempre. Se ha engominado el pelo hacia atrás, se ha puesto unas lentillas de color y lleva unas grandes gafas de pasta con cristales sin graduar. «Eso bastará», ha pensado.

—Solo queda uno libre —dice el dependiente, y señala un ordenador con el salvapantallas emitiendo destellos coloridos—. Se acaba de liberar ahora. Los que están apagados no funcionan.

Ismael asiente y se da la vuelta. Ahora solo tiene que sentarse y hacer lo que ha ido a hacer después de conseguir un DNI en portales turbios de internet desde un ordenador de la biblioteca municipal. Ha estudiado las rutas de reparto y las horas estimadas de entrega. Sabe cuándo enviarlo para que llegue en el momento justo.

Piensa que debería pedir una parte mayor del dinero del rescate. Después de todo, es él quien se está encargando de todo.

Sonia camina de vuelta a casa con los brazos cruzados sobre el pecho. La tarde es fría, pero la ira le calienta la sangre. Avanza con paso rápido, sin importarle si pisa los charcos que reflejan la luz de las farolas. No puede dejar de pensar en lo que ha estado a punto de hacer.

Había llegado al locutorio con el corazón desbocado, las manos sudorosas y enrabietada por la actitud de Álvaro. Se había sentado en una de esas sillas incómodas, bajo la luz blanca y mortecina de

los fluorescentes, y había creado un perfil falso en Instagram. Un nombre cualquiera, una foto de perfil robada de internet. Luego había subido la imagen.

Ella y Álvaro besándose.

La misma foto que él insistió en que borrara. La misma que, por supuesto, no había borrado.

Solo tenía que hacer clic en «publicar» y todos la verían. Su novia la vería. Sus amigos la verían. Su mentira se desplomaría como una torre de naipes.

Pero no lo hizo.

En el último momento, los dedos se le quedaron suspendidos sobre el ratón. Una sensación extraña la invadió, como si su propio cuerpo se negara a seguir adelante. Cerró la ventana del navegador, abonó el tiempo consumido y salió del locutorio sin mirar atrás.

No sabe por qué dudó. Álvaro se lo merece, lleva días esquivándola. Ignora cuánto más será capaz de aguantar esa humillación sin hacer algo al respecto. ¿Cómo puede comportarse así después de acostarse con ella?

Álvaro no se saldrá con la suya.

41

Irina camina de un lado a otro del salón con la mandíbula apretada y las manos en los bolsillos de la bata. La espera se le hace insoportable. Cada minuto que pasa le provoca más dolor en el estómago.

Desde el comedor, las voces de Sonia y David atraviesan las paredes como cuchillos afilados.

—¡Eres un maldito egoísta! —grita Sonia.

—¿Y tú qué eres? ¡Una mocosa desagradecida que solo sabe dar problemas!

No suele meterse en las discusiones entre padre e hija, que cada vez son más frecuentes. Pero que sea hoy… Justo hoy…

En unas horas va a dar comienzo el plan que han elaborado para conseguir dinero y huir a Panamá. Tiene tan idealizado su futuro con Álvaro, lejos de esa casa donde los gritos retumban en las paredes, que no piensa en las repercusiones.

Cierra los ojos un instante. Ojalá se callaran. Solo esta noche. Solo unas horas más.

El golpe llega sin aviso. Un chasquido seco, brutal. Irina se queda rígida, con una mano en la boca. El silencio posterior es peor que la discusión. Un segundo después, Sonia sale como una exhalación de la cocina y echa a correr hacia la puerta.

—¡Sonia! —Irina la sigue hasta a la calle.

La chica no se detiene. Camina rápido con los hombros tensos y la cabeza baja.

—No te vayas —le pide Irina en un tono que intenta sonar firme pero se quiebra al final.

Sonia ni siquiera vuelve la cabeza.

Irina la observa alejarse. ¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que pasar eso hoy?

Cuando regresa, la casa está en penumbra. David ha subido a su despacho. Irina se deja caer en el sofá con un suspiro exasperado. Su enfado es real, no lo finge. En cierto modo, se alegra de que haya sucedido algo así. La actitud violenta de su marido solo refuerza su convicción de marcharse lejos. Muy lejos.

Aguarda en el salón fingiendo —en parte— consternación con David, quien se ha ido a dormir sin ningún tipo de arrepentimiento. Espera despierta durante horas, hasta que llegue el momento previsto. Ella cumplirá su parte. Álvaro, Emma e Ismael ya deben de estar en la cabaña. Cuando el reloj marca las tres de la madrugada, se pone de pie.

Sin hacer ruido, se coloca unos guantes finos de látex escondidos en su bolso, donde también están los sobres que Ismael ha preparado con esmero. Los toma y se asoma por la ventana de la cocina. La urbanización entera duerme. No hay rastro del guardia de seguridad. Es el momento.

No hay margen de error. Cada uno debe llegar a su destino sin levantar sospechas. Abre la puerta con cautela y sale. La brisa nocturna le azota el rostro, pero no logra aplacar su determinación.

Camina por la urbanización como un fantasma, esquivando las zonas iluminadas. Su respiración le parece demasiado fuerte, demasiado ruidosa.

Primero, la casa de los Sempere. Llega hasta la entrada y deja el sobre en el felpudo.

Un instante de pausa. Nada. Silencio absoluto.

Después, la casa de los Lago. El trayecto se le hace más largo de lo que debería. Se agacha y deja el sobre junto a la puerta.

Y entonces lo oye.

Un crujido.

Si la descubren, se meterá en un buen lío. Se queda inmóvil. Un segundo. Dos…

Otro ruido, esa vez más claro. Es alguien dentro de la casa.

Se le eriza el vello. Se incorpora de golpe y sale corriendo sin mirar atrás. Cada zancada le exige un esfuerzo sobrehumano, cada sombra en la calle parece acecharla. Solo cuando llega a su casa se permite soltar el aire retenido en los pulmones.

Está hecho.

Se apoya en la pared y suspira. Se le escapa una sonrisa maliciosa.

Ahora solo queda esperar.

Álvaro se inclina hacia Emma con una sonrisa despreocupada y desliza el índice por la pantalla de su teléfono. Lleva un par de horas con la misma estrategia: pedirle el móvil con cualquier excusa tonta, un vídeo viral, un juego, una foto graciosa. Su objetivo es simple. Agotar la batería. Y, como siempre, Emma no opone resistencia.

—¿Sabes que hay un tipo de avispa capaz de controlar a las cucarachas como si fuesen zombis? —pregunta él, y le muestra la pantalla como si de verdad le importara el dato.

Emma se acerca más a Álvaro y ríe. Su risa es suave, confiada.

—Tú y tus historias. ¡Enséñamelo!

—Lo haría, pero tu teléfono acaba de quedarse sin batería —dice Álvaro fingiendo contrariedad.

Se sientan en un banco de madera que hay en un acceso a la playa de la Almadraba. Va a suceder de un momento a otro. Detrás de ellos, un edificio de apartamentos alto se alza en completo silencio. Ni una luz encendida, ni un ruido que rompa la quietud. Emma se acurruca contra él. Recorre con los dedos el brazo de su novia con la misma naturalidad de siempre. Cariñosa. Entregada. La chica perfecta para su propósito.

—¿A qué estamos esperando? —pregunta ella con la voz algo soñolienta.

Álvaro no responde aún. Su pulso se mantiene firme. Ha seguido el plan al pie de la letra.

—Nada. Solo quería estar a solas contigo.

Emma suspira, satisfecha, y apoya la cabeza en su hombro. Él observa el reflejo de la luna sobre el agua, las sombras que danzan en la orilla. Controla los nervios de una manera sorprendente, a pesar de su edad. Sabe que dentro de poco todo cambiará.

Pronto habrá acabado todo y no tendrá que fingir nunca más.

Sonia camina sin rumbo. El pecho le arde, la ira se ha apoderado de ella. Todavía le retumban los oídos tras la bofetada. No puede

quitarse esa imagen de la cabeza. Está decidida a marcharse y no volver. Aunque no sabe muy bien adónde ir o qué hacer. La rabia es la que toma sus decisiones.

Ha apagado el móvil después de hablar con su amiga Ángela. No quiere escucharla, no quiere que le diga que se calme, que piense bien las cosas. Tampoco le apetece ir a su casa a que la consuele. Lo que quiere es estar sola.

Cuando levanta la vista, la brisa salobre le acaricia el rostro. Sus pasos la han dirigido a la playa de la Almadraba sin que apenas se dé cuenta, pero tampoco le importa. En ese momento recuerda las conversaciones con Álvaro, las veces que él mencionó que solía acudir ahí con su novia. Es irónico. Tantas palabras endulzadas con mentiras, tantos gestos que ahora duelen más de lo que deberían.

Decide adentrarse en la playa. Es tarde y no hay nadie por la calle. Justo lo que busca.

Entonces los ve.

Sentados en un banco de madera, lo suficientemente cerca para que la sangre le hierva aún más. Álvaro y Emma. Él le susurra algo al oído. Ella se ríe inclinándose hacia él como si el mundo entero no existiera más allá de esa conversación.

Sonia se aproxima despacio con el corazón latiéndole con fuerza. Cada paso bombea más fuerte, una pulsación de adrenalina que la empuja hacia delante. Se esconde tras un árbol.

Ha llegado el momento. Emma tiene que saber quién es realmente su novio. Lo que hace cuando ella no está. Sonia cree estar decidida, pero las dudas la acechan.

Da un paso más. Una rama cruje bajo su pie.

Álvaro y Emma se giran.

Y sus miradas se encuentran.

Emma se sobresalta al oír un ruido detrás de ella. Un chasquido, un crujido sordo sobre la grava. Se le eriza la piel. Se gira de golpe y la ve. Sonia Velasco. La chica a la que tuvo que dejar claro que, si volvía a mirar a Álvaro, se las vería con ella. Su expresión es extraña: rígida, oscura. Como si algo estuviera a punto de romperse en su interior.

Se levanta de inmediato.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sonia no responde. Entreabre la boca, pero no le sale ni una palabra. Parece atrapada en su propio silencio. Álvaro, aún sentado, levanta la mano y hace un gesto a Sonia con desprecio.

—Vete —le dice con frialdad—. Esto es privado.

Sonia pestañea. Algo cambia en su mirada. Da un paso al frente.

—¿Quieres saber cómo es tu novio realmente? —dice a Emma clavándole la mirada.

Emma arquea las cejas sorprendida. Está a punto de contestar cuando el ruido de un motor interrumpe la conversación.

Una furgoneta blanca ha aparecido de la nada.

Sus faros iluminan el suelo desigual. Se ha parado a escasos metros de ellos.

Emma siente que el tiempo se ralentiza. Nadie dice nada. Nadie se mueve. Alguien baja de la furgoneta. Lleva puesta una máscara de payaso y viste una túnica negra que se agita con la brisa. En la mano derecha, alza un objeto metálico. Abre la puerta corredera con un chirrido.

—Subid a la furgoneta. ¡Ahora!

La voz sale filtrada a través de un distorsionador o algo similar. Emma siente que el aire se le queda atrapado en los pulmones. Mira a Álvaro, esperando, rogando que haga algo. Pero él está paralizado.

El payaso da un paso adelante. Levanta aún más el objeto metálico. Un chasquido eléctrico estalla con un destello azul en la oscuridad.

Emma se encoge por reflejo. Álvaro reacciona al fin: la agarra de la muñeca y tira de ella hacia la furgoneta. Emma no se resiste, está aterrada y las piernas no le responden. Tropieza con la grava.

Sonia sigue ahí, en el mismo sitio, inmóvil.

El payaso avanza.

Emma nota la presión de los dedos de Álvaro cerrándose en su piel. Y luego, sin saber cómo, ya está dentro de la furgoneta.

Sonia da un paso atrás. Quiere echar a correr, pero se estremece al pensar que quizá reciba una descarga eléctrica tan brutal como la que acaba de ver.

Gira sobre sus talones despacio, esperando que el payaso se olvide de ella y poder huir. Pero eso no sucede.

El hombre avanza un par de pasos sin que Sonia atine a reaccionar y la apunta directamente con el táser. La agarra del brazo y se da la vuelta para guiarla al interior de la furgoneta.

Entonces Sonia, por instinto, da un tirón al collar que lleva puesto, el que tiene un corazón dorado que le regaló Irina. Se lo arranca y lo lanza al suelo. Tal vez sirva de algo. Tal vez no. Pero es lo único que se le ha ocurrido.

42

La puerta de la cabaña se cierra y se oye el sonido metálico de un candado.

Álvaro contiene el aliento mientras los pasos del hombre de la máscara de payaso se alejan. Solo él sabe que es Ismael. Luego, el silencio. Un silencio que se asienta entre los tres chicos sin que nadie se atreva a romperlo.

Emma y Sonia permanecen inmóviles con los ojos muy abiertos en la penumbra y la respiración contenida, atrapadas en el miedo. El aire de la cabaña está cargado de humedad y olor a madera podrida. Álvaro, sin embargo, no está asustado, aunque finja estarlo. Está furioso. Eso no debería estar pasando. El plan no era ese.

Se suponía que solo él y Emma estarían ahí, que sus familias pagarían y el supuesto secuestro acabaría en cuestión de horas. Pero Sonia apareció de la nada y lo arruinó todo. O tal vez no. Tal vez eso sea una oportunidad. Tres rehenes significan más pasta. Más presión. Más posibilidades. Sabe que el padre de Sonia tiene dinero; mucho, de hecho. No le supondría un problema pagar el rescate.

El tiempo se dilata. Una hora, quizá más. Nadie habla. Álvaro se apoya en la pared, se cruza de brazos y finge calma.

—Todo saldrá bien —dice de pronto con una voz que pretende sonar firme—. La policía vendrá a rescatarnos.

Emma, hasta ahora en silencio, se gira hacia Sonia. En la tenue luz que se filtra por las rendijas de la madera, cuesta descifrar su expresión.

—¿Qué ibas a decir en la playa? —pregunta en voz baja pero incisiva.

Sonia no responde. Mira al suelo y mueve las manos en su regazo.

—Dímelo —insiste Emma, un poco más alto esta vez.

Álvaro interviene.

—Eso no nos va a servir de nada ahora. Centrémonos en salir de aquí —sugiere.

Pero, de pronto, Sonia levanta la cabeza y escupe las palabras como si le quemaran la boca:

—Llevo semanas viéndome con Álvaro. Me acosté con él.

Los tres se quedan callados. Sus palabras han golpeado donde más duele.

Emma parpadea, aturdida. Luego su expresión cambia. Su cuerpo entero parece en tensión antes de abalanzarse sobre Sonia.

La cabaña se llena de ruido: gritos, forcejeos, el sonido sordo de puños impactando en carne. Álvaro trata de separarlas con la dificultad añadida de la penumbra, pero es tarde. Sonia tropieza, se tambalea hacia atrás y, de repente, un porrazo seco resuena en la madera. Se ha golpeado la cabeza contra la pared justo al caer.

—¡Sonia! —grita Álvaro, y corre hacia ella.

Emma no le permite llegar.

Ha estallado en cólera. Se lanza sobre él, le propina manotazos a diestro y siniestro. Álvaro retrocede. La cabaña está muy oscura y no ve el desnivel de una lámina de madera que le hace perder el equilibrio. También se golpea la cabeza al caer.

Oye el sonido del impacto retumbar en la cabaña.
Y luego, la oscuridad.

43

Emma está sentada en el suelo con las piernas dobladas y los brazos alrededor de las rodillas. Su rostro, bañado por la tenue luz que se filtra a través de las rendijas de la cabaña, está cubierto de arañazos y manchas de sangre reseca. Un reguero oscuro le baja desde la frente hasta la barbilla. Sus ojos, grandes y asustados, miran al vacío, atrapados en un pensamiento del que no puede escapar.

A su lado, Álvaro se mueve y suelta un gemido ahogado antes de incorporarse con dificultad. Ha estado inconsciente durante diez minutos. Suficientes para que Emma haya comprendido lo que ha hecho. Ha matado a Sonia. No era su intención. No quería hacerlo. Solo quería descargar su rabia, empujarla, hacerla callar. Pero la ha matado. Y ahora no puede negarlo.

Álvaro parpadea, aturdido. Se lleva una mano a la frente, como si intentara ordenar sus pensamientos, y entonces la mira.

—¡Emma! ¿Estás bien?

Su voz le llega distorsionada, como si viniera de un lugar lejano. Palabras sin forma que rebotan en su mente. No puede responder. Ni siquiera lo intenta.

Él sigue la mirada de Emma, y su expresión cambia al ver el cuerpo inerte de Sonia. Se aproxima con cautela, le toca la muñeca,

la sacude un poco. Pero no hay reacción. Emma sabe que no la habrá.

Álvaro se aparta de golpe, como si algo le hubiera picado, y se lleva las manos a la cabeza.

—No… No puede ser…

Pero lo es.

Alterado, busca desesperadamente con la mirada algo, cualquier cosa. Se acerca a la ventana y forcejea con el marco, lo empuja con las manos desnudas. Luego se gira, echa un vistazo a la habitación hasta que encuentra un interruptor. Lo acciona, pero no se enciende ninguna luz.

—Mierda… —susurra.

Emma lo observa en silencio mientras él aporrea la madera. La desesperación de Álvaro es tangible, como la suya propia. Pero ella no puede moverse. No puede hacer nada. Solo quedarse ahí temblando, con la certeza de que su mundo se ha desmoronado.

Irina está sentada en el sofá del salón con las piernas cruzadas y la mirada fija en David. No ha dormido nada durante la noche. Piensa que le ha venido bien que Sonia se marchase ayer. Así puede justificar que sus ojeras y su mal aspecto son fruto de la preocupación.

Sabe lo que tiene que hacer. Ha estado pensando en ese momento durante mucho tiempo. Debe actuar con normalidad, y eso implica que ahora ha de sugerir a David que llame a la policía porque Sonia no ha vuelto a casa. No es tonta. No duda que su marido se opondrá.

Es muy consciente de sus negocios turbios y tiene claro que él no querrá, bajo ningún concepto, estar en el punto de mira.

—¿Vas a quedarte ahí de pie, David? —le pregunta. Sabe cómo desquiciarlo. Se le da bien.

Su marido no responde. Se lleva la mano al pecho y tarda en reaccionar.

Irina se levanta, se le acerca y lo agarra por la camisa.

—¡Tienes que hacer algo! Es tu hija, por el amor de Dios —exclama buscando que sus palabras suenen sinceras.

—¿Y qué demonios quieres que haga? ¡Ya sabes cómo es! Vendrá tarde o temprano y se encerrará en su cuarto, como siempre.

Irina lo mira de soslayo. Ha llegado el momento de hacerlo enfurecer. Le será de gran ayuda porque acaparará todas las miradas si esa situación continúa tensándose.

—Todo esto es culpa tuya —afirma.

—¡Cállate! No sabes lo que dices —gruñe David, y se aleja de ella.

—Voy a llamar a la policía. Estamos perdiendo el tiempo —advierte Irina.

David no contesta. Se vuelve y, con pasos firmes, pasa por su lado sin dirigirle la mirada. Agarra el teléfono de su mujer, que reposa sobre la mesa de centro, y lo estrella contra el suelo. La pantalla estalla en mil pedazos.

Irina ha conseguido justo lo que quería.

Ismael camina por los pasillos del instituto con la mochila colgada, la cabeza alta y los gestos medidos. Como cualquier otro día. Es lo que debe hacer. Lo único que importa ahora es que nadie sospeche.

A su alrededor, los demás estudiantes parlotean, ríen, se quejan de los exámenes y los profesores. Un día más en la rutina de todos. Solo que él sabe que nada es normal. No para él.

En cuanto tenga el dinero, se largará. Esa idea lo mantiene en pie, lo obliga a controlar la respiración, a evitar que la presión lo asfixie. No hay vuelta atrás.

El paquete debería llegar esa mañana. La última pieza del plan. Después de eso, solo queda esperar.

Entra en el aula justo cuando suena el timbre. Se desliza hasta su asiento sin llamar la atención, deja caer la mochila junto a la mesa y finge buscar algo en su estuche. Solo entonces permite que su mirada se desplace lentamente hacia la silla de Álvaro.

Vacía.

La imagen le recuerda la realidad en la que se halla inmerso.

Irina y David han acudido a casa de la familia Sempere a preguntar por Sonia. Primero acudió ella sola, con la intención de husmear y conocer de primera mano los movimientos de Jorge Sempere y Marta Ríos. Irina se ha mostrado atónita cuando la madre de Álvaro ha sacado la nota. Ha abierto los ojos justo en el momento preciso, ha contenido la respiración un segundo antes de llevarse la mano a la boca. Después, ha llorado. Lágrimas limpias, bien dosificadas, lo justo para que su angustia pareciera genuina.

Ha sido fácil. No por falta de miedo, que lo tiene, sino porque lleva toda la vida fingiendo. Sabe canalizar las emociones, transformarlas en una ventaja, utilizarlas como un disfraz. No es la primera vez que

actúa de ese modo y, si sigue haciéndolo bien, nadie sospechará. Eso es lo único que importa ahora.

El verdadero problema es la policía.

Marta Ríos lo ha mencionado casi como un susurro, en ese tono de confabulación que solo usan las madres desesperadas. Daniela Vidal ha decidido avisar a la policía, y un inspector de incógnito está ahora en su casa. Quiere hablar con todos ellos por separado.

Irina asiente con fingida solidaridad mientras, por dentro, su mundo se desmorona. Eso es lo que quería saber cuando decidió acudir a casa de Álvaro a preguntar por Sonia. Esperaba encontrar evasivas que confirmasen que el plan marchaba según lo previsto. Pero el tiro le ha salido por la culata.

Marta sigue hablando, pero Irina ya no la escucha. Sus pensamientos se centran ahora en la supervivencia. Tiene que abortar el plan. No hay otra opción. Eso es lo acordado.

Saldrá de la urbanización con cualquier excusa y dará la orden para que todo se detenga.

Pero surge un problema.

—Creo que vosotros también deberíais ir a ver a ese inspector y contarle lo de Sonia. No tengo claro que esté al tanto —sugiere Marta con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto —responde Irina.

Y en su interior, el pánico crece aplastándola.

Ismael todavía siente cómo le tiemblan las piernas. El miedo lo ha atenazado al ver que, en mitad de la clase, el director del instituto apareció y le pidió que lo acompañase.

Una agente de policía quería hablar con él. Esas palabras lo paralizaron.

El interrogatorio fue el peor momento de su vida. Se obligó a mantener la calma, a medir cada palabra, a no mostrar ni una grieta en su historia. Patricia Siles, la inspectora que lo interrogó, tenía esa mirada dura y escrutadora de quien está acostumbrado a detectar mentiras. Pero él lo hizo bien. No tiene la menor duda.

Respondió con la mezcla perfecta de preocupación y desconcierto, sin sobreactuar. Incluso insinuó lo que llevaba semanas preparando: Álvaro es imprevisible. A veces desaparece sin que nadie sepa muy bien dónde está. Ni siquiera él, su amigo, lo entiende del todo.

No cree que la inspectora sospeche de él. No tiene por qué hacerlo.

Ahora solo queda esperar la confirmación de Irina. Acordaron cancelar todo si se involucraba a la policía. En cuanto reciba la confirmación, acudirá a la cabaña y liberará a Álvaro, Emma y Sonia. Pero la verdad es que no quiere que eso acabe todavía. Sabe que se merece el dinero.

Hasta entonces, ha decidido aprovechar el tiempo. Necesita respuestas y por eso ha decidido seguir a Ángela, la amiga de Sonia.

Le intriga. Sonia no debería haber estado allí anoche. No formaba parte del plan. Y, sin embargo, apareció. No tuvo más remedio que llevársela también. Pero ¿y si Sonia le contó a alguien adónde iba? ¿A una amiga? ¿A un desconocido? El riesgo es demasiado grande.

Necesita saber si Sonia habló antes de desaparecer. Si hay algún cabo suelto. Comprobó que su teléfono estaba apagado antes de dirigirse a la cabaña. Se lo pidió, al igual que a Emma y a Álvaro.

Pero no es suficiente. Debe asegurarse de que no ha cometido un error.

44

Irina se apoya en la pared y exhala un suspiro apenas audible. Ha funcionado.

David, con su actitud chulesca y su fanfarronería desbocada, ha hecho exactamente lo que ella esperaba: parecer un imbécil engreído, el foco de todas las sospechas. Cuanto más hablaba, más furioso se ponía, e Irina ha sabido qué palabras elegir para avivar su rabia. Lo tiene justo donde lo quiere, vulnerable, a su merced.

Pero entonces ha entrado él.

El inspector Somoza es otro tipo de hombre. No se deja llevar por apariencias ni por arrebatos. Desde el momento en que sus ojos la han recorrido con calma calculada, Irina ha sentido su acecho. No puede permitirse errores. Se ha quedado petrificada mientras él los interrogaba, su voz pausada, implacable, cada pregunta clavándose como un bisturí afilado. Ha sido meticuloso. Demasiado. Es preciso que Irina acabe con esto antes de que sea demasiado tarde.

Ismael no debe de saber aún que la policía ya trabaja en el caso. Irina tiene que avisarle cuanto antes, decirle que libere a los chicos, que haga que todo parezca una broma de mal gusto. Ya encontrará otra manera de reconducir su vida, pero este no es el camino.

Pensaba que podría encontrar cualquier excusa para salir de allí y dar el aviso, y entonces el paquete ha llegado. Ya casi ni lo

recordaba cuando llamaron a la puerta de la casa de la familia Lago.

La caja, colocada en el centro de la mesa, parecía inofensiva. Hasta que Gabriel Somoza la ha abierto. Hasta que todos han leído la nota. Hasta que los padres de Álvaro y Emma han estallado en gritos, lágrimas y horror cuando han visto las pertenencias de sus hijos. Hasta que el mundo, por un instante, se ha detenido en seco.

Se le ha encogido el alma.

Por primera vez en mucho tiempo, se ha sentido estúpida. Y culpable. Ver a esos padres romperse en pedazos la ha hecho estremecer. Ha querido apartar la mirada, pero no ha podido. No es un simple plan, no es una escapatoria astuta de una vida miserable. Es real y despiadado. Y ella está en el centro de todo por voluntad propia.

La cabaña huele ahora a humedad y muerte. La madera cruje por el viento y soporta el peso de un cadáver que aún no se han atrevido a mover. Sonia está ahí, suspendida entre la sombra y el recuerdo, y Álvaro siente que su presencia lo atraviesa como una daga en busca de su dolor.

Emma no ha dicho una palabra desde lo ocurrido. Permanece en una esquina, con las piernas dobladas contra el pecho; se aferra las rodillas con los brazos tan fuerte que parece querer desaparecer dentro de sí misma. Su cara está en penumbra, pero Álvaro percibe que tiembla. No sabe si es por miedo o por el odio que le guarda. No la culpa por ninguna de las dos cosas.

La espera se vuelve insoportable. Ismael debería estar ahí ya. Él sabría qué hacer, podría arreglar eso. Pero el plan se ha

desmoronado, arrastrándolos con él. No hay forma de salir indemnes, no mientras el cuerpo de Sonia siga sobre la madera como un testigo mudo de lo que han hecho. Nadie va a creer que era una broma.

—Emma… —La voz de Álvaro irrumpe en la quietud asfixiante como un grito ahogado. Ella no responde, pero él sigue hablando—. Nadie tiene por qué saber que fuiste tú. Podemos decir que fue el hombre de la máscara de payaso.

El temblor de Emma se detiene en seco. Sus ojos se distinguen como dos puntos brillantes en la oscuridad. Parpadea un par de veces como si intentara convencerse de que ha oído bien.

—¿De verdad harías eso por mí? —Su voz es apenas un susurro.

Álvaro asiente, sin dudar.

—Te lo debo —confirma—. Después de todo lo que he hecho.

Irina no controla el llanto cuando su marido cuelga el teléfono tras decirle que no ha encontrado nada. La desesperación la sacude por dentro. La impotencia la ahoga. Empieza a estar preocupada por Sonia y reza para que no esté implicada en el secuestro. Sea como sea, tiene que protegerse. Necesita salir y avisar a Ismael para que ponga fin a esa locura.

Ayer tuvo que quedarse en casa de la familia Lago cuando Jorge Sempere y David decidieron ir a buscar a los chicos. Pensó que era lo adecuado. Prefirió estar allí, rodeada de la angustia que ella misma había provocado, a estar sola en su hogar y levantar sospechas. Además, así se enteraría de primera mano de cómo avanza la investigación, y tendría más posibilidades de salir airosa.

Ahora, un agente de paisano está registrando la habitación de Sonia. Según le ha dicho su marido, está a punto de llegar a casa. Una idea empieza a tomar forma en su mente, una que podría funcionar.

A través de la ventana, ve al inspector Somoza barrer las aceras comunes de la urbanización. Se le ocurrió contarle que su marido había agredido a Sonia antes de que ella se fuera, pero decidió que hacerlo podría parecer oportunista y prefiere pasar desapercibida. La idea que empieza a tomar forma en su mente es perfecta. Mucho mejor.

Mueve bruscamente una silla en la cocina y confía en que el sonido atraiga la atención del agente de incógnito.

Oye unos pasos que se acercan.

—¿Necesita algo, señora? —pregunta el agente que se ha identificado como Fernando Quereda.

—Estoy bien, gracias. ¿Puede abrir un poco la ventana de la cocina? Me he mareado.

Sin preguntar, el agente la abre de par en par. Gabriel alza la mirada desde la distancia en cuanto percibe movimiento dentro de la casa. Justo lo que Irina quería.

—¿Un poco de agua? —ofrece el policía, que ya le sirve un vaso de la jarra que hay en la encimera.

Irina asiente, todavía tambaleándose como si estuviera a punto de caer.

El coche de su marido aparece de repente por la carretera y se detiene bruscamente en el porche delantero del chalet.

Irina se incorpora con cautela sujetándose a la mesa y se dirige hacia la puerta para recibir a su esposo.

David despacha al agente de paisano con malas maneras y se queda a solas con Irina.

Ella regresa a la cocina. Es el momento.

—Voy a hablar con ese inspector, le contaré que pegaste a Sonia antes de que se fuera. Tiene que saberlo.

David monta en cólera.

Primero un grito.

«Perfecto», piensa Irina.

Después, un cenicero haciéndose añicos contra la pared.

Por último, un bofetón.

No podría haber salido mejor. Con la ventana abierta, Gabriel Somoza lo ha oído todo. Irina ya tiene una excusa para salir de casa.

Ismael detiene la furgoneta en un tramo apartado de la calle, a cierta distancia del parque donde debe revisar si Irina le ha dejado algún mensaje. Apaga el motor y observa a través del parabrisas.

No hay nadie que le llame la atención. Solo padres que empujan carritos, jubilados con perros y un par de adolescentes absortos en su teléfono móvil. Respira hondo mientras se asegura de que no lo miran y se cubre con la capucha de la sudadera. Cada precaución cuenta. Lleva puestas unas mallas de deporte y unas zapatillas gastadas, la indumentaria de cualquiera que hace ejercicio. No es su caso, pero piensa que nadie se fija en los corredores, y eso le viene bien.

Baja de la furgoneta y empieza a trotar a un ritmo moderado, intenta que su paso no sea ni demasiado rápido ni demasiado lento. Nada sospechoso. Un tipo sudando en la tarde fresca, como tantos

otros. No corre directamente hacia el punto de encuentro, sino que traza un par de vueltas amplias alrededor del parque, alargando el momento. Debe asegurarse de que nadie va detrás de él, algo que tendría que haber hecho cuando siguió a Ángela; no cayó en la cuenta. Solo entonces, cuando se ha cerciorado, se acerca al banco.

Se sienta en el borde del respaldo, extiende una pierna para estirarla y se inclina hacia delante. Desde esa posición, sus ojos se fijan en la lámina de madera rota, en el agujero perfecto de su superficie. Un escondite improvisado que ha resultado ser una genialidad. Se le ocurrió a él, claro.

Álvaro le contó que Irina suele visitar a una amiga llamada Nuria que vive cerca de ese parque y que pasean juntas al perro de esta última mientras charlan y se relajan. Tener ubicado un lugar donde dejar una nota sin levantar sospechas fue una idea brillante.

Finge revisar la suela de su zapatilla mientras desliza la mano en el hueco. Es profundo. Sus dedos rozan el papel. Un pequeño rectángulo doblado con precisión, como si estuviera esperando a ser encontrado. Se le acelera el pulso. Lo extrae con naturalidad dentro del puño y sigue estirando la pierna al tiempo que disimula la tensión en su cuerpo.

No pierde ni un segundo. Se pone en pie, sacude las piernas y retoma el trote hasta la furgoneta. Solo cuando está dentro, con la puerta cerrada y el seguro echado, despliega el papel con el corazón desbocado.

La letra es firme pero apresurada, escrita con prisa:

La policía investiga el caso. Cancelamos el plan. Ponlos en libertad ya.

Se siente frustrado. La oportunidad de dejar atrás su miserable vida acaba de desvanecerse.

45

Álvaro considera sus opciones. Ahora que Sonia está muerta, todo se ha complicado. Desearía poder retroceder y encontrar una forma de estar con Irina. Sabe que se ha precipitado, pero ya no hay vuelta atrás. Debe actuar como un hombre y solucionar el problema.

Lo primero es convencer a Emma de que él no tiene nada que ver con el secuestro. Cuando Ismael vea la maldita luz y se digne entrar en la cabaña se encontrará con el cuerpo de Sonia. Ya no pueden cancelarlo, ya no pueden explicar que todo era una broma y esperar que, así, las consecuencias sean menores.

Le dice a Emma que intentará someter al secuestrador cuando entre. Su novia no está convencida y le recrimina que los va a poner en peligro. A Álvaro no le importa lo que piense. Si le ve caer desplomado por una descarga eléctrica, no sospechará de él. Además, será algo que luego contará a los agentes de policía cuando investiguen el asesinato de Sonia. Está decidido. Lo va a hacer, cueste lo que cueste.

Ismael llega a la cabaña disfrazado de payaso. Nada más entrar, se queda inmóvil delante del cadáver de Sonia, como si le costara creer lo que ve.

—Ayúdame a sacarla —ordena a Álvaro con su voz distorsionada a través de la máscara.

Álvaro no se mueve, finge dudar mientras controla su respiración. Está actuando. Cuando Ismael hace sonar el táser, decide que es suficiente y se levanta para ayudarle a mover el cuerpo.

Una vez fuera y lo bastante alejados, Ismael se quita la máscara y Álvaro percibe el pánico evidente en su mirada. Quiere hablar, pero las palabras no le salen. Álvaro le pone una mano temblorosa en el hombro. También él tiene miedo, aunque intente disimularlo. Ismael se agacha y apoya los brazos en las rodillas. El pecho le sube y le baja a toda velocidad.

—Ha sido un accidente —informa Álvaro—. Tenía una aventura con Sonia. Emma no lo sabía. Cuando llegamos a la cabaña, Sonia se lo soltó y Emma se volvió loca. Se pelearon. Sonia perdió el equilibrio. Cayó mal y se partió el cuello contra la pared.

Ismael se incorpora de golpe. Se lleva las manos a las sienes como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar.

—¡Madre mía, Álvaro! ¿Y ahora qué? Vengo del parque, Irina me ha dejado una nota en el banco que acordamos. Quiere que abortemos el plan. Las familias han avisado a la policía.

Álvaro niega con la cabeza.

—Eso es imposible ahora.

—¿Por qué estaba Sonia con vosotros cuando llegué con la furgoneta? —pregunta Ismael con la voz acelerada.

—No lo sé. Acababa de aparecer de la nada. Mala suerte, supongo.

Ismael intenta calmarse respirando hondo. Pasan varios minutos en los que solo se oye su respiración jadeante. Finalmente se recompone.

—Tienes razón. No podemos poner fin a esto ahora. No sin el dinero. La muerte de Sonia lo cambia todo. Tendríamos un problema grande. ¿Emma sigue sin saber nada?

—Eso creo. Pero para asegurarme quiero que me des una descarga con el táser y que ella lo vea —pide Álvaro.

A Ismael le cambia la cara.

—¿Estás loco? ¿Tienes idea de lo que duele?

—¿Puedes regularlo para bajar la intensidad? —pregunta Álvaro.

—No, tío. Me lo trajo un amigo de Andorra. No lo he usado nunca. Solo tiene un botón y sirve para activarlo.

—Asumo el riesgo —dice Álvaro—. Debe parecer un secuestro de verdad. Pero no tenemos tiempo, así que ayúdame a pensar qué demonios hacemos ahora.

Ismael se muerde los labios y se masajea la frente con los dedos. Mantiene el silencio durante unos segundos.

—De acuerdo. Creo que tengo una idea que puede funcionar. Ayúdame a subir a Sonia a la furgoneta.

Ismael se aferra al volante con fuerza mientras la furgoneta avanza por la carretera desierta. Hace apenas unos minutos, sus manos hacían algo diferente, algo que jamás pensó que harían. Cargaban con el peso muerto de una chica inocente para empujarla al interior de un contenedor oxidado en una calle desierta que nadie vigila.

Ha elegido bien. No hay cámaras, no hay testigos. Solo el crujido de la basura al tragársela, como si nunca hubiera existido.

Inhala hondo y exhala despacio. Debería sentirse aliviado, pero el hedor residual en la furgoneta, una mezcla de muerte y de los

productos de jardinería de su tío, le provoca náuseas.

Ha hecho lo necesario, se justifica; aun así, todavía tiene el pulso acelerado. La rabia persiste, se acumula bajo su piel como un veneno lento. Álvaro. Ese maldito imbécil lo ha metido en un lío del que no hay forma de salir.

Acelera, y siente cómo la vibración del motor le sacude las piernas. El táser está en el asiento del copiloto. Al mirarlo, una parte de él está satisfecha, como si aún pudiera saborear el control. Ha disfrutado con cada espasmo que recorrió a Álvaro de la frente a los pies. Se lo merecía. Todo eso es culpa de él. Si no le gustase tanto ir de flor en flor, Sonia seguiría viva.

Pero luego, como una ráfaga, recuerda lo que hizo en la cabaña. Recuerda el momento en que sacó el táser, el chasquido de la electricidad, el cuerpo de Álvaro sacudiéndose como un pez fuera del agua. Y ahora, con la cabeza más fría, la comprensión le golpea en el estómago. El idiota es él, Ismael. ¿Por qué demonios lo hizo? Era justo lo que su amigo quería. Álvaro lo empujó hasta ahí, hasta el borde, hasta que cayó en la trampa. Ahora es él quien parece el culpable de la muerte de Sonia.

«Mierda», piensa.

La furgoneta bascula violentamente al tomar una curva cerrada. Las manos le sudan en torno el volante. No puede confiar en nadie. Nadie lo sacará de ese lío.

Está solo.

46

Irina recibe la llamada a primera hora de la mañana. La requieren en comisaría. Su marido está en el punto de mira, y eso, en teoría, debería ser bueno para ella. Lo ha arrastrado con maestría al centro del huracán, justo donde le corresponde estar. Lo mejor que puede hacer es dejarlo hundirse solo. David siempre ha sido perfectamente capaz de cavar su propia tumba.

Pero cuando llega a la comisaría y ve la nube de reporteros, con sus cámaras y micrófonos extendidos como garras, acechándola, se da cuenta de que eso es más grande de lo que pensaba. La luz de los flashes aparece, los percibe como un golpe de realidad.

Oye su nombre salir de la boca de una periodista, en la misma frase con los de David y Sonia. Siente la presión de muchos ojos clavados en ella, el escrutinio público, el juicio anticipado que la atraviesa. ¿Será capaz de salir de esta?

Un agente la guía hasta la entrada. Irina no pregunta nada. No quiere saber nada ahí, rodeada de esa manada de buitres. Mantiene la cabeza alta y avanza con la seguridad que ha fingido durante años. Pero su estómago es otra historia. Algo dentro de ella se retuerce como si sus tripas se encogieran en un nudo.

El inspector Gabriel Somoza la espera en su despacho.

Y entonces, como una descarga eléctrica, descubre la tragedia.

—Anoche recibimos una llamada de una planta de residuos. Encontraron el cadáver de una adolescente. Hemos hecho las comprobaciones de ADN pertinentes con las muestras tomadas en su casa y hemos confirmado que se trata de Sonia —informa el inspector.

El aire se le escapa de los pulmones como si la hubieran golpeado en el abdomen.

Algo en su interior se rompe con un chasquido sordo.

No tiene que fingir dolor. En ese momento, no hay espacio para el engaño, solo para la cruda verdad. Las manos le tiemblan sobre la mesa. Siente frío, un frío que le nace en la boca del estómago y se extiende por todo su cuerpo paralizándola.

Sonia está muerta. La frase resuena en su mente como si su propia conciencia intentase torturarla.

El inspector sigue hablando, pero Irina apenas lo oye. Las palabras se desvanecen en el aire.

Sonia está muerta. Y es por su culpa.

No hay manera de escapar de eso.

Ismael tiene ganas de volver a accionar el táser cuando mira a Álvaro a través de la máscara. Debe mantener la sangre fría y actuar con inteligencia.

En cuanto consigue lo que ha ido a buscar, la foto de Álvaro y Emma con el periódico del día, abandona la cabaña. No tiene intención de volver allí salvo para liberarlos. Y lo hará solo para ganar tiempo. Cree que cuando los encuentren tardarán un tiempo

en ponerse a buscar. Para entonces ya tendrá el dinero que no piensa compartir y estará lejos. Muy lejos.

Después de todo, puede salir ganando.

Irina espera en el salón, nerviosa; hasta el aire parece cargado de tensión. Gabriel Somoza está en camino. Otra vez. La situación no puede ir a peor.

Su mente se ha alejado del secuestro, ya que la muerte de Sonia la ha dejado completamente descolocada. Sin embargo, su instinto de supervivencia se mantiene fuerte.

Siente remordimiento por todo lo ocurrido y, con un suspiro, se deja caer en el sofá. Pasa las manos por los cojines, los alisa de forma casi automática, hasta que sus dedos tropiezan con algo duro. Se extraña y hunde la mano entre los pliegues de la tela. Saca un collar con la suavidad de quien no quiere descubrir lo que ya sabe.

La invade el pánico. Lo reconoce al instante, como si el propio objeto le gritara la verdad. Es el collar de Álvaro. Y no debería estar ahí. Se le caería durante alguno de sus encuentros pasionales en ese mismo sofá.

Se le escapa el aire en un jadeo ahogado, como si la sorpresa la hubiera golpeado en el estómago. Sostiene el collar entre los dedos mientras intenta decidir a toda prisa qué hacer con él. Es una prueba, no puede ignorarlo.

Tiene que hacer algo, y rápido.

Se pone de pie con un movimiento brusco. Se le ha ocurrido un buen lugar donde dejarlo.

Sonia guardaba sus cosas importantes en una caja de recuerdos en su habitación, un lugar donde a nadie le sorprendería encontrar un objeto de cierto valor sentimental como ese. Un lugar donde sí tendría sentido que estuviera.

Irina sube la escalera con el corazón acelerado. Le sudan las manos, como si cada segundo la acercara más al abismo. Entra en la habitación de su hijastra. Todo está igual que siempre. Parece que el tiempo se ha congelado allí. Cruza la estancia, deja el collar en la caja y la cierra con una mezcla de alivio y miedo.

Apenas tiene tiempo de recuperar la compostura cuando, como un mal presagio, suena el timbre.

Respira hondo y baja a abrir.

Gabriel Somoza está en la puerta acompañado de una mujer y otro agente con rostro impasible. Irina les da paso con fingida indiferencia mientras su mente corre por mil caminos distintos imaginando los peores escenarios posibles.

El nuevo registro de la casa parece durar una vida entera. Cuando finalmente terminan, Gabriel se acerca, como si ya conociera la verdad y no pudiera esperar más.

—¿Sabe si Álvaro y Sonia se veían aquí? —indaga.

Irina se encoge de hombros, se dice que debe ser astuta en su respuesta.

—Que yo sepa, no. Pero muchas veces no había nadie en casa. Si aprovecharon esos momentos, lo ignoro. Lo siento.

Se queda helada. Ha mentido con maestría, pero su cuerpo insiste en traicionarla y la hace sudar.

Un temblor le sacude las piernas. El miedo la recorre desde el interior. No porque Álvaro se viera allí con Sonia, sino porque iba a

verse con ella.

El mismo lugar que fue un paraíso con Álvaro como principal artífice de su placer es ahora un infierno.

47

Irina está sentada en el sofá del salón de la familia Lago con la espalda rígida y las manos entrelazadas en el regazo. Pidió que le permitieran quedarse allí porque no se sentía bien para estar sola. La verdad es que su intención era estar al tanto de cómo avanza la investigación. No entiende por qué Ismael no ha liberado aún a Álvaro y Emma. Está desesperada y necesita que eso termine.

Arriba, Daniela duerme. Exhausta, vencida por el dolor y la desesperación. Irina la envidia. Ella no ha podido cerrar los ojos sin que el rostro de Sonia aparezca en su mente, sin que el temor de lo desconocido la consuma.

El sonido de voces desde la cocina la obliga a concentrarse. Gabriel Somoza interroga a Miguel Lago. No puede verlos desde su posición, pero cada palabra que sale de la boca de Miguel es una sorpresa diferente.

Lo oye confesar su mala situación financiera. No podrá pagar. No habría podido en ningún caso.

Quizá, si Álvaro e Ismael siguen pensando que conseguir dinero es posible y por eso no han acabado aún con este desastre, eso los ahuyente.

Sabe lo que tiene que hacer. Debe volver al parque. Debe dejar otra nota e informar de la situación de Miguel Lago. Tal vez Ismael

vuelva a buscar más mensajes. Tal vez entienda que su plan ya no tiene mucho recorrido. Tal vez sea la única forma de resultar indemne. El problema es salir de allí sin levantar sospechas.

Miguel ha terminado de hablar con Gabriel Somoza y entra en el salón. Irina capta su expresión. Está preocupado por lo que ella haya podido escuchar. La relación de Miguel con Marta Ríos la trae sin cuidado, ni siquiera la ha sorprendido. Aunque parece ser lo que más preocupa a Miguel.

Entonces oye pasos en la escalera, pero Miguel no se ha enterado y continúa hablando más de la cuenta.

Es la oportunidad que Irina esperaba.

Agarra su bolso y murmura una excusa. Antes de que Daniela pueda hacer preguntas, ya está cruzando la puerta de salida.

Ismael no deja cabos sueltos. Es una cuestión de principios. Por eso ha vuelto al parque, aunque su trabajo allí ya terminó. Nadie sospecharía de un adolescente que simplemente se toma su tiempo para estirar las piernas después de hacer un poco de ejercicio. La normalidad es el mejor disfraz.

Encuentra una nueva nota en el lugar acordado. Apenas tiene que agacharse para cogerla del banco de madera junto a los setos. Cuando se ha alejado lo suficiente, la lee.

Un contratiempo. La familia Lago está arruinada. Ismael suelta un resoplido. Le hace gracia que Irina crea que siguen juntos en esto. Es casi entrañable.

No piensa compartir nada. Está decidido a quedarse con todo el dinero. Si la familia de Emma no tiene opciones de pagar, no perderá

el tiempo con ellos y se centrará en los Sempere. Un inconveniente menor, nada que no pueda manejar.

Desde el principio, tenía claro que la clave estaba en los detalles. Por eso localizó a Carmela antes de poner en marcha su plan. La asistenta de los Sempere, discreta y leal. Un arma perfecta para hacer llegar la información a la persona adecuada sin que nadie más lo sepa.

Ahora solo queda esperar. Ha dejado la última nota en el felpudo de Carmela, instrucciones claras, directas. Si todo sigue su curso, pronto no tendrá que preocuparse por nada. Excepto por desaparecer.

TERCERA PARTE

48

La comisaría está en plena ebullición. El murmullo de las conversaciones se entremezcla con el repiqueteo incesante de los teclados y el zumbido de los teléfonos.

Ajeno a lo que ocurre a su alrededor, Gabriel Somoza avanza por el pasillo sorteando a oficiales y agentes que lo observan con expresiones que van desde la sorpresa hasta la exasperación.

Traer a Álvaro, Emma e Irina detenidos ha desatado el caos. Los medios de comunicación no han tardado en olfatear la sangre y han comenzado a especular sobre las razones de su arresto. En solo una hora, la prensa ha lanzado decenas de teorías distintas. En los despachos, los altos mandos se debaten entre la necesidad de controlar la información y la urgencia de cerrar el caso.

El comisario Urriaga no oculta su enfado. Ha llamado a Gabriel a su despacho apenas unos minutos después de que los detenidos cruzaran la puerta de la comisaría rodeados por una nube de cámaras y micrófonos.

—Tienes que cerrar esto de una maldita vez, Somoza —gruñe, y golpea el escritorio con la palma abierta—. David Velasco está en prisión. Dime que no la hemos cagado.

—Hay varios motivos por los que ese hombre debe estar en prisión. Pero el secuestro y asesinato de su hija no es uno de ellos.

—¿Y ahora qué? —increpa Urriaga.

—Deme un par de horas —pide Gabriel—. Tendré una confesión.

El comisario clava la mirada en él y le indica con un gesto que se marche.

Gabriel regresa a la sala de interrogatorios, donde Patricia lo espera con Irina sentada al otro lado de la mesa. Debido a la naturaleza del caso, la ha informado de que debe estar presente un abogado. Irina ha dicho que no conocía a ninguno y, dado que no quería recurrir al mismo que su marido, ha solicitado un letrado de oficio. Ahora está allí también. Un hombre joven y menudo que parece haber terminado la carrera hace un par de meses.

Irina mantiene los brazos cruzados, la mandíbula tensa y la mirada helada.

—No sé de qué va todo esto —dice pestañeando con rapidez—. ¿Me lo puede explicar?

Gabriel se sienta con parsimonia sin dejar de observarla. Cruza los brazos y se apoya en el respaldo.

—Buenos días, Irina. Antes de comenzar, le informo de que esta conversación va a ser grabada y hago constar que su abogado, el señor… —Levanta una mano hacia el letrado.

—Hernando.

—El señor Hernando —continúa Gabriel— está presente.

Irina agita levemente la cabeza como esperando que el inspector Somoza continúe.

—Usted tiene una relación con Álvaro Sempere —afirma Gabriel de repente.

Irina pone cara de asombro. Reacciona como si acabara de oír una patraña.

—Pero ¿qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

Gabriel Somoza descruza los brazos, apoya las palmas en la mesa y se inclina hacia delante.

—Bien, no voy a perder tiempo con esto. Patricia, por favor —dice señalando a su compañera la caja que sostiene entre las manos.

La inspectora Siles se acerca y la pone en la mesa. Gabriel saca de la caja una bolsa de pruebas en la que hay una camiseta negra.

—Es de Álvaro —dice, y deja caer la bolsa en la mesa—. Está llena de pelos de gato. De su gato, Irina. No me hace falta tomarle una muestra para saberlo. Eso indica que Álvaro ha estado en su casa.

Irina se ríe. Es la primera vez que Gabriel la ve hacerlo.

—Esto es absurdo. ¡Pues claro que ha estado en mi casa! ¡Se veía con Sonia! —exclama.

—Es cierto. Sin embargo, él ha negado rotundamente haber estado en su casa para encontrarse con Sonia. Ha manifestado una y otra vez que nunca ha estado allí —añade Gabriel.

Irina niega con la cabeza. Dirige la mano hacia la bolsa de pruebas, pero Gabriel la retira bruscamente.

—Estará confundido. Ha sufrido mucho —sugiere Irina.

Gabriel introduce de nuevo la mano en la caja. En esta ocasión extrae un sobre de pruebas con un collar.

—¿Y cómo explica usted que el collar de Álvaro que encontré en la habitación de Sonia tuviese su ADN?

Irina se queda mirando el collar.

—¿Mi ADN? —pregunta señalándose el pecho.

Gabriel asiente.

El abogado posa los ojos en Irina.

—Mi cliente no va a responder a más preguntas por ahora.

Gabriel busca la mirada de Patricia y le sonríe.

—Me lo imaginaba. Entonces seré yo quien hable. Resulta que Jorge Sempere recibió una nota que alguien había dejado a su asistenta en el felpudo de su apartamento. En la nota se explicaba la manera de pagar el rescate de Álvaro, junto con una foto de Álvaro y Emma. Lo curioso es que Miguel Lago, el padre de Emma, no la recibió. Y eso no tiene mucho sentido, ya que su hija también estaba retenida. Es como si el secuestrador supiera que Miguel Lago no podría pagar, aunque quisiera, porque está arruinado.

Gabriel aprieta los labios. Espera que Irina diga algo, pero se mantiene el silencio.

—Usted, Irina, era la única persona que sabía que Miguel Lago se ha quedado sin dinero. Estaba en el salón y lo oyó cuando lo interrogué. De hecho, fue una trampa que le puse. Me pareció muy raro que quisiera ir a casa de la familia Lago con la excusa de no estar sola, cuando su hijastra había muerto y su marido estaba detenido como sospechoso principal. Usted mordió el anzuelo. Y le comunicó a Ismael Reyes de alguna manera que la familia Lago no pagaría.

El rostro de Irina cambia cuando oye el nombre de Ismael. Gabriel quería justo eso. Lo estaba esperando.

—Ah, sí. ¿No lo había dicho? —pregunta Gabriel con ironía—. Hemos detenido a Ismael Reyes en Córdoba. Llevaba una bolsa llena de dinero, y en la furgoneta de su tío hemos encontrado ADN de Álvaro, Emma y Sonia, además de otra prueba que demuestra que el cuerpo sin vida de Sonia se transportó en ese vehículo.

Irina se echa las manos a la cabeza. Tiene el rostro totalmente rojo.

—No le voy a mentir —continúa Gabriel—. Lo tiene crudo para salir de esta, Irina. Las pruebas en contra de Ismael son contundentes. Será cuestión de tiempo que nos cuente su implicación y la de Álvaro en todo esto. Yo que usted, pondría fin a esta historia.

El silencio se alarga durante un minuto interminable sin que nadie se atreva a decir nada. Gabriel se levanta mirando a Patricia y ambos se giran. Cuando se disponen a abandonar la sala, Irina rompe el silencio.

—Espere —dice con un hilo de voz.

Gabriel se vuelve hacia ella y ve que ha cerrado los ojos. Cuando los abre, su mirada ha cambiado. Ahora es la de alguien que ha comprendido que el juego ha terminado.

—Tiene razón —confiesa—. Pero yo no tuve nada que ver con la muerte de Sonia.

El inspector sigue observándola, aunque Irina agacha la cabeza.

—Lo sé. Pero lo que hizo le costó la vida. Y ahora tiene que pagar las consecuencias —sentencia Gabriel.

Patricia Siles se apoya en el respaldo de su silla y observa a Emma Lago con una mezcla de frustración y lástima. La chica, con el rostro húmedo de lágrimas, apenas puede sostenerle la mirada. La confesión ha salido de sus labios como un torrente, sin que Patricia tuviera que presionarla demasiado, como si hubiera estado a punto de romperse desde el momento en que se sentó frente a ella.

Dado que aún es menor de edad, su madre la acompaña en la sala de interrogatorios. Daniela aprieta los labios con tanta fuerza

que parece que vayan a sangrarle. Sus pupilas van de su hija a Patricia como si aún esperara que alguien le dijera que todo eso es un malentendido. Pero no lo es. Las palabras han quedado grabadas. La confesión de Emma es irrevocable.

Patricia cierra la libreta con calma, intenta que su voz suene neutra. Sin emociones. Porque no está ahí para sentir. Está ahí para hacer su trabajo.

—Vamos a parar aquí, por ahora —anuncia, y desliza la mirada hacia Daniela—. Si necesita un momento con su hija…

La madre de Emma se limita a asentir con un cabeceo.

Patricia se levanta con calma. Sabe que lo mejor es darles espacio, pero mientras camina hacia la puerta la confesión de Emma se repite en su mente en bucle.

Esa chica ha destrozado su vida en cuestión de segundos. Una sola decisión. Un solo acto, y todo se ha derrumbado a su alrededor.

Patricia ha visto eso antes. Jóvenes que cometen errores porque creen que no tienen otra opción. Porque el miedo, la presión o la desesperación los han llevado a una encrucijada donde ninguna salida es buena. ¿Se habrá visto forzada Emma a hacerlo? Tal vez no en el sentido estricto de la palabra. Pero había algo en la manera en que la chica hablaba, en cómo se encogía cada vez que repetía los detalles, que le hacía pensar que, de algún modo, la habían empujado a ello.

Respira hondo. No es su trabajo decidirlo. Ella no redacta las leyes. No puede permitirse ese lujo.

Se ajusta la chaqueta y abandona la sala sin volver la vista.

Álvaro Sempere está en el calabozo. Un agujero gris y sin alma donde solo una bombilla parpadeante ilumina la celda, proyectando sombras que parecen burlarse de él.

No era así como se suponía que iba a terminar todo.

Le han dicho que, por ser mayor de edad, lo juzgarán como un adulto. La frase le retumba en la cabeza como un golpe seco.

Adulto. Como si de repente le hubieran arrancado cualquier posibilidad de redención. Como si la vida le estuviera gritando que ha cruzado una línea de la que no hay vuelta atrás.

Le ha salido mal la jugada. Pero lo peor, lo que le revuelve el estómago y le destroza el alma, es que Irina también está detenida.

Su Irina. Su único punto de apoyo en este desastre.

El sueño de escapar juntos, de dejar atrás todo esto, de empezar una vida lejos de las miradas inquisidoras y los entrometidos que pudieran juzgarlos… se ha esfumado. Solo queda la cruda realidad de las paredes sucias de la celda, del hedor rancio de la desesperación.

Un ruido en el pasillo lo saca de su trance. Pasos. Voces. Unas llaves que tintinean.

Se endereza de golpe, la espalda rígida, el corazón encajado en la garganta.

Un agente de policía acompaña a Ismael a su celda.

Seguirán siendo compañeros, después de todo.

49

El sol baña el jardín con una calidez agradable. Gabriel sostiene su taza de café con ambas manos y deja que el vapor le acaricie el rostro. La brisa marina se cuela entre las hojas de los arbustos. Desde su silla, observa el horizonte: el mar en calma, las rocas perfiladas en la distancia y, más allá, el recuerdo de todo lo sucedido durante las últimas semanas.

Han pasado dos meses desde la detención de Irina, Álvaro, Ismael y Emma. Dos meses en los que los titulares han cambiado, en los que los vecinos de la urbanización Jardines del Edén han intentado, sin éxito, borrar la mancha que quedó en su historia.

Nadie volverá a mirar ese lugar de la misma manera. Nadie quiere recordar lo que ocurrió entre esas casas de lujo con fachadas impecables.

Emma Lago, con solo diecisiete años, recibió una condena reducida: cinco años en un centro de menores. Cuando cumpla dieciocho pasará al régimen de libertad vigilada. Hubo atenuantes, claro. Pero ni siquiera la indulgencia del juez pudo cambiar el hecho de que Sonia Velasco está muerta. Ella se llevó el peor castigo sin merecerlo.

El padre de Sonia, David Velasco, continúa en la cárcel cumpliendo una condena por tráfico de drogas. Tres años que, según ha sabido

Gabriel, se le están haciendo eternos. Se ha metido en problemas. Peleas constantes, faltas de respeto a los trabajadores. No saldrá indemne de allí. Aunque, al final, nada podrá castigarlo más que la pérdida de su hija. En cierto modo, a pesar de su actitud y su historial, Gabriel siente lástima por él.

Irina se enfrenta también a una larga pena de prisión, al igual que Álvaro e Ismael, todos ellos acusados de secuestro. Según se comenta en círculos especializados, es posible que el juez tenga en cuenta que, tanto Álvaro como Ismael, apenas eran adultos cuando cruzaron la línea. Cuando tomaron decisiones irreversibles. Sin embargo, ellos sí irán a la cárcel y no a un centro de menores como Emma.

Gabriel toma otro sorbo de café y se reclina en la silla. El mar sigue ahí, indiferente a todo. Sus casos terminan, pero el mundo sigue girando. Es algo que descubrió hace ya tiempo.

El crujido de la puerta trasera de la casa interrumpe sus pensamientos. Patricia aparece con una taza de café en una mano. Llega con Azabache, el gato negro, sujeto en el otro brazo. Se deja caer en la silla frente a Gabriel con un suspiro.

Desde que su matrimonio terminó, Gabriel le permite vivir en su casa de la Coveta Fumá hasta que encuentre algo decente, aunque han pasado semanas y su compañera no ha ido a ver ningún piso.

Patricia esboza una sonrisa breve, pero sus ojos dicen otra cosa. No es difícil notar su tristeza cada vez que regresa de encontrarse con sus hijos. Lo hace tres veces por semana. Gabriel no saca el tema; no le conviene que las penas salgan a relucir.

—Tienes que arreglar la ventana de mi habitación —dice Patricia sin mirarlo—. Sigue sin cerrar bien.

Gabriel esboza una media sonrisa y sacude la cabeza.

—Voy a empezar a cobrarte el alquiler —murmura fingiendo fastidio.

Azabache se enrosca en el regazo de Patricia y ella le rasca la cabeza distraídamente mientras posa las pupilas en Gabriel.

El mar sigue ahí, la brisa continúa soplando. Y al cruzar una mirada, ambos piensan que la soledad que arrastran termina en ese jardín.

Agradecimientos

Escribir una novela es un proceso muy bonito en el que uno aprende a medida que avanza y siempre descubre cosas nuevas que le sorprenden.

Sería imposible lograr un resultado tan bueno en este libro sin la colaboración del equipo que me rodea.

En primer lugar, quiero dar las gracias a Toni Hill, mi editor, por sus acertadas sugerencias, que ayudaron a perfeccionar esta trama y a crear una historia consistente. De igual manera, agradezco a Marta Araquistain su disponibilidad y amable atención a lo largo de todo el proceso, así como a Marién Rovalo y a Anna Adell por su atenta y dedicada corrección de estilo. No quiero olvidar tampoco al resto de los departamentos que han contribuido a la publicación y lanzamiento de esta novela. Sin vuestra ayuda, el resultado no sería tan bueno como el actual.

También quiero agradecer a todos mis compañeros del Hospital General Universitario Dr. Balmis de Alicante su apoyo constante e incondicional desde mi primer libro. Gracias por leerme, por aguantarme, por apoyarme, por recomendarme y por acompañarme en este camino tan bonito dentro de la literatura.

Por supuesto, deseo reiterar mi agradecimiento a Ángel Ruiz, jefe del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional de Mallorca, por

resolver todas mis dudas y aportar datos que han dotado al argumento de una mayor solidez y verosimilitud.

Por último, como siempre, a mis tres chicas, Aída, Lucía y Lara, por existir y hacer que mi vida tenga sentido.

Cualquier error en el manuscrito es solo mío.

LA NOCHE DE LA TORMENTA

La Trilogía de la Noche continúa con
La noche de la tormenta. Aquí tienes un avance:

Prólogo

Marzo de 2014

La lluvia cae en cortinas densas azotándole el rostro mientras ella camina deprisa por las calles resbaladizas de La Nucía. El estuche del violín le pesa en la mano derecha, y cada paso le resulta más difícil que el anterior. El viento arrastra por el asfalto restos de hojas mojadas y papeles que se le pegan a los tobillos.

Tiene frío. Más del que admite. La sudadera que lleva puesta apenas la protege, y cada gota que cala en su ropa parece pesarle directamente en el alma. Hace meses que las cosas no van bien, desde que todo se rompió, y cada noche como esta —gris, vacía, infinita— se siente un poco más perdida.

Oye algo. Un crujido entre los árboles. Se vuelve de golpe, asustada.

Nada. Solo son las tenues luces de las farolas distorsionadas por el aguacero.

No hay nadie en la calle; sin embargo, tiene miedo. Por algún motivo, piensa que alguien la persigue. Pero eso no es lo único que teme. También tiene miedo de sí misma.

Aprieta el paso. Sabe que, para llegar a casa, tendrá que cruzar los caminos de las afueras, senderos embarrados que serpentean

entre campos olvidados y viviendas aisladas. Durante el día es diferente, pero de noche, con la tormenta, parecen rutas salidas de una pesadilla.

Siente otra vez esa presión en la nuca. Esa certeza inexplicable de que alguien la sigue, invisible, escondido justo fuera de su campo de visión. Traga saliva. Tal vez sea su imaginación. O tal vez no.

La tormenta arrecia, y cada relámpago ilumina el mundo de forma breve y fantasmagórica. En uno de esos destellos, distingue la entrada al sendero que lleva a su casa. Se detiene, jadeante, con el estuche del violín resbalándole de la mano.

Frente a ella, el camino desaparece en una oscuridad que ni siquiera los relámpagos logran disipar. Una oscuridad absoluta.

Titubea. Algo en su interior le susurra que dé media vuelta, que no cruce. Pero el siguiente trueno la empuja hacia delante.

«Tal vez —piensa mientras da el primer paso—, tal vez sea lo último que haga».

1

Marzo de 2021

Gabriel Somoza deja caer la mochila junto a la puerta de su casa y se pasa la mano por el rostro. Nota la fatiga del largo viaje. Fuera, la tarde se deshace en un cielo nublado sobre la Coveta Fumá y el petricor, arrastrado por el viento, se cuela en el pequeño salón.

Cierra la puerta con un leve chasquido y se queda quieto unos segundos mientras respira hondo. El silencio de su hogar lo envuelve. Patricia no está. Seguramente, su jornada se ha alargado o habrá ido a ver a sus hijos. Sigue viviendo con él; ya ni se molesta en buscar piso. Lo cierto es que hay una conexión entre ambos que lo hace sentir bien. Con ella puede comentar casos y hablar del trabajo, y además cuenta con su punto de vista, el cual tiene siempre muy en cuenta.

Hasta ahora prefería una vida solitaria, disfrutar del silencio de su casa junto al mar con la única compañía del rumor de las olas y de Azabache, su gato negro. Su compañera lo ha cambiado todo, ahora siente que la soledad no es el camino, que su sonrisa ocupa ciertos vacíos que necesitaba llenar.

La vida del inspector ha cambiado. Ha aceptado que su mujer y su hija no volverán. No es fácil aceptar algo así. Es solo una

consecuencia del paso del tiempo. La muerte es irreversible, y el dolor que deja, también. Solo queda aprender a vivir con él, y parece que ha encontrado la forma de hacerlo más llevadero: centrarse en su oficio, sin descanso.

Acaba de volver de Chicago, donde ha estado tres semanas trabajando codo con codo con Kevin Laguardia, el detective cuya fama de implacable ha cruzado fronteras. Y no podría haber encontrado un refugio mejor. La intensidad, la presión, el ritmo frenético…, todo ha sido exactamente lo que Gabriel necesitaba. Cada caso, cada pista, cada minuto empleado en la investigación le han recordado que todavía es capaz de rendir, que aún puede mantenerse a flote y ser útil.

Fue el propio Gabriel quien solicitó unirse al plan de colaboración internacional. El nuevo comisario, Alfonso Muñiz, se mostró reticente al principio, pero aceptó por la insistencia de su subordinado. Todo es diferente desde que Urriaga se jubiló. Los cambios empiezan a notarse y, en general, no son bien recibidos, aunque eso es algo que a Gabriel le trae sin cuidado.

Se quita la chaqueta y la deja en una silla. Luego camina hasta la cocina, donde el eco de sus propios pasos lo acompaña. Se sirve un vaso de agua, lo bebe de un trago y vuelve al salón, frente a la ventana abierta hacia el mar encrespado.

Sin pensarlo demasiado, conecta su teléfono a la barra de sonido y pulsa la tecla. Hacía mucho tiempo que no escuchaba música. Durante años, cada nota le resultó insoportable, como si el entretenimiento fuese algo que no le estuviera permitido. Pero Laguardia, con su costumbre de trabajar acompañado de viejas

canciones, le ha recordado que quizá la música no tiene la culpa de nada.

La voz de Nina Simone llena la estancia, grave y desgarradora. «Sinnerman» empieza a sonar; el ritmo creciente cataliza la motivación de Gabriel. Cierra los ojos un instante y se deja envolver por esa energía, por esa urgencia que parece hablarle directamente.

Sobre la mesa baja, una pila de libros espera: manuales de técnicas de interrogatorio, tratados de criminología, estudios de comportamiento criminal. Los abre uno tras otro, subraya párrafos, toma notas. Lleva horas, días, semanas obsesionado con la perfección. Con convertirse en un profesional extraordinario.

Tiene claro que quiere ser el mejor y se prepara para ello. No lo hace por la gloria, no lo hace por la fama. Lo hace porque ha entendido que ese es su único propósito en la vida.

Le viene a la memoria una imagen suya procrastinando un domingo cualquiera en la cama mientras su hija le tiraba de la camiseta para que se levantara. El recuerdo le produce dolor y, por eso, lo mantiene en su mente el menor tiempo posible. Ya no es ese hombre. No lo volverá a ser jamás. Ni se quedará dormitando en la cama ni su hija le tirará de la camiseta.

Cuando el sol empieza a deslizarse detrás del horizonte y tiñe de tonos anaranjados su barrio adormecido, Gabriel Somoza se calza unas zapatillas viejas y sale de casa. Se obliga a caminar al menos media hora al día. Es una norma que se impuso hace meses, desde que su vida empezó a girar exclusivamente en torno a libros, informes y anotaciones dispersas.

No hace deporte, ya no. No encuentra el tiempo ni la motivación. Pero caminar, aunque sea solo media hora, lo ayuda a no oxidarse

del todo. Le recuerda que aún existe algo más allá de las páginas que subraya de madrugada.

La Coveta Fumá sigue siendo un lugar tranquilo. Casas bajas, jardines recortados, calles en las que el tiempo parece haberse detenido. Sus vecinos lo respetan. Saben que no es un hombre de conversaciones amables ni de sonrisas vacías. Entienden —o al menos aceptan— que rehúye las interacciones humanas salvo cuando son estrictamente necesarias.

Camina en silencio por el sendero que desciende hasta la playa. El aire huele a salitre y a tierra húmeda, arrastrando los últimos restos del invierno. El sonido del mar, grave y rítmico, se cuela en sus pensamientos y lo acompaña.

Todo parece estar igual que siempre, pero cuando pisa la arena fría y suelta sus ojos se fijan de inmediato en una figura que avanza en su dirección. Un hombre de estatura media, joven. No le resulta familiar. Si fuese algún vecino del barrio, le sonaría, al menos. Los conoce a todos, aunque algunos se dejen ver poco. Esa persona, sea quien sea, no vive en la Coveta Fumá.

La forma en que camina —rápido, decidido, la mirada fija— lo pone en alerta. No es casualidad. No es un paseo despreocupado. Parece dirigirse directamente hacia él. Transporta algo en la mano derecha, una especie de maletín que agarra con la mano enfundada en un guante de cuero.

Gabriel se detiene unos segundos y lo observa con disimulo. El viento le echa el pelo hacia atrás y lo obliga a entornar los ojos. El instinto que tantas veces lo ha salvado en su trabajo le musita al oído un susurro incómodo.

Algo no encaja.

Mientras avanza un paso más hacia la orilla se pregunta quién será ese desconocido. Y qué es exactamente lo que quiere de él.

Bruno Porta camina hacia Gabriel Somoza con su habitual seguridad. Irradia una confianza que parece inquebrantable. No hay obstáculo que lo frene. No duda, no vacila: está decidido a hacer lo que ha ido a hacer, y nada ni nadie logrará detenerlo. Está preparado.

Tal como se ve en las fotos, Gabriel es un hombre apagado, casi desdibujado. Un gris palpable lo envuelve como un manto de tristeza que se percibe incluso a varios metros de distancia. Sus ojos, marcados por unos párpados caídos, reflejan con claridad esa carga que arrastra de su pasado. Bruno lo sabe bien. Pocas cosas escapan a su conocimiento.

Salvo una. La que lo ha llevado hasta la Coveta Fumá.

—Hola —saluda cuando se detiene a escasos metros del inspector Somoza.

—Hola —responde Gabriel arrugando la frente mientras una expresión incierta se adueña de su rostro.

Bruno observa la posición de su mano. Es un instinto típico de los polis. Absurdo, sí, porque por mucho que doble el brazo hacia atrás y oriente la palma no encontrará un arma. Gabriel Somoza no es el tipo de policía que sale a dar un paseo por la playa con la pistola encajada en el pantalón. De ser así, Bruno no habría ido a buscarlo.

—Me llamo Bruno. Bruno Porta. He venido para hablar con usted sobre algo que podría interesarle —anuncia clavando los ojos en él.

Gabriel gira la cabeza y echa un vistazo por encima de su propio hombro. Bruno lo observa con atención; sabe que el inspector

analiza su único punto ciego, incapaz de relajarse en terreno abierto. Sabe que es meticuloso, receloso, tenso. Es, sencillamente, el hombre ideal para su cometido.

Somoza no responde de inmediato. Su mirada fija denota una desconfianza instintiva, una resistencia que, sin embargo, no descarta del todo ese encuentro.

—¿Quiere que vaya directo al grano? —inquiere Bruno.

—Lo agradecería —responde Gabriel en un tono áspero, aunque sin hostilidad abierta.

Bruno se permite una sonrisa casi imperceptible. Cualquier otra persona le habría preguntado cómo lo había encontrado, pero Gabriel no. Quizá porque ya está acostumbrado a ser un rostro conocido gracias a la prensa y a sus hazañas. Bruno apenas ha necesitado tres segundos para confirmar que ese hombre le gusta.

—¿Le suena el nombre de Katerzyna Nowak? —lanza, seguro de la reacción que provocará.

Los ojos de Gabriel se abren apenas un poco más. Un leve destello de interés parpadea en su mirada.

Ladea la cabeza. La desconfianza sigue siendo palpable.

—Sí, claro —contesta—. Kasia Nowak. Desaparecida en La Nucía hace siete años, en 2014.

Bruno asiente apretando los labios. De no ser porque podría malinterpretarse, habría sonreído ante la seguridad cortante que destilan las palabras de Gabriel.

—Yo la conocía, inspector Somoza. Íbamos juntos al instituto cuando desapareció. Sé que usted no llevó el caso. No formaba parte del Grupo de Homicidios por aquel entonces —dice dando un paso al frente—. Pero también estoy seguro de que sabe que no se

hizo una buena investigación —sentencia modulando la voz, y arquea las cejas.

Gabriel se lleva una mano a la barbilla. El sonido de las olas al romper contra las rocas llena el silencio que se abre entre ellos, cargado de tensión.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunta al fin sin apartar la vista.

—Que me ayude a encontrarla.

El inspector hace una mueca, como si la petición le resultara amarga.

—¿Por qué no me ha buscado en comisaría? ¿Por qué abordarme aquí, tan cerca de mi casa? Es un poco violento —se queja, y lanza a Bruno una mirada de reproche.

—Lo sé. Y lo siento. Pero no tengo en mucha estima a sus compañeros, inspector. No es algo personal, es solo que la investigación sobre Kasia fue… lamentable, siendo generoso. Siempre ha existido la posibilidad de que alguien metiera la pata… o encubriera algo. Prefiero hablar con usted en privado. Tal vez peque de maniático, pero no me fío.

—Una conversación en mi despacho también habría sido privada —replica Gabriel con escepticismo.

—Las paredes oyen. Aquí no hay ninguna —dice Bruno conforme abre los brazos para señalar la inmensidad de la playa desierta.

Gabriel deja escapar un suspiro y se rasca la nuca visiblemente incómodo.

—He repasado ese caso. Varias veces, de hecho. No voy a entrar a valorar, con un desconocido a quien no le compete juzgarlo, el trabajo que hicieron mis compañeros —afirma en tono serio—. Sin

embargo, ha pasado mucho tiempo y gran parte de las pruebas encontradas se filtraron a la prensa, con lo que voy a tener la deferencia, porque es amigo de Kasia, según dice, de advertirle que ese caso está cerrado.

Bruno se queda callado. Unos segundos de silencio.

—Parece que el novio que Kasia conoció por internet nunca visitó España, y ella no salió del país. Al menos, no por medios de transporte que se pudieran controlar —continúa Gabriel—. Si se marchó, debió de hacerlo utilizando una identidad falsa, lo que sería muy raro —aclara, y carraspea antes de continuar—. Luego está la nota de suicidio… Estoy de acuerdo en que, si realmente se hubiera suicidado, lo normal habría sido que su cuerpo hubiera aparecido. Pero era su letra. Lo siento, lo más probable es que esté muerta.

—Lo sé —admite Bruno con serenidad—. No he venido a pedirle que me ayude a encontrarla con vida. Me basta con encontrarla, y que quien le hizo daño pague las consecuencias.

Gabriel guarda silencio, pensativo. Experto en leer a las personas, Bruno percibe la lucha interna que libra el inspector: quiere aceptar, le interesan ese tipo de casos, pero algo lo retiene. Quizá el modo en que le ha llegado la información. Sin duda ha sido poco convencional.

—Supongo que, por la manera en que habla, me ha investigado —dice finalmente con una ceja arqueada—. Así que sabrá que ahora tenemos otro comisario.

Bruno asiente con un gesto sobrio.

—Por mucho que me gustase la idea de reabrir el caso —añade Gabriel—, no podría convencer al comisario sin una nueva prueba. Así que, si me permite, querría continuar con mi paseo. Que le vaya

bien —sentencia esquivando a Bruno para reiniciar de nuevo la marcha.

Bruno, ahora sí, sonríe. Una sonrisa breve, pero cargada de intención.

—¿Y si le dijera que tengo algo que podría hacerle cambiar de opinión? —propone con un brillo casi desafiante en los ojos.

Gabriel se gira y fija la mirada en Bruno sin perder ese gesto cansado que parece parte de su piel.

—Le diría que me lo enseñara, claro —responde cruzándose de brazos.

Bruno levanta el maletín que lleva en la mano, a modo de trofeo.

—Es el violín de Kasia —anuncia—. Lo encontré en una tienda de artículos usados hace unos días.

Gabriel alza la vista de inmediato. Sus pupilas se mueven, intensas, entre Bruno y el maletín que alza en un intento de desentrañar la verdad solo con observarlo.

—¿Cómo puede estar seguro de que es el suyo?

Bruno lo mira directamente a los ojos, decidido.

—Por la marca de la voluta. Fue culpa mía, así que lo recuerdo muy bien.

El silencio que sigue está cargado de significado, como si el propio viento y el olor salobre del mar que arrastra con él se detuvieran a escuchar.

Una mujer permanece sentada en una vieja silla de mimbre. Inmóvil, parece que el más leve movimiento pudiera hacerla desmoronarse. El vestido que lleva, de un color indefinido y apagado, le cae sobre

el cuerpo huesudo como un sudario. Hace días que apenas prueba bocado. La culpa le ha carcomido el apetito, le ha devorado las ganas de dormir, de hablar, de existir.

Sus manos, delgadas como ramas secas, descansan temblorosas en su regazo. El dolor es constante, un lastre silencioso que recorre cada rincón de su cuerpo y la merma cada día.

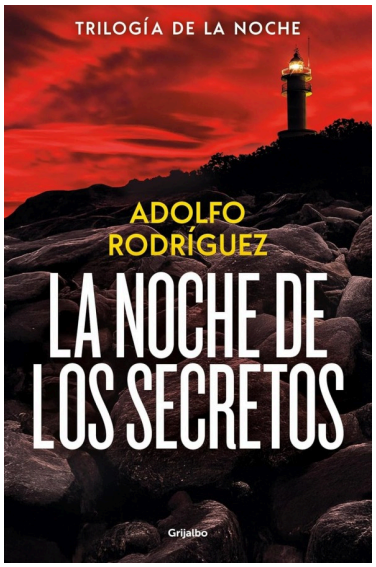
Frente a ella, sobre la mesa desvencijada, reposa una fotografía. La imagen está gastada por las lágrimas y el roce de unos dedos que no se resignan a soltarla. En ella, una adolescente sonríe con timidez mientras sostiene un violín entre las manos. Sus ojos brillan con la inocencia de quien aún cree que todo es posible. La mujer la contempla durante largos minutos, incapaz de apartar la mirada.

Esa niña nunca volverá. Y ella lo sabe.

Podría haberlo evitado.

Pero no lo hizo.

Esas noches en las que te desvelas esperando a que un hijo llegue a casa, las horas se hacen eternas y tu mente se llena de oscuras amenazas…



Cualquiera que entre en esta zona residencial de Alicante, una urbanización con seguridad privada, vistas espectaculares y coches de alta gama, piensa que tras sus altos muros nada malo puede suceder. Esto es lo que piensan también sus habitantes, hasta que una madrugada se quiebra la paz.

Dos jóvenes, hijos de sendas familias vecinas, han sido secuestrados, y quienes los retienen piden una importante suma de dinero a cambio de sus vidas. También exigen, por supuesto, discreción absoluta. Pero la madre de uno de ellos no resiste la

presión y recurre a escondidas al inspector Gabriel Somoza, que se encarga del caso sin saber que este esconde una trama mucho más perversa: una red de secretos turbios y de mentiras que nunca deberían salir a la luz.

Adolfo Rodríguez nos lleva a un ambiente de playas cálidas y cielos azules pero con noches llenas de misteriosas sombras. Tensión, intriga y giros inesperados en una trama tan precisa como impactante.

Adolfo Rodríguez nació en Jerez de la Frontera, pero vive en Alicante desde muy joven. Su entrega a una profesión que le entusiasma, la enfermería, no le ha impedido desarrollar una segunda vocación en el mundo de la escritura. Autor autopublicado hasta ahora, debutó en 2015 con *El viaje de Hugo*, que alcanzó el número uno en ventas en su categoría de Amazon España. A esta novela la siguieron *Engañando a la muerte* y *La gran implosión*, que también fueron muy bien recibidas por los lectores.

En 2025 se estrenó en el thriller con la Trilogía de la Noche, la serie que le ha supuesto un éxito de ventas y de reseñas. Miles de lectores se han rendido a las atmósferas de misterio y a su estilo ágil y directo.

Después de haber sido finalista del premio Kindle Storyteller, llega a las librerías de la mano de Grijalbo con las obras que componen dicha trilogía: *La noche de San Juan*, *La noche de los secretos* y *La noche de la tormenta*.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Adolfo Rodríguez
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Adolfo Rodríguez, por el avance de *La noche de la tormenta*

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Imagen de la cubierta: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Pepe Miralles, iStock y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7419-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La noche de los secretos
Prólogo
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Segunda parte
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Tercera parte
Capítulo 48
Capítulo 49
Agradecimientos
La noche de la tormenta
Prólogo
Capítulo 1
Sobre este libro
Sobre Adolfo Rodríguez
Créditos